GALERIA POÉTICA

CENTRO-AMERICANA.

GALERIA POÉTICA CENTRO-AMERICANA.

COLECCION DE POESIAS

—DE—

LOS MEJORES POETAS

—DE LA—

AMÉRICA DEL CENTRO

PRECEDIDAS

DE LOS LIGEROS APUNTES BIOGRAFICOS Y BREVES JUICIOS CRITICOS SOBRE CADA UNO DE LOS AUTORES QUE LA FORMAN,

POR

Ramón Uriarte.

TOMO I.

M. CÓRDOVA.—R. GARCIA GOYENA.
M. ALVAREZ CASTRO.—F. QUIÑONEZ SUNSIN.—A. J. DE IRISARRI.
Mª Jª GARCIA GRANADOS.—F. RIVERA MAESTRE.
F. DIAZ.—J. DIÉGUEZ.—I. GOMEZ.
J. BATRES MONTUFAR.—M. DIEGUEZ.
FERNANDO VELARDE.
J. LAPARRA.

GUATEMALA.

Tipografía "La Unión:" Octava Calle Poniente, Número 6.
1888.

Colección Luis Luján Muñoz
Universidad Francisco Marroquín
www.ufm.edu - Guatemala

Colección Luis Luján Muñoz
Universidad Francisco Marroquín
www.ufm.edu, Guatemala

PRÓLOGO
DE LA SEGUNDA EDICIÓN.

La primera edición de esta obra, calificada con mucha gracia, por cierto literato español con el título de *mendozina*, ó sea como coetánea de la primera imprenta que á Nueva España trajera el sucesor de Hernán Cortés en el gobierno de México, Don Antonio Hurtado de Mendoza, sirvió, no obstante, para dar á conocer, dentro y fuera de Centro-América, á nuestros mejores poetas, ofreciendo por primera vez al público, en ordenado conjunto, algunas de sus más escogidas producciones.

Diseminadas éstas, las unas entre los papeles viejos de algún amigo del autor ó las olvidadas hojas de antiguos semanarios y las más felices, en los almanaques de Arévalo y de Luna, no hubieran podido servir á los amantes de las bellas letras, para formar criterio acerca del movimiento literario efectuado en esta región del nuevo mundo, con posterioridad á la independencia, sin haber sido, como fueron, oportunamente coleccionadas para honra de Guatemala.

Tal fué el vacío que vino á llenar en la historia de la literatura americana, el aparecimiento de la Galería Poética. En las repúblicas de Chile y México se reprodujo por entero; España la solicitó con maternal anhelo; Francia nos hizo el honor de traducir á la lengua de Racine á los Batres y los Diéguez, y Alemania misma, la filosófica patria de los Schiller y los Heine, no

pudo menos de tributar justo homenaje de admiración y respeto al genio, haciendo por medio de una sociedad de literatos de Leipsick, cumplido elogio del precioso poema de Fray Matías Córdova, LA TENTATIVA DEL LEÓN Y EL ÉXITO DE SU EMPRESA.

De entonces acá son muchos los pedidos que de esta obra se han hecho al autor, así de España como de varias de las repúblicas americanas de origen español; pedidos que no le ha sido posible obsequiar, porque ¡cosa rara! el autor del libro, ó mejor dicho su ordenador, es el solo acaso que no ha podido obtener un ejemplar completo de la GALERIA, ni siquiera fuese para hacer una segunda edición de ella. El que hoy le sirve para tal objeto, le ha sido obsequiado por un joven estudiante del Salvador. Y eso que no ha faltado un periódico, de cuyo nombre no quiere acordarse, que le hiciera el cargo de haberse apropiado la edición, y lo que es más grave todavía, de haber usurpado el *pensamiento* de la GALERIA á cierta persona que *pensaba hacer lo mismo que él hizo!*

Entre tanto, el autor ha visto con gusto, que en Centro-América mismo, en donde tan poco se agradecen los servicios que se prestan á la patria, su trabajo no ha sido estéril. Talentos superiores se han consagrado después á estudios literarios de la propia índole, dando por resultado obras notables que han sido publicadas en Guatemala y San Salvador, y en las cuales se hacen honrosas referencias á su GALERIA.

La insistencia con que, por otra parte, se le ha encarecido por varias personas respetables, la necesidad de esta nueva edición, si se quiere que la obra llene cumplidamente el objeto que su autor se propuso al imprimirla, le recompensan con usura de los sinsabores sufridos y le alientan para retocar y ampliar su trabajo en la escala que las circunstancias lo demandan.

El impulso dado al progreso en todas sus manifestaciones, por la gloriosa revolución de 1871, debía hacerse sentir naturalmente en el desenvolvimiento de las letras. De aquella fecha para acá se ha levantado, educada en los modernos principios, una juventud brillante, honra de Centro-América, y de la cual tiene la patria derecho á esperar frutos ópimos. La tribuna y la prensa, que durante un cuarto de siglo fueron el privilegio exclusivo, si así puede decirse, de cierta clase social—

el clero y la llamada aristocracia—volvieron á la vida de la actividad y la inteligencia, ofreciendo á la noble ambición de la generación actual, ancho campo en donde poder desarrollarse. La poesía no quedó atrás de la política, y son varios los jóvenes que en los tres lustros transcurridos, desde la primera edición de esta obra, pueden enorgullecerse de ser honra del parnaso centro-americano.

El autor ha creido que mejor que intercalar sus nombres y producciones en el tomo segundo de su obra, debía formar con ellos un tercer volumen. De este modo piensa que logrará hacer más palpables los adelantos que se han alcanzado entre nosotros en el cultivo de la gaya ciencia. El público juzgará.

Guatemala, 1º de mayo de 1888.

Ramón Uriarte.

AL SEÑOR DON

Miguel García Granados,

PRESIDENTE DE LA REPUBLICA DE GUATEMALA.

Testimonio de respeto por el antiguo defensor de los derechos del pueblo en la tribuna.

De gratitud por el ilustre Jefe de la revolución de 1871.

De aprecio y simpatía por el modesto literato y distinguido caballero.

R. Uriarte.

Marzo de 1873.

DOS PALABRAS.

> La poésie est la sœur de la philosophie; le plus grand des philosphes á dit que les poetes sont de race divine: ils sont les prophétes de l' avenir. Dans la antiquité ils élevent une voix faible et timíde en faveur de la charité et de la paix; ils finessent par chanter la sainte alliance des peuples, l' unité, la solidarité du genre humain.
>
> LAURENT.

Cuatro años hace que deseoso de hacer conocer en el extrangero la literatura Centro-Americana, formé el proyecto de dar á luz en París una colección de poesías escogidas de los mejores de nuestros bardos, precedida de algunos apuntes biográficos y ligeros juicios críticos sobre cada uno de los autores que la forman.

No contando por aquel entonces con la protección de ninguno de los gobiernos Centro-Americanos, sin la cual es muy difícil sino imposible, llevar á cabo una empresa de ese género, tuve que aplazar para cuando mis circunstancias particulares me lo permitieran, la realización de aquel proyecto; pero acontecimientos que á nadie interesan y que no es del caso referir, me pusieron en imposibilidad de ver coronados mis esfuerzos de la manera que deseaba.

Al publicar hoy aquella colección me complazco con la seguridad de que mis conciudadanos, secundando el pensamiento

que me guía, harán de su parte que no sea infructuoso el servicio que he procurado prestar á Centro-América, reinvindicándola de los ataques que se le han dirigido en diversas ocasiones por la prensa del antiguo continente.

En la mezquina idea que acerca de nuestra literatura se tiene no sólo ya en Europa sino en muchos de los círculos literarios de la América del Sur, entra en gran parte el menosprecio con que nosotros mismos hemos visto las producciones de nuestros genios, y el poco ó ningún esmero de los Gobiernos anteriores en hacerlos conocer en el mundo de las letras. Llenar ese vacío y alentar el talento por medio del estímulo, han sido los objetos principales que he tenido en mira al dar á luz esta obra.

Nada diré sobre su importancia. La poesía es hermana de la filosofía, y el más grande de los filósofos ha dicho que los poetas son de raza divina. Sí, porque ellos son los profetas del porvenir, los intérpretes de la naturaleza, los filósofos del corazón!

¿Queréis saber el estado de cultura, de un pueblo, el grado de civilización á que se encuentra? Leed sus poetas: ellos son y han sido siempre los mejores historiadores de los sentimientos íntimos del alma y de los progresos de la humanidad.

MATIAS CÓRDOVA.

Al hablar de los poetas centro-americanos, de esas pléyades de genios relegados al olvido, tendremos que repetir á cada paso, que si el mundo literario ignora su existencia, tenemos en gran parte nosotros mismos la culpa, por el menosprecio con que hemos visto sus más brillantes producciones.

Pocos nombres tan obscuros, pocos, sin embargo, tan dignos de volar en alas de la fama al templo de la gloria, como el que hemos consignado al frente de esas líneas. MATIAS CÓRDOVA, el profundo filósofo, el teólogo eminente, el más serio y elevado de nuestros poetas. Y no es sino en presencia de una sola obra suya que le concedemos este título. Pero ¡qué obra! Ignoramos si Fray Matias Córdova ha dejado alguna ó algunas otras composiciones poéticas: las hemos buscado con el ansia con que busca el caminante la sombra del árbol en las abrasadas horas del estío ó el mineralogista la piedra que oculta el diamante en las entrañas de la tierra. ¡Nada hemos encontrado! Pero quien ha escrito *La Tentativa del León*, no necesita otra cosa para inscribir su nombre en el brillante mármol consagrado al genio en las columnas de la inmortalidad.

Hay en esa obra pensamientos profundos, bellísimas descripciones, entonación elevada, fluidez en la versificación, naturalidad en las expresiones, belleza en todos los cuadros, y un fondo de moralidad exquisita, que la hace superior á cuanto en su género se ha escrito. Fábula moral, fué el modesto título con que su autor la bautizara. Pequeño poema épico, la llama-

ríamos nosotros sin hacer más que justicia al mérito eminente de aquel ilustre varón.

Haciendo Milla el juicio crítico de esta obra en un notable discurso que al propósito pronunció en la extinguida "Sociedad Económica de Amigos de Guatemala," dice que bien puede compararse, sin hipérbole, por lo sencilla cuanto inspirada, la invocación de esta humilde Fábula con la del grandioso poema de Homero, que comienza:

"Canta ¡oh musa! la venganza
de Aquiles el de Peleo,
venganza que tan funesta
al campo fué de los griegos."

Magnífico elogio que justifica la lectura sola de esta primera estrofa:

"La tentativa de abatir al hombre
que por su ingenio y su virtud se eleva,
cantar deseo, Musa, si propicia,
de tal conformidad mi voz alie tas,
que sugiera instrucciones saludables
al mismo tiempo que la risa mueva."

Nos queda además del padre Córdova una curiosa memoria sobre la mejor manera de civilizar á los indios, obra que revela no solamente al gran filósofo sino al virtuoso ministro del Altísimo.

Matías Córdova nació á mediados del siglo pasado: profesó en la Orden de predicadores de Santo Domingo de Guzmán, y consagró su vida al estudio de las ciencias teológicas en que sobresalió entre sus contemporaneos, sin descuidar el de la amena literatura en las fuentes inagotables de los autores griegos y latinos.

LA
TENTATIVA DEL LEON
Y EL ÉXITO DE SU EMPRESA

FÁBULA MORAL.

La tentativa de abatir al hombre
que por su ingenio y su virtud se eleva,
cantar deseo, Musa, si propicia,
de tal conformidad mi voz alientas,
que sugiera instrucciones saludables
al mismo tiempo que la risa mueva.
Había en los desiertos africanos,
entre un grupo de rocas, una cueva,
donde parió una Leona su cachorro
y le ocultó con suma diligencia.
Después que con su leche le ha nutrido,
de carnes elegidas le alimenta,
y da, con exelentes instrucciones,
la última mano á su piedad materna.
Le refiere sus nobles ascendientes,
no para que sus glorias le envanezcan,
sino para que imite sus virtudes,
cuyos modelos tiene tan de cerca.
—¡Qué gloria tener, dice, un padre ilustre!
¡qué confusión el no seguir sus huellas!

¿hablarás del honor de una familia
que en tí produzca su mayor afrenta?
Debes ser compasivo y generoso,
por lo mismo que nadie tiene fuerza
para dañarte, y exceptuando el hombre
todo á tu imperio fuerte se sujeta.—
El León orgulloso aquí se enoja,
sus ojos encarnados centellean
la piel movible de su frente agita,
y sacude erizada la melena.
—¿Quién es, pregunta, quién ese viviente
que resistir á mi pujanza pueda,
cuya sola mención ha acibarado
las palabras más dulces y halagüeñas?
Con solo....—En este instante da un bramido
que estremece la gruta, el bosque atruena,
y el eco que repiten las montañas
por todo el horizonte se dispersa.
—El hombre, dice la prudente madre,
es animal de una mediana fuerza,
que la suele aumentar el ejercicio,
sin que á la tuya compararse pueda;
mas con sagacidad, industria y maña,
todo lo rinde, todo lo sujeta:
oprime el mar, se sirve de los vientos,
arranca las entrañas á la tierra,
y, lo que me horroriza al referirlo,
el rayo ardiente á voluntad maneja.
Y así evita encontrarlo, huye, hijo mio,
acelerado corre á tu caverna:
es el hombre feroz con sus hermanos,
cómo no lo será con una fiera!—
—¿Que yo me esconda? dice, he de buscarle,
y en singular batalla aquel que venza
tendrá la primacía, no fundada
en la opinión; fundada en la experiencia:
sé que temeridad y cobardía
son dos extremos que el valor detesta;

mas se deben probar todos los medios
de conseguir una gloriosa empresa.
—La ardiente juventud te precipita,
le replica la madre, no es prudencia
buscarse por sí mismo la desgracia,
aunque es valor sufrirla cuando llega.
Entonces el León dice: ¿haré alarde,
¡pese á mí! de rendir la mansa oveja,
que no pudiendo obscurecer mi gloria,
de mis garras es víctima indefensa?
Estoy determinado: no te canses
en oponer á mi pasión violenta
de la razón los débiles estorbos;
ó me veas triunfante ó no me veas.
Dice, y al punto presuroso parte
cuando la noche á descorrer empieza
el manto obscuro que hace majestuoso
el pálido esplendor de las estrellas.
Sin rumbo fijo, sin torcer el paso,
por el tupido bosque se abre senda,
insensible á las puntas de las zarzas
que le hacen obstinada resistencia.
Sale, por fin, al anchuroso campo,
y en él un animal se le presenta
que á los plateados visos de la luna,
con atención, mas sin temor observa.
—Robusta es la cerviz, dice; en la frente
tiene con sus adornos la defensa.
¡Qué nerviosos los piés! qué forcejudas
deben ser esas manos corpulentas!
¡Con cuánta impavidéz, qué satisfecho
yace creyendo que ninguno pueda
tener atrevimiento de inquietarle,
disputando con él la preeminencia!
Entre tanto, distraído, tremolaba
la grande cola que en las hojas secas,
arrojadas de los árboles vecinos,
formaba extraño ruido que amedrenta

al fatigado buey, que descansaba,
para tomar de nuevo su tarea.
Perezoso se apoya en una mano,
la otra después, con lentitud asienta,
é impeliéndose al punto se levanta,
dejando ver cual es su corpulencia.
Retirarse el León es cobardía,
hacerle frente, peligrosa empresa:
cualquier extremo tiene precipicio;
mas después de un momento, delibera
que es preferible una gloriosa muerte
á una vida comprada con bajezas.
Así determinado se adelanta,
excusando camino al que sospecha
ser el hombre á quien busca furibundo,
y horrible y denodado se presenta.
—¿Tú eres, le dice, el hombre que presume
ser solo soberano de la tierra,
creyendo que su rango y primacía
todo animal, temblando reverencia?
—No, responde, ¡ay de mí! no soy el hombre:
soy de los infelices que sujeta;
á quien por los más útiles servicios
da la más dura y vil correspondencia.
Al punto que nací, mandó á mi madre
que mi alimento natural partiera
entre él y yo, y sólo á ciertas horas
tómaba hambriento la ordeñada teta.
Después impuso á mi cerviz el yugo,
aún antes de cumplir tres primaveras
para hacerme arrastrar enorme carga;
y si el peso y el sol me desalientan,
en lugar de apiadarse, enfurecido,
con su aguijón me hiere sin clemencia.
Si en las sutiles cañas las espigas,
agitadas del aura balancean,
yo he preparado el delicioso cuadro,
abriendo surcos en la dura tierra

que con tanta abundancia le produce
el grano cuyas pajas me presenta.
¡Ay, cuando me envejezco en su servicio
de qué suerte corona mi carrera!
Después de maniatarme, á sangre fría
me dá el golpe fatal: no le penetran
los gritos y clamores repetidos,
que mis útiles obras le recuerdan:
mira sin conmoción correr la sangre;
y se sirven mis carnes en su mesa,
sin horror, como vianda delicada.
Y pues esto del hombre te da idea,
toma este rumbo y apresura el paso,
que yo debo tomar la parte opuesta;
porque si tú deseas encontrarlo,
yo apetezco y procuro no me vea.
La fiera rencorosa estas palabras
escuchó con asombro, y no sospecha
que acaso el buey será uno de los criados
que hablan mal de sus amos, y exageran
lo bien que sirven, y lo poco ó nada
que por ser fieles y oficiosos medran.
Es su enemigo el hombre, y esto basta
para creer las calumnias mas groseras,
pues así le parece justifica
el ódio que en su pecho reconcentra;
mas el taimado señaló aquel rumbo,
deseoso de acabar la conferencia,
y así le hizo vagar toda la noche
sin hallar cosa que á hombre se parezca.
La aurora, en cuyos labios como rosas
una sonrisa tímida se expresa,
escucha las pintadas avecillas
que con dulces gorgeos la celebran.
En tanto el León descubre otro viviente
que al Buey en la estatura se asemeja;
á él dirige su marcha acelerada
y con tono insultante así que llega,

—Eh ¿tú éres el vil hombre? le pregunta.
Pero aquel animal que, airoso, muestra
gallarda petulancia, noble orgullo,
no le dá tan de pronto la respuesta.
Primero atentamente le examina:
en los pies se recarga; ambas orejas
hácia él dirije, y luego le responde:
—Del hombre á quien se rinde mi soberbia
un criado soy que con placer le sirvo,
tomando como mias sus empresas.
En sus largas jornadas lo conduzco
puesto sobre mi lomo: con la espuela
me bate los hijares, y yo entonces
corriendo mas veloz que una centella,
alcanzo á los rebeldes fugitivos
que no quieren estar á su obediencia.
Si es demasiado mi fogoso empeño
con el freno al instante lo modera,
y con el mismo freno me prescribe
el paso en que he de andar y por qué senda.
¡Qué peligros arrostro por servirle!
Cuando el clarín ó los timbales suenan,
herizada la crin, hiriendo el suelo,
como sensible á la gloriosa empresa,
lejos de amedrentarme los horrores,
á mi señor advierto la impaciencia,
con que deseo entrar con él en parte
de los riesgos y afanes de la guerra.
Suena entonces de lejos un relincho
y el caballo al oirlo: aunque quisiera,
dijo, seguir hablando, me precisa
ir adonde me llaman con urgencia.
Luego volviendo las torneadas ancas
con tal ímpetu emprende la carrera,
que á la fiera en los ojos encendidos
con las patas arroja las arenas.
Al León, no el dolor, sino el insulto
le es insufrible: de la acción violenta

jura vengarse y para hacerlo pronto,
frota los ojos con las manos vueltas;
mas después que los abre, el veloz potro
ya no parece en la llanura inmensa.
Sigue, no obstante, por el mismo rumbo,
creyendo que se oculta en las hileras
de unos frondosos árboles que mira;
mas pierde la esperanza cuando llega
al sitio magestuoso consagrado
al genio reflexivo. Las napeas,
con el dedo en los labios, á los Faunos
que avanzan por mirarlas mas de cerca,
silencio imponen, y las blandas alas
zéfiro con sorpresa mueve apenas.
Duerme la ninfa de una clara fuente
que deja ver su reluciente arena:
después copia los sauces de la orilla;
y más en lo profundo representa
la perspectiva augusta de los cielos,
por la parte oriental que Febo incendia.
¡Qué hermoso carmesí! ¡Qué franjas de oro!
la avenida de luz por allá deja
sobre un hermoso fondo azul celeste
un jaspeado color de madre-perla.
Al León este cuadro nada importa,
siendo su celestial magnificencia
para aquel corazón bueno y sensible
que ódio, envidia, venganza no envenena.
Trepa ligero al sauce mas antiguo;
mira por todas partes y no encuentra
por ninguna el objeto de sus iras;
pero siendo oportuno á sus ideas
aquel sitio, en el brazo mas robusto
que hay en la rama principal se sienta.
Ve desde allí venir hácia la fuente
un animal de poca corpulencia,
aunque muy bien formado, que clamando
con voz aguda su dolor expresa.

Cuando llegó á distancia que podía
el León escucharle . . . . . ¡qué sorpresa!
¡qué accesos de furor! Habla del hombre,
á quien, como si oyéndole estuviera,
con el dulce entusiasmo del cariño
le dirije la voz de esta manera:
—¿Dónde, Señor, estas que no me escuchas?
De mi lealtad acaso no te acuerdas.
¿Quién como yo te advierte los peligros
ó se expone á morir en tu defensa?
Ningún criado te dá mas testimonios
de amor, de sumisión y de obediencia;
pues si las leves faltas me castigas
no opongo á tu furor más que la queja.
Lamiéndote la mano que me hiere,
y postrado á tus piés, pido me vuelvas
á tu amistad, y una mirada tuya,
golpes, desprecios, todo lo compensa.
Si me mandas seguir alguna caza
con qué empeño, qué celo, qué presteza
la persigo, la alcanzo, y de ella triunfo!
Mas sóbrio, te la entrego, sin que pueda
mi integridad faltar aún en el caso
de que el hambre furiosa me acometa.
Cuando duermes, yo velo cuidadoso:
rondo la casa por que no sorprenda
algun extraño tan preciosa vida:
muestro, además, mi celo en la defensa
de animales á quienes dañaría,
si el placer que te causan no advirtiera . . . .
mas por aquí el olfato.....ciertamente . . . .
sí, por aquí pasó, segun la huella. . . . .
Decía el perro, oliendo las pisadas
que vió estampadas en la blanda tierra.
Sigue el rastro, creyendo que ninguno
nada de lo que dijo oír pudiera,
y el enemigo lo escuchaba todo.
¡Esas facilidades de la lengua!

El León confundido no percibe
qué magia, qué virtud el hombre tenga,
pues que los animales mas valientes
de grado se le rinden ó por fuerza.
Baja, no obstante, y se encamina al sitio
en que el perro observó la humana huella:
al llegar, cuidadoso la examina,
y viendo su tamaño, considera
que excediendo á la suya en otro tanto
tendría su rival doble grandeza.
En traje de prudencia disfrazado
el pálido temor, temblando llega,
y á tomar la espesura le persuade
con el semblante la actitud y señas.
Mas luego la opinión inexorable
que tiraniza el globo de la tierra,
con ojos torbos *¡qué dirán!* le grita.
No dice más ni aguarda la respuesta.
Venid acá, censores inflexibles,
no aguardéis á que el éxito se vea
para fallar en tono decisivo:
el León vuestro sabio juicio espera;
cuando ya no le sirva, si es vencido,
será locura perseguir la empresa:
como si vence, debe ser cordura
no abandonar una victoria cierta.
El León fatigado que no sabe
á donde encaminarse, ó que hacer deba,
un matorral espeso le convida
y en él, dudoso á descansar se interna,
notando que allí puede, sin ser visto,
observar cuanto pasa por de fuera.
El sueño le acomete; él se resiste
y le rechaza, en fin, cuando ve cerca
un animal bien hecho, cuya mole
sólo sobre sus pies mantiene recta.
—No arman sus manos, dice, corvas uñas:
es adorno su pelo, no cubierta;

calma y bondad anuncia su semblante;
todo es blandura, gracias, inocencia.
En tu favor previenes, ser amable!
¿Serás, dulce viviente, serás presa,
que esclavice y degrade el feroz hombre?
¡No hará tal que yo salgo á tu defensa!
Se levanta, se estira, se sacude,
y se dirije al que auxiliar intenta;
mas como vé su turbación le dice:
—El hombre es á quien busco, nada temas.
—Pues bien, yo soy el hombre ¿qué buscabas?
qué se ofrece? le dijo con confianza.
—Eres tú, le pregunta; eres el mismo?
—Sin duda soy el mismo, le contesta.
—¡Cómo! exclama el León ¡tantas maldades
ocultas con tan bellas apariencias!
—Dejemos, dijo el hombre, los insultos
que irritan aunque propios de una bestia;
y así para evitar contestaciones,
puedes volver al bosque y yo á la aldea.
—No, responde el León, no nos iremos;
hoy mismo quiero ver por experiencia,
si acaso eres conmigo tan valiente
como tirano con las otras bestias!
Pone el hombre en tortura su discurso
porque le suministre alguna treta;
mas la presencia de ánimo no pierde,
que es lo que en tales casos aprovecha.
—Mira, dijo al León, siempre la fama....
ya se vé, es imposible que uno pueda
á todos contentar..... Mas no me opongo:
estoy conforme con lo que tú quieras;
pero antes que riñamos, es preciso
hacer para mi casa un haz de leña,
porque si tú me vences, ya eso menos
tendrá que hacer mi débil compañera;
cuando no, quedaré debilitado,
porque no hay enemigo que no ofenda.

El León no advertía que en un tronco
cuyas profundas raíces lo sustentan,
y que tenía cerca su enemigo,
una hacha muy pesada estaba puesta.
Tomóla pues el hombre, y allí mismo
la clavó con tal ímpetu y violencia,
que bien se percibió crujir el tronco,
vibrar el aire, retemblar la tierra.
Después con tono impávido le dice:
—Si apeteces cuanto antes la contienda,
ven á ayudarme á dividir el tronco.
El León que reñir á punto lleva,
—¿cómo quieres, pregunta que te ayude?
Y el hombre contestó: de esta manera.
Y atrás doblando un pie, sobre sí tira
el extremo del mástil con gran fuerza:
el un lado de la hacha fué el apoyo,
con el otro venció la resistencia
del tronco, haciendo en él una abertura;
y pujando le dice: con presteza,
agarra la hendidura.... que me canso....
tira luego por esa parte opuesta....
con valor.... ahora.... fuerte. Y el incauto
mete las manos hasta las muñecas,
para abrir más el tronco; pero el hombre,
soltando la palanca, preso deja
á su rival que brama de coraje
y de dolor que le hace ver estrellas,
Entonces con irónica risita
le decía: verás por experiencia
si acaso soy contigo tan valiente
como tirano con las otras bestias.
¡Rebelde! á palos domaré tu orgullo,
y amarrado después con fuerte cuerda,
te llevaré arrastrando por las calles
para que en la horca deshonrado mueras.
Tanto el tormento de la mordedura
como lo doloroso de la afrenta,

angustian al León: pierde el sentido,
se desmaya, inclinando la cabeza
contra el pérfido tronco; mas volviendo
en sí otra vez le dice: ¡hombre! respeta
los decretos del cielo en la desgracia,
que hacer mayor pretendes con la afrenta.
Si acaso te es tan dulce la venganza,
tienes tu mano armada, y yo cabeza:
hiere al que ingenuamente reconoce
que á todo es superior tu inteligencia.
—No, dijo el hombre entonces, vive honrado.
Y al mismo tiempo facilmente suelta
al vencido León, y sigue hablando:
Mucha gloria es vencerte, noble fiera;
mas sin comparación es más glorioso
el triunfo celestial de la clemencia!

RAFAEL GARCIA GOYENA.

Honrar la memoria de los sabios: tributarles el homenage de admiración y gratitud á que se hayan hecho acreedores: ensalzar y bendecir su nombre, para enseñarle á pronunciar con respeto y veneración á las edades venideras, es un deber de todo pueblo civilizado que estima en algo el timbre de sus glorias, que no es otra cosa que el reflejo de la gloria de sus grandes hombres en los anales de su historia.

Por eso desearíamos nosotros que al pronunciar el nombre de Goyena, nuestra voz se hiciera oír hasta los confines más remotos del mundo de las letras. Pero ¡triste y desconsoladora verdad! en Centro-América misma, en esta reducida porción del continente en donde la antorcha de su genio brilló como un sol en el espacio, pocos son los que conocen todo el valor de esta preciosa joya, sepultada, mientras vivió, en el fango del menosprecio, y perdida después entre las negras sombras del olvido.

Fuera de un elocuente discurso que en 1834 pronunció en la Academia de estudios de Guatemala, el historiador Marure, en elogio de aquel ilustre centro-americano, nada se ha hecho en honor de su memoria. Y pocos, pocos tan dignos como él de una apoteosis.

Goyena, como fabulista, no tiene superior entre los poetas que han cultivado ese género difícil de la bella literatura en la lengua de Cervantes. Atrevida parecerá, sin duda, esta aserción, pero sus obras responden por nosotros.

Nacido en una época en que el saber era como una fruta prohibida para las colonias españolas, separadas del movimiento literario de Europa, no solamente por las procelosas aguas del Atlante, que aun no había surcado la fuerza del vapor, sino también por el espíritu de monopolio que dominaba á los tiranos de la América, nuestro literato tiene, además del indisputable mérito que le dá el valor intrínseco de sus brillantes producciones, el de haberse elevado por sí solo á una altura á que á pocos es dado encumbrarse aun en paises donde las ciencias están al alcance de los amantes de la sabiduría, en un lugar y en una época en que el egoismo de la metrópoli se interesaba en tener sumergida en la ignorancia á esa raza virgen que brotaba del seno de los mares á influjo de la audacia de Colón, para enfrentarse con el antiguo continente.

Filósofo y poeta, Goyena supo reunir á la vehemencia y sublimidad de Juvenal el estilo claro y sencillo del insigne satírico de Tracia. Al interés que excitan sus apólogos, dice Marure, por la viveza y naturalidad de sus descripciones, por la claridad y elección de sus argumentos; se añade el que inspira la gracia conque juegan en muchos de ellos el ridículo y la sátira.

Por las pocas composiciones que extractamos de sus obras, para dar una idea á nuestros lectores del exterior, del revelante mérito del *La-Fontaine* americano, fácilmente se comprenderá que no es el amor patrio, ni el orgullo nacional del sentimiento que nos mueve á darle este nombre.

Para que nada faltase á Goyena de los distintivos que caracterizan á los verdaderos genios, fué poco estimado de sus contemporáneos, que para mengua de su siglo, le dejaron morir en la indigencia.

Dulce y sensible por naturaleza, franco y familiar en su trato, ameno en su conversación, jovial y despejado en su genio pronto y feliz en sus ocurrencias, espiritual en sus expresiones, modesto en sus costumbres y tierno en sus sentimientos, Goyena era uno de esos hombres privilegiados que se captan las simpatías de cuantos les rodean, dejando en el corazón un agradable recuerdo de todas sus exquisitas cualidades.

Hábil político y jurisconsulto consumado, la tribuna y el foro echarán siempre de menos su elocuencia. Guiado como por un

instinto superior, supo librarse de los errores de su tiempo, y preferir á la deslumbrante brillantez de una efímera teoría, los verdaderos principios de la ciencia. Por eso se ha dicho y con razón, que Centro-América debe vanagloriarse de contar á un Goyena en.re sus hijos. [*]

(*) Marure. Discurso citado.

I

LA MARIPOSA Y LA ABEJA.

La mariposa brillante,
matizada de colores,
visita y liba las flores
con vuelo y gusto inconstante.

A un fresco alhelí se inclina,
y apenas lo gusta, inquieta,
pasa luego á una violeta,
después á una clavellina.

Sin tocar á la berbena
sobre un tomillo aletea,
percibe su aura sabea,
y descansa en la azucena,

De allí, con rápido vuelo,
en otro cuadro distinto,
da círculos á un jacinto
y se remonta hasta el cielo.

Vuelve con el mismo afán
sobre un clavel encarnado;
en cuanto lo hubo gustado
se traslada á un tulipán.

Atraída de su belleza,
en una temprana rosa
por un momento reposa,
y el dorado cáliz besa.

Ya gira sobre un jazmín,
ya sobre el lirio; de modo,
que corre el ámbito todo
del espacioso jardín.

Sobre un alto girasol,
por último, toma asiento,
y en contínuo movimiento
brillan sus alas al sol.

Haciendo de bachillera,
le dirige la palabra
á cierta Abeja que labra
dulce miel y blanca cera.

Y le dice: "vaya, hermana,
¡qué carácter tan paciente!
te tuve por diligente
pero eres grande haragana.

De una en una he repasado
las flores; tú, en una sola,
en una simple amapola
media mañana has gastado.

Nuestra frágil vida imita
á la flor que se apetece;
aquella en su flor perece,
y esta en botón se marchita.

No malogres de esa suerte
un tiempo tan mal seguro;
goza del deleite puro
antes que pruebes la muerte."

La abeja entonces contesta
[sin divertir su atención
de su actual ocupación]
con la siguiente respuesta:

"Tú, en las flores solo miras
aquel jugo delicado,
á tu gusto acomodado,
único objeto á que aspiras.

Yo trabajo con constancia
en la flor que me acomoda,
hasta que le extraigo toda
la preciosa ùtil sustancia.

No consulto á mi provecho,
sino al de la sociedad
y pública utilidad
en el fruto que cosecho

Sigue tu genio ligero
en pos de lo deleitable,
porque lo útil y lo estable
pide un afán tesonero."

De este modo, amigo, piensa
una abeja: tú pensaras
como ella, si censuraras
los escritos de la prensa.

Si unas con otras cotejas
las obras de los autores,
verás que liban las flores
más Mariposas que Abejas.

II

LOS ANIMALES
CONGREGADOS EN CORTES.

Ya sabes que, por genio ó por capricho,
vivo en este retiro, Delio amado,
al trato de las gentes entredicho,

En mi sola existencia confinado,
aprendiendo del tiempo las verdades
que me enseña el presente del pasado.

Interrumpe, tal vez, mis soledades
uno ú otro jurídico negocio
que me hace conocer las sociedades.

Cuando esto no sucede, gasto el ocio
en repasar atento los avisos
de Horacio Flaco, mi perpetuo socio.

Evacuados ayer los más precisos
asuntos que ocurrieron en el día,
me puse á leer gacetas y concisos.

Repleta me quedó la fantasía
de cortes, juntas, y demás sucesos,
que llenan hoy de honor la monarquía.

Revueltas mil fantasmas en los sesos
con la cabeza me acosté tamaña,
y padecí del sueño los accesos.

Dormido me ocurrió la idea extraña
de que voy á hacer puntual diseño;
porque puede apropiarse á nuestra España,

En el difícil cuanto heróico empeño
que tiene contra el déspota absoluto:
atiende, pues, amigo: va de sueño.

En la trampa sutil del hombre astuto
incauto cayó, al fin, el fuerte León,
del imperio animal monarca bruto.

Llevado de su noble condición,
no teme los engaños, ni recela
de quien tiene por dote la razón.

Noticia semejante al punto vuela,
discurre por aquel y este hemisferio
y á todos horroriza la cautela.

Las bravas fieras de su grande imperio
se enfurecen, alarman y disponen
á redimir al Rey del cautiverio.

Entre otros medios, muchos se proponen
celebrar una junta ó gran congreso
de cuantas clases la nación componen.

Líbrase circular, mandato expreso
que á todos los cuadrúpedos emplaza
en beneficio del ilustre preso.

El reino todo se levanta en masa,
y de ariscos y fieros animales
un individuo va de cada raza.

Aun las especies entre sí rivales
se dan y estrechan la amistosa mano,
con otras señas de cariño iguales.

El audaz, sangriento Tigre hircano,
con sus bigotes y manchada piel,
se mira popular y cortesano.

Sus garras disimula el Oso cruel,
y en el público teatro se presenta
como patriota, ciudadano fiel.

La Pantera feroz, siempre sedienta
de sangre de los hombres, allí toma
asiento, y á los suyos representa.

El Leopardo acullá, también se asoma
erizando la crin ó la melena,
y el ligero Cerval de nariz roma.

No dejó de asistir la cruda Hiena,
desamparando su nevado monte.
En las cortes también tu voz resuena,

¡Oh membrudo y sagaz Rinoceronte!
El Búfalo, Hipopótamo y el Huro,
el Reno, la Girafa y el Bisonte;

Todos asisten al común apuro.
Allá se mira la pintada Zebra,
también la Danta de pellejo duro:

El Unicornio acá, de quien celebra
la fama el cuerno, que aplicado sana
la mortal picadura de culebra.

De nuestra ínclita parte americana
allí miro al Cebú, oigo al Coyote
ahullar en la junta soberana.

El Huanaco, el Espín, el Ocelote,
el Babirusa, el Llama y el Zorrillo,
el tardo Armado, el Corzo y el Pizote:

El bravo Jabalí de cruel colmillo,
el gordo Tepescuinte, grato al gusto,
el Onagro también y el Huroncillo.

Todos á consultar el común susto
se congregan de ambos continentes,
y forman el congreso más augusto.

Por las otras especies obedientes
al duro yugo del dominio humano,
acordaron poner votos suplentes,

Como por el Caballo lucitano,
la Obeja confinada en vil encierro,
la Cabra y el doméstico Marrano;

Y así de los demás; menos el Perro
que por su natural inclinación
hácia los hombres, se le imputa el yerro

De la mas alta pérfida traición;
y en cuantas tiene más de treinta castas
proscripto lo declara la nación.

De los desiertos y regiones vastas
del orbe, vienen en unión social
cuantos usan colmillos, uñas y astas.

Esta ha sido la junta más cabal
que se ha visto de brutos congregados,
desde la del diluvio universal.

Reconocidos los poderes dados,
se declara su fuerza por bastante;
y de acuerdo común, los diputados

Eligieron, ninguno discrepante,
por medio de sufragios singulares,
por cabeza del cuerpo al Elefante.

Dando los pasos, pues, preliminares,
el sabio presidente abrió el congreso
entre vivas y aplausos populares.

En un discurso que estudió para eso,
ponderaba la grave, atroz injuria
hecha al monarca, que lloraban preso.

Exagera también la humana furia
que á todos predomina y avasalla,
llenándoles de males y penuria.

"Todo el reino animal cautivo se halla
(dice aquel orador.) De todo el globo
se hace dueño absoluto esta canalla:

Sus satélites son, la muerte, el robo;
no respeta la hacienda ni la vida
del humilde Cordero ó fiero Lobo.

Contra el hombre tirano bruticida,
este grave congreso se ha instalado:
recuperad la libertad perdida.

La libertad de nuestro Rey amado,
que en las redes cayó de oculto lazo:
la libertad del reino y del estado....."

Libertad, grita el Tigre, en todo caso
para que por las plazas y las calles
me pueda yo pasear sin embarazo.

Libertad absoluta sin detalles,
al mismo tiempo reclamaba el Oso
para rugir por montes y por valles.

Repite libertad el cauteloso
Jacal, poniendo su mirar ferino
en el Conejo débil y medroso.

Tengamos libertad, dice el dañino
Lobo, para dejar la obscura gruta,
y salir á las claras al camino.

Demanda libertad la Zorra astuta,
y que mueran el hombre y el Mastín
para que pueda ser más absoluta.

Nuestro Gato montés y el Tlacuatzin
son de la libertad declamadores;
y todos piden libertad al fin.

El Mono entonces dijo así: "Señores
la amable libertad es el objeto
de las públicas ansias y clamores;

Que la conseguiremos me prometo,
si descubre la luz de esta asamblea,
el medio de salir de tanto aprieto.

El común enemigo se pasea
por nuestras posesiones muy altivo,
mientras la junta libertad vocea.

Pero ¿qué libertad? según percibo,
no es la que más conviene á la nación
ni la que necesita el rey cautivo.

Particulares libertades son
las que oigo reclamar á cada uno
conforme á su específica intención.

Libertad para hablar sin freno alguno,
libertad para hacer cuanto se quiera,
se pretende en un tiempo inoportuno.

No se consigue el fin de esa manera:
el reino seguirá tiranizado
y el príncipe en poder de aquella fiera:

La salud del monarca y del estado
es el único objeto, el punto fijo,
á que debe atender nuestro cuidado,

Y no refiero, por no ser prolijo,
otras muchas razones en abono."
Aquí la maliciosa Zorra dijo:

"Oigan al charlatán: miren al Mono,
como quiere con gestos y parola
imponernos la ley y dar el tono.

Pensará que solo él ha dado en bola,
y que sabe pensar como la gente,
sin mirar por detrás su larga cola.

¿Cómo tuvo valor el insolente
de acusar al magnífico concurso,
no menos que de necio, impertinente?

¿Qué no sabe elegir aquel recurso
que á la necesidad actual conviene,
careciendo de todo buen discurso?

Nada ignoro: ya sé de donde viene
esa mordacidad: todo es resabio
del humano comercio que mantiene.

Discurrir como el hombre, con agravio
es nuestra Magestad (injuria atroz!)
es por más parecerse en lo sabio,

Así como en la cara tan feroz,
y merecer con él alto renombre....."
El señor presidente alzó la voz,

Diciendo así: "*nadie se asombre,*
si como un animal el hombre opina,
que haya bruto que piense como el hombre."

Aquí, amigo, la fábula termina,
porque quiso un ridículo fracaso
interrumpirnos la sesión ferina.

Sabrás que en otro tiempo ví de paso,
leyendo antigüedades en Heineccio,
cierta doctrina conveniente al caso....

Así dormido me esforcé bastante
y con voz tartamuda dije recio:
"ha hablado en su lugar el Elefante;

Eso mismo dió causa á cierta ley,
en el juicio de un sabio protestante."
Al escuchar mi acento aquella grey

Me reconoce, grita y se agabilla,
diciendo: "el opresor de nuestro Rey!"
Me cerca la brutal fiera cuadrilla,

Me embiste con furor y con denuedo:
á mí me despertó la pesadilla,
y al escribírtelo ahora tengo miedo.

Me parece que todo es realidad,
y continuar la epístola no puedo.
Considérame solo, á la verdad,

Entre aquella furiosa multitud,
que á título de pública salud
me acusaba de lesa-magestad.

III

EL VENADO, LA SERPIENTE

Y LA PALOMA.

Por una vereda estrecha
un Ciervo se dirigía
á una siembra de sandía,
que se hallaba ya en cosecha.

Aunque este bruto es hermoso
por su figura elegante,
hace muy mal caminante
por lo cobarde y medroso.

Del más leve movimiento
entre las hojas recela,
de un pajarillo que vuela,
del ruido que causa el viento.

Pausadamente camina,
á cada paso orejea,
todo cuanto le rodea
con atención examina.

Parando, pues, de este modo,
y andando por intrevalos,
llegó á una puente de palos
puesta por el mucho lodo.

Tímido aquí se retrae,
y circularmente mira;
una oreja atrás retira,
y otra por delante atrae.

Elevada la cabeza,
hiere con la mano el suelo,
pára el rabo pequeñuelo
que sacude con viveza.

A todas partes se vuelve,
y no viendo otros senderos,
continuar por los maderos
su caminata resuelve.

Pero al dar el primer paso
silvó una astuta Serpiente,
diciéndole: "hola! detente,
y evitarás un fracaso:

Yo ví al hombre fraudalento
que estaba con mil fatigas,
acomodando esas vigas,
aunque ignoro con que intento;

Con todo, no dificulto,
siendo del hombre tal obra,
(en quien la malicia sobra)
que ha de haber engaño oculto.

Si te pareciere vano
mi recelo, yo te juro
que no pondrás pié seguro
donde el hombre ha puesto mano."

No sabe entonces, suspenso,
que hacerse el pobre animal,
porque el dicho lodazal
en longitud era inmenso.

Por el tiro más estrecho
de latitud es muy largo
para el salto; sin embargo,
brinca y se atolla hasta el pecho.

Su corpulencia le vale,
y con diligencia mucha,
contra el lodo espeso lucha,
y á la orilla opuesta sale.

Al fin ya de la jornada,
enlodado, sucio y puerco,
se vió delante del cerco
de aquella fruta vedada.

Iba á entrar sin embarazo
por un portillo, y observa
que oculto bajo la yerba
estaba por dentro un lazo.

Suspéndese vacilante,
y entre las ramas se asoma
una sencilla paloma
diciendo: "pase adelante;

"No ponga reparo, amigo,
nada hay aquí que le asombre;
yo miro salir al hombre
y entrar por ese postigo.

"Siendo él tan sabio y experto,
libre va que se expusiera
á ningún riesgo, aunque fuera
remoto y el más incierto."

Hé aquí, que nuestro Venado
se anima, y al punto que entra,
sin saber cómo, se encuentra
por el pescuezo lazado.

Brinca con esfuerzo y salta,
tira, hala, y se despecha;
el lazo más se le estrecha,
y el aliento ya le falta.

Con voz ronca y oprimida
dijo por última vez:
"la prudencia y sencillez
son peligros de la vida."

Tierna juventud humana,
de este siglo diez y nueve,
al evangelio se debe
la máxima soberana:

Simplicidad imprudente
es paloma peligrosa,
y prudencia maliciosa
es mortífera serpiente.

Llegó al colmo de la ciencia
quien unir á un tiempo sabe,
de este reptil y aquella ave
la sencilléz y prudencia.

IV

LAS PALOMAS Y LOS SANATES

NIDIFICANDO.

Con filosóficos ojos
cierto curioso observaba,
las palomas y sanates
en la estación que anidaban.

Las primeras, macho y hembra,
de conformidad trabajan,
desde el punto que en el nido
se pone la primera paja.

Una lleva el material,
y otra, sin nivel ni escuadra,
naturalmente arquitecta,
con solo el pico lo labra.

Después, en la empollación
sobre los huevos descansan;
una llega y los fomenta,
mientras la otra se levanta.

De los nacidos pichones
no se descuidan entrambas,
suministrando á cada uno
la asistencia necesaria.

De los preparados buches,
al de los pollos trasladan
la ya medio digerida
y conveniente substancia.

Las palomas de este modo,
al tiempo que se propagan,
con igualdad participan
los placeres y las cargas.

Al contrario, en los sanates,
la hembra tan solo se afana:
ella el material conduce,
empieza el nido y lo acaba.

Ella los huevos calienta,
y cuando los pollos saca,
sólo ella con mil fatigas
les proporciona la vianda.

Mientras tanto el clarinero
que es el macho de la casta,
cantando de árbol en árbol
alegre la vida pasa.

El curioso observador,
viendo diferencia tanta
entre estas aves, decía,
adivinando la causa:

En el consorcio nupcial,
la fidelidad jurada,
un padre cierto á los hijos
en el marido señala.

Este los tiene por suyos,
y con tierno amor los ama,
dividiendo con la madre
los cuidados de la crianza;

Pero en el franco comercio
de una Venus libre y vaga,
aun la misma madre ignora
el padre de lo que nazca.

Todo macho desconoce
esta prole, por extraña,
y porque puede ser de otro,
nadie por suya la marca.

Sepan, para su gobierno,
mi fábula las muchachas,
é imitando á las palomas
no pretendan ser sanatas.

V

EL MACHO DE ARRIERO

Y EL CABALLO DE CARRETA.

Al potrero de Corona
fuí una tarde por paseo,
que hasta un Caballo, si piensa,
se divierte en un potrero.

Después de dar varias vueltas
sin determinado objeto,
sobre la yerba del campo
tendí largo á largo el cuerpo.

A corta distancia estaban,
de conformidad paciendo,
un Caballo de carreta
con el Macho del arriero.

El mulo roznaba á veces,
y en una de ellas entiendo
que al Caballo le decía
con orgulloso desprecio:

"Eres un ente infeliz,
tu destino compadezco,
pobre caballo, que siempre
y por siempre habrás de serlo.

Uncido á un humilde carro,
bajo el látigo severo,
no conoces mas recinto
que el de tu nativo suelo.

La ciudad y la pedrera
y este miserable encierro,
son los términos que abrazan
todos tus conocimientos.

Yo tengo medida á palmos
toda la extensión del reino,
desde Trujillo á Oajaca,
desde el Petén al Realejo.

¡Qué ciudades tan hermosas!
Qué sin número de pueblos!
Qué bosques y qué llanuras!
Cuántos valles, cuántos cerros!

Ahora mismo determino
emprender un viaje nuevo.
No hay gusto como el viajar;
el mundo es un libro abierto."

Aquí corcoveó el caballo,
y con relincho burlesco
le pregunta ¿y de ese libro
qué sabe el señor viajero?

Al cabo de tantos trotes,
¿qué ha sacado de provecho?
Antes de los viajes *Macho*,
y *macho* después ha vuelto.

Y como soy enemigo
de malquistarme, no quiero
por cuanto oro tiene el mundo,
aplicar á nadie el cuento.

VI

EL ZOPILOTE CON GOLILLA.

Gastamos, Delio querido,
nuestros juveniles años,
en revolver lexicones
con diurna y nocturna mano,

Para saber como hablaban
allá en los siglos pasados
los Listrios y los Ligurios,
pueblos del antiguo Lacio.

Sabe, pues, que desde entonces
entiendo, aunque nunca parlo,
los monótonos dialectos
de los animales varios;

Y que este conocimiento
nos suele dar buenos ratos,
como pienso lo tendrás,
oyendo el siguiente caso.

Dos zopilones estaban
en el vecino tejado,
uno de ellos con golilla
de un gran pergamino blanco.

Y yo desde mi ventana
sus guzguces escuchando,
oí que al otro le decía
el que estaba engolillado:

"Nunca podrás olvidarte
de aquella trampa del gancho
y la cuerda; pues en ella
ibamos á caer entrambos.

Yo solo quedé cautivo
en poder de los muchachos,
temiéndome las resultas
de sus juegos sanguinarios;

Pero, por fortuna mía,
después de haberme observado,
poniéndome en cruz las alas
y mirándome despacio,

Con alegría festiva
este cuero me encajaron,
y me echaron á volar
entre vítores y aplausos.

Sabrás, pues, que desde entonces
se me ha infundido en los cascos
la presunción de que soy
el Zopilote mas sabio:

Que á todos hago ventaja
en la vista y el olfato,
y que mi pluma elegante
puede encumbrarme muy alto.

Mi figura circunspecta
y mi genio reservado
y melancólico, forman
mi carácter literario.

En aire meditabundo,
siempre con el pico bajo,
pausadamente camino
moviéndome paso á paso.

Y mis propios compañeros
en los concursos que me hallo,
como me miran vestido
de este honorífico ornato,

Al punto me dan lugar
por respeto ó por espanto,
y me observan de hito en hito
llenos de envidia ó de pasmo.

Yo los miro sobre el hombro
como á unos pobres bobancios,
que ignorantes se alucinan
de cualesquiera espantajos.

Y he creido que esta garnacha
tiene algun secreto encanto
que me ha inspirado los humos
de que más que todos valgo."

Hasta este punto llegaba,
y un litigante pesado
por instruirme en sus asuntos
de los mios me distrajo.

Pero tú, como discreto,
con numen suplementario,
lo que de mi cuento falta
sabrás llevarlo hasta el cabo.

Más guárdate, dulce amigo,
por tu vida de contarlo
ante los que usan golilla,
por mas que te tiente el diablo.

VII

LOS MUCHACHOS,

LOS SANATES Y EL LORO.

En un naranjal su nido
un sanate construía,
y en el pico conducía
el material escogido.

Con algún conocimiento
de reglas de arquitectura,
de la más gruesa basura
usaba para el cimiento.

Un bejuco, el desperdicio,
una piltrafa, un andrajo,
de un mecate, un estropajo,
fundaban el edificio.

Con más lijero y mas fino
material, después trabaja:
cerdas, ojarazca y paja,
rétales de lana y lino;

Al fin el nido se acaba,
Y en pelillos delicados
yacen los huevos pintados
que la madre fomentaba.

Quiso la desgracia un día,
que un muchacho juguetón
vió que del nido un cordón
de San Francisco pendía.

A otros compañeros llama,
sube al árbol en un vuelo,
da con el nido en el suelo,
desprendido de la rama,

Juntos todos, con gran prisa
proceden al inventario:
miren ¡un escapulario!
gritó uno muerto de risa;

Otro dice: aquí hay retazos
de patentes y de bulas....
¡La medida de esquipulas!
Jesús ¡qué picaronazos!

Dice otro: si á mal no viene;
este ramo está bendito...
miren este rosarito....
sólo dos misterios tiene....

A ver, á ver la estampita;
es de San Pedro y San Pablo
de la cruzada.... ¡qué diablo
de sanata tan maldita!

El examen satisfecho
de los andrajos devotos,
dejaron los huevos rotos,
y el nido todo deshecho.

Mientras tanto amotinados
los sanates, daban gritos
diciéndoles: ¡ah malditos,
herejes, excomulgados!

¡Oh que horrendo sacrilegio!
lo mas sacrosanto y pío
como lo ridiculizan!
Las plumas se nos erizan,
no hiciera mas un judío!

¡Qué juegos tan execrables!
qué chacotas tan punibles!
hacer objetos risibles
las reliquias venerables!

Pero el cielo, que es testigo
de tanta profanación,
dará á vuestra irreligión
correspondiente castigo.

Oyendo estos disparates,
disque un Loro muy ladino
de un licenciado vecino,
dijo, hablando á los sanates:

"La profanación hermanos,
ya la hizo quién de estas cosas
sagradas y religiosas.
se sirve en usos profanos.

A los cintos y cordones
por su bendito instituto.
no conviene el atributo
de empollar y criar pichones.

Ese celo tan extraño
que mostrais por su respeto,
sólo tiene por objeto
evitar el propio daño."

La defensa muchas veces
de la religión hacemos;
cuando de acuerdo la vemos
con los propios intereses.

La religión soberana
y su divino derecho,
conforme nuestro provecho
se consagra ó se profana.

VIII

FABULA POLITICA

LAS HORMIGAS Y LA LOMBRIZ.

No canto hazañas del famoso Alcides
ya celebradas por cantor divino,
no refiero sangrientas, crudas lides
que engrandecieron el poder latino:
ya es fuerza, musa, que lo heróico olvides
y te acomodes con mi actual destino;
llévàte al monte del castalio coro
mi lira de marfil con cuerdas de oro.

Déjame sólo mi bandurria humilde
de cuatro cuerdas, pero bien templadas,
en que canté las gracias de Matilde,
hace cumplidas ya quince olimpiadas.
en ella, sin que falte en una tilde,
cantaré maravillas ignoradas,
porque siendo comunes y tribiales
no reparan en ellas los mortales.

Yo ví un reptil horrendo, una Serpiente,
con tardo progresivo movimiento,
vibrando al Sol su piel resplandeciente,
tersa y sin rugas de color sangriento.
Ví también un ejército valiente
que marchaba con orden y ardimiento,
y que al terrible monstruo se acercaba
y con dobles falanges lo rodeaba.

Aunque esta hidra es disforme en su grandeza,
pues en su cinta caben acostados
sin que toquen los piés con la cabeza,
novecientos, ó acaso mil soldados,
la acometen no obstante con braveza,
y con filas y círculos doblados
en su grande extensión la circunvalan,
al mismo tiempo que su altura escalan.

Contra la tersa piel del mónstruo fiero
afianzadas las picas y cuchillas,
sube por ellas al marcial guerrero
y fija su cuartel en las costillas,
del horrible enemigo, que lijero
sobre los escuadrones y cuadrillas
en arco eleva el cuerpo portentoso,
y en salvo deja el campo numeroso.

Sacude contra el suelo ambos costados
y en el grave golpe que la tierra hiere
resuena por los montes y collados
que retiemblan, y el eco lo refiere.
Pero de los que están acuartelados
ni uno solo su puesto dejar quiere;
que en los robustos y espaciosos lomos
se fortifican cual si fueran plomos.

Se revuelca, con varias contorsiones,
y del cuerpo flexible forma anillos,
que sirven de otros tantos escalones,
por donde los soldados y caudillos
suben en desfilados escuadrones
y saltan estos móviles castillos,
de manera que, en menos de un minuto,
de las tropas se cubre todo el bruto.

Ya no se vé la piel sangrienta y fea
ni la figura de la fiera enorme:
por todas partes su estensión negrea,
por que este es el color del uniforme
del ejército fuerte que pelea.
Aquel monstruo feroz y tan disforme,
herido por mil partes, cede y gime
bajo el inmenso peso que lo oprime.

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

Descienden del cadáver victoriosas
las formidables huestes aguerridas,
y con gran diligencia, presurosas,
de sus yertos costados bien asidas,
multiplicando filas numerosas
y de un impulso solo conducidas,
arrastran lentamente y sin estruendo
de la espantosa sierpe el cuerpo horrendo.

El ejército, así, bravo y experto,
marcha, no sin sudores y fatigas
llevando en triunfo su pesado muerto
que servirá de pasto á sus barrigas.
Así vence, cuando obra de concierto
cualquiera sociedad, aun la de hormigas;
que conduciendo su Lombriz por presa
la meten en su cueva, ó fortaleza.

Bajo la presente alegoría
un hecho se contiene verdadero,
que la experiencia enseña cada día
en guerras que sostiene un hormiguero:
ataca con denuedo y bizarría
á otro insecto cualquiera, grande y fiero;
y la social unión con que procede
la victoria y el triunfo le concede.

¿Qué sugeto mas débil que una hormiga?
y su ánimo y su fuerza es invencible
cuando obra acompañado en fuerte liga
con su libre república temible.
Esfuerzo ni potencia habrá enemiga
contra el brazo y el pecho indivisible:
para ser vencedores, ciudadanos,
unid los corazones y las manos.

IX

EL PAVO REAL,

EL GUARDA Y EL LORO.

Un soberbio Pavo real
de pluma tersa y dorada,
con brillantez adornada,
se paseaba en un corral.
El petulante animal
con aire de señorío
miraba el rico atavío
de su pluma; pero mudo,
aún en su elogio no pudo,
decir: "este pico es mío."

Mientras tanto tomó asiento,
allí cerca, un pobre Guarda,
de estos de la pluma parda
que no tienen lucimiento:
pero con melífluo acento
abre la dulce garganta,
y de tal manera canta,
con voz delicada y suave,
que aún el Pavón que no sabe,
admiró dulzura tanta.

Necio entónces y orgulloso,
al mismo tanto que rico,
quiere imitarle, abre el pico,
y dá un graznido espantoso.
Mi Loro que es malicioso
con una falsa risilla
dijo: "¡bravo qué bien brilla!
con el resplandor del oro!
mas no tiene lo canoro
de esa discreta avecilla."

Dime, musa, si has sabido
los misterios de los hados,
¿por qué estan enemistados
lo rico con lo entendido?
Bajo un humilde vestido
vive el sabio en menosprecio,
mientras el soberbio necio,
lleno de oro y de arrogancia,
en medio de la ignorancia
merece el común aprecio.

MIGUEL ALVAREZ CASTRO.

Nació MIGUEL ALVAREZ CASTRO á fines del siglo pasado, en el partido de San Miguel, hoy Departamento del mismo nombre en la República del Salvador, de una familia humilde, que á pesar de la estrechez de sus recursos, se empeñó en darle una educación muy superior á la que podía alcanzar la juventud en aquella época en que aùn no brillaba para nosotros el sol de la civilización.

Adquiridos los primeros rudimentos en la casa paterna fué trasladado al Colegio de Infantes de Guatemala, donde estudió latín, matemáticas y filosofia, distinguiéndose siempre entre sus compañeros, por su talento y laboriosidad.

Interrumpida su carrera con motivo del fallecimiento de sus padres, suceso que le puso en la necesidad de buscarse la subsistencia por sí mismo, no por eso dejó Alvarez Castro de dedicarse con empeño á la lectura, logrando adquirir cierto caudal de conocimientos que más tarde debía elevarlo á uno de los primeros puestos del Estado.

Hombre de bien por la pureza y rectitud de su bello corazón, Alvarez Castro fué uno de los jóvenes que con más ardor abrazaron las ideas liberales el año 21, en que Centro-América se emancipó de la Metrópoli.

Después se le vió figurar desde simple escribiente hasta Ministro del Gobierno Federal, dejando una luminosa huella de su

privilegiada inteligencia en la escala de los diversos destinos, que rapidamente recorriera,

En las cámaras legislativas fué siempre el defensor del pueblo, de sus libertades y progreso.

Músico y poeta, dedicaba sus ocios á componer y cantar sus propios versos, la mayor parte de los cuales han vivido y vivirán desconocidos, tan poco es el aprecio que se hace entre nosotros del talento.

Finalmente, Miguel Alvarez Castro, firme en sus convicciones políticas, siguió en la decadencia de la libertad á Morazán, muriendo á su regreso de la América del Sur en un miserable pueblo del Salvador, destituido de todo humano auxilio, y sin que sus agradecidos compatriotas y verdaderos amigos pudiesen verter una lágrima de gratitud sobre su tumba.

AL CIUDADANO JOSÉ DEL VALLE.

ODA.

A par de los robustos
árboles corpulentos,
del cedro que á los cielos se levanta,
no es dado á los arbustos
formar altos intentos:
y á par de la dulcísima garganta
con que el jilguero canta,
la débil avecilla
teme soltar su voz, teme y se humilla.

Así yo me contemplo
ante el coro armonioso
de los sagrados cisnes de Hipocrene:
tomo la lira y templo;
mas el labio medroso
por un secreto impulso se detiene,
se anima, y le contiene,
el respeto que sólo
vosotros me inspirais, hijos de Apolo.

¡Oh númenes gloriosos!
¡Cantores de Helicona,
cuyas cimas augustas penetrando,
de laureles hermosos
ceñisteis la corona
que vuestras sienes veis hoy adornado!
perdonad si deseando
seguir vuestros caminos
se extravía mi pie, genios divinos.

Mas si el ilustre nombre,
en cadencioso verso,
sonoro á publicar mi voz no acierta;
ya tan digno renombre
en el culto universo
de la inmortalidad le abre la puerta:
por él veo cubierta
á mi patria de gloria,
y Clío eternizando su memoria.

Oigo el nombre funesto
de mil conquistadores,
aplaudidos en vida, en muerte odiados:
veo el puñal enhiesto
sobre los opresores,
de numerosos pueblos señoriados;
mientras que miro alzados
soberbios monumentos
á la sabiduría y los talentos.

Así, jamás honrada
del sabio la memoria
Verás ¡OH VALLE! Nunca confundida
tu gloria señalada
con esa falsa gloria
que al destructor del hombre es atribuida:
la tuya está erigida
en propender humano
al lustre y libertad del centro-indiano.

Tu pericia y tu celo
enfrenó la discordia
que derramara en León tantos estragos;
por tí aquel triste suelo
vió reir á la concordia:
la paz brilló con mil nuevos halagos;
y los días aciagos
de la guerra, olvidando
iba ya, por la influencia de tu mando.

Mas ¡ah! que apenas sueltas
de tus manos las bridas,
torna á encender la tea cruel Belona;
míranse ¡OH DIOS! envueltas
en lides fratricidas
las provincias; alarma, sús! se entona;
la ambición se corona,
todo el orden se invierte
y la patria ¡ay! infausto lloro vierte.

¿Y en tan lúgubres días,
de nublados cubiertos,
mi lira ha de sonar? Si, caro amigo;
en horas tan sombrías
recuerdo bienes ciertos
que gozó la nación bajo tu abrigo;
partícipe y testigo
fuí yo del dulce fruto
que le ofreció tu celo en fiel tributo.

La paz, la ley augusta,
tú solo conservaste
á despecho del génio turbulento
que de tornarlas gusta:
la obediencia enseñaste,
pero con suavidad y blando acento.
¿Se oyó por tí el lamento
que la alegría aleja?
¿Vertió alguno una lágrima, una queja?

¡Oh, si cuando llamado
de las leyes al templo,
á defender del pueblo los derechos,
te hubiesen escuchado
y seguido tu ejemplo....!
la angustia no afligiera á tantos pechos;
ni se vieran deshechos
los lazos fraternales,
ni los altos poderes nacionales;

Y no que, ahora, sumidos
en una guerra infanda
gime la viuda, el hijo, el tierno esposo,
de miseria oprimidos;
la doncella demanda
socorro inútilmente al poderoso,
allí espira angustioso
el mísero artesano;
contra un hermano, allá, lidia otro hermano.

Tal es el cuadro horrible
de desgracias sin cuento,
fruto de la ambición y la locura.
¡Oh si fuese posible,
ahora, en este momento,
volver á aquellos tiempos de ventura!
la triste desventura
los pueblos no probaran;
en dichas y contentos rebozaran.

Mas baste: acaso un día
despertará risueño,
Y volaré á pedirle albricias
de que la guerra impía
depuso el fiero ceño:
Jano y Temis se harán mutuas caricias:
se inundará en delicias
la Corte y ruda aldea;
renacerá la próvida Amaltea.

Pero en tanto que llega
momento tan glorioso,
y que el grito feroz del arma calle;
mi labio humilde os ruega
aceptes bondadoso
estos poéticos ocios, caro VALLE;
la envidia vil estalle
contra ellos su veneno,
que yo veré su cólera sereno.

LA SEPARACIÓN.

"No hay medio; ya es imposible
evitar, dueño amoroso,
mi dolor, pues imperioso
me ordena el hado partir:
óyese al ave sensible
anunciar alegremente
que ya por el rubio Oriente
comienza el día á lucir.

A esta hora ¡qué acerbas penas
veo contra mí agolparse,
hora en que van á nublarse
días del mas puro amor!
Otras gocé harto serenas
para que en mísero llanto
no se trocasen en tanto
en amargura y dolor.

Por el bosque solitario
la viuda tórtola vuela,
y en vano ¡ay Dios! se desvela
de su bien amado en pos;
con eco agradable y vario
apasionada lo llama,
vagando de rama en rama
sin que responda á su voz.

De esta suerte, Amira hermosa,
desde que inteliz me ausento,
buscándote inùtilmente
por el bosque umbroso iré;
con voz triste y pesarosa
te llamará el labio ansioso,
y solo al eco angustioso
repetir tu nombre oiré.

¡Quién sabe si en ese instante
en que tu ausencia me mata,
romperás, Amira ingrata,
los lazos que amor formó!
¡Quién sabe si ya distante,
rodeada de adoradores,
merecerá tus favores
otro mas feliz que yo!

¡Ah Dios! ¿Y así me atormento?
¡Ah Dios! ¿Y así me consumo
por un bien que como el humo
veré á mi pesar huir?
¡Ay Amira! qué momento!
¡oh cuántas penas me afligen!
y es de mis males origen
un infausto porvenir..!

¿Y por qué á violar no empiezo
mi voto y no lo quebranto?
¿por qué no acabo este llanto
que ya ofende á la razón?
No; perdona, es todo exceso,
bien mío, del amor puro
que una y mil veces te juro
arderá en mi corazón.

Primero las elevadas
torres del palacio erguido
destruirá el tiempo atrevido
con su aspecto asolador:
primero verás trocadas
del año las estaciones,
que mudanzas ó traiciones
en mi tierno y fiel amor.

Es más fácil que la fuente
cristalina y abundosa
no vaya á la mar undosa
su raudal á desaguar;
y aun talvez más facilmente
buscará al lobo el cordero,
que mi corazón sincero
te dejare de adorar.

Más bien la noche luctuosa
se tornará en claro día
y en su lugar se vería
el alba resplandecer;
más bien primavera hermosa
produciría malezas,
que no fingidas finezas
en mi tierno pecho ver.

Pero, al fin, ven, dulce Amira,
ven sensible y fiel amante,
ven en este último instante
nuestros lazos á estrechar:
ven, y junto á mí suspira
de amor tierno y verdadero,
pues antes que partir quiero
en tus brazos expirar.

Así el infeliz Dalmiro
cuando empieza á reir la aurora,
al partir de su pastora,
decía con triste voz.
Yo oí el ahogado suspiro
que exhaló en aquel momento;
yo escuché su juramento
y su postrimer adios.

A CINTIA, EN SUS DIAS.

No por mi pasión debiera
en tan fausto y claro día,
tu natalicio cantar
entre mil risas y vivas.

La alabanza en propio labio
bien lejos de ser creida,
es un borrón que obscurece
las prendas más efectivas,

Pero si elogiar supieron
en sus hermosas poesías,
Tíbulo á su cara Délia,
Taciano á su dulce Antila;

¿Qué mucho que yo te ponga
junto á las estrellas mismas,
y que competir te haga
con Juno y Venus divina?

¿Sería esto una locura?
¿Esto un delirio sería....?
No: ¿pues á qué sofocar
los impulsos que me animan?

Vamos..... pero no: al silencio
mi moderación remita
cuanto de tí, Cintia hermosa,
cantar mi musa podría.

Los imparciales que saben
dar al mérito su estima
decidirán si tus prendas
de alabanza ó no son dignas.

Que yo aunque voto no sea,
diré tienes infinitas
para cautivar mil almas
por mucho que se resistan.

Mas ¿por qué los lábios sellas
con esa amable sonrisa?
¿Por qué se asoma el rubor
á tus cándidas mejillas,

Cual rosa que al despuntar
la primer luz matutina,
del aura á los dulces besos
rie, se avergüenza y brilla?

Pero qué! ¿piensas acaso
que estos mis versos respiran
lisonjeras alabanzas
que el sincero amor no dicta?

Llévese el fingido amante
la deplorable desdicha
de no sentir en el pecho
lo que sus labios explican.

Que yo, cual amante tierno,
si te elogio, bella Cintia,
del alma á la boca pasan
los afectos que me inspiras.

Oh! si alcanzar yo pudiera,
por cúmulo de mis dichas,
que fuesen tan duraderos
como el diamante tus días!

Mas en tanto que vivamos,
gocemos, Cintia, la vida,
cual roble y yedra amorosos
entre inocentes caricias.

FRANCISCO QUIÑONEZ SUNZIN.

La ciudad de León, capital de la República de Nicaragua, ha sido fecunda en hombres célebres por su inteligencia y corazón. Entre otros, ella acarició con las brisas de sus mares los primeros albores de la existencia de Francisco Quiñonez Sunzín, el poeta melancólico, el infatigable amigo de la humanidad doliente, el modesto y sencillo ciudadano.

La sangrienta revolución que en 1824 asolaba las hermosas campiñas que se extienden á los piés de Momotombo, hizo dejar su patria al bardo que nos ocupa, proporcionando á Guatemala el placer de ofrecerle, con la generosa hospitalidad que le caracteriza, una esposa digna de él en la ciudad de Quezaltenango, donde había fijado su residencia.

Se ha hecho una edición de sus poesías en 1826. Si muchas de ellas no son correctas, todas revelan en cambio que el genio que las producía estaba inspirado en la delicada luz del sentimiento.

Tenemos noticia de que Quiñonez Sunzín, deseoso de ensayar el género dramático, escribió una pieza para el teatro, versando su argumento sobre uno de los infinitos episodios de la Revolución francesa. Según se nos ha informado, la representación del drama, que tuvo efecto en el extinguido Teatro del Sol, en esta capital, alcanzó un éxito brillante. Lástima que ese trabajo literario no haya sido dado á la prensa para poder formar un juicio acerca de su mérito.

Finalmente, Quiñonez Sunzín, falleció en Retalhuleu, dejando una grata memoria entre nosotros, así de sus virtudes como médico y ciudadano, como del vasto caudal de sus conocimientos en los diversos ramos de la ciencia, á cuyo culto consagró los mejores años de su vida.

A MARIA.

Pura es la onda del ignoto rio,
que en lejano desierto serpentea:
puro es el soplo que en el bosqne umbrío
la copa del palmero balancea:
pura es la fresca gota de rocío
que en la naciente rosa centellea;
más pura, empero, tú, *María*, fuiste
desde el primer instante que exististe.

Allá en su trono el Padre Omnipotente
la plenitud del tiempo ya cumplida,
"que sea, dijo, en su insondable mente,
"sin la culpa de origen concebida
"una Vírgen de Israel;" y refulgente
del seno del Eterno desprendida,
rauda desciende el alma de *María*,
que madre del Dios hombre será un día.

Bajo su planta la cerviz altiva
oprimirá del mónstruo ponzoñoso,
que del Edén la dicha primitiva
trocó en desgracia y llanto doloroso;
desgracia horrible que al humano priva
del bien supremo, del supremo gozo,
y sobre el mundo envilecido vierte
la envenenada copa de la muerte.

El ancha tierra retembló á su influencia,
y balanceó sus ámbitos inmensos,
y cedió el polo norte á la potencia
de los enormes Andes; y entre densos
vapores se elevó: la diferencia
de estaciones surgió: con los intensos
males que aquejan á la especie humana,
vilipendiada por la sierpe insana.

Como tras larga noche tenebrosa,
risueña asoma el alba en el oriente
y con sus dedos de azucena y rosa
las puertas abre al Sol resplandeciente;
es *María* la aurora luminosa
del dia de clemencia sorprendente,
en que el hombre infeliz y corrompido
fué por su Hijo Divino redimido.

¿Cuándo escuchó *María* amargo llanto,
cuándo ha visto *María* acerbo duelo,
sin que el alivio diera del quebranto,
sin que el bálsamo ungiera del consuelo?
Basta, basta invocar su nombre santo
para aplacar la cólera del cielo,
para enfrenar el ímpetu del trueno
y al encrespado mar tornar sereno.

Vuelve ¡oh *María!* tu mirar benigno,
á Guatemala que rendida te ama:
en tus altares de su amor en signo,
arde de incienso perfumada llama.
Perdona al bardo de cantarte indigno.
que por madre dulcísima te aclama,
y sabe que no en vano se confía
en la clemencia inmensa de *María.*

EL PESCADOR.

En las raíces encorvadas
de un mangle elevado al cielo,
colgó sus redes y anzuelo
un infeliz pescador.
No por el remo agobiado,
sino por interna pena,
tendido en la húmeda arena,
así se quejó al amor.

¿Dónde está, amor, ese fuego
con que los pechos derrites,
y cómo á Celia permites
tus sacras leyes violar?
Ella ha variado, y no tengo
ni aun el mísero consuelo
de echar mis redes y anzuelo,
como solía, en el mar.

Hubo un tiempo en que contento,
sobre instables montes de agua,
remando en débil piragua,
con las borrascas luché;
entonces, llorando Celia,
dirigía al cielo preces,
y ¡oh cuántas y cuántas veces
en la ribera la hallé!

Ahora en su seno yacen
ya fríos de amor los restos,
y busca vanos pretextos
por su insconstancia excusar;
y yo sumergido en penas,
ni aun tengo el leve consuelo
de echar mis redes y anzuelo,
como solía, en el mar.

Otro tiempo, en los ensanches
de mi pasión extremada
juzgaba á Celia exceptuada
de la común falsedad;
creía ser sus labios puros;
creía incorrupto su pecho;
mas el velo fué deshecho,
que ocultaba la verdad.

Tú eres, amor, como el viento,
que trae borrasca horrible;
pero sin él, no es posible
sobre la onda navegar.
Calma, pues, ésta, ó que al menos
me dé Celia algún consuelo,
y mis redes y mi anzuelo
echaré contento al mar.

LETRILLA.

Tres veces primavera
reverdeció los prados,
y en montes y collados
la nieve relumbró,
mientras de Mirta hermosa
el celestial semblante,
huyó mi vista amante,
y ¡ay Dios! me abandonó.

No así versátil fuego
amor prendió en mi pecho,
que en lágrimas deshecho
su ausencia lamenté.
Testigo fué la luna,
cuando en la noche fría,
hasta el rayar del día
suspiros mil lancé.

Hasta el rayar del día,
á cuya luz serena,
para aliviar mi pena,
al bosque fuí á vagar;
al bosque, donde dulces
las armoniosas aves,
bien como Mirta suaves,
las escuché cantar.

Y aun el susurro blando
del cefirillo vago,
cuando en fugaz halago
besa la tierna flor;
este susurro, digo,
la voz me recordaba,
con que Mirta entonaba
himnos al Dios amor.

ANTONIO JOSÉ DE IRISARRI.

Este personaje es, sin duda, una de las figuras más prominentes que ofrecemos en nuestra *Galería*. Si bien es cierto que Irisarri está muy lejos, como poeta, de la graciosa facilidad que caracteriza á José Batres, de la delicada sátira de Goyena ó del exquisito sentimiento que se revela en los armoniosos cantos de los Diéguez, su colosal reputación en la América latina, como eminente literato y distinguido hombre de estado, nos hace consagrar á sus apuntes biográficos algunas cuantas líneas más de lo que permite la índole de nuestra publicación.

El bardo de que nos ocupamos nació en la capital de Guatemala el día 7 de febrero de 1786. Dedicado desde muy jóven al estudio, dió muestras de un talento precoz y nada común, distinguiéndose entre sus condiscípulos por su esmerada aplicación, y más que todo, por aquella asombrosa actividad de espíritu que fué el más notable distintivo de su carácter hasta los últimos momentos de su vida.

La muerte de su padre, D. Juan Bautista de Irisarri, acaecida en 1805, le impidió poner término á la carrera que había comenzado; y en la necesidad de ausentarse de su patria para ponerse al frente de los negocios de su familia y recoger la pingüe herencia con que le brindara la fortuna, partió en 1806 para México, y luego para el Perú, donde permaneció hasta princi-

pios de 1809. En este mismo año se trasladó á la República de Chile, donde á poco tiempo de su llegada, contrajo matrimonio con Doña Mercedes Turcios, prima suya.

Allí era donde estaba reservado á Irisarri el teatro en que debía desplegar todos los recursos de su ingenio, figurando en primera línea como político y soldado.

El pueblo chileno luchaba heroicamente por conquistar su independencia; nuestro joven compatriota, sobresaliendo por su ardoroso entusiasmo, obtuvo luego algunos destinos en la milicia, y muy pronto el poder supremo en que dió muestras de una energía extraordinaria durante los pocos días que lo ejerciera. Logró dar tal impulso al movimiento revolucionario, que lo hizo adelantar más que en los cuatro años anteriores; así tuvo la gloria de cooperar eficaz y poderosamente á la grande, importante obra de la emancipación política de Chile, que más tarde llevaron á cabo los ilustres Generales San Martin y O'Higins.

Con posterioridad fué nombrado en aquella misma República Ministro de Relaciones interiores y exteriores, cuyas altas funciones desempeñó con general aceptación, desde abril hasta octubre de 1818. Comisionado luego por el gobierno para negociar un empréstito en Europa y promover el reconocimiento de la independencia de Chile por Francia é Inglaterra, que en aquellas circunstancias tanto interesaba á la naciente República, partió para el antiguo continente, después de haber firmado el célebre tratado de Chile con el Gobierno de Buenos Aires para favorecer la independencia del Perú.

Si la misión de Irisarri á Europa no alcanzó el éxito que era de desearse, respecto al reconocimiento de la República Chilena, sobrepujó con mucho á las esperanzas del Gobierno en lo relativo al empréstito de Londres, en cuyas negociaciones demostró toda la inteligencia, celo y patriotismo que le caracterizaban.

Permaneció en Europa hasta el año de 1825 en que regresó á su patria, después de veinte años de ausencia y de haber figurado gloriosamente en los más vitales acontecimientos de Colombia.

Extraño parece que Irisarri, que había consagrado sus talentos á la santa causa de la libertad en la América meridional,

se filiase en Guatemala bajo las banderas del partido conservador, para combatir en la persona de Morazán la idea regeneradora de la Unión de Centro-América. Nombrado Coronel recorría con la fuerza de su mando los departamentos de los Altos, cuando fué derrotado en San Pedro Sacatepéquez por una división federal, y hecho prisionero en la cuesta de San Pablo.

Precisado á abandonar su patrio sûelo, Irisarri volvió á Chile donde prestó nuevos servicios á la rovolución que ya fermentaba entre aquella República y las de Bolivia y el Perú.

En 1855 fué nombrado Ministro de Guatemala en los Estados Unidos de América, cuya Legación desempeñó hasta su fallecimiento, prestando importantes servicios al aborrecido Gobierno de los treinta años.

Entre las obras de este distinguido literato citaremos en primer lugar sus *Cuestiones filológicas*, publicadas en Nueva York en 1861, que han merecido general aceptación entre los más célebres escritores españoles. Nos quedan, además, varios folletos tales como la *Defensa de los tratados de Paz de Paucaparta* y la *Historia del asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho* que dió á luz en 1845.

Irisarri fué redactor de varias publicaciones periódicas altamente recomendables. "El Cristiano errante," "El Guatemalteco," "El Revisor" y otros, están llenos de sus escritos, unas veces elevados y otras tan cáusticos, que no parecen haber brotado de una misma pluma.

De sus *Poesías satíricas y burlescas* extractamos unas cuantas para dar una idea de su genio siempre fecundo, siempre satírico, siempre ameno, y tan fogoso como en los mejores años de su vida.

Dotado de una vasta instrucción, de modales cultos y elegantes, y favorecido por la suerte con una buena figura y una fortuna colosal, Irisarri fué bajo todos conceptos un hijo mimado del destino. Su nombre ha llegado á alcanzar una celebridad universal; y si nosotros no podemos menos de sentir que en los negocios públicos de Centro-América, haya representado un papel indigno de sus antecedentes en Chile y el Perú, tampoco podemos negarle el tributo de admiración y de respeto que nos merece como uno de los exclarecidos patriotas que más de-

cididamente trabajaron por la independencia de esta patria común que se llama América española.

Irisarri falleció en Brooklin el 10 de junio de 1868, á los 82 años de edad, siendo Decano del Cuerpo Diplomático residente en la Unión americana.

Los que deseen más pormenores sobre la vida y escritos de este ilustre guatemalteco, pueden ver el tomo 1° de los "Ensayos Biográficos" del conocido literato José María Torres Caicedo, que ha colocado el nombre de Irisarri en el lugar que le corresponde entre los hombres célebres del mundo de Colón.

SÁTIRA.

¿En qué consiste, mi señora Musa,
que todos pueden hoy ser escritores?
¿Será este el siglo de la ciencia infusa?
¿Será que los talentos son mejores?
¿O será que el orgullo y la ignorancia
nos dan la presunción y petulancia?

En los tiempos obscuros de mi abuelo
eran pocos los hombres que escribían,
y aquellos estudiaban con desvelo
las cosas que tratar se proponían:
hoy escribe cualquiera su folleto
cuando apenas conoce el alfabeto.

¡Cuánto costaba hacerse literato
en aquella maldita edad de cobre!
A serlo no llegaba un mentecato
por más tinteros que agotase el pobre;
pero hoy es literato y erudito
el que pasa su vida en un garito.

¡Malditos tiempos fueron los pasados!
¡Bendito diez mil veces el presente!
Sólo pudo nacer por sus pecados
en los primeros la cuitada gente
que estudiando las noches se pasaba,
y el libro de la mano no dejaba.

En nuestros días, que envidiara Numa,
cualquiera perillán, cualquier zoquete,
en teniendo papel y tinta y pluma,
una mesa, una silla ó taburete,
escribe sin pensar en lo que escribe,
y el nombre de escritor toma y recibe.

Pensaron los antiguos como Homero,
que antes de entrar al gremio de escritores,
debían ser gramáticos primero,
y estudiaban los tontos ¡qué de errores!
como si fuesen niños de la escuela,
la lengua que heredaron de su abuela.

¿Qué importa conocer la analogía,
esa sintáxis, la ortologia vana,
esa prosodia, ni esa ortografía?
¡Invenciones de aquel que tuvo gana
de sujetar á regla los talentos,
pretendiendo igualar entendimientos!

Mira á Juan, á Martín, á Bernardillo,
á Manuel y José, Pedro y Mariano,
que hicieron de su lengua un baturrillo,
y hablaron jerigonza en castellano,
sin haber dedicado una hora sola
á estudiar la gramática española.

Estos y otros que todos conocemos,
escriben y publican sus papeles,
que correr por las calles todos vemos
en cubiertas de dulces y pasteles,
ó yacen en los sucios bodegones
sirviendo de escondrijo á los ratones.

Escritores han sido los citados
que nos dieron políticos consejos
de sus vanas cabezas escapados,
como huyen de sus cuevas los conejos
sin temer el lebrel que les atrape,
por más que se les grite; zape! zape!

Todos estos Tostados ¡fritos fueran!
de su siglo encomiando la excelencia
las grandes luces sin cesar ponderan;
pero en Dios, en verdad, y en mi conciencia,
que si son nuestros días tan brillantes,
brillan en ellos grandes ignorantes.

De Juan de Guttemberg cantan la gloria
por haber inventado nuestra imprenta,
el trasto que conserva la memoria
de nuestra merecida y dura afrenta.
Sin estos trastos en edad tan culta
mucha ignorancia quedaría oculta.

La imprenta ha sido tentación impía
de muchos ignorantes infelices,
que de autores tuvieron la manía
sin saber donde tienen sus narices,
y nos sacaron á lucir su pata
porque era el imprimir cosa barata.

¡Cuánto mejor el Guttemberg hiciera
en haber inventado un armatoste
de que el tonto hacer uso no pudiera,
ó que fuera el usarlo de gran coste!
Así á lo menos, pagarían caro
los necios escritores su descaro.

Pero el maldito Guttemberg, aunado
con sus dos hugotones compañeros,
todo el mundo nos trae trastornado;
por ellos ya no hay sastres, zapateros,
ni gañanes, siquier, ni zurradores,
pues que todos se hicieron escritores.

¿Qué ventajas nos trajo aquel invento?
Las artes han perdido muchas manos,
las costumbres sufrieron detrimento,
ni artistas ya se encuentran, ni artesanos;
están sin oficiales los oficios,
y entregados los hombres á los vicios.

Pues tantos males nos trajiste, imprenta,
al demonio te doy de buena gana,
y al ente sin razón que te fomenta.
Acábese contigo la jarana
que á los hombres nos trae tan revueltos
desde que andan por tí los diablos sueltos.

Lluvia de rayos sobre el suelo venga,
que los tipos destruya y fundidores,
y cuanto al arte de imprimir convenga;
así tendrán los campos labradores,
volverá el zapatero á su zapato,
el sastre á su tijera, el píllo al ato.

SÁTIRA.

EL BOCHINCHE.

¿Qué cosa es el bochinche? Un alboroto,
el buen Salvá responde. Mas, no es esto;
es cosa muy distinta. ¿Salvá, acaso
voto pudo tener en la materia,
sin ser autoridad? ¿En dónde ha visto
el filólogo aquel lo que define?

¡Alboroto! ¡asonada! ¡qué locura!
El bochinche en tal caso no sería
digno de nombre nuevo. ¿Qué motivo
hubiera habido entonces para darnos
una palabra más sin nueva idea?

Alboroto es tumulto pasajero,
pasajera tambien es la asonada;
mas el bochinche es cosa permanente;
es el orden constante del desorden;
el estado normal en que se vive
en confusión y en inquietud eternas.
Es un cierto sistema de política;
es una forma de gobierno raro,
que mejor se llamara desgobierno,
á pesar de que en él hay despotismo,
y la fuerza á la ley se sobrepone.

Invención de Colombia es el bochinche,
y el nombre es colombiano, estos son hechos.
Mas pasemos á ver cual es su esencia
y como se embochinchan los Estados,
y como se hace bochinchero el hombre.

Nace el bochinche de la absurda idea
de haber dispuesto Dios que la ignorancia
los negocios del mundo desarregle.
Enseñóse á los hombres que en cien necios
debe haber mas razón que en un sensato,
y que habiendo mas necios en el mundo
deben aquestos ser los gobernantes.
Bastaba ya con esto para vernos
en perpetuo bochinche. Mas prosigo
los principios sentando del sistema
el eterno desorden. Enseñóse
que cualquiera facción poder tenía
para urdir la diablura mas horrible,
haciéndose llamar la soberana;
y no hubo ya gobierno; no hubo jueces,
ni congresos tampoco, que no fueran
juguete y burla de facciosos pillos.
Sin política alguna los mandones
jamás consultan la razón de Estado,
ni saben que en el mundo haya tal cosa;
ni los jueces se arreglan á las leyes,
porque las leyes nadie las respeta;
ni en los congresos reinan los principios,
si no son los principios bochincheros.

Este bochinche, como bien se alcanza,
no sólo perjudica á los que moran
en el suelo que se haya embochinchado,
sino á todos los pueblos y naciones
que tienen con aqueste sus negocios;
porque es preciso que el desorden dañe
do quier que alcance su perverso influjo.

¿Qué alboroto, por Dios ni qué asonada
se puede equivocar con el bochinche?
Aquel y aquella vienen de una parte
de pueblo amotinado, que resiste
al poder, á la ley ó al magistrado,
y para cual chubasco: dura un día,
ó más ó menos; pero pronto acaba.
En el bochinche, no; nadie está excento
de ser actor de un modo, ó de otro modo,
y dura como el aire, una vez recio,
otra vez moderado, y otras veces
en huracán terrible convertido.
Como el aire también, se extiende y lleva
el miasma pestilente á las regiones
más apartadas del maligno foco.

¿No vemos como cruzan nuestros mares
las gálicas escuadras y españolas,
britanas y holandesas, atraídas
por las mil injusticias que se han hecho
á todas las naciones en el año
del bochinche mayor que ha visto el mundo?
¿Y no vemos en esto que el bochinche,
no sólo es causa de interior desorden,
sino de muchos exteriores males
que los Estados extranjeros sienten?
Sirva pues á Salvá de norte y guía
aqueste aviso para hacer la enmienda
que tanto ha menester su diccionario;
y dé al bochinche poderoso imperio:
el poder colosal y permanente
que nunca tuvo efímero alboroto,
ni ridícula y mísera asonada.
Haga justicia el español al grande
continental bochinche americano,
que sólo un necio confundir pudiera
con los tristes tumultos españoles,
que la pena no valen de escribirse,
y puras bagatelas me parecen.

Cese mi indignación, pues he cumplido
con vindicar el nombre de bochinche,
el nombre dado al hijo de Bolívar,
ó sea al nieto, si se quiere. Dejo,
¡colombiano bochinche! vindicado
tu ilustre excelso nombre, por desgracia
de chiche y berrinche consonante,
una cosa que apesta, otra que hostiga.
¡Soberano bochinche omnipotente,
regulador supremo de Colombia!
ya sabes que yo soy tu muy adicto
y grande admirador de tus portentos.
Vive tú lo que puedas, y yo viva
para escribir tu funeral elogio.

ODA.

A UN TRIBUNO.

Haces mal ¡oh Tribuno!
en incitar al pueblo á los motines,
creyendo que oportuno
será para tus fines
el valerte de medios tan ruines.

Hoy eres demagogo,
y mañana la víctima habrás sido
del fiero desahogo
del pueblo enfurecido,
por tus inicuas artes corrompido.

Téme, téme el ejemplo
que dando estas al vulgo temerario:
y no creas que templo
hallarás ni santuario
que te dé asilo en el azar contrario.

Enseñas impudente
á romper de las leyes la barrera,
que al pueblo inconsecuente
los ímpetus modera,
y al hombre le separa de la fiera.

¿Cómo el dique destruyes
con que el mar de pasiones se sujeta,
sin ver que tú te incluyes
en la ruina completa
que es preciso que todo lo someta?

Tú, el fiero incendio atizas
para hacer de la patria inmensa pira
que reduzca á cenizas
cuanto á la paz conspira,
aquella dulce paz que Dios inspira.

Sigue, sigue en tu intento;
mas aguarda temblando el resultado
de tanto atrevimiento;
pues tú serás penado
con el mal que tú mismo has preparado.

Ese pueblo tranquilo
á quien tú vuelves fiero y sedicioso,
no será ya el asilo
del hombre laborioso,
ni la mansión del justo y del virtuoso.

Será de turbulencia
la fragua permanente, de venganzas,
de discordias, pendencias,
traidoras acechanzas,
y trastornos eternos y mudanzas.

Y en esta fragua misma
en que se forje sin cesar el daño
que viene con el cisma,
tú serás de tu engaño
la víctima expiatoria en modo extraño.

Y serás, no lo dudes,
cual otros fueron que constante imitas,
que á falta de virtudes,
sus astucias malditas
emplearon con fatigas infinitas.

Y por lograr un día
del aura fácil que consigue el necio
por esta infame vía,
recibieron el precio
de hacer venir la ley en menosprecio.

Y justo es que así sea,
y así lo quiere Dios por su justicia;
que aquel que se recrea
en su propia injusticia,
la pena le prepare su malicia.

Así contar ya puedes
con que serás un día aprisionado
en esas mismas redes
que tiendes tan confiado
en tu sola ignorancia, desdichado!

Serás excarnecido,
de injurias mil y de baldón cubierto,
por nadie protegido,
y ten por caso cierto
que á manos de asesinos serás muerto.

Y tal será tu suerte,
de aciaga, de fatal y de terrible,
que tu trágica muerte
verá el mundo insensible,
aunque tu fin parezca el mas horrible.

Porque tal fué la pena
que impuso Dios al hombre criminoso,
que emprende la faena
de turbar el reposo
que es del orden social eje precioso.

FÁBULA.

EL PERFECTO PATRIOTISMO.

Yo no sé, decía Juan,
por qué motivo ó razón
tienes empleo, Ramón,
y á mí ninguno me dan
cuando soy de la facción.

¿Qué más pudiste tú hacer
que lo que yo hice? Charlar,
y mentir y calumniar,
de un polo á otro correr,
y á todo el mundo engañar.

De ese modo se logró
que triunfásemos al fin,
y por eso Pelantrín
de presidente se vió,
merced á nuestro trajín.

Si yo tanto trabajé
en la maldita elección,
¿por qué motivo, Ramón,
sin pitanza me quedé,
y metido en un rincón?

Ya puedes tú conocer,
Ramón dijo á su parcial,
que el tesoro nacional
un coto debe tener,
lo que en verdad es un mal.

Es imposible cumplir
con todos contra el rigor
de la escasez que dá horror
en el tesoro; es decir,
que no puede ser mayor.

Bien puede ser eso así,
el triste Juan contestó;
pero en verdad no sé yo
que eso me convenga á mí.
A Baco juro que no.

Si de balde trabajé
en la maldita elección,
iréme á la oposición,
y quizá me vengaré
en una revolución.

Y así fué, sin más ni más,
como Juan echó á correr
al mismo bando que ayer
llamaba de Barrabás
y decía aborrecer.

Esto pasó en el Perú,
en México, el Salvador,
En Chile y el Ecuador,
y doquier que Belcebú
hacer pudo su labor.

¿Qué tenemos que extrañar
que Juan pareciese infiel
á su partido, cuando él
nada podía esperar
quedando firme en aquel?

¿Quién un partido siguió,
ó dos partidos ó tres,
dando continuos traspiés,
sino porque en esto halló
su personal interés?

FÁBULA.

EL LOBO Y EL ZORRO

Un viejo lobo
tierno miraba
cierta ovejuela
bien encerrada
en fuerte aprisco,
y luego exclama:
¿cuánto yo diera
por que se hallara
libre á su gusto,
bien á sus anchas
esta ovejilla
aprisionada?
¡Qué amor le tengo!
¡Pena me causa
ver que no goce
de la ventaja
de andar por donde
le dé la gana!

Un zorro escucha
estas palabras
tan compasivas
y tan humanas,

como en un lobo
las mas extrañas,
y entre sí dijo:
cosa es bien clara
que aqueste diablo
la ovejilla ama,
cual yo las pollas
tiernas y grasas,
que libres viera
de mejor gana
que no metidas
entre esas barras,
que no les dejan
salida franca
para hacer uso
de aquestas alas
que por Natura
les fueron dadas,
para ser libres
como las águilas
y demás aves
que al aire vagan.
Yo digo ahora
que es cosa extraña
que haya entre brutos
malicia tanta
que dé á sus vicios
tan noble capa.
Pensé que sólo
la diplomacia,
que entre los hombres
está en usanza,
viles proyectos
falsa cultura,
cuando en sus hechos
y sus palabras
contradicciones
tan sólo se hallan.

Hacen lo mismo
y lo mismo hablan
que lobo y zorra
de aquesta fábula;
pero no es esto
lo que me espanta,
sino que hay hombres
tan papanatas
que no conocen
las buenas maulas,
que engañar quieren
con frases vanas,
cuando sus miras
están tan claras
que hasta los ciegos
pueden mirarlas.
Pollos y ovejas
de mejor raza
los hombres somos
para la casta
de protectores;
que así nos aman
como á sus víctimas,
las alimañas
que se dolían
de ver guardadas
las inocentes
víctimas caras,
que *bien querían.*
[SACRIFICARLAS].

FÁBULA.

LA RAZÓN Y EL INTERÉS.

Un altercado tuvieron
la Razón y el Interés,
mas la Razón femenina
no pudo al macho vencer;
y aqueste, sin más ni más,
mató á la otra en dos por tres,
y temiendo á la Justicia
que lo quería prender,
el asesino maldito,
llevando alas en los piés,
en la iglesia se metió.
Así desde aquella vez
no ha salido del sagrado
que pudo alcanzar tan bien.
Está tan contento allí,
que según se echa de ver,
la Iglesia no dejaría
aunque le hicieran merced
de indultarle de la pena:
él sabe muy bien por qué.

¿Esta es fábula ó historia?
¡Quién sabe en verdad lo que es!

MAS CLARO QUE EL AGUA.

Dices Luisa que no has visto
cosa más clara que el agua;
y te engaña tu experiencia
cual á otras muchas engaña.
Estáme atenta, y muy pronto
verás que hay cosas mas claras.

Que tú presumes de linda,
y de tener mucha gracia,
y de hacer que por tí mueran
cuantos á tí te dé gana;
son, Luisita de mi vida,
cosas más claras que el agua.

Que tú quisieras tenerme
convertido en un Juan Lanas,
porque gustas de las gentes
que llamas de buena pasta;
es otra cosa, Luisilla,
mucho más clara que el agua.

Que siendo tu amor inmenso
halles que un hombre no basta
para aprovecharlo todo,
y de amar á veinte tratas
como á mí, Luisita; es otra
cosa más clara que el agua.

Que quisieras ser querida
de toda criatura humana,
sin tú querer á ninguno,
sino el tiempo que te agrada;
es, discretísima Luisa,
cosa más clara que el agua.

Que tú quisieras que fuesen
todos ciegos los que te aman,
para que nunca mirasen
lo que por sus ojos pasa;
es más claro todavía
que el agua más destilada.

RISA Y LAGRIMAS.

Mientras nos duran los días
tenemos en todo evento
que echar á la risa el cuento
ó hacernos los Jeremías;
y debiendo yo tomar
el partido de mi humor,
mal haría yo en llorar,
siendo la risa mejor.

Cuando veo yo á Melisa
por todo el año en el templo,
queriéndonos dar ejemplo
de su asistencia á la misa.....
y siempre en el mismo altar
al lado de aquel señor....
mal haría yo en llorar
siendo la risa mejor.

Cuando veo yo á Susana
con los viejos rigurosa,
y tan tierna y afectuosa
con la juventud lozana,
queriéndome hacer tragar
no se qué historia de honor,
mal haría yo en llorar
siendo la risa mejor.

Cuando se nos viene Tito
haciendo del literato,
sobrándole al mentecato
la *e* del nombre erudito,
y sin poderse llamar
más que rudito en rigor,
mal haría yo en llorar
siendo la risa mejor.

Cuando me dice Espinosa
que yo peco de difuso
porque el trabajo no excuso
para aclarar bien la cosa,
hasta que el rudo escolar
quede libre del error,
mal haría yo en llorar
siendo la risa mejor.

Cuando Lucio, que no entiende
lo que llamamos prosodia,
quiere hacer una parodia
de mis versos, y pretende
poder en ella acertar,
ganando fama de autor,
mal haría yo en llorar
siendo la risa mejor.

Cuando me acusa Bacaro
de ser confuso, y Prenesto
quiere hacerme el cargo opuesto
de que peco por muy claro,
que todo lo he de explicar
como lo hace un preceptor,
mal haría yo en llorar
siendo la risa mejor.

Cuando veo con qué exceso
el reverendo Calillo,
porque leo yo un librillo,
me quiere hacer un proceso,
tratando así de probar
de su piedad el fervor,
mal haría yo en llorar
siendo la risa mejor.

Mientras veo yo que todos
dicen y hacen disparates,
necedades y dislates,
de muchos y varios modos,
sin hacer más que variar
las formas de un mismo error,
mal haría yo en llorar
siendo la risa mejor.

Cuando, en fin, veo que nadie
de ser crítico se excusa,
creyendo en la ciencia infusa
que su opacidad irradie,
sin querer aun estudiar
lo que estudió el escritor,
mal haría yo en llorar
siendo la risa mejor.

LETRILLA.

Los tiempos pasados
eran cosa buena,
mas estos presentes
son malos de veras.
Esto me contaba
mi difunta abuela.

Todas las muchachas
con los mozos eran
hurañas, esquivas,
como hechas de piedra.
Esto me contaba
mi difunta abuela.

Santas eran todas,
juiciosas, discretas,
hasta las que hacían
vida callejera.
Esto me contaba
mi difunta abuela.

Eran las mujeres
tan castas y honestas
que aun siendo casadas
morían doncellas.
Esto me contaba
mi difunta abuela.

Los mancebos sólo
visitaban viejas,
y el día pasaban
rezando en la Iglesia.
Esto me contaba
mi difunta abuela.

Ninguno engañaba
en compras ni ventas,
ni en negocio alguno,
con falsas promesas.
Esto me contaba
mi difunta abuela.

Y los que vendían
las carnes y yerbas,
ni un centavo más
cargaban en cuenta.
Esto me contaba
mi difunta abuela.

Y en los comerciantes
jamás hubo quiebras,
porque eran personas
de ciencia y conciencia.
Esto me contaba
mi difunta abuela.

Siempre buenos jueces
había en la audiencia,
porque ni un mal hombre
se daba en la tierra.
Esto me contaba
mi difunta abuela.

Pero por desdicha,
tantas cosas buenas
eran ya pasadas,
de olvidada fecha,
cuando las contaba
mi difunta abuela.

MARIA JOSEFA G. GRANADOS.

También el bello sexo ha contribuido con ilustres nombres á la formación del Parnaso Centro-Americano.

Siguiendo en cuanto es posible el orden cronológico que en este volumen nos hemos propuesto seguir, el primero que debemos apuntar es el de María Josefa García Granados, nacida el 10 de julio de 1796 en el puerto de Santa María, España.

Trasladada desde sus más tempranos años á la capital de Guatemala, residencia de su familia, nuestra poëtisa se dedicó con empeño al cultivo de la literatura; pero la elevación de su talento, lo variado de su sólida instrucción, y, más que todo, la fogosidad de su carácter, no debían permitirla mantenerse encerrada entre los estrechos límites de producciones meramente contemplativas. Entró pues con paso firme en el palenque de la política y la sátira, y en un periódico que al efecto fundara, con el nombre de "*Juan de las Viñas*," dió á la prensa notables artículos que fueron objeto entre los estadistas de la época, de acaloradas polémicas, sostenidas siempre de su parte con una entereza varonil.

De sus obras poéticas, salvadas para la posteridad por "El Museo Guatemalteco," interesante semanario de esta capital que se publicaba allá por los años de 1858 á 1859, juzgarán nuestros lectores por las pocas muestras que en nuestra *Galería* podemos ofrecerles. Campean en ellas, al par de una encantadora facilidad del lenguage, imágenes brillantes y llenas de expre-

sión, en que se hermanan lo castizo de la frase con la dulzura del sentimiento y la elevación de las ideas.

Su primera estrofa "A la Esperanza" es de una belleza inimitable.

"Salve, risueña esperanza,
de quien la magia divina,
á la dicha presta una ala
y al dolor quita una espina."

Llama la atención por lo sentido la *Dedicatoria* que de su *Himno á la luna* hizo al Duque de Rivas; y su *Epístola* á J. G. G. puede citarse muy bien como un modelo de poesía descriptiva.

María Josefa García Granados falleció en esta capital el 28 de julio de 1848, dejando inmenso vacío en el extenso círculo de sus amistades. En cuanto á su recuerdo, vivirá imperecedero en los anales de nuestra incipiente literatura nacional.

HIMNO A LA LUNA.

El disco argentado
de Diana apacible,
al alma sensible
convida á pensar:
sus pálidos rayos,
de luz blanda y pura,
inspiran ternura
y un grato agitar.

¡Cuán plácida brilla!
Las nubes platea,
y suave hermosea
la etérea región.
Del mísero amante,
que espera y padece,
el pecho adormece
con tierna ilusión.

¡Salud, astro hermoso!
tu dulce influencia
quizá á mi existencia
dará nuevo ser:
que ya de los hados
la víctima he sido;
y en vano he querido
luchar y vencer.

Si fijan mis ojos
tu bello semblante,
percibo un instante
suspenso mi mal;
mas esto no basta:
tu aspecto sereno
derrame en mi seno
su calma inmortal.

La bóveda etérea,
de claro zafiro,
que en rápido giro
te ví recorrer,
un templo te ofrezca,
cuyo ámbito inmenso,
jamás el incienso
podrá obscurecer.

Las trémulas luces
de miles de estrellas
despidan más bellas
su opaco esplendor:
de Febo brillante
los rayos te doren;
tu carro decoren,
templando su ardor.

Su velo rosado
la aurora risueña,
con mano halagüeña,
coloque en tu sien;
Y rubios celajes,
formando graciosos
mil grupos vistosos,
sus íris te den.

¡Oh nunca se eclipse
tu luz deleitosa
ni nube envidiosa
empañe tu faz!
Y ya que tu vista
mi pecho conmueve,
mis votos te eleve
la brisa fugaz.

DEDICATORIA DEL HIMNO PRECEDENTE

—Á—

DON A. SAAVEDRA,

ALUDIENDO AL SUEÑO DE UN PROSCRITO QUE COMPUSO.

¡Oh Saavedra! tu Sueño fecundo
en mí infunde mortal desaliento:
mas perdona indulgente si intento
este ensayo á su autor dedicar.
Si de tí lo juzgares indigno,
no le des favorable acogida;
y olvidando mi musa atrevida,
imagina que has vuelto á soñar.

¡Seductoras imágenes bellas!
Se respira el balsámico ambiente;
la colina, los prados, la fuente,
cuán al vivo en tu Sueño se ven!
El, prestar á Natura pudiera
colorido brillante y variado;
pues marchitos se ven á tu lado
los floridos jardines de Edén.

Libertad y justicia sus tronos
otra vez en Iberia establezcan:
de tiranos y esclavos perezcan
aun los nombres cubiertos de horror.
Y tú, al lado de ANGÉLICA bella,
realizando en sus brazos tu sueño,
logres ver el *celage risueño*,
sin temer *huracán bramador*.

Yo también, como tú, desterrada,
de la plácida Bética hija,
el destino en América fija
mi existir de amargura y dolor.
Mas si al fin su rigor me prohibe
contemplarte de cerca, admirada,
con mi cítara mal acordada
cantaré de Saavedra en loor!

PLEGARIA.

Templad, Cielos, mis penas,
y al menos en el sueño,
la imagen de mi dueño
me venga á consolar.
Mas si vanos mis ruegos,
toco al sepulcro frío,
el llanto del bien mío
allí llegue á regar.

La aurora de mi dicha
cual niebla desparece,
y en su lugar se ofrece
funesta realidad.
Negros presentimientos
mi triste pecho agitan;
y el llanto que en mí excitan
no enjuga la amistad.

El destino, su víctima
ya tiene señalada:
de Isaura ¡sombra amada!
consuela mi dolor.
Brama el viento horroroso
y el huracán tremendo,
por instantes creciendo
me yela de temor.

¡Oh madre! que tu espíritu,
desde el cielo en que mora,
en mi última hora
sostenga mi valor.
¡Y tú, virtud celeste
que adora el pecho mío,
perdona el extravío
de mi funesto amor!

A LA ESPERANZA.

Salve, risueña esperanza,
de quien la magia divina
á la dicha presta una ala,
y al dolor quita una espina!

Quien en tu seno reposa
se adormece en la ilusión:
si el placer es una rosa,
la esperanza es el botón.

Tu áncora, el frágil barquillo
sostiene del navegante
que batido por los vientos
á tí sola halla constante.

Tú sigues en el horrible
calabozo al desgraciado:
si el Averno es tan temible,
es porque allí no has entrado.

Fueran ásperas las sendas,
aun del templo de la gloria,
si tus manos no ofrecieran
las palmas de la victoria.

Tú confundes en la sombras,
temor, pesar y recelo;
y al porvenir más oscuro
le arrojas tu hermoso velo.

Tú, en fin, al ser que abrumado
se vé por la injusta suerte,
mostrándole el Eliseo
le haces un bien de la muerte.

A J. G. G.

DESCRIPCIÓN DE LA ERUPCIÓN DEL COSIGÜINA.

EPÍSTOLA.

A tí, que en lira fúnebre has cantado,
Alberto, de una flor temprana y pura
la muerte prematura;
y eres apasionado
de lo bello, sublime y armonioso,
se dirige mi numen caprichoso.

¡Oh!, quién de Apeles el pincel tuviera,
ó de Byron la pluma deliciosa!
entonces ¡cuán hermosa
mi fría descripción te pareciera!
y hábil, á la natura uniendo el arte,
pudiera sus fenómenos pintarte.

Mas ¡ay! no es fácil á mi débil mano
trazar el espectáculo grandioso,
sublime y pavoroso,
que aun no penetra el discurrir humano.
Volcánica explosión y sus efectos
bosquejaré con rasgos imperfectos.

Como la vista obscura y empañada
es triste núncio del postrer instante,
niebla así amenazante
se alza, y cubre la bóveda azulada,
y del sol á la luz clara y radiosa,
sucede noche eterna y pavorosa.

El trueno continuado y resonante,
de sur á norte todo lo conmueve:
mezclada arena llueve
con azufre sutíl; y el caminante,
con el Supremo Ser emplea el ruego
al contemplarse doblemente ciego.

La tierra convulsiva se estremece,
imitando del mar el movimiento:
mil columnas el viento
eleva de ceniza; y ya parece
que el universo de existir cansado,
quiere volver al primitivo estado.

¡Vieras allí el terror! vieras las gentes,
correr acá y allá despavoridas,
á favor de encendidas
teas, que se procuran diligentes:
encuentran una choza, y fatigados
en ella se guarecen los cuitados.

Por grados el peligro se acrecienta,
cuando oyen un rugido lamentable,
y un huésped formidable
en medio de la estancia se presenta:
no tiene el ademán del tigre fiero
bajo su piel manchada, es el cordero;

Y nadie de su asiento se ha movido,
porque al espanto el alma acostumbrada
no la conmueve nada,
ni aun lo que poco antes ha temido.
La desgracia une al hombre con el bruto:
de su influjo fatal este es el fruto.

Al fin, con mil esfuerzos horrorosos
vomita el Cosigüina por torrentes
piedra y lavas ardientes:
las tinieblas contrastan los vistosos
plumajes, que del fuego más brillante
cautivan la atención del caminante.

¡Y no se siente alivio en la natura!
Los elementos con furor se tocan,
y ya en la esfera chocan,
turbando su celeste arquitectura.
No es un volcán: aborto es del Averno
que permite en su cólera el Eterno.

En vano lucha Febo y se lamenta
de su inútil poder, que no es posible
penetrar la invencible
barrera que la niebla le presenta.
Tres veces de su carro rutilante
cuentan las horas el girar constante;

Y tres veces burlar vé su porfía
por la niebla tenaz que le resiste,
cuando una débil triste,
lividez, anuncia el día,
cual brilla en una estancia funeraria
lámpara sepulcral y solitaria.

¡Ay! nunca, nunca á aparecer volviera!
No alumbre ¡oh Febo! más tu luz hermosa,
la escena desastrosa
que á la vista se ofrece por doquiera,
¡desenvuélvese el caos! y se ha oído
dar á la tierra el último gemido!

¡Ya no hay vegetación! El roble fuerte
cede al peso de escombros calcinados:
árboles derribados
presentan una imagen de la muerte.
Y tú, ceiba elevada y orgullosa,
¿á dónde está tu pompa magestuosa?

Tu tronco colosal yace enterrado,
de una erupción al ímpetu violento:
y el tierno juramento,
que el amor imprimió, ya está borrado.
¡Si el riego de una lágrima pudiera
vida volverte á dar, yo te la diera!

¿Por qué, *Nacaome*, dí, tus habitantes
en las corrientes plácidas expiran?
Tus márgenes se miran
detenidas por lluvias abundantes
de sulfúreas materias, que en tu seno
derraman un sutíl mortal veneno.

¡Salud, soberbia reina que dominas
en la etérea región, ave altanera!
¡Qué! ¿te abates rastrera
á buscar un asilo entre rüinas?
Cara compras tu vida ¡desdichada!
que la cadena es muerte prolongada.

Trastorno igual, no más, no ver espero;
pues se ven confundidos, sin que asombre,
con la pantera el hombre,
y con la oveja el lobo carnicero.
Encuéntrase á las fieras en poblado;
y en los bosques al hombre extraviado.

¿Y pintaré del mar las tumultuosas
ondas que por el Bóreas azotadas
y hasta el cielo elevadas
se coronan de cimas espumosas?
Sus anchos senos guardan combustibles,
de asoladores fuegos más temibles.

Por los tres elementos oprimido,
sus límites rompiendo, va á ensancharse
y amenaza tragarse
pueblos que la explosión no ha destruido:
mas retrocede al fin, después que inunda
una llanura vasta é infecunda.

¡Oh! si mi musa describir pudiera
los cadáveres tristes que han poblado
el monte, el bosque, el prado,
de aves y brutos mil, la tierra entera
infectando sus miasmas pestilentes
la atmósfera y del agua las corrientes!

Ya la desolación crece y progresa
por la terrible peste destructora:
la triste madre llora
siguiendo al hijo tierno hasta la huesa:
¡delicado botón á abrirse iba,
cuando la hoz aguda lo derriba!

El fiel amante fija su mirada
anhelosa y postrera en su querida:
á hablarla va; y la vida
huye, y se lleva la palabra ansiada;
y ella.... de la razón el don precioso
pierde á cambio de efímero reposo.

¡Ah! no más, basta ya: tantos horrores
llenan mi corazón de angustia y duelo:
cubra un funesto velo
este espantoso cuadro de dolores;
y en homenaje puro, eterno llanto
derramé mezclado con mi canto.

FRANCISCO RIVERA MAESTRE.

(1791-1852)

Pocas son las noticias que nos ha sido dable conseguir acerca de la vida y escritos del ilustre guatemalteco con cuyo nombre encabezamos estas lineas.

Sabemos, no obstante, que nació á fines del pasado siglo en Guatemala, y que dedicado desde muy joven al estudio del derecho, ciencia por la que tenía particular predilección, se conquistó á poco tiempo de ejercer la abogacía, el título de jurisconsulto, no á la manera que hoy se prodiga este dictado, sino como en mejores tiempos se entendía la palabra.

Trasladado posteriormente á Madrid, en donde fijó su residencia, fué elevado á diversos puestos públicos, viniendo á morir como Ministro togado del Tribunal Supremo de Guerra y Marina de aquella Corte, en edad muy avanzada.

De sus poesías, publicadas la mayor parte de ellas en periódicos de la Península, dice él mismo en el prólogo que puso á un cuaderno de composiciones inéditas que envió desde Madrid á un amigo suyo de esta capital, lo que sigue: "colección de romancillos y de otras composiciones en rima prosaica ó prosa rimada, para los que, no siendo favorecidos de las musas, y estando reñidos con ellas, gustan de entretenerse con fruslerías ó bagatelas."

Sin embargo, debemos reconocer con Milla, que hay en esas rimas corrección y chispa, cualidades que, aparte del sabor nacional que para nosotros tienen, las hacen apreciables para todos los amantes de las letras.

Rivera Maestre es uno de los hombres que más han honrado á Centro América en el antiguo continente, así por la honorabilidad de su carácter, como por su talento é instrucción, por donde nos parece justo que la patria agradecida honre á la vez su memoria, inscribiendo su nombre entre los literatos centro-americanos de más nota.

La brillante posición que se conquistara en España, no le impidió consagrar á Guatemala sus más dulces recuerdos, como lo prueba la *Epístola* que á continuación de estos apuntes colocamos, y que termina con esta sentida estrofa:

"Reciba de un hijo suyo,
y que de serlo se jacta,
mil *saludes* y *adiositos*
que complacido *le manda*."

EPISTOLA Á GUATEMALA.

ESCRITA DESDE MADRID, RESIDENCIA DEL AUTOR.

Por *platicar* me las pelo
siempre de tí, Guatemala,
con los paisanos que vienen
á ver á la ex-madre patria.

Ora se digan *Chapines*,
ora *Guanacos*, bien hayan
nacido en Gualán, en Mixco,
en la *Ermita*, en Comayagua.

Por ellos sé con el gusto
que tus progresos me causan,
que ya no eres lo que fuiste
en tiempos allá de marras.

Que no te conocería
si yo á tu seno tornara,
encontrándote del todo
á la extranjera montada.

Tan dichosa que sin duda
pensaría estar en Jauja,
donde cuenta que los *chuchos*
con longanizas se amarran.

Que, en fin, progresas de modo
que ya vas perdiendo el habla,
y mudando hasta el acento
con tus ladinas palabras.

No en balde corren los años,
y no son pocas las pascuas
corridas desde que fuiste
por *chiripa* emancipada;

O sea por lo que fuese,
que no seré yo el que salga
después de cinco y más lustros,
deslustrando aquella hazaña.

Es de entonces que tú empiezas
á figurar en el mapa
del gran mundo, y que por ello
Centro-América te llamas.

No es excéntrico á fé mía,
ni deja de tener gracia
este nombre, ó sobrenombre,
pues anónima no andabas.

Quién te lo puso diría
que lo que abunda no daña,
cual no empece que el *camote*
se llama también batata.

Que sean los *tecomates*
igualmente calabazas,
y los *güisquiles chayotes*,
y las mentiras *guayabas*;

Que bolas aquí se dicen,
y por cierto que en echarlas
á cual mas grandes y gordas,
ninguno se queda en zaga.

Te comunicas y estrechas
con las naciones mas sábias
y mas cultas, que no aquella
que tú *endenantes* tratabas.

Con el roce de las mismas
es muy natural que vayas
adquiriendo otros estilos
y diferentes usanzas.

Lo cual á todos sucede
y así el proverbio lo canta:
"decirte podré quién eres
si me dices con quién andas."

Mas tú no te identificas
con todo el que te acompaña,
de sus cosas recibiendo
las buenas que no las malas.

De *cucuxques pichicatos*,
devorados por el ansia
de enriquecer á tu costa.
ponerte sabes en guardia.

Si en tus hogares se meten
como Pedro por su casa,
es porque te proporcionan
innumerables ventajas,

Librándote de *mosquitos*,
chapulines, garrapatas,
que pululan cual *sompopos*,
por Walís y por Zacapa.

Y por librarte de todo
de tal manera se afanan,
que en un Támesis procuran
ver convertido el Motagua;

Y pescar á todas artes
de redes, arpón y caña,
y traficar por el río
de San Juan de Nicaragua.

Si ellos con sus *cambalaches*
te van sacando la plata,
no menos también te libran
del trabajo de guardarla,

Y de los muchos *molotes*
y sarracinas que causan
los metales, siempre origen
de conflictos y desgracias.

Famélicos mercachifles
que por todas partes andan
oliscando donde guisan,
van á sacar sus tajadas.

En cambio del *jiquilite*,
del cacao y de la grana,
te dan *maritates*, y opio
en vez de *chicha* que embriaga.

Los filántropos te llevan
sus leyes humanitarias,
y como en tu pro redundan
debes por fuerza adoptarlas.

Te limpian de gente *prieta*,
no dejándote sin blanca,
para que siembres á gusto
bellotas, hongos, patatas;

Y prosperes á manera
de la venturosa Irlanda,
de la que si emigran todos
no es más que por la pitanza.

Ellos en fin te proveen,
con gran celo y eficacia
de efectos que sentirían
pudiesen hacerte falta.

Aun al fiado te venden
hasta de balde te *encajan*,
machetes, picas, fusiles,
cañones, pólvora y balas.

Y porque en paz te conserves
tenerte quieren con armas
según la regla que dice:
si vis pacem, bellum pàra.

Siguiéndola dizque suelen
dar en sus riñas navajas
á los presos, y al instante
se pacifican y amansan.

Bien saben que ni con chinos
ni con *totorecos* tratan,
á quienes los buhoneros
alucinan y *atarantan.*

De monárquica me dicen
que ya no te queda nada,
conduciéndote en un todo
por la *mera* democracia.

Y deben estar con ella,
por lo visto, en consonancia,
los distintivos, las cruces,
las cintas y las medallas:

Las que en otras partes lleva
la engreida aristocracia,
puesto que tus caros hijos
también las tienen y gastan.

Yo siento digan por ello
los que ven en todo farsa,
que no es el león tan fiero
cual aparece en la estampa;

Que son unos *saramullos*
sin que muestren llevâr trazas
de originales, haciendo
continuamente *micadas*.

Mas por lo que á mi respeta
no te diré ni palabra;
fuera meterme en *honduras*
y en *camisa de once varas*.

Diría mil disparates
que sin duda te *picaran*
y tal vez exclamarías:
"*¡Ere* que hombre! *¡arredo vaya!*

Par su vida cristianito,
no diga *totorecadas*,
que en achaques de gobierno
no sabe siquiera el alfa."

Y es una verdad tan grande
como el volcán de Pacaya,
y el que en la *Antigua* descuella
sobre las nubes más altas.

No sé conciliar siquiera
con las teorías la marcha
de los gobiernos, é ignoro
las formas á que se adaptan.

Es materia en que de plano
reconozco mi ignorancia,
teniéndome por un zote
y *tanquam tábula rasa*.

Por eso de tales cosas
libre va que diga nada,
y por lo demás bien sabes
que yo *refero relata.*

Me cuentan que ya en el día
nadie dice *caballadas,*
sino inepcias, desatinos,
blasfemias, como en España.

Que ya tampoco ninguno
quiere decir *chayotadas,*
aunque abunden los *chayotes*
y *güisquiles* á Dios gracias.

Así abundan las *anonas,*
las *piñas,* las *pitajayas,*
y demás sabrosas frutas
¡quién las comiera! *¡malhaya!*

Que yo *sé comer* de todo,
teniendo por dicha ganas,
¿y quién hay qué no las tenga
con tus frutas y vïandas?

Si es que no se *chacotean,*
y de burlarse no tratan,
ya no son *niños* los viejos,
Ni dicen *tata* ni *nana.*

Y en verdad que este progreso
maldito lo que me *cuadra;*
es mejor estacionarse
perpetuamente en la infancia:

No salir de *niños chicos,*
aunque peinemos ya canas,
y también aunque los peines
ya no nos hicieren falta.

Los niños, hoy señoritos,
han renunciado á la capa
y á la donosa chaqueta
por la indigesta casaca;

Y los demás adherentes
y molestas zarandajas,
inclusa por de contado
la sofocante corbata,

Merced á los que en extranjis,
con tan lindas garambainas
en uniformar se empeñan
á toda la especie humana.

Estriberas pontificias
ya los ginetes no gastan
en bien de rejas y esquinas,
y á disgusto de las damas.

Ni los mullidos *pellones*,
ni las airosas albardas.
Quien ponértelas pretende
debiera siempre llevarlas.

Que ya desaparecieron
los fondillos de los *lanas*
me dicen también, y agregan
que ya no estilan *chamarras*.

Ignoran que todavía
por lo que respeta á bragas,
aquí las llevan no pocos
más que las suyas *bombachas*;

Y que en cuanto á cobijarse
se envuelven en unas *mantas*
de *jerga*, que por lo finas
compiten con las *frezadas*.

Ya no se miran desnudas
de pie y piernas las muchachas,
que todas se ponen medias
y todas zapatos calzan.

El calzarse en otros tiempos
época entre ellas formaba:
"ha tantos años decían
que se calzó *ña* fulana."

Hasta en Cobán y en Escuintla
en Pinula y en Chinautla
los indios dejan los *caites*,
que dijéramos sandalias,

Y en borceguíes y botas
sus pedestales embarcan,
y al pasitrote caminan,
llevando á cuestas la carga.

Los *chapetones* el *pisto*
en *matates* no lo guardan
fabricados con *mecates*
de que tejen las hamacas.

Y menos en *chiquigüites*,
si ya no fueren banastas,
aunque el dar *chiquigüitazos*
todavía está en usanza.

También lo está que en bateos
se arrojen con abundancia
cuartillos, que los muchachos
pepenan con algazara.

Y si el bautismo es de *cuaches*
Cual sucede á las vegadas,
bambitas y aun más, *tostones*
se tiran por las ventanas.

Las *chichiguas jocotecas*
de *huipiles*, y galanas,
dando la *chiche* á los niños
no es poco lo que ellos maman.

Las *polleras* con que antaño
las mugeres se esponjaban,
son en el día una prenda
propia sólo de beatas;

Si bien las niñas ahora
vuelven á usar tales faldas,
que empollarían con ellas
zopilotes á parvadas.

Y los *rumbos*? Oh! los *rumbos*
son ya otra cosa, se bailan
cotillones, walses, polkas,
mazurcas, grecas, polacas.

Es raro el que *zapatea*
por lo menos en las salas:
los más galopan, corcoban
se pasean, trotan, saltan.

Estas sí que se me antojan
verdaderas *caballadas*,
con tantas cabalgaduras
y tanto como cabalgan.

Los *patojos* con sus *niguas*,
cual píldoras plateadas,
parece que por venderlas
se fueron á la otra banda,

Pues que ni para remedio
las vieran si se buscaran
en ninguna droguería
ni oficina de farmacia.

También se han ido otras cosas
de mas meollo y sustancia,
quedando perpetuamente
á la historia relegadas,

Como los *encamisados*,
los gigantes, la tarasca,
los devotos penitentes,
la jovial *cera de vaca*.

La ilustración no permite.
sin duda, esas mojigangas,
quedando para las gentes
que van en todo atrasadas,

Los *bolos* siempre tan *lisos*
y *brabos* que se mataban
por un *guapinol*, un *chaye*,
por quítame allá esas pajas.

Ya son hombres que á los *zarcos*
en sobriedad aventajan,
y formar mejor pudieran
sociedades de templanza;

Ni con *pepescas* ni *suntes*,
tepocates, ni mojarras
se excitan á *echar las once*,
la *mañanita* ni el alba.

Minguí, batido, *agualoja*,
son las bebidas bien sanas,
que del *guacal* y *bucules*
á su estómago trasladan.

Prosigues siendo valiente,
Sin echar nunca *balacas*,
viéndote no pocas veces
En *trapos de cucaracha*.

Subsisten los *cuchubales*,
primer modelo de cajas
de ahorros, para personas
que temen verse *arrancadas*.

Por ese medio aseguran
un capital y ganancias,
si por fortuna, se entiende,
no *corren pato* las *arcas*;

Lo cual sea dicho en gloria
de aquellas gentes honradas,
jamás sucedió en los tiempos
á que mi memoria alcanza.

¡O qué costumbres aquellas!
complázcome en recordarlas,
lo mismo que me deleito
en contemplarme en tu estancia.

En recorrer tu recinto
y tus calles *cuadra* á *cuadra*,
sin dejar sitio ni punto
que no examine con ansia.

Pienso que voy al Calvario
y desde allí á Candelaria,
que me *indilgo* á Guadalupe
y en seguida al Ojo de agua;

Pero vanamente busco
en las calles y en las casas
á muchas gentes! ¿qué es esto?
¿Qué se hicieron? dónde paran?

¡Qué pregunta! ya están donde
á la corta ó á la larga,
estarán cuantos existen
en este valle de rabias.

¡Triste cosa! mas dejemos
los duelos y las plegarias
para otra ocasión, que en esta
no deben tener entrada.

Y dejemos las memorias
que mi epístola dilatan;
si todas las incluyera
no habría cuando acabarla.

Otras mil cosas en prueba
de lo mucho que adelantas
me refieren los paisanos;
mas con las escritas basta.

Basta y sobra, pues que todo
reducido está en sustancia
á decirte lo que sabes,
y á decírtelo á la diabla.

De cualquier modo lo dicho
no es más que la copia exacta
de lo que todos me cuentan,
sin poner ni quitar nada.

De tus grandes novedades
las habrá que me complazcan;
sólo tu nombre *me puede*
de todas tus antiguallas.

No supo lo que se dijo
quien te puso Guatemala:
decir debió Guate-buena
si es que el *guate* le *cuadraba.*

El Edén del nuevo mundo,
la dichosa *Xiquilandia*,
tan sólo tendrá de malo
lo que de fuera le vaya.

Reciba de un hijo suyo,
y que de serlo se jacta,
mil *saludes* y *adiositos*,
que complacido *le manda*.

LO SIENTO PERO NO PUEDO LLORAR.

Percances oigo contar
que me dan gran sentimiento;
mas si de veras lo siento
no me es posible llorar.

Un diputado sin seso
charlaba hasta por los codos,
como los más, si no todos,
los que fueron á un congreso.

Por fin le obligó á callar
sin el menor miramiento,
la campanilla....lo siento,
pero no puedo llorar.

Al Ministerio de Hacienda
un ex-ministro aspiraba,
que su fortuna pensaba
reponer con tal prebenda;

No pudiéndolo alcanzar
promueve un *pronunciamiento*,
que más le pierde....lo siento,
pero no puedo llorar.

Un criticón engreído
con su saber, censuraba
las obras que publicaba
un autor más entendido.

Harto ya éste de aguantar
le dice que es un jumento,
y se lo prueba . . . . lo siento,
pero no puedo llorar.

Ya rabiarán mas de cuatro
al ver mi drama, decía
un escritor, que lo había
compuesto para el teatro.

Hizo en efecto rabiar,
y todos su descontento
muestran silvando . . . . lo siento,
pero no puedo llorar.

Venía echando bravatas
un general muy resuelto,
no tanto de manos suelto
como ligero de patas;

Llega por fin á topar
con otro de más aliento
que le hace correr . . . . lo siento,
pero no puedo llorar.

Dos médicos se curaban
mutuamente, como habían
convenido, y bien lo hacían,
pues los dos se envenenaban.

No mueren; pero mandar
á nadie un medicamento
ya no pudieron . . . . lo siento,
pero no puedo llorar.

Conversando muy rendido
un quidam con cierta dama,
oye una voz que le llama
y teme verse cogido;

Mas intentando escapar,
me lo atrapa en el momento
el propietario.... lo siento,
pero no puedo llorar.

En la calle un mozalbete
estaba á un balcón mirando,
según muestras, esperando
que le echasen un billete;

Mas recibe en su lugar,
de licor un condimento
que no sé decir .....lo siento,
pero no puedo llorar.

Don Cornelio, el testarudo,
sin embargo de su nombre,
llegó á casarse, y el hombre
su signo impedir no pudo.

Si bien pretende ocultar,
su pesadumbre y tormento,
no le es posible.... lo siento,
pero no puedo llorar.

Un coplero pretendía
entrener con sus versos;
mas juzgándolos perversos
al mismo tiempo decía:

Si he llegado á fastidiar
con mi letrilla un momento;
sepa el lector que lo siento,
pero no puedo llorar.

¡CARAMBA!

¿He de callar cuando veo
á los hombres de disfraces,
á todos con tantas faces,
en cada cual un Proteo;
fingir un rostro febeo
quien tiene la cara zamba?
¡Caramba!

Que quien ayer se preciaba
de ser un pobre pechero
y al noble Portocarrero
por serlo menospreciaba,
quiera hoy ser un caballero,
un Jirón, un Vutibamba?
¡Caramba!

Que ayer un quidam, pasando
por demócrata anarquista,
hoy diga ser más realista
que el rey que murió rabiando,
y siempre esté suspirando
por los tiempos del gran Vamba?
¡Caramba!

Que el otro, por el contrario,
siempre defensor del trono,
ya quiera mudar de tono
convertido en su adversario,
y tanto, cual si ese mono
viviese allá en Cochabamba?
¡Caramba!

Que por presumir Irene,
sus canas tiña y encubra,
bien está; pero ¿que cubra
por creer que le conviene,
la base que la sostiene
no siendo una patizamba?
¡Caramba!

Que también la doña Clara,
mejorando el figurín,
con albayalde y carmín
embadurne bien su cara,
y por decir el Chapín,
luzca más su ligabamba?
¡Caramba!

Que también mentir intente
el artista ó artesano,
y que conseguirlo cuente
con dar á su obra la mano
de charol resplandeciente,
ó barniz de gutagamba?
¡Caramba!

Que se precie de constante
y firme como la roca,
quien al son que se le toca
baila con ledo semblante,
mostrando ser más danzante
que el inventor de la bamba?
¡Caramba!

Que no sea del agrado
de muchos un apellido,
bien armonioso al oído
más sutíl y delicado,
hasta demostrar enfado
por los de Camba y Lacamba?
¡Caramba!

Que el pescador Juan Salmón
no sepa lo que es corvina,
tapa, cangrejo, coquina,
ostra, galápago, ostión,
langostino, camarón,
ni cañaílla, ni gamba?
¡Caramba!

Que llevar más adelante
no pueda yo esta letrilla,
por no ver en mi cartilla
ningún otro consonante
que, no siendo malsonante,
venga por supuesto en amba?
¡Caramba!

FRANCISCO DIAZ.

Nació este malogrado bardo en la ciudad de San Salvador el año de 1812. Dotado de un talento poco común y de una fluidez extraordinaria, habría sido uno de nuestros mejores poetas, si hubiera podido cultivar su privilegiada inteligencia y sujetar los arranques de su genio á las imprescindibles reglas del arte.

En la primera edición de esta obra, decíamos de él, que con alguna instrucción más, sus poesías habrían sido un modelo de literatura nacional. Pocos, en efecto, han escrito tanto, y tan típico para nosotros, como Díaz. Lástima que la mayor parte de sus composiciones inéditas, de que ha dejado gran número, no puedan publicarse.

Díaz ha sido, sin embargo, el poeta más popular que haya tenido la vecina República del Salvador, en donde constantemente se oyen en boca del pueblo, romances y canciones suyas, tan llenas de sentimiento como de lamentables incorrecciones.

Retiramos de la presente edición su *Epístola*, extensa obra que consta de 528 versos endecasílabos, porque si bien se encuentran en ella pasajes muy recomendables, no obedece el conjunto á un plan determinado, ni llena ningún fin moral, según los preceptos de Horacio. En cambio, damos cabida á tres composiciones líricas que revelan el carácter y sentimientos del poeta.

Cansado de la monotonía de la vida de empleado civil á que desde su juventud se dedicara, trocóla Díaz por la activa carrera

de las armas, en que dió repetidas muestras de valor hasta el 5 de junio de 1845, día en que pereció infamemente asesinado por fuerzas hondureñas, en Gracias, pocos momentos después de librada la batalla de aquella fecha memorable.

Díaz murió joven; apenas contaba 33 años de edad!

LA FORTUNA.

Mucho te esquivan, Fortuna,
y no sin razón tal vez;
que eres doblemente falsa
por fortuna y por mujer.
Como mujer, mientes risas
al que da en quererte bien,
y cautelosa le muestras
vanas sombras de placer;
mas, apenas las alcanza,
apenas tocarlas cree,
como fortuna le abates,
derribándole á tus pies.
Pero pienso que te sobra
tu nombre, Fortuna, á fe,
pues para mentir sonrisas
que ocultan amarga hiel;
para forjar esperanzas
y disiparlas después;
para ser mudable y falsa,
te basta con ser mujer.
Mas tú me dirás, acaso,
fortuna, que mal sabré
calcular de tus vaivenes
la asombrosa rapidez,

si á lo de mujer no junto
tu afortunado poder:
razón tienes; sí, los hombres
hacen en temerte bien,
pues eres doblemente falsa
por fortuna y por mujer!
De las lágrimas te ríes
y de las dichas también,
de esperanzas y de amores,
de la angustia y del placer:
y haciendo juego de todo
gozas viendo que, á la vez,
unos lloran, otros ríen,
ciento nacen, mueren cien;
unos suben, otros bajan,
y, en tan confusa Babel,
se truecan, cambian y mudan
destinos á tu placer.
Los que antes lloraban, ríen,
hoy nace el que ayer no fué,
los que antes subieron, bajan,
quien bajó, sube otra vez;
y así en eterna inconstancia,
y así en contínuo vaivén,
ni la dicha satisface,
ni mata el dolor cruel.
Locos los hombres pretenden
sugetarte á su poder,
sin pensar que eres, Fortuna,
como ellos loca también.
Pero yo que te conozco
y que tus locuras sé,
de ellos y de tí me río,
y, sin tratar de oponer
á tu influjo resistencia,
me dejo llevar por él;
y ni en tu grandeza creo,
no temo de tí un revés;

confiado te desafío,
veremos quién vence á quién,
si con tus engaños tú,
ó yo con mi poca fe.
Y porque no digas luego,
Fortuna, que te engañé,
voy á mostrarte los lados
por donde mi pecho es
impenetrable á tus tiros,
por más que le apuntes bien:
en amor no hay que esperar
que me llegues á vencer,
porque si ensayas rigores
para mirarme á tus pies,
sabe, tengo el corazón
hecho á prueba de desdén.
Si de dichas y favores
tiendes acaso la red,
para elevarme primero
y hacerme luego caer,
mala astucia te prometo,
Fortuna, en aquesta vez,
pues me cansa de las bellas
el amor, más que el desdén;
y si me lo quitas, haces
lo que yo haría después,
de suerte que alcanzarás
tan sólo darme placer;
y gozando los favores,
y no las penas, sabré,
sin que me piquen abejas,
comerme toda la miel .....!
Riqueza y poder son cosas
que, aunque pródiga me des,
no me las podrás quitar
si no las quiero poseer.
La pobreza no me espanta,
pues por experiencia sé,

que cuanto más tenga el hombre
tanto más puede perder.
Herederos, litigantes,
y acreedores en tropel,
están ansiando la muerte
del rico, le ahogan tal vez.
Aun mucho más te diría,
pero no es justo á mi ver,
presentarme sin reserva
en lucha de tanta prez:
ahora bien, sus! al combate!
prepara la astuta red,
lisonjas, bienes, desdichas,
que yo rechazar sabré
con firmeza tus agravios,
con desprecio tu oropel,
y, dando pecho á tus males
y á tus venturas también,
tú mudando y yo riendo,
veremos quién vence á quién!

LA ERUPCION DEL SAN MIGUEL.

Tú, hermoso, excelso y majestuoso monte
que hasta el sacro cenit la frente elevas,
y que del Euro el impetuoso vuelo
altivo, inmoble y con desdén sujetas;

Tú que del padre de Faetonte el disco
ves al instante que al oriente llega,
infalible telégrafo que anuncias
cuando asoma y oculta su faz bella;

Tú, en fin, que ornado en vegetales pompas
la inmensa mole de verdor ostentas,
atalaya del tiempo, que del hombre
publicas mudamente las miserias;

Que del Creador sublime, en tu estructura
el eterno poder nos manifiestas,
prominente facción de la natura
y elocuente escritor de su grandeza;

Deja el horror, y no orgulloso abuses
de tu grandeza y tu precaria fuerza,
ya no insolente, envanecido y necio
al mismo cielo le declares guerra.

El retemblar horrendo y el bramido
con que á los seres duramente aterras
¿qué vale?.... tu interior debilitado
nunca más guardará la inmensa hoguera!

Tú semejas las iras de un amante
celoso y ofendido, que su afrenta
le irrita, le enfurece y que iracundo
destrozos mil y muertes sólo anhela.

Su sangre, como lava destructora,
corre encendida en las hinchadas venas;
brotan fuego sus ojos, y en su pecho
brama el furor que sin cesar se aumenta:

Se desborda su enojo, y convulsivo
estalla al fin en cólera tremenda,
y en su rival y en su ofensora clava
el cruel puñal que la venganza presta.

.....
.....
.....
.....

Y tú tiemblas y bramas estruendoso,
y abres tu horrible cráter y presentas
incandescente lava destructora,
imagen de exterminio y de miseria!

Eras hermoso.... y hoy tu vista ofende,
el verdor cambias en fragosas peñas,
y aquella falda vegetal no ofrece
sino pavor y espanto....¡oh, deja, deja,

El retemblar horrendo y el bramido
que por los aires cavernoso suena;
ya no obscurezcas el brillante cielo
ni en ruina tornes la risueña vega!

Calma, soberbio monte, tus estragos,
el fuego apaga y el furor modera;
vuelve á tu antigua paz, y que á tu mole
torne el verdor de la menuda yerba.

Que en tu sinuosa espalda hagan morada
el cervatillo y la inocente cierva,
que el triste buho y dulce jilguerillo
formen su nido en tus montuosas selvas.

Y siempre bello, majestuoso siempre,
la vista ansiosa por doquier te vea,
firme y tranquilo y verde y apacible,
con la antigua expresión de tu grandeza!

RETORNO.

Salve, patria querida,
salve, hermoso suelo,
el más grato á mis ojos
de todo el universo.

A sus nativos lares
vuelven tus hijos tiernos,
á disfrutar gozosos
de quietud y contento.

A bordo de la nave
divisaba á lo lejos,
tus deliciosas playas,
tus azulados cerros.

En tí ¡oh patria! se ensanchan
todos mis pensamientos;
pero á mi mente vienen
tristísimos recuerdos.

Recostado en la popa,
yo medito en silencio,
cuando el sol desparece
en el Océano inmenso;

Cuando el profundo piélago,
azotado del Euro,
se ve el bajel fluctuando
circundado de riesgos.

Juguete de las ondas,
baja al abismo horrendo,
y se eleva al instante
lanzándose á los cielos;

Silva el viento en la jarcia,
lo invade el mar soberbio;
se estremece y se mira
en el peligro extremo.

Pero una grata calma
anuncia el limpio cielo,
cesa el viento impetuoso,
se torna el mar sereno.

Se mueve blandamente
ya la nave en el puerto,
y todas sus fatigas
se cambian en contento.

Tal, adorada patria,
es mi ardiente deseo;
tal el fin que nos lleva
á tu materno seno.

Dejando el mar undoso,
de mil tormentas lleno,
la paz y la alegría
por fin disfrutaremos.

JUAN DIÉGUEZ.

Hay nombres que no pueden pronunciarse sin sentirse uno profundamente conmovido por los recuerdos que traen consigo á la memoria. En la literatura, lo mismo que en la religión y en la política, sucede muchas veces que esos nombres vienen á ser para las generaciones subsiguientes— y aun para las contemporáneas—la encarnación de las ideas y de los sentimientos de los individuos que los han llevado. ¿Quién hay, por ejemplo, que no sienta palpitar su corazón de amor y de ternura al dejar escapar de entre sus labios el muy dulce de Mr. Lamartine? ¿Quién no le siente latir sensiblemente impresionado á la grata cuanto triste renembranza de los de Caro, Arboleda, Mármol, y Lozano?

Otro tanto sucede entre nosotros con los Diéguez, con esos desgraciados hermanos, hermanos por la naturaleza y por el arte; con esos inspirados poetas del sentimiento, con esos felices intérpretes del canto de las aves, del murmullo de las fuentes, de los rayos de la luz, que en cada uno de sus divinos cantares nos revelan

"Que el poeta en su misión
sobre la tierra que habita,
es una planta maldita
con frutos de bendición."

Nos ocupamos ahora de Juan, el mayor de ellos, que nació en Guatemala el 23 de noviembre de 1813.

Desde muy joven dió muestras de un talento y aplicación nada comunes. Hizo sus estudios en el Colegio Seminario, y luego en la Universidad de San Carlos, coronando su carrera con el honroso título de Abogado.

Nosotros no hablamos aquí del ilustrado jurisconsulto: poco es el espacio de que podemos disponer para ocuparnos del poeta.

Hombre de ideas elevadas y de un corazón noble y generoso, Juan Diéguez, como toda la brillante juventud de aquella época, pertenecía al partido liberal, oprimido posteriormente por la mano de hierro del General Carrera. Así fué que durante la administración de los veinticinco años, fué perseguido con encarnizamiento por el Gobierno vitalicio, preso en uno de los hediondos calabozos del fuerte de San José en la capital de la República, y extrañado luego del país. Su alma se templó en la desgracia.

Escaso de recursos pecuniarios, proscrito, y teniendo que sostener sobre sus hombros el peso de una numerosa familia, Diéguez padeció cuanto puede padecer un hombre á quien todo falta, menos la grandeza de espíritu que á todo se sobrepone. Por eso vereis en sus poesías, que aquella alma que había apurado tantas amarguras, que aquel corazón á quien tan rudamente había azotado el infortunio, lo sufría todo con la más cristiana conformidad, con la más digna resignación.

Con las poesías del distinguido bardo de que venimos hablando puede formarse un grueso y precioso volumen para honra de la literatura americana. Todas ellas son correctas, inspiradas, verdaderamente clásicas. Se había empapado mucho en las doctrinas y estilo de Virgilio, que era su lectura favorita. Cuando nosotros tuvimos la dicha de tratarlo, leía con pasión las orientales de Víctor Hugo, de que tradujo felizmente algunas cuantas.

En los versos de Diéguez todo es natural, todo emanado de lo íntimo del alma. Lástima que en la modesta desconfianza que de su propio genio tenía, nuestro poeta hubiera tomado tanto empeño en pulir y retocar las composiciones que una vez habían brotado de su fecunda pluma.

Su primer canto á "La Garza," por ejemplo, es para nosotros superior al segundo. Si hemos dado cabida á este último, con preferencia al primero, ha sido acatando la opinión, muy respe-

table por cierto, de nuestro ilustrado maestro y amigo Don José Milla; mas con objeto de solazar á nuestros lectores con la lectura de algunas estrofas de la primera composición, copiaremos las siguientes:

"¡Salve, inocente huésped de los ríos,
acuática azucena de las aves,
melancólica flor de las lagunas,
más blanca que la espuma de los mares!
. . . . . .

¿Qué haces allí ¡oh nítida azucena!
como clavada en la anchurosa marjen,
el cuello entre los hombros embutido,
y el pico entre los límpidos cristales?
. . . . . .

Astuto cazador el rayo en mano,
á favor de las ramas de los sauces,
adelántase á tí con sutíl planta
y ...ya te miro en el terrible trance....

Brilla entre el humo la enemiga llama,
intacta yo te miro por el aire,
mi corazón respira cuando el trueno
aun se prolonga por el ancho valle."

La conclusión, sobre todo, nos parece de una sublimidad tal, que es imperdonable en Diéguez haber tratado de alterarla:

"La onda apacible de murmullo blando
dormirá como siempre entre su cauce,
y en su lecho de flores y esmeraldas
siempre la arrullarán brisas amantes.

De su propia verdura enamorados,
narcisos de las plantas esos sauces,
balanceando sus ramas muellemente,
no cesarán en la onda de mirarse.

Bajo su sombra cien generaciones
verá pasar ese ciprés gigante,
ese obelisco que al dolor consagra
la silenciosa soledad del valle.

Y en tanto ¡oh alba flor de la laguna!
sepultura entre flores y cristales
á tí conceda bondadoso el Cielo,
y á mí el morir en brazos de mi madre."

Pero Diéguez no solamente era poeta, si que también filósofo. Sus bellísimas "Tardes de Abril" que pueden figurar como modelo de literatura hispano americana, terminan con una sentencia tan profunda, como la que encierra el famoso verso de Virgilio: *Et non ignara malis, misceris sucurrere disco.*

"¡Oh que dicha, que dicha es no pensar!"

Así exclamaba el poeta en un arranque de amarga decepción.

No pudiendo en los estrechos límites de estos apuntes, examinar una á una las bellezas en que abundan las obras del cantor de "Los Cuchumatanes," terminaremos manifestando que después de la muerte del General Carrera, Diéguez regresó á su país natal, y aunque la administración de los veinticinco años se prolongó á los treinta con el gobierno del Sr. Cerna, tuvo la suerte de no ser ya perseguido. Pero aquel hombre extraordinario por su talento y vasta ilustración, no debía pisar los umbrales de la felicidad, en cuanto esta es posible en la tierra. Apenas fué nombrado Juez de 1ª Instancia y Catedrático de Derecho Teórico-Práctico en Guatemala, empleos que desempeñó á satisfacción de todos en el corto tiempo que estuvieron á su cargo; cuando ya una esperanza le sonreía en el porvenir de su agitada existencia, una violenta enfermedad le llevó al sepulcro el 28 de junio de 1865, sin otro pesar que dejar á sus pequeños hijos y afligida viuda en la miseria.

Por lo demás, él podía exclamar con Lamartine:

Qu'est-ce donc que mourir? Briser ce nœud infâme,
cet adultère hymen de la terre avec l'âme,
d'un vil poids, á la tombe, en fin se décharger.

ODA

A LA INDEPENDENCIA.

....Diræ ferro et compagibus arctis
Claudentur belli portæ: Furor impius intus,
sæva sedens super arma et centum vinctus ahenis
post terguum nodis, fremet horridus ore cruento.

VIRG. ENEID. L. I.

¿Cómo el varón famoso,
que los troyanos restos conducía
por un mar proceloso,
esperanza tenía
de, en el Lacio, fundar pueblo grandioso?

Por la celeste influencia
de irritada Deidad inexorable,
subleva con violencia
Eolo formidable
las ondas, del abismo á la eminencia.

El día se obscurece:
truena el cielo: la mar brama iracunda,
rebelde se enfurece:
ya la nao se inunda,
y al fondo de las aguas desparece.

Los remos destrozados,
y las velas, se ignora qué se han hecho:
abiertos los costados
del navío deshecho:
el ánimo y vigor aniquilados;

Y turbada la gente,
lívida, faz á faz mira la muerte:
su soplo helado siente;
y el débil con el fuerte
se igualan, el cobarde y el valiente.

Del mar en el bramido,
y en el extruendo ronco de los vientos
se pierde el alarido,
y míseros lamentos
del náufrago angustiado y afligido.

¡Ni un rayo de consuelo .....!
Se estremece y suspira el héroe mismo:
las manos alza al cielo;
y á vista del abismo
le pesa haber dejado el patrio suelo.

¿Quién entonces creería
que de la hundida nave aquella gente,
por caso, salvaría
y preciosa simiente
de la reina del orbe al fin sería?

De la frágil barquilla
tal el destino portentoso fuera:
como el de la semilla
que la nuez contuviera,
y arrastra la corriente hacia la orilla:

Después de haber flotado
á merced de las olas de algún río,
en recodo apartado,
sobre el bosque sombrío,
llega á reinar, nogal agigantado.

. . . . . .

La patria nave ahora
así por tempestades combatida,
quebrantada la prora,
parece sumergida,
y que horroroso abismo la devora:

En el golpe agitado
de feroces pasiones infernales
fluctúa despreciado,
entre escollos fatales,
el timón de la ley abandonado.

En noche borrascosa
de crimen é ignorancia gime el *Centro:*
disensión horrorosa,
por donde quiera encuentro;
como el rayo de Dios truena espantosa.

Inerte ciudadano,
cobarde ante el peligro desfallece:
el egoísmo insano
vilmente le adormece
en criminal letargo, en ocio vano.

¿Y quién, ¡oh Patria mía!
quién el mortal será que entonar pueda,
en tu grandioso día,
sus himnos en voz leda,
himnos de libertad y de alegría?

Tristísimos lamentos,
voz de dolor y canto de gemido,
son los propios acentos
del náufrago perdido
en los desenfrenados elementos.

La tempestad es mucha;
pero la sociedad jamás perece:
testigo Albión, que en lucha
tres siglos desfallece,
y sus votos el cielo, al fin, escucha.

Vendrá, vendrá, lo espero,
para la patria el día suspirado,
en que su sacro fuero
deba ser acatado,
y salva sea del naufragio fiero!

Si oye mi ardiente ruego
aquel que de los tiempos en su mano
tiene el hilo, muy luego
el centro-americano
arderá de civismo en puro fuego.

A indómita Anarquía
enfrenará la Ley: el Patriotismo
combatirá en su impía
inercia al Egoismo:
Libertad á trifauce Tiranía.

La dulce luz del Cielo,
de la Razón la antorcha explendorosa,
harán correr el velo
de noche tenebrosa,
noche de perdición, crimen y duelo.

A la luz de esa tea
los náufragos residuos se reunan:
uno al otro se vea:
se reconozcan, se unan
en lazo que otra vez roto no sea.

Diestros y vigorosos
serán, para evitar si están unidos,
escollos peligrosos,
al gran mástil asidos
que les dá INDEPENDENCIA, venturosos.

UNIÓN É INDEPENDENCIA,
eterna unión de todos cinco hermanos:
á la ley deferencia,
¡oh centro-americanos!
salvarán nuestra frágil existencia.

Domeñareis la ola,
si bogais en la tabla más segura
de independencia sola,
siguiendo la luz pura
que de la Diva Temis da la aureola:

Su brillo refulgente,
de la sombra al través, que el cielo enluta,
sea constantemente
el norte en vuestra ruta;
y la ley vuestra brújula eminente.

Valor, conciudadanos,
constancia, decisión, ánimo fuerte!
El Cielo en sus arcanos
quizá más feliz suerte
nos dé que á los demás americanos.

Entre el Ande eminente
y el Anahac altivo y majestuoso,
alzaráse la frente,
el semblante radioso
de la joven Nación resplandeciente:

Los brazos extendidos
entre uno y otro mar, al Occidente,
y á los desconocidos
países del rico Oriente,
juntará los dos orbes divididos:

Y al Chino y al Hispano,
y al que habita del Ganges la ribera
dará una y otra mano,
cual Hada ó Hechicera
que á lo próximo junta lo lejano:

Suyos serán los dones
y la gloria, y riquezas, y cultura
que en las varias regiones
distribuyó Natura;
y el emporio será de las naciones.

Y gloria y bienes tantos,
bardo más venturoso, patria amada,
celebrará en sus cantos,
en voz más acordada,
no interrumpida por dolientes llantos!

A MI GALLO.

¡Oh canta, canta al fúlgido lucero,
joya del alba y de la noche orgullo,
tú, de mi humilde hogar canoro huésped,
de la mañana y del lucero nuncio.

¡Oh canta, sí, que en mi febril desvelo
escucho con placer tu acento agudo,
yo que cual triste y moribunda lámpara,
en mísera dolencia me consumo!

El mustio sueño, de la muerte imagen,
reina entre sombras de espantoso luto,
y apenas alentar la vida siéntese
entre vagos y débiles murmullos;

Y son entonces tus sonoros ecos
prenda de vida para el triste mundo;
voz de consuelo, y de esperanza cántico
en el silencio pavoroso y mustio.

Tal vez á esta hora en la vecina sierra
bajo glacial escarcha, vagabundo,
oyó el viajero tu lejano canto,
y aliento cobra y esperanza y júbilo;

Que así te escucha, como vió el piloto
en borrascoso mar el faro lúcido,
por que tu voz, albergue hospitalario
revélale del valle en lo profundo.

Antes que en los abismos de la noche,
perciba en lontananza un leve punto,
que brilla y palidece por instantes,
y es de la choza el fuego moribundo;

Muy antes que ladrando se despierte,
de sus pisadas al rumor confuso,
el mastín que, tendido en los umbrales,
guardales fiel de forzador injusto;

Tu acento en la alta noche redoblando,
porfiado evocas de su caos profundo
á la tardía perezosa estrella
que duerme aún bajo el Oriente turbio.

¡Oh, yo en mi lecho desvelado enfermo,
con qué placer tus cánticos escucho,
cuando me anuncian á la amable aurora,
viniendo en pos de su lucero fúlgido!

Y la hora en que los astros desvanécense
á la mitad de su brillante curso,
en que bullir la rumorosa vida
de nuevo empieza sobre la haz del mundo;

En que á la ruina pavorosa y lóbrega
vá á sepultarse el agorero buho,
y en mi febril cerebro el sueño apaga
este abrasante delirar nocturno!

¡Oh ave del alba, mi canoro huésped,
yo en mi flébiles versos te saludo!
¡Salve, oh cantor amigo, que diviertes
mi eterna noche y mi dolor adusto!

Canta, y el aura tus acentos lleve
del ancho valle á los confines últimos,
y ella me traiga los lejanos cantos
que á tu acento responden de uno en uno,

Cual centinelas de sitiado campo,
que vigilando el reforzado muro,
con ronca voz en el espacio enlazan
de trecho en trecho sus alertas rudos.

¡Oh canta, canta, y de placeres llena
tu vida corra sin pavor ni susto,
gentil, galante, enamorado y fino
señor de tus serrallos absoluto;

La frente de adalid erguiendo altivo,
armada en guerra con crestón purpúreo;
á placer desplegando la ancha gola
de caballero paladín al uso;

Luciendo ufano, con marcial donaire,
el tornasol plumaje verde oscuro
de la profusa cauda en que campean
las corbas plumas como alfanges turcos;

Que por caso feliz hubiste dueño
en cuya alma jamás albergue tuvo
el bajo y vil y sanguinario instinto
que abrigan de tu raza los verdugos.

No temas, no, que en duro cautiverio
te encadene jamás á poste rudo,
ni que infamante hierro te degrade
de soberbio sultán á vil eunuco;

Ni que armas preste á tu índole guerrera
para sangrienta lid contra los tuyos;
ni que el circo teñir tu sangre mire,
entre algazara soez, villano vulgo.

¡Oh canta, canta, entre la amiga copa
del ancho *amate* ó del *pirú* vetusto.
que en dulce unión sus ramas entrelazan,
y sombra dan á nuestro albergue rústico!

Canta feliz la majestuosa noche
en su estrellado pabellón cerúleo;
su lactea vía de menudo aljófar,
del carro de Jehová celeste surco,

Su triste luna, descendiendo lánguida
detrás del mundo silencioso y mustio,
apagando entre sombras melancólicas
el macilento rayo moribundo;

Como en las sombras de la muerte apaga
de la belleza los reflejos últimos,
virgen que en flor desfalleciendo inclina
la frente pálida y los ojos turbios.

¡Oh canta, canta á la tardía estrella,
joya del alba y de la noche orgullo,
y en más sonoros y argentinos cánticos
saluda luego al matinal crepúsculo;

Y canta, en fin, á la jovial mañana,
cuando renazca en el Oriente rubio,
y el céfiro liviano al cielo eleve
el *hosanna* magnífico del mundo!

A LOS CUCHUMATANES. (*)

¡Oh cielo de mi patria!
¡oh caros horizontes!
¡oh azules, altos montes;
oídme desde allí,
la alma mía os saluda,
cumbres de la alta Sierra,
murallas de esa tierra,
donde la luz yo ví!

Del sol desfalleciente
á la última vislumbre,
vuestra elevada cumbre
postrer asilo dá:
cual débil esperanza
allí se desvanece:
ya más y más fallece,
y ya por fin se va.

(*) *Ande.* La sierra que queda entre los territorios de Guatemala y Chiapas: prolongación de la cordillera de los Andes. *Cuchumatanes.*

En tanto que la sombra
no embargue el firmamento,
hasta el postrer momento
en vos me extasiaré;
que así como esta tarde,
de brumas despejados,
tan limpios y azulados
jamás os contemplé.

¡Cuán dulcemente triste
mi mente se extasía,
oh cara patria mía
en tu áspero confin!
¡cuál cruza el ancho espacio,
ay Dios, que me separa
de aquella tierra cara,
de América el jardín!

En alas del deseo
por esa lontananza
mi corazón se lanza
hasta mi pobre hogar.
¡Oh dulce madre mía,
con cuánto amor te estrecho
contra el doliente pecho
que destrozó el pesar!

¡Oh vosotros que al mundo
conmigo habeis venido,
dentro del mismo nido,
y por el mismo amor,
y por el mismo seno
nutridos y abrigados,
con los mismos cuidados
arrullos y calor!

¡Amables compañeros,
á quienes la alma *Infancia*
en su risueña estancia
jugando me enlazó,
con lazo tal de flores,
que ni por ser tan bello,
quitárnosle del cuello
la suerte consiguió!

Entro en el nido amante,
vuelvo al materno abrigo:
¡oh cuánto pecho amigo
yo siento palpitar,
en medio el grupo caro,
que en tierno estrecho nudo,
llorar tan solo pudo,
llorar y más llorar.

. . . . . .

¡Oh cielo de mi patria!
¡oh caros horizontes!
¡oh ya dormidos montes,
la noche ya os cubrió:
adios, ó mis amigos,
dormid, dormid en calma,
que las brumas en la alma
¡ay, ay! las llevo yo!

LA GARZA.

¡Oh tú de la onda inmaculado lirio,
melancólica reina del estanque,
tan silenciosa, tan inmoble y límpida,
cual si te hubiesen cincelado en jaspe!

El destino á tus playas solitarias
condújome talvez porque te cante,
y mustio como tú, cual tú infelice,
yo de cantarte hé mísero vate:

Ora te mire en la serena orilla,
de mansedumbre y de dolor imagen,
plegado al pecho el serpentino cuello,
y el pico entre los límpidos cristales:

Ora remando en compasado vuelo,
cual blanca navecilla de los aires,
al céfiro agitando con tus alas,
como á la onda los remos de la nave:

Ora en las ramas del ciprés obscuro,
á la Hada entre las sombras semejante,
vengas á oír en soledad sombría
los últimos murmullos de la tarde.

Sí: yo te canto, límpida garzota
espléndida azucena de las aves,
más bella que la espuma del torrente
que del peñasco borbollando cae;

Rival de la paloma sin mancilla,
más pura que la nieve deslumbrante,
émula silenciosa de los cisnes,
¡salve garza gentil, mil veces salve!

Avara y caprichosa la armonía
te cerró tus nectáreos manantiales,
que sacian á sus tiernos ruiseñores
y cisnes canos de argentinas fauces;

Mas te infundió naturaleza artista
en tu propia mudez bello lenguaje:
de dolor te formó viviente estatua,
como á esculpirla no alcanzara el arte.

El dolor te inspiró más dulce y manso
su elegiaca expresión tan penetrante;
tu actitud modeló *melancolía*,
inocencia te dió tu albo ropage.

¿Qué haces allí, oh nítida azucena,
como sembrada en la anchurosa margen?
¿nuevo narciso en el cristal contemplas,
por ventura, el albor de tu plumaje?

¿O en dolorosa soledad el duelo
haces, tal vez, de tu perdido amante,
ó de la tierna devorada prole
que en el robado nido ya no hallaste?

¿Comprendes tú mis vivas simpatías,
cuando enhiestas el cuello por mirarme?
¿comprendiste mis votos y mis ansias,
viéndote ayer en tan terrible trance?

Asesino traidor de sutíl planta,
oculto se te acerca entre los sauces.....
¡ay de tí!.... Ya te apunta.....ya la muerte
miro en tu pecho cándido cebarse!

Brilla entre el humo pálida la llama,
las ondas salpicando el plomo cae,
vuelas tú, yo respiro y el estruendo
aun se prolonga por el ancho valle.

La muerte apenas con sus alas roza
tus blancas plumas que en el aura esparce,
que un breve instante en el espacio giran
y van cayendo y en el agua yacen.

Oyera el cielo con piedad mis votos,
óigalos siempre así, siempre te guarde;
pero ¡ay! mi dulce amiga, ¡quién dijera
cuál de los dos primero de aquí falte!

Víctima del instinto carnicero
de feroz cazador, tal vez más tarde,
serás ¡ay Dios! y tu nevada pluma
enrojecida en tu inocente sangre!

Y yo, leve juguete del destino,
cual la hoja de sañudos huracanes,
yo cuyo sueño la tormenta arruya,
yo pobre alción en agitados mares,

Yo de tu lago vagabundo huésped
he de faltar también, talvez más antes;
la última sea acaso que mi planta
huelle la florecilla de esas márgenes.

Tal vez mañana por lejanos climas
huyendo vaya de la ley del sable,
si estas montañas de la paz asilo,
también atruena la civil barbarie.

¿Y quién preguntará, lirio de la onda,
dónde la suerte nos echó inconstante?
¿qué fué de la garzota inmaculada;
qué de su errante y solitario vate,

Que por la orilla del risueño lago
vagaba un tiempo al declinar la tarde,
que en las someras raices se asentaba
de este frondoso y corpulento amate;

O en lo más alto de las altas cumbres
por la ancha brecha que los montes parte,
allá en el horizonte delineados,
gustaba contemplar sus patrios Andes?

¿Tú y él que fueron sino arenas leves,
que la onda trajo y que los vientos barren?
Tú y él borrados de la leda estancia,
ella por siempre quedará inmutable:

Con sus florestas de agradables sombras,
sus auras puras, su fragancia suave,
sus armonías, sus murmullos vagos,
su dulce paz, su soledad amable:

Con su torrente que espumantes masas,
bramando arroja por los vagos aires,
á la profunda y peñascosa sima,
donde las aguas con fragor se parten:

Con sus inmensas calcinadas rocas,
unas sobre otras, amagando al valle,
hórridas, por allá, desnudas y áridas,
del alma impía desolada imagen:

Aquí de vida y de verdor cubiertas,
con bosquecillos que en sus grietas nacen,
aprisionados en floridos lazos
que hacia el abismo suspendidos caen:

Con su apacible y cristalino lago,
donde se pinta encantador paisaje,
en bella confusión, el llano, el monte,
las blancas nubes y el rebaño errante.

Aquí el nenúfar de rollizos tallos
su blanca flor sobre las ondas abre,
allí las algas el cristal matizan,
y allá rebullen los silvestres ánades:

En esta orilla la cañuela humilde,
abovedando sus flexibles haces,
risueñas grutas de verdor ameno
labra en el aire al cefirillo amante:

De entre la selva, por amor de la onda,
medrosos ciervos á la orilla salen,
y en la frescura de las claras linfas
la sed apagan sus ardientes fauces.

Entre el follaje deliciosas pasan
la estiva siesta las charleras aves;
y algún gemido solamente se oye
que la paloma solitaria exhale.

Allá su barca el pescador desliza,
la faz rizando del sereno estanque,
y al caer la tarde á la ribera vuelve,
donde la amarra con seguro cable,

Bajo el abrigo del sabino añoso,
que con sus ramas los cristales barre,
custodio eterno de las linfas puras,
en donde baña las desnudas raices.

¿Por qué medrosa la barquilla pasa
muy lejos siempre del peñón gigante,
que las nubes del trueno y del granizo,
con ambas frentes audacioso parte?

Allí una cruz, como á cincel grabada
ve el viajador desde la opuesta margen,
y aquellos mustios solitarios sitios
las playas de la cruz oye nombrarles.

Allí verdosa y remansada la onda
las negras peñas en silencio lame,
bajo la triste sombra de una selva
de impenetrable y lóbrego follaje.

Es tradición en la comarca crédula,
que allí una joven infelice madre,
soltó por caso á su adorado niño,
y al hondo abismo se arrojó al instante.

Cuentan que allí la desastrada peña
aun manchas guarda de indeleble sangre;
que en el silencio de la noche se oyen
herir el viento lastimeros ayes;

Que de la bella el gemebundo espíritu,
cual blanca niebla sobre la onda errante,
suele á la luz de las estrellas verse
cruzar la faz del solitario estanque.

Yo en esas horas de silencio y calma,
cuando á salir convida el aura suave,
en las cálidas noches del estío,
allí á la luna contemplar me place;

Y oigo no más que la doliente queja
que al astro envían las nocturnas aves;
el melancólico incansable grillo,
que al bosque aduerme con rumor constante;

El manso viento que en las altas cumbres
murmullo blando entre los pinos hace,
como corrientes de lejanas aguas
que se oyen ir por ignorado cauce;

La vaga olilla que al peñasco azota,
la mansa res cuando la yerba pace,
ó el monótono golpe del torrente
que alguna vez los céfiros me traen;

Vagos rumores de la triste noche,
que en la dormida soledad se esparcen,
encanto de las almas melancólicas,
de los misterios de la noche amantes.

Eso no más oí, ni apariciones
jamás he visto por ninguna parte,
si no eres tú, que cual benigno genio
del lago siempre te encontraré en sus márgenes.

Allí, oh amiga, bondadoso el hado
largo vivir sin inquietud te guarde
y un fin tranquilo entre tu nido de algas,
y á mí en los brazos de mi dulce madre.

EL CISNE.

CANTO ALEGÓRICO Á LA MUERTE DEL POETA A. CHENIER. (1)

No niegue Apolo en su celeste lira
un tierno acento á mi mortal gemido,
que dolorido se lamenta y triste
su infausto Cisne.

Yo el Cisne sacro del divino Apolo,
del claro Iliso melodioso huésped, (2)
hora en el césped de la verde margen
gimo doliente.

En lazo aleve con crueldad prendido
exhalo, ¡ay Dios! mi postrimer lamento,
y ni mi acento de ternura mueve
al Hado impío.

No tengo el pico del sangriento Buitre,
ni la uña corba del rapaz Milano,
y áspera mano verterá mi sangre,
sangre inocente.

[1] Andrés Chenier: poeta francés, que en medio de su juventud, fué injustamente asesinado sobre la guillotina, el último día de las carnicerías revolucionarias. Su trágico fin y la lectura de sus poesías, de que he traducido algunas, me inspiraron la idea de este canto alusivo á la muerte de aquel cisne de la Francia.

[2] Iliso: célebre río de la Grecia.

Al níveo cuello la feroz cuchilla,
ó al pecho manso la zaëta aguda
se apresta ruda: saltará mi cuello
teñido en púrpura.

Y silencioso, las nevadas alas
batiré apenas por instantes breves;
las auras leves por la vez postrera
su adios reciban.

Mi carmín puro manchará tan sólo
la que fué siempre inmaculada pluma,
de quien la espuma de las claras fuentes
émula fuera.

No más las Ninfas del undoso río
saldrán festivas á escuchar mi canto,
ni el dulce encanto adormirá la clara
mansa corriente.

¡Divino río de la arena de oro!
á tu murmullo deba yo un suspiro,
que en el retiro del recodo manso
repita el risco.

Vosotros verdes y flexibles juncos,
dosel risueño de la linfa pura,
vuestra frescura en la ardorosa siesta
mi encanto fuera.

Vos, que escuchasteis mi sentido acento,
oíd ahora mi canción de muerte:
llorad mi suerte, sollozad unísonos
al blando céfiro.

¡Oh Apolo! envía tu celeste bando
de sacros Cisnes de los picos de oro,
que al almo coro de las nueve hermanas
lleven mi cuerpo.

Y siempre tinta la fatal ribera,
mi sangre agoste su eternal verdura,
y desventura y maldición la envía
¡Oh Dios de Delos!

IMITACIÓN DE VICTOR HUGO.

Apuesta niña, sin igual, graciosa,
amable y linda cual cerezo en flor,
gentil y esbelta como planta airosa,
cuanto hay daría por lograr tu amor.

Si fuera rey del afamado Oriente
mi cetro diera, mi encantado harén,
mi augusto trono de marfil luciente,
mi regio alcázar con sus torres cien.

Mis elefantes enjaezados de oro,
mis flotas que hacen á la mar gemir,
mis cien dominios, mi oriental tesoro,
y aun no bastaran los que guarda Ofir.

Si fuera Dios, mi trono de zafiro,
la eternidad, el néctar inmortal;
soles y mundos en eterno giro,
la luz, la gloria, el coro angelical.

El negro infierno que á mis plantas brama
y las delicias del celeste edén;
el rayo ardiente que mi vista inflama
y el resplandor de mi divina sien.

Pero he nacido vate sin ventura,
sólo tengo el laúd del trovador;
¡hélo á tus piés, bellísima criatura,
amable y linda cual cerezo en flor!

A UNA MOSQUETA.

Delicada florecilla
cuyo seno embalsamado
á Favonio enamorado,
mil encantos prodigó;

¡Ay cual torna ya amarilla,
sin aroma ni frescura,
esa corola tan pura
que á la nieve deslumbró!

¡Ay triste yo miro
de galas tan bellas,
apenas las huellas,
y triste suspiro!

Mis labios ya besan
tus mustios despojos:
su llanto mis ojos
de enviarte no cesan.

Ya no eres la flór,
juguete del viento,
sino un pensamiento
sublime de amor;

Porque esas hojillas,
sin bello barniz,
ni olor ni matiz,
del todo amarillas,

Son páginas llenas
de tierna elocuencia,
que más que tu esencia
es suave en mis penas:

Son prenda muy cara,
de lejos venida,
que madre querida
á un hijo mandara.

De verte no ceso,
de nuevo te miro,
de nuevo suspiro,
de nuevo te beso:

De nuevo el regazo
marchito te inundo,
de lloro infecundo;
de nuevo te abrazo.

¡Ay Dios, quién pudiera
con besos y llanto
tornarte el encanto,
la vida primera!

No, empero, no es dado
soplarla en tu frente;
que mi hálito ardiente
no es Céfiro alado;

Ni fresco rocío
de vívida Aurora,
el riego que ahora
te cae, bien mio!

Es del proscrito el llanto corrosivo,
y su terrible aliento de anatema,
que á cuanto baña á tanto le es nocivo,
y cuanto toca su respiro quema....

Mas tú no temerás que tu marchito
cáliz yo riegue con mi acerbo llanto;
pues quien te envía es madre del proscrito;
ven á mi pecho, calma mi quebranto!

Que aunque halla en el destierro bellas flores
frescas, alegres, plácidas, fragantes,
de variados matices y colores
que embalsaman las auras inconstantes;

No hay mosquetas de aroma delicada,
no hay una flor que me hable al corazón,
ni que cual tú, del todo desecada
sobreviva un instante á la ilusión.

Arrebatadas del común destino,
volando al polvo de hoja en hoja van,
sin que del alba el lloro peregrino
tuerza esta ley más cruel que el huracán:

La ufana reina del pensíl florido,
con la diadema de su rósea sien,
también sucumbe; y el profundo olvido
sus bellas horas devoró también....

Tú, empero, vivirás aquí en mi pecho:
tus macilentos lánguidos despojos
aquí en mi seno férvido ya estrecho,
prenda cara de amor, flor de mis ojos:

Flor que brotaste allá dentro el amado
recinto del hogar, donde corrieron,
como el límpido arroyo por el prado,
mis bellos días que por siempre huyeron.

Descolorida flor, marchita y triste,
flor, con quien hablo en el delirio vano,
flor que hasta aquí buscándome viniste,
flor que cortó mi madre con su mano;

Si del recuerdo la punzante espina
lastima el pecho á tu infeliz cantor,
tus ojos le embalsaman, flor divina,
con la suave ambrosía del amor.

PENSAMIENTO DE UNA TARDE

Del moribundo día,
en el postrer instante,
el terror de las sombras
se pierde entre celajes;

Y en su agonía enciende
sus luces celestiales
la vespertina estrella,
cual dolorida amante,

Siguiéndole á la tumba,
en que va á sepultarse,
y á los remotos climas
donde en breve renace.

Yo así, gran Dios, te pido,
para el terrible instante,
de serena inocencia
la calma imperturbable:

De la rósea Esperanza
los plácidos celajes,
que á las eternas sombras
sus terrores embarguen;

Y de la Fé mas viva
la antorcha consolante,
que se muestre en mi ocaso
estrella de la tarde;

Para que blandamente
mi espíritu se exhale
á la región sublime
del Querub y del Angel.

LAS TARDES DE ABRIL.

¡Oh que dicha es vagar por las campiñas,
apagado el hirviente pensamiento,
en dulce libertad al fresco viento,
cuando toda la tierra es un pensíl;
Y alegre el inocente conejillo
con los truenos y lluvias tempraneras,
gusta salir del soto á las praderas,
en las tardes bellísimas de abril!

Tardes de encanto y de inefable dicha,
de verdor, de armonías y de flores,
en que velan del sol los resplandores
las nubes con suntuoso pabellón:
En que retumba en lontananza el trueno,
cual voz doliente que exhaló Natura,
que se escucha con plácida tristura,
que trae algún recuerdo al corazón.

Tardes en que, cual lágrimas de amores,
ricas gotas despréndense del cielo,
que refrigeran el sediento suelo,
que al lozano verdor dan brillantez:
Tardes ricas de vida y de belleza,
de reclamos y trinos de las aves,
de frescas auras y de olores suaves,
tardes de amor y muelle languidez.

Tardes de lluvia y sol, de luz y sombras,
de diáfanos vapores y nublados,
de negros nubarranos perfilados
de oro y azul y espléndido arrebol;
En que trasciende la regada tierra,
de las *rozas* el humo al cielo sube,
y se vé sobre el fondo de la nube
caer la lluvia dorada por el sol.

Cuájanse los cafetos de jazmines,
de escarlata el granado se salpica,
la pasionaria de verdor tan rica
tiende á Flora fresquísimo dosel;
Y la columna del esbelto dátil
tapiza la *pitahaya* trepadora:
con lujosos florones la decora,
pendientes del crinado capitel.

Tiende el prado su alfombra de azucenas,
las auras enriquécense de aromas,
de tierno césped la llanura y lomas,
la verde *chilca* de amarilla flor:
La madre tierra al fecundante arado
sus campos cede ya, los más floridos,
con sus lirios, de púrpura vestidos,
que á Ceres sacrifica el labrador.

En las rociadas copas de las árboles
soñolientas las auras se adormecen,
á los pimpollos lánguidos remecen
de cuando en cuando y á compás igual:
Y si el nublado sol sus velos rasga,
los campos dora, la arboleda brilla,
y una luz temblorosa es cada hojilla,
destilando su gota de cristal.

Y el *plátano* sus lábaros tremola,
sus anchos abanicos la palmera,
y sacude la verde cabellera
el desmayado lánguido saüz:
Se ostentan las pomposas *floripudias*,
que cual ebúrneas campanillas penden,
de albura ricas y de olor trascienden,
y el *trébol* y las *flores de la cruz*.

Y en balsámicas ráfagas envía
blanda esencia mas suave que la rosa,
como la rubia miel blanca y sabrosa,
el melífluo silvestre *suquinay*;
Y el colibrí de lindos tornasoles
de flor en flor revuela susurrando,
y en torno de ellas con rumor más blando
mil abejillas vagarosas hay.

Apíñanse en las ramas los insectos
que de la tierra humedecida brotan:
caen, vagan, se agitan, se alborotan
en mil revuelos, con susurros mil;
Y con rudos conciertos los reptiles
aturden incansables los pantanos,
la fresca lluvia saludando ufanos,
festejando el regreso del abril.

Seguido de su lúbrico serrallo,
con marcial arrrogancia y donosura,
trota el joven sultán de la llanura,
el alazán de belicoso ardor:
La grey balando por la verde falda
baja en tropel al son del caramillo,
y el estropeado tierno corderillo,
bala también en brazos del pastor.

El ganado matiza el verde césped,
los montes atronando brama el toro:
su voz los ecos, cual clarín sonoro,
de monte en monte repitiendo van;
Y enarbolando las pintadas colas
saltan los becerrillos por los prados,
á otros balar se escuchan encerrados,
y á las madres mugir con tierno afán.

Hincha el viento la orquesta de los *tordos*,
silva la codorniz, canta el *triguero*,
y á las nubes saluda el *clarinero*,
esponjando el plumaje de turquí.
¡Con qué ternura los *cenzontles* trinan!
¡cuán blandos se querellan y se duelen!
ya en la arboleda lamentarse suelen,
ya brincan por el suelo aquí y allí.

Con no menor dulzura están cantando
que esos tiernos alados trovadores,
las silvestres palomas sus amores,
repitiendo: *mi amor sólo eres tú*;
Y con inquieto afán y amable anhelo,
perdidas en lejanas soledades,
responden las ternísimas mitades;
mi amor sólo eres tú, sólo eres tú.

Himno de amor, divino epitalamio
del pomposo himeneo de Natura
es el abril, de rica galanura,
fiesta nupcial de la inmortal Creación:
Lira de Dios, modelo de belleza,
que admira el vate y remedar no sabe,
porque en su lira no hay la voz del ave,
ni es aura del vergel su inspiración

¡Oh que dicha es vagar por las campiñas
en dulce libertad al fresco viento,
y apagado el hirviente pensamiento,
tanta fiesta gozar! ¡sólo gozar!
¡Oh cuán ledo á su choza el pastorcillo
por lluvia del abril vuelve bañado!
pensando lo que piensa su ganado,
¡oh qué dicha, qué dicha es no pensar!

LOS OJOS.

Ojos que ingratos me negais la vida,
ojos hermosos que me dais la muerte,
ojos divinos que regís mi suerte,
ojos en donde mi alma anda perdida:
ojos que quien os vé todo lo olvida,
ojos á cuyo encanto nadie es fuerte,
ojos que al mismo Amor poneis inerte,
ojos que á Venus ya dejais vencida:
ojos, fuentes bellísimas de amores,
ojos de quienes ¡ay! no oso apartarme,
ojos que sois un áspid entre flores,
ojos de Clóri, aunque hayais de abrasarme,
ojos que al sol robais sus resplandores,
ojos de luz, no déjeis de mirarme.

IGNACIO GOMEZ.

Cuando apareció la primera edición de esta obra, Ignacio Gomez y Jesús Laparra eran las únicas personas de las que forman el presente volumen que vivían. Hoy ambas han descendido al seno del sepulcro!

Ignacio Gomez, *Clitauro Itacense*, entre los Arcades de Roma, es una figura bastante conocida en las repúblicas de América, no solamente como literato, sino también como jurisconsulto, estadista y diplomático, carrera en que se distinguió notablemente, habiendo tenido ocasión de prestar importantes servicios á la patria común de los centro-americanos.

Nació Gomez en la villa de Metapán el 31 de julio de 1813. Enviado á los Estados Unidos desde muy joven, permaneció en Nueva-York ocho años, educándose en uno de los principales colegios de aquella populosa ciudad.

De regreso en Guatemala, y ya notable por sus conocimientos en historia é idiomas, se dedicó al estudio del derecho. Apenas obtenido el título de Abogado, á los 23 años de edad, comenzó Gomez á figurar en los primeros puestos públicos, habiendo sido sucesivamente Fiscal del Gobierno y Diputado en Guatemala, Ministro de Relaciones Exteriores del Salvador, y Representante diplomático de varias de las repúblicas centro-americanas en Europa, los Estados Unidos y la América del Sur.

Entre las diversas distinciones de que fué objeto nuestro ilustrado compatriota en países extranjeros, citaremos la de haber

sido recibido miembro de los Colegios de Abogados de España y Chile, mereciendo por parte del respetable gremio de jurisconsultos de esta última república, la señalada honra de haber tenido su representación en Europa.

Como poeta, Gomez no es original; pero sus traducciones del francés, del inglés y del italiano, son obras acabadas que nada dejan que desear. Su fuerte era la prosa que escribía con notable corrección.

Pocos años antes de morir hizo una traducción de las "Cartas sobre los jesuitas" de Mr. Laurent, contribuyendo así á popularizar entre nosotros las magníficas doctrinas del ilustre profesor de la Universidad de Gante sobre la enseñanza laica.

Para terminar estos apuntes, repetiremos lo que decíamos en la primera edición de este libro: Ignacio Gomez es una de las personalidades contemporáneas que honrarán siempre á Centro-América.

Á LA LIBERTAD.

Difficile est proprie communiæ dicere.
Horat.

¡Oh Libertad divina!
¡deidad del alto cielo,
que mi alma enciendes con tu ardiente llama!
tu magia peregrina
al aherrojado suelo
de vida anima y de civismo inflama,
y tu poder proclama:
tú tornas la amargura
en plácida ventura,
y con profusa mano
das á raudales bienes al humano.

¡Genio de la victoria,
que al pueblo grande y libre
valor y esfuerzo indómito inspiraste!
Tú con laurel de gloria
á los héroes del Tibre
y del Iliso y Patomac orlaste:
tú en Morat animaste
de los libres la lanza
con hercúlea pujanza,
y en Junín y en Platea
sus legiones guiaste á la pelea.

Tú en piezas convertiste
la espada de los Reyes
que en dos mundos su imperio sostenía;
y tú anular supiste
las sanguinarias leyes
de fanatismo y torpe tiranía
que oprimiéranle un día:
tú sus legisladores,
sus héroes y oradores
de un soplo fecundaste,
y el Nuevo Mundo á nuevo ser alzaste.

¡Oh bella excelsa diosa!
de tu grata influencia
un feliz porvenir mi patria espera.
Por tí la luminosa
antorcha de la ciencia
su fértil suelo alumbre y regenere.
El Comercio prospere,
y la Industria florezca,
el cultivo embellezca
el prado, el valle, el monte;
y el sol de paz alumbre el horizonte.

¡Salve mil y mil veces!
y en tus sacros altares,
cual feble ofrenda de la lira mía,
acoge tú mis preces,
escucha mis cantares,
que jamás tributé á la Tiranía.
Sin tí la noche umbría
del error envolviera
la edad que antes de hoy fuera;
mas ya la edad futura
patria tendrá por tí, leyes, ventura.

¡Diva inmortal! Tu mano
encienda en nuestro suelo
el entusiasmo de la ardiente gloria;
y el Genio americano
por tí remonte el vuelo,
y orle su sien de espléndida victoria.
Eterniza en la historia
el triunfo de tu día,
y haz que la tiranía
jamás por suyo cuente
un palmo sólo en este continente.

LA DESPEDIDA DE METASTASIO.

TRADUCCIÓN DEL ITALIANO.

E tu chi sa se mai
Ti sovverrai di me!

Hé aquí ya el temido instante,
Nice, de mi despedida:
¡oh cielos! ¿cómo la vida
podré yo arrastrar sin tí?
Cuanto antes amor y dicha,
dolor me dará y espanto....
¡y tú quién sabe, entre tanto,
si te acordarás de mí!

Deja al menos que en las alas
del rápido pensamiento,
solaz busque á mi tormento
en pos de tu pie gentil:
pensarás verme á tu lado,
creerás escuchar mi llanto....
y tú quién sabe, entre tanto,
si te acordarás de mí!

Revolviendo triste el paso
doquiera, mi bien, que vayas,
á otra selva y otras playas
volaré por tí á inquirir.
La aurora al nacer, la noche
oiráme al tender su manto....
¡y tú quién sabe, entre tanto,
si te acordarás de mí!

Mil veces, mil á los sitios
yo guiaré la planta mía,
donde tu presencia hacía
este corazón latir;
pero á cada nuevo paso
¡oh cuánto suspiro y cuánto....!
¡y tú quién sabe, entre tanto,
si te acordarás de mí!

Hé aquí, exclamaré, la fuente
do hallela algún día airada,
hé allí donde en su mirada
el amor tornó á lucir:
recuerdos, ya de esperanza,
ya de celos, ya de encanto....
¡y tú quién sabe, entre tanto
si te acordarás de mí!

Acaso ¡ay! nuevos amantes,
de tus hechizos prendados,
ante tus plantas postrados,
te harán sus ruegos oír:
otro amor te jurarán,
ardiente diranlo y santo....
¡y tú quién sabe, entre tanto,
si te acordarás de mí!

Recuerda, empero, que un dardo
me dejas dentro del seno:
piensa que te amó Fileno
sin tu piedad exigir:
recuerda este triste instante
de tu adios, de mi quebranto....
que muero y que ignoro, en tanto,
¡si te acordarás de mí! [*]

[*] La semejanza que se encuentra entre esta despedida y la de Arriaza proviene de que Arriaza imitó á Metastasio, poeta anterior á él.

ELEGIA,

Á LA MUERTE DE LA SEÑORITA DOÑA G. P...

Conobbil' id, che a pianger qui rimasi.
Yo, que la conocí, quedé á llorarla.
PETRARCA.

¿Qué acento de dolor hiere mi oído?
Entre el canto de muerte y el clamor
del bronce funeral oigo el gemido
que da á las gracias desolado Amor.

Que en tí, más bella que fantástica hada,
cesó ¡ay de mí! la vida de latir,
y duermes ya en el sueño de la nada,
de amor agena, agena de sufrir.

¡Sí, de sufrir! que tu nefasto signo,
hechicera mortal, fué padecer,
cuando á tus prendas ¡ay! hado benigno
debió acordar la dicha y el placer.

Cual el más bello lirio, más temprano
suele morir en el florido abril,
marchito no, mas por agreste mano
en su esplendor segado en el pensil....

Así tú, bella hasta el postrer instante,
seductora en tu misma palidez,
no fuiste acaso en vida tan brillante
como hermosa en tu exangüe morbidez.

Y al cielo alzando el ojo moribundo,
la sonrisa en el labio virginal,
vuelas cual ángel que del bajo mundo
remonta el vuelo al seno paternal.

Ni aqueste llanto de dolor, que vierte
en tus formas su fuego abrasador,
alcanzará del sueño de la muerte
á tornarte á la vida y al amor.

La ciencia misma no bastó á salvarte:
en tí fué vano el arte y el saber;
y hasta el acero salvador fué parte
tan sólo ¡ay Dios! á hacerte padecer.

Mas tu memoria endulzará la herida
de los que en llanto bañan tu ataúd;
y entre las tempestades de la vida
sostén será y ejemplo de virtud.

Que hay recuerdos, que hay sueños que la muerte
no alcanza, no, á arrancar del corazón;
y que, á despecho de la airada suerte,
llevan consigo un rayo de ilusión.

Tal el perfume, cuya esencia un día
contuvo el vaso, roto en piezas mil,
su balsámico aliento todavía
al aura exhala en el fragmento vil.

II.

¿Quién otro tiempo, hechicera,
miró brillar en tu faz
la esperanza lisongera,
cual cielo que en primavera
no empaña nube fugaz....

Y figurar osaría
que tan presto ¡ay! el dolor
tus gracias marchitaría,
y tu risa trocaría
en llanto y en sinsabor?

¿Que tus hechizos, tu rara
belleza, tu juventud,
la Parca con mano avara
en la noche sepultara
de prematuro ataúd?

III.

¡Es tan triste morir cuando la vida
es gozos é ilusión!
¡cuando halagüeño el porvenir convida
con dicha al corazón!

¿Y por qué lo es? El mundo borrascoso
en ensueño fugaz,
no ofrece al alma dicha ni reposo,
al corazón la paz.

La paz del corazón está en la tumba,
bajo el mustio ciprés;
y aunque en sus ramas la borrasca zumba,
la paz duerme á sus pies.

IV.

Allí el tedio de la vida,
el desengaño fatal
no roen el alma herida:
allí el placer mundanal
no ofrece ilusión mentida.

Allí la copa dorada,
los placeres del festín,
y la beldad ataviada
con coronas de jazmín,
no dan dicha empozoñada.

Allí á la hora de ventura,
al transitorio momento
de pasión y de ternura,
nunca sucede el tormento
del hastío y la amargura.

Allí cesa la opresión
del poderoso y del fuerte,
y duerme la sinrazón,
y el órgullo y la ambición
en el polvo de la muerte.

V.

Descansa en él, ¡oh joven malograda!
libre por fin de padecer tirano;
y sobre el mármol de esa losa helada,
donde la Parca ha inscrito su victoria,
permite que mi mano
un tributo consagre á tu memoria.

ELEGIA

ESCRITA EN EL CEMENTERIO DE UNA ALDEA.

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS, DE GRAY.

The curfew tolls the knell of parting day &

Ya el bronce anuncia el moribundo día,
torna al redil la grey con ronca queja,
el rústico á su hogar la planta guía
y á las sombras y á mí la tierra deja.

La noche cubre con su manto el mundo:
reina el silencio, excepto do se mece
el insecto con vuelo vagabundo
y el cencerro las cabras adormece.

Desde esa torre, envuelto en yedra, exilio
de horror el buho, quéjase á la luna
del que turba su añoso domicilio
y en su lúgubre imperio le importuna.

A la sombra de ese olmo y de esos tejos,
bajo el césped que el túmulo rodea,
del vano mundo y de los hombres lejos,
duermen los rudos padres de la aldea.

El dulce canto de la nueva aurora,
la voz del gallo en el pajizo techo,
ó la caza con trompa atronadora
no llegarán hasta su humilde lecho.

El doméstico hogar para ellos no arde,
ni emplea esposa sus cuidados tiernos,
ni hijos aguardan al caer la tarde,
á disputar sus ósculos paternos.

A los filos de su hoz la mies cedía
y la tierra á sus surcos su regazo:
¡cuán ufanos araban algún día!
¡cuál cedían los bosques á su brazo!

No escarnezca ambición con ligereza
su obscura gloria y plácido destino.
ni con desdén escuche la grandeza
los anales del pobre campesino.

Cuanto el mortal sobre la tierra halaga,
la belleza, el poder, el genio, el arte,
todo á la muerte su tributo paga:
nada su hora á evitar un punto es parte.

No les culpe el orgullo si en su tumba
la memoria obeliscos no levanta,
si su elogio en el templo no retumba
ni adulación su antífona les canta.

¿Puede la urna ó el busto, por ventura.
reanimar su cadáver macilento?
¿Ablandará la voz la Parca dura,
desde el marmóreo frío pavimento?

Bajo estas losas duerme acaso helado
pecho que ardiera en generosa pira,
manos que el cetro hubieran empuñado
ó pulsado las cuerdas de la lira.

Mas para ellos no abrió la madre ciencia
sus arcanos preñados de despojos:
su ardor heló la estéril indigencia
y los rayos de luz negó á sus ojos.

Preciosas perlas bajo la onda yacen
al hombre ocultas en ignota estancia:
risueñas flores en el yermo nacen
y al vago viento exhalan su fragancia.

Aquí algún Hámpden, que á opresión osado
supo oponer incontrastable frente,
algún Milton sin gloria está enterrado,
algún Cromwell, de estragos inocente.

Su hado vedoles fatigar la gloria,
la desgracia arrostrar, verter los dones
de abundancia en su patria, y leer su historia
á la atónita faz de las naciones.

Ni sólo las virtudes ahogó acaso:
los crímenes también la suerte adusta,
les vedó en sangre á un trono abrirse paso,
y la tierra oprimir con mano injusta.

Apagar el pudor que al rostro asoma,
sofocar la verdad, y en holacausto
tributar de las musas el aroma
al necio orgullo, al ostentoso fausto.

Lejos del mundo y su ilusión mentida,
no fué su anhelo de su esfera indigno,
y en los obscuros valles de la vida
llenar supieron su tranquilo signo.

Para librar su féretro de insulto,
feble memoria, alzada aquí á su nombre,
con tosca rima y con buril inculto
pide un tributo de dolor al hombre.

Su edad, su nombre, en rudo cenotafio,
el hueco suplen de elegía y fama,
y la moral de rústico epitafio
el poder de la muerte allí proclama.

Pues ¿quién, víctima nunca del olvido,
dejó los gozos que la vida encierra
sin lanzar con espíritu abatido
largo suspiro á la risueña tierra?

De aquel brazo que en vida fuera caro,
natura se ase hasta el postrer momento,
y en las cenizas del sepulcro avaro
arde su llama, anímase su aliento.

Y tú que cantas en laúd, de verde
ciprés ceñido, su modesta historia,
tal vez un día el caminante acuerde
una pregunta vaga á tu memoria.

Y algún zagal responderále triste:
"vímosle un tiempo cuando apenas dora
la luz el prado, que la yerba viste,
barriendo ansioso el llanto de la aurora.

Bajo ese fresno, que alza sobre el suelo
su caprichoso tronco, se tendía,
contemplando las ondas del riachuelo
cuando el sol se acercaba al mediodía.

Junto aquel bosque, cuya voz se escucha
como en escarnio, triste y pensativo,
cual quien padece borrascosa lucha,
vagaba solo con semblante esquivo.

Faltó su huella en la alta cumbre un día,
junto al arroyo y árbol frecuentado:
volvió la aurora, y ni en la selva umbría,
ni en la colina, el páramo, ni el prado. . . .

Al tercer día, con plegarias graves,
vimos llevarle en féretro mezquino:
llega á leer su epitafio, pues que sabes,
bajo la sombra de ese añoso espino."

En el regazo de la tierra fría
duerme ignoto á la fama y la fortuna.
La ciencia vió al nacer, melancolía
por hijo suyo le marcó en la cuna.

Fué generoso, sincero; y el cielo
premio le dió de sus virtudes digno.
A la desgracia no negó un consuelo,
y un amigo debió al hado benigno.

Sus flaquezas encubra obscura losa,
su asilo vele su memoria inerme:
allí esperanza trémula reposa,
y con su padre y Dios tranquilo duerme.

GRANADA.

VERSOS ESCRITOS PARA UNA SEÑORA DE AQUELLA CIUDAD.

¡Oh, dadme la lira mía
para saludar la gloria
de ese sol de Andalucía
que se alza en toda su luz!
¡Para cantar esa aurora
que, entre flamíjeros rayos,
de oro y de púrpura dora
de Granada el cielo azul!

Las montañas, cuya cumbre
obscura niebla velaba,
se cubren de roja lumbre
que se extiende hasta sus pies;
dejando ver la corona
de pintorescas colinas,
que ciñen con verde zona
la altiva Alhambra doquier.

¡La *Alhambra!* mágico nombre,
que evoca al pie de estos muros
en la memoria del hombre
un imperio que pasó;
que evoca tiempos de gloria,
de amor, justas y placeres,
que hoy viven solo en la historia,
ó el canto del trovador.

Del rebaño oigo el balido
en las cercanas alturas,
mezclando el buho su aullido
desde el desierto Albaicín;
y ese lejano murmullo
se dilata en la ancha Vega,
que riegan con sordo arrullo
á un tiempo el Darro y Jeníl.

En su nítida corriente,
que entre pensiles de aroma
refleja al purpúreo oriente
la espiga, el fruto, la flor,
abrevaban sus corceles
el Zegrí y Abencerraje,
cuando el sol de los infieles
se alzaba aquí en su esplendor.

Ya aquel pueblo, cuya cuna
fué el Oriente, no levanta
su sangrienta media luna
en la ciudad de Boabdil:
no ya el cántico guerrero
se oirá entonar á sus bardos,
ni al sol brillará su acero
contra los pueblos del Cid.

Pero de su antigua historia
un recuerdo indefinible,
un rayo de aquella gloria
con su mágica ilusión,
Galvaniza todavía,
en sus desiertos de arena,
el cadáver del que un día
fué un pueblo heróico español.

Y ese ardiente sentimiento,
esa altiva descendencia,
da vida á su pensamiento,
le imparte fuego vital;
y en la fúlgida aureola
vé, de ese poético ensueño,
de aquesa visión, la sóla
que sea digna de Alá.

....

Mas tú, virgen de Granada,
que en la lira del viajero,
fijando tierna mirada
haces sus cuerdas vibrar,
si en su ruta de pesares
su oásis fuiste de vida,
por tí sus tristres cantares
un voto al cielo alzarán.

Sé feliz cuanto eres pura,
cuanto bella y generosa:
tu simpática hermosura
nunca marchite el dolor;
y tu cándida existencia,
cual el Darro entre las flores,
corra en sueños de inocencia
y horas de dicha y de amor.

Y cual suele con pie incierto
el árabe, al alejarse
del arroyo del desierto
que allá su sed apagó,
de aquel cristal de frescura
llevar solícito, ansioso,
gotas de la linfa pura
que sus fuerzas restauró....

Así en mi alma agradecida
conservaré de tu patria,
como un talismán de vida,
tu recuerdo de placer;
y tan risueña memoria
endulzará mis pesares,
cual visión de amor y gloria
á la fatigada sien.

Yo buscaré á mis enojos
alivio en lejanas playas,
y haré olvidar á mis ojos
los jardines del Genil;
pero tan hermoso ensueño
no tornará á iluminarlos,
lejos del brillo halagüeño
de tus ojos de zafir.

IMITACION DE LORD BYRON.

SONETO.

Cual nombre inscrito en funeraria losa
sorprende por ventura al caminante,
que entre las tumbas meditando errante
corre con planta incierta y vagorosa;

Así, Señora, esta hoja silenciosa,
de un recuerdo, de un nombre palpitante,
algún día feliz fije un instante
esa mirada ardiente y generosa.

Y cuando pienses en aquel que, amigo
llama tu labio, plácida memoria
su nombre para tí lleve consigo.

Piensa que muerto está: que aquí enterrados
están su corazón, su amor, su historia,
cual en fúnebre huesa sepultados.

LA VIDA OBSCURA.

DEDICADA AL POETA PERUANO DON CLEMENTE ALTHAUS.

¡Feliz la vida obscura
del mortal, que sin cuna ni riqueza,
conoce la ventura
que da naturaleza,
no la que brinda efímera grandeza!

A èl no inquieta el cuidado
que agita al grande en el mullido lecho:
amar y ser amado,
bajo ignorado techo,
es el único anhelo de su pecho.

Insensible á las vanas
pretensiones, riquezas no ambiciona;
ni por tierras lejanas
en apartada zona
su patria, hogar, los suyos abandona.

Para él nada ha mudado,
ni mudará. La espina de la ausencia
jamás ha acibarado
su dichosa existencia,
que bendice el amor con su presencia.

Pacífico y tranquilo
vive donde nació. La encina añosa
que su sombra y asilo
le dió, lo da á su esposa,
lo da á sus nietos, lo dará á su losa.

La amante compañera
sus cuidados le ofrece y su ternura;
y la misma hechicera,
bondadosa natura
sus encantos, sus bienes, la ventura.

Tú, cuyo pecho encierra,
egregio vate, el mérito escondido,
y atraviesas la tierra
de pocos emprendido,
digno de tal ventura habrías sido.

Porque ese noble pecho,
que arde entusiasta en generosa pira,
modesto, satisfecho
con la ciencia y la lira,
¿á qué en el mundo insustancial aspira?

LA CANCION DE MEDORA.

TRADUCCION DEL CORSARIO,

POEMA DE BYRON.

Hondo en el alma mía, para la luz perdido,
devora su gemido mi secreto fatal:
si tu mirada acaso su sobresalto excita,
el temblor que la agita torna al punto á callar.

Oculta allí en su seno brilla sepulcral llama
y por siempre derrama su exánime esplendor:
no ya cual otro tiempo, que en vano hoy resplandece;
pero no la obscurece la sombra del dolor.

No me olvides, no estampes en mi tumba tu huella
sin pensar en aquella que yerta duerme allí;
que el único tormento que hiela mi energía
es que se borre un día mi memoria de tí.

Oye mi ardiente ruego, mi postrera plegaria:
si en la urna funeraria es lícito el dolor,
una lágrima sólo es todo lo que quiero,
único y postrimero premio de tanto amor.

A JUAN JACOBO ROUSSEAU.

Rousseau inmortal, tu mágica elocuencia
vistió el dolor con ilusorio manto,
y en las pasiones derrramó el encanto
del místico ideal de la demencia.

Del sentimiento la genuina esencia
que en tus ficciones hace dulce el llanto,
te forjó la cadena del quebranto
que hizo infeliz tu mísera existencia.

De tí partió aquel rayo que debía
romper el cetro del poder sangriento,
á pesar de la hoguera y de los reyes:

Tú en el caos de la opresión impía
diste á los pueblos, con tu ardiente ejemplo,
entre rayos de luz.... derechos, leyes!

JOSÉ BATRES MONTÚFAR.

Hay dos clases de poetas, ha dicho un célebre escritor americano: unos cuya inspiración está en el alma; otros cuyo fuego está encerrado en el corazón,

Los primeros cantan lo que quieren; los segundos lo que sienten. Aquellos están prontos á producir á toda hora; éstos no hacen vibrar las cuerdas de su lira sino bajo la influencia de un sentimiento activo y poderoso.

Batres Montúfar pertenece á la categoría de los últimos. Sin esa exquisita sensibilidad que distingue al genio que se inspira en el santuario de su propio corazón, no habría podido arrancar á su laúd ese sencillo cuanto sublime madrigal, que en su lugar verán nuestros lectores, y cuya obra por sí sola bastaría para hacer acreedor á nuestro ilustre compatriota del honroso dictado de POETA, en la más elevada acepción de la palabra. En esas cuantas estrofas, nuestro bardo se retrata á sí mismo con admirable exactitud. Batres, á la manera de los volcanes de su patria, encerraba un corazón ardiente bajo un aspecto frío y reservado. La vehemencia del afecto que le dominó toda su vida de aquel afecto inextinguible que después de acarrearle mil crueles sinsabores, le abrió las puertas del sepulcro en lo más florido de su brillante juventud, vivía oculta en el *hombre* tras la glacial indiferencia de su rostro; y sepultada en el *poeta* entre los festivos

chistes de su sátira. Batres reía, como Fígaro, cuando más necesidad tenía de las lágrimas.

Y como Fígaro también, al salpicar de inimitables agudezas la más popular de sus leyendas "El Reloj," se traicionaba á sí mismo sin quererlo.

En una estrofa dice:

"Si una pena durase todo un día
tan cruda como empieza, haría un año
que no saliera un verso parëado
de mi cráneo vacío y oradado."

La serenata de la primera parte es una composición sencilla, pero llena de ternura, que, no sabemos por qué, nos parece estaba dedicada, más que á Doña Clara, á la misma persona á quien fué escrito el inspirado "Yo pienso en tí."

Ya que no podemos dar cabida en nuestra Galería á "El Reloj," tanto por sus largas dimensiones cuanto por haber quedado incompleto, á causa de la prematura muerte del autor, séanos permitido copiar aquí la citada serenata:

"Duerme ¡oh bella! en paz y en calma
sobre tu dorado lecho,
sin pesares en el alma
ni temores en el pecho.
Duerme tú, mientras yo canto
lánguida trova,
sin que te turbe en tu alcoba
mi quebranto.

Sueña mágicos jardines
con fuentes, grutas y flores:
sueña espléndidos festines
con danzas y con amores.
Sueña tú, mientras yo velo,
¡ídolo mío!
y al aire el acento envío
de mi duelo.

Duerme, hermosa, y en el sueño
séate blando el ambiente;
esté tu rostro risueño,
y placentera tu frente:
rie tú, mientras yo muero,
ríete ¡oh cara!
por tu sonrisa trocara
el mundo entero."

Nació este hijo predilecto de las musas, el día 18 de marzo de 1809 en la capital de Guatemala. Formado por sí solo desarrolló su privilegiada inteligencia en el estudio de las ciencias exactas y de la literatura, adquiriendo además un variado y extenso tesoro de conocimientos en otros ramos del saber.

Modesto hasta el encogimiento, Batres no pudo figurar como orador en la Asamblea Constituyente para que fué electo Diputado; pero en el seno de la amistad y en las pequeñas reuniones de confianza, se hizo admirar siempre por la viveza de su ingenio, por las bromas de buen gusto que gastaba en sus conversaciones familiares y por las observaciones filosóficas que, sin afectación ni magisterio, derramaba oportunamente en sus discursos.

Verdadero poeta, Batres fué también músico y soldado, dando muestras de un valor poco común en la guerra civil que estalló en el Salvador en 1827. Comprendido en el número de los oficiales guatemaltecos que capitularon el año 28, participó de la larga prisión que sufrieron sus tios don Manuel y don Juan Montúfar en la capital de aquel Estado.

Vuelto á Guatemala fué empleado en la comisión que dió el Gobierno federal al injeniero don Juan Baily, para hacer algunas exploraciones en los puntos donde se proyectaba abrir el canal de Nicaragua. En las márgenes del Greitwon se conserva aun fresco el recuerdo de las dulces melodías con que hería el aire de sus riberas el excelente guitarrista. También el poeta arrancó un eco de dolor á su laúd para llorar la pérdida de un hermano, é inmortalizar el nombre de San Juan á la presencia de aquella naturaleza virgen, manantial de inspiraciones.

Batres murió el 9 de julio de 1844 á los 35 años de edad..! (*)

(*) Y sin embargo, en 1846 se publicaba como escrito especialmente para "El Museo Mexicano" su *¡Yo pienso en tí!*

Con motivos de este triste acontecimiento, un extranjero amigo del más popular de nuestros poetas escribía en un periódico de Guatemala: "En la tarde del 9 del corriente perdió la República de Centro-América á José Batres y Montúfar. Vivió aislado: pocos le comprendieron, y nadie supo apreciar en lo que valía su noble alma y superior talento."

Se han hecho dos ediciones de sus bellísimas poesías. Cuando la historia haga justicia al mérito de nuestros hombres de letras, dirá de Batres que fué el Byron de Guatemala, el Espronceda de Centro-América.

TRADICIONES DE GUATEMALA.

LAS FALSAS APARIENCIAS.

Si me dicen que el sol, que por el cielo
describir un gran círculo se mira,
camina en torno de él con raudo vuelo,
como sé que la tierra es la que gira
sobre sus mismos polos, sin recelo
digo que lo que dicen es mentira
aunque la vista así lo represente:
¿por qué? porque el discurso lo desmiente.

Si sumerjo en un líquido una caña
y la veo quebrada desde afuera,
entonces digo que la vista engaña,
por que sé que la caña estaba entera.
Si encuentro al regresar de la campaña
á mi mujer con un galán cualquiera,
en alguna no lícita entrevista,
digo también que me engañó la vista.

Pues mal pudiera una mujer honrada,
siendo yo su legítimo marido,
recibir á un galán en su morada,
dando al diablo mi honor y mi apellido.
Antes creyera yo tener turbada
la vista, y el olfato y el oido,
que creer que mi casta y digna esposa
fuese capaz de semejante cosa.

Y todo el que se precie de prudente
debe pensar lo mismo que yo pienso
si quiere tener paz entre la gente,
como voy á probarlo por extenso,
con un suceso de don Juan del Puente,
contrabandista rico, y muy propenso
á la desconfianza y á los celos,
á que debió mil llantos y desvelos.

Don Juan frecuentemente se ausentaba
de casa, de repente aparecía,
sin anunciar jamás cuando marchaba
y mucho menos cuando volvería,
porque en el fondo él mismo lo ignoraba;
y era la causa de esto que tenía
fincado su comercio en ir comprando
sedas, tabaco, y ron de contrabando.

Compraba muy barato en el camino,
y por un extravío conocido
traía el cargamento á su destino,
y á media noche entrábalo escondido
á la tienda de un socio su vecino,
de la cual se pasaba sin ruido
á su mansión por una angosta puerta
que habia allí tras un tapiz cubierta.

Hubo siempre y habrá contrabandistas
que al gobierno defrauden sus caudales,
á pesar de los guardas, de los vistas,
de los administradores, los fiscales;
inutilmente los economistas
con su ciencia y sus fórmulas legales
el medio de evitarlo van buscando:
¡mientras más leyes hay, más contrabando!

Y yo de sopetón, sin que se entienda
que en materias que ignoro me entrometo,
á la dificultad hallo la enmienda;
y la quiero callar con el objeto
de colocarme al frente de la hacienda:
cuando lo obtenga se sabrá el secreto
que, en reserva, sin tropas y sin balas,
consiste en suprimir las alcabalas.

¡Cara y desventurada patria mía!
con razón barre el polvo tu diadema,
con razón tu existencia es agonía,
con razón tu destino es anatema!
¿por qué no dejas la fatal porfía,
por qué no abjuras el mortal sistema
de hacer que el sabio en un rincón se oculte
y en la inacción su mérito sepulte?

El brillo de tu gloria ví empañado
por los traidorès que tu seno encierra,
y ví escupir en tu blasón dorado,
y vide hollar tu pabellón por tierra.
Más de un gobierno, más de un diputado
en vez de hacerte bien, te hicieron guerra,
y quisieron pintar, ¡oh escarnio crudo!
lagartos y colmenas en tu escudo.

El nombre de la patria me enardece
porque la adoro, estando persuadido
de ser ella quien menos lo merece
de cuantas patrias hay, habrá y ha habido;
mas como otra no tengo, me parece
que debo amarla como el ave al nido,
y á los diablos me doy si considero
que la quieren vender al extranjero.

Cual nubecilla á discreción del viento,
ó cual barca á merced de la laguna,
así vagando va mi pensamiento
sin que pueda fijarse en cosa alguna;
en mis lectoras sí, que ni un momento
las sé olvidar; mas tengo la fortuna
de que aunque á veces al turbión sucumbo,
torno á seguir el primitivo rumbo.

Una noche que á casa regresaba
nuestro contrabandista muy contento,
después de acomodar lo que llevaba,
acercóse al tapiz y con gran tiento
quitó la llave, levantó la aldaba,
abrió la puerta, entróse en su aposento
y se llegó á la cama de su esposa,
que era una morenilla deliciosa.

¡Cómo duerme, decía, cómo duerme
mi hermosa, mi querida Mariquita!
¡cuál demuestran su ardor para quererme
los suspiros que da, lo que se agita!
grande es el gusto que tendrá de verme
y de darme un abrazo ¡pobrecita!
yo te adoro también, querida mía,
más que el Inca adoró la luz del día.

Decir esto, quitarse su capote,
inclinarse á besar la esposa amada
y dar un furiosísimo rebote,
cosa fué casi á un tiempo ejecutada;
y ¿por qué? porque dió con un bigote,
en lugar de la boca delicada
de su cara mitad, y oyó un bufido
al resuello de un toro parecido.

Se deduce de aquí por consecuencia,
que el galán que á una cita se prepara
debe tener presente la advertencia
de no llevar bigotes en la cara,
ni botas que rechinen: la experiencia
junto con la razón nos lo declara,
y por eso mis bellas compatriotas
detestan los bigotes y las botas.

Cuando una jovencilla por el prado
vaga cortando y recogiendo flores,
puesta la mente ajena de cuidado
en el dichoso fin de sus amores;
si al cortar un pimpollo salpicado
de varios y bellísimos colores,
toca un áspid oculto la doncella,
se asusta el áspid y se asusta ella;

Pero más se asustó don Juan del Puente
y el dueño del bigote malhadado
que en el supuesto de que estaba ausente
en su lugar habíase acostado.
¡Cómo se quedaría el delincuente
al sentir aquel beso tan bien dado;
y el bueno de don Juan, por vida mía,
pensad un poco cuál se quedaría!

Ardía en un rincón del aposento
un angosto candil con débil llama
del cual Don Juan se apoderó violento
y lo acercó á la orilla de la cama:
miráronse las caras un momento
los suspensos rivales y la dama,
sin decirse palabra, como muertos,
con los ojos extáticos y abiertos.

El marido por fin habló primero
con furor dirigiéndose al amante:
¿qué hace usted en mi casa, caballero?
y aquel volvió su estúpido semblante
(porque era un unimal, un majadero)
á la dama que estaba allí delante,
con turbación y duda manifiesta,
como quien le consulta la respuesta.

Yo digo que don Juan estaba loco
al preguntar al otro qué venía
á buscar en su casa: ved un poco
si es fácil acertar lo que quería;
es como preguntar á un pez, á un troco
qué busca por el agua: ¡niñería!
ó qué busca en los bosques un camello:
¿qué hace usted en mi casa?. . . . ¡que resuello!

Repitió la pregunta el impaciente
don Juan, con voz sonora á su enemigo,
diciéndole: canalla, últimamente
responde usted, ó á responder le obligo:
¿qué hace aquí? y el amante balbuciente
díjole: eso es lo mismo que yo digo,
¿qué hago yo aquí? yo mismo no lo sé:
pues yo, dijo don Juan, se lo diré,

Y echando á su mujer una mirada
con los ojos de tigre que tenía,
crujió los dientes y sacó la espada.
En vano le juró doña María
que no le habían ofendido en nada,
que era equivocación, que no sabía
que estuviese aquel hombre allí encubierto,
y el del bigote le decía: ¡es cierto!

La astuta dama en medio de su apuro
discurría por cientos las mentiras:
mira que es todo falso, te lo juro,
le decía á don Juan, calma tus iras:
es falso eso que piensas, te aseguro
que no es mas de apariencia lo que miras,
perezca yo, si miento, en un cadalso:
y repetía el del bigote; ¡es falso!

Mira, querido Juan, que yo ignoraba
que aquí se hubiese este hombre introducido,
tal vez quedó la puerta sin aldaba,
ó yo no sé por donde se ha metido;
y el hombre del bigote replicaba
(tal estaba asustado y aturdido)
es cierto: dice bien doña Maria,
puesto que yo tampoco lo sabía.

No niego que tuviese fundamento
don Juan, para pensar alguna cosa
que pudiera entenderse en detrimento
del honor y pureza de su esposa;
pero, ¿qué más quería aquel jumento
que verla asegurar toda llorosa
que el hombre se introdujo sin su anuencia?
¿podía estar más clara su inocencia?

Pues no, señor, el terco del marido
se arrojó sobre el hombre del bigote,
tirándole un revés, que á no haber sido
porque topó la espada en un barrote,
sin remedio le deja allí tendido;
mas él hurtole el cuerpo, y dando un bote.
y saltando por cima de una banca,
corrió á la puerta y agarró la tranca.

Con tranca el uno, el otro con espada
trabaron un combate semejante
en el tajo, el revés y la estocada,
al que suelen contar del elefante,
con aquella su trompa ponderada
contra el cuerno que tiene hacia adelante
su rival el feroz rinoceronte,
cada vez que se encuentran en el monte.

Al patio se salieron con presteza,
lidiando cuerpo á cuerpo y brazo á brazo:
iguales en la fuerza, en la destreza,
en el valor y en el desembarazo;
el del bigote, al fin, con gran fiereza
en una pierna le acertó un trancazo
á don Juan, que le trajo medio mudo
á tierra, y se largó por donde pudo.

Yo me recuerdo allá lejos de una cosa,
y es que don Juan, ya ciego del un ojo,
muy viejo, con la frente muy canosa
y algunas hebras de cabello rojo,
tenía tienda frente á Santa Rosa;
usábanle llamar don Juan el cojo,
y arrugaba la cara todavía
cuando algunos bigotes descubría.

Así que vió correr al del bigote
se fué arrastrando en busca de madama,
la cual no estaba armada de garrote;
mas ya don Juan no la encontró en la cama,
porque cogió la ropa y el capote
del galán, y si creemos á la fama
se escapó por la puerta de la tienda:
Dios la lleve con bien y la defienda.

No digo yo que siempre que estén juntos
un mozo y una joven en un lecho,
se ocupen sólo en discurrir asuntos
de historia, de moral, ó de derecho;
todo tiene sus comas y sus puntos,
mas no se debe asegurar un hecho
si no es que de tan claro y de tan llano
se toque, como dicen, con la mano.

Porque á veces engaña la apariencia,
y yo he visto ocasiones repetidas
aparecer culpada la inocencia
con pruebas alteradas ó fingidas;
mas en teniendo un poco de paciencia
dichas pruebas se encuentran desmentidas,
cual verbigracia, en el siguiente caso
que por final referiré de paso.

Al entrar en mi casa cierto día
ví á mi mujer en brazos de un extraño,
ó se me figuró que la veía,
porque ella es incapaz de mal tamaño:
y así luego pensé que aquel sería
como son otros muchos, un engaño
de los ojos turbados, y al instante
me puse entrambas manos por delante.

Y así que me los hube restregado
por cinco ó seis minutos de seguida,
ví á mi mujer sentada en el estrado,
sola y en su labor entretenida.
¿Qué tal? si yo me hubiera gobernado
por la vista falaz y fementida,
¿en qué viene á parar mi matrimonio,
mi casa y mi mujer? en el demonio.

Y así, vuelvo á mi tema y aconsejo
que imiten mi conducta los casados
que no se quieran ver en el espejo
de don Juan; tras cornudos apaleados.
A vuestro juicio y discreción lo dejo,
lectoras de ojos bellos y rasgados:
don Juan del Puente quiero que me llamen
si no aprobáis vosotras mi dictamen.

DON PABLO.

PRIMERA PARTE.

Amables damas que léis gustosas
alguna ú otra alegre anedoctilla
de aventuras galantes y amorosas,
con tal que sea púdica y sencilla,
(pues sé que sois honestas y virtuosas,
¡almas puras, doncellas sin mancilla!)
una os voy á contar, si no os molesta,
por divertir el ocio de la siesta.

Y aunque me la contaron en secreto,
porque sé quienes sóis os la confío,
que no quisiera verme en un aprieto
con quien me la contó, que fué mi tío;
porque le tengo un diablo de respeto,
que ni hablo en su presencia ni me río;
pero si se os escapa, por acaso,
no me déis por autor en ningún caso.

Sucedió, pues, (y es cuento verdadero
bajo nombres supuestos y fingidos)
que había en Guatemala un caballero,
de estos antiguos tipos escogidos,
rico de cuna y rico de dinero,
de setenta años largos y tendidos,
llamado don Pascual, que de Dios goce,
de aquellos que comían á las doce.

Hombre de honor, viudo, buen cristiano,
de calzón corto, bata de indianilla,
chupa bordada, capa en el verano,
zapatos en invierno con hebilla,
peluquín con coleta, barbicano,
de carey los anteojos, sin patilla,
que rarísima vez los ocupaba,
pues sólo para leer los empleaba.

Vestíase á las seis de la mañana,
iba á misa, tomaba chocolate,
asomábase un rato á la ventana,
rezaba el *Pueri Dominum laudate*,
sentábase á comer con buena gana,
fumaba su cigarro por remate,
dormía siesta, y cuando no dormía
la cabeza sin falta le dolía.

Por la tarde á Nuestro Amo visitaba
después del chocolate de ordenanza;
y como la mañana, se pasaba
todo el resto rascándose la panza;
á la oración el *Angelus* rezaba,
á las ocho se hincaba sin tardanza
á rezar el rosario y la novena,
y á la cama llevábanle la cena.

Era pues don Pascual hombre cumplido,
don Pascual del Pescón (que en el tintero
se me había quedado el apellido)
muy bueno y muy honrado caballero,
que tres veces alcalde había sido,
y regidor decano y tesorero
de la archicofradía del Santísimo,
de cuyo honor estaba orgullosísimo.

Daba gusto mirar á don Pascual
con su sombrero *al tres* y su bastón
ir á algún besamanos general,
ó del Corpus á ver la procesión;
y convidar después á cada cual
á *hacer las once* al fin de la función,
con alguna aceituna, algún pastel
y un poquillo de vino moscatel.

Y obsequiar á las damas convidadas
con cartuchos de dulces que cogían,
y era tal su pudor, que recatadas
detrás de su mamá se los comían,
en sus velos de tul arrebozadas;
y ni media copilla se bebían,
que apenas con los labios la tocaban,
ni con los hombres, por pudor, hablaban.

Aun no había venido el uso extraño,
que desgraciadamente hay hoy en día,
para sacar el vientre de mal año,
de engullirse jamones á porfía,
y tomarse después (si no me engaño
con pretexto de fiesta y alegría)
botellas de jerez y de cerveza,
más, se entiende, á botella por cabeza.

Entonces era todo muy distinto,
todo era sobriedad, todo mesura;
apenas se tomaba vino tinto,
apenas se ostentaba la hermosura,
apenas se salía del recinto
de la estrecha, estrechísima clausura
de la casa materna, y no á paseo,
sino á misa mayor y al jubileo.

Si una niña tenía algún amante,
ó dos, ó tres, ó cuatro, ó cinco, ó ciento,
era con un recato edificante,
y no hablaba con ellos un momento
si sus padres hallábanse delante,
ni entraban ellos nunca en su aposento;
pues si los recibían sólo era
de noche, en el jardín ó en la cochera.

Mas al presente *¡o tempora! ¡o mores!*
en la sala, en la calle, en el paseo,
delante de diez mil espectadores,
con sus amantes á las damas veo
tratar corrientemente sus amores:
¡qué descaro! ¡lo veo y no lo creo!
antiguamente el amoroso trato
se hacía en la azotea, con recato.

No hablo con vos, lectoras bellas mías,
pues sé que no sóis de esas descaradas
que á la faz de su madre y de sus tías
hacen gala de estar enamoradas:
sino de aquellos de los *viejos días*,
circunspectas, discretas, recatadas,
de que habemos hablado; cual lo muestra
vuestra beldad, la gentileza vuestra.

Mas volviendo al asunto de mi cuento,
pues veo que no os gustan los sermones,
digo que estaba don Pascual contento,
viendo y acompañando procesiones,
alumbrando al Divino Sacramento,
y sin otros cuidados ni atenciones,
que contemplar un hijo que tenía,
como cristiano, en santa paz vivía.

Según el uso, el hijo era estudiante
con beca en el colegio tridentino:
tenía buen talento, era pujante,
buen mozo, muy travieso y libertino.
Nunca pudo pasar muy adelante
en el idioma clásico latino,
pues por mas que estudiaba y que leía
solo el *fœmineis junges* retenía.

Era mozo excelente y estimado,
de buen brío, de gala, de maneras,
liberal, comedido y esforzado,
enemigo de libros y tonteras:
de buen humor, chistoso, enamorado
que escogía muchachas como peras,
osado y atrevido como un diablo,
y este hijo llamábase don Pablo.

Es decir que en su tiempo era un portento
superior á su edad, pues no tenía
más que los cuatro lustros, si bien cuento,
lo que en prosa veinte años se diría.
Era de genio un poco turbulento,
no paraba de noche ni de día,
de vecina en vecina siempre andaba,
pero jamás en vago el golpe daba.

La devota, la alegre, la casada,
la huérfana, la viuda, la doncella,
se la tenía *in petto* recetada
con tal que joven fuese y fuese bella.
No acostumbraba reparar en nada
para lograr el fin de triunfar de ella,
y ya habían servido á sus desmanes,
azoteas, jardines y zaguanes.

Así como la abeja codiciosa
las más hermosas flores se destina,
ya chupa en un jazmín, ya en una rosa,
ya se aplica á la dulce clavellina;
ya blandamente sobre el nardo posa,
ya al fresco lirio alegre se encamina,
tal don Pablo, en las flores que cogía,
no digo abeja, enjambre parecía.

Mas todas sus conquistas y trofeos
presentes y futuros y pasados,
y sus innumerables galanteos,
los hubiera trocado zahumados
por el objeto actual de sus deseos,
doncella de ojos negros y rasgados,
y por el lindo talle de Isabela,
hermosa como heroína de novela.

Que siendo tan guardada como bella
no era posible verla sino en misa,
por ser recatadísima doncella,
y mucho más su madre doña Luisa:
y su padre don Diego de la Mella
no llevaba estas cosas á la risa,
que era hombre puntilloso y delicado,
Coronel de milicias retirado.

Al fin eran las armas su ejercicio,
y era famoso en ellas y temido,
aunque ni en paz ni en guerra hizo el servicio;
mas se había mostrado decidido,
impertérrito, audaz, sin dar indicio
de temor, cuando hubo aquel ruido
de que pudiera ser que hubiese guerra
no sé si con la Francia ó Inglaterra.

Don Pablo estaba, en fin, desesperado,
sin lograr la más mínima respuesta
á tanto billetito perfumado,
á tal pasión tan clara y manifiesta,
á tanto y tan ternísimo recado,
á tanta copla en su loor compuesta;
que este era el lado flaco de don Pablo,
¡y este es el mío por querer del diablo!

Isabel parecía de diamante,
ni hacía caso ni tenía cuenta
con el ansia amorosa del amante,
pues con el hombre la mujer ostenta
ser más tirana cuanto más constante
y cuanto más rendido se presenta:
en lo cual todas ellas se asemejan,
que al tibio buscan y al ardiente dejan.

Ni los billetes Isabel leía
sino que los echaba en el brasero,
sin atender al sobre que decía:
"*A la deidad por quien penando muero*"
mas ¿qué había de leer si no sabía?
una niña educada con esmero
en aquel tiempo, no sabía á fondo
ni conocer la O por lo redondo.

No perdía el mancebo la paciencia,
y por medio de cierto pajecito
á la ingrata pedíale licencia
de hablar con ella á solas un ratito.
Cansada al fin de tal impertinencia,
díjole ella "ve y dile á don Pablito
"que es imposible hablarle . . . . que no puedo,
"porque á mamá le tengo mucho miedo."

Me trae esta respuesta á la memoria,
como si fuera ayer, una aventura
que á mí me sucedió; pero es historia
muy larga de contar y muy obscura.
Amada Emilia ¡Dios te tenga en gloria!
Descansa tú en la fría sepultura,
mientras yo por sustraerme á mi tormento,
vuelvo á tomar el hilo de mi cuento.

No cabía don Pablo en sus calzones
del gusto de escuchar aquel mensaje,
que el sentido entendió de las razones,
que refería el venturoso paje.
En respuesta sacando dos doblones
le dijo al portador "toma este gaje
"y dí á Isabel que el lunes por lo noche
"la espero oculto dentro de su coche."

La suspirada noche al fin llegó
en que el amante en gran *desabillé*,
á la mansión de su querida entró:
por donde entró don Pablo no lo sé,
ni de que estratagema se valió;
pero según mis cálculos diré,
no sabiendo en contrario cosa cierta,
que es probable que entrara por la puerta.

Dentro del coche oculto y silencioso,
adelantando dichas en su mente,
esperaba el momento delicioso
y contaba las horas impaciente.
Ya reinaba el sosiego y el reposo,
ya la luna se hundía en el poniente,
y á la trémula luz que despedía,
el farol moribundo respondía.

Eran á la sazón las doce dadas,
hora fatal en todas las consejas:
no había más rumor que las pisadas
del buho patrullando por las tejas,
ó las mulas tirándose patadas,
ó el perro sacudiendo las orejas,
rumores que bien saben mis lectoras
que no suelen faltar á tales horas.

Por el desierto corredor se vía
blanca sombra avanzarse lentamente,
que venir hacia el coche parecía
con paso incierto, tímido y prudente.
El corazón á Pablo le latía,
y á Isabel por motivo diferente,
pues venía temblando y con razón,
que no era para menos la aflicción.

Llegó, en fin, y el amante venturoso
al pie del coche á recibirla vino:
nunca se ha visto talle más gracioso,
mano mejor formada, pie más fino,
cuerpo más torneado y voluptuoso,
rostro más celestial y peregrino;
mas en esto de formas seductoras
¿quién puede competir con mis lectoras?

Pablo en el coche se subió primero,
y tomó de la mano á su *futura*
que apoyó en el estribo el pie ligero,
y volvió la cabeza con presura
antes de levantar el compañero,
haciendo una bellísima figura,
porque creyó escuchar algún ruido
á modo de suspiro comprimido.

Suspensos ambos, Isabel y Pablo,
en esta situación permanecieron
como dos figurines de retablo,
de cuya posición no se movieron,
ni respiraron, hasta ver qué diablo
era aquel ruido que los dos oyeron.
Quédense, pues, así por un momento,
que necesito de tomar aliento.

DON PABLO.

SEGUNDA PARTE.

Un poeta moderno, muy famoso,
ha dicho que el exordio y el final
eran lo más difícil y escabroso
de una composición original.
En uno y otro caso trabajoso
me veo yo, lectoras, por mi mal,
pues tengo que acabar mi relación
y ponerle al fin su introducción.

Y pues está mi honor comprometido,
mal que le pese á mi angustiada musa,
yo tengo de cumplir con lo ofrecido,
aunque en mi tierra lo contrario se usa;
Mas para obviar obstáculos os pido,
vuestra amistad sirviéndome de excusa,
del exordio os digneis exonerarme,
que en otra vez prometo de enmendarme.

Hemos dejado á Pablo y á Isabela
formando un cuadro hermoso y acabado,
suspensos en la angosta portezuela
por el rumor que habían escuchado;
pero ni registrando con candela
habrían mis lectoras reparado
en este cuadro oculta otra figura,
del arco del portal en la moldura.

Era ésta, en buenas cuentas, doña Luisa,
que viendo levantarse á la doncella,
se levantó también á toda prisa
de la cama, y se vino tras la huella,
juzgando con razón que no iba á misa,
y procuró ocultarse detrás de ella;
mas cuando al cabo descubierta vióse,
entre los dos de sopetón, plantose.

No queda tan atónito y turbado
un círculo de niños inocentes
si en medio de sus juegos, un criado
asoma rechinándoles los dientes,
con máscara de diablo disfrazado,
como quedaron nuestras pobres gentes,
al ver aparecer á doña Luisa
en chinelas y en faldas de camisa.

Grandes fueron las penas y aflicciones
de Pablo, viendo á la iracunda vieja,
que sin pararse á hacer reconvenciones,
agarró á su querida de una oreja
y se la fué llevando á rempujones;
la cual sin proferir ninguna queja,
se dejaba llevar de aquella suerte,
como un reo que llevan á la muerte.

Apenas despuntó el siguiente día,
cuando Isabel en coche fué llevada
á un monasterio (ignoro cual sería)
del cual á la sazón era prelada
una su anciana y venerable tia;
y pues no puede sucederle nada
en tan santa mansión, quédese en ellla
por un poco de tiempo la doncella.

Y volvamos á Pablo que, confuso,
sin pestañear habíase quedado,
desde que doña Luisa se interpuso
entre el amante y el objeto amado.
No sé si con el criado se compuso,
así que su deseo vió burlado,
para que le saliera á abrir la puerta,
ó no sé si al entrar la dejó abierta.

Pero ello es que al buscarlo la señora,
no encontró ni la sombra del culpado,
y al otro día al asomar la aurora
fué á ver á don Pascual, que levantado,
de vuelta ya de misa á aquella hora,
y el chocolate habiéndose acabado,
Laudate pueri Dominum rezaba
cuando en su cuarto doña Luisa entraba.

Impúsole en el caso brevemente,
y exigióle palabra muy formal
de infligir un castigo suficiente,
capaz de corregir al criminal.
"Es regular que tenga usted presente,
le dijo doña Luisa á don Pascual,
que en nuestro tiempo era esto delicado,
dígalo yo, que tanto me ha costado.

En esto le entregaron un cartel
(á don Pascual se entiende) que decía
que don Diego quería hablar con él,
con el arma que él mismo elegiría:
que siendo un caballero, un Coronel,
entenderse con Pablo no quería,
por ser capaz un mozo tan grosero,
de faltarle al respeto á un caballero.

Don Pascual contestó que era cristiano,
y que le serviría en otra cosa:
que no era permitido alzar la mano,
y que ya había hablado con su esposa;
quedando el infrascrito muy de llano
á imponer una pena rigurosa
al hijo criminal, y en consecuencia,
hizo venir á Pablo á su presencia.

Y habiendo reprendídolo agriamente
sobre la mala vida que traía,
le trató de bribón y de insolente,
y de cuanto á las mientes le venía.
Por un oído Pablo atentamente
escuchaba, y por otro le salía
aquella paternal peroración,
digna de Marco Tulio Cicerón.

Mas no paró en palabras la tormenta,
que entonces se le habría dado un bledo
por muy recia, muy larga y muy violenta
que hubiera sido, pues jamás el miedo
ni la vergüenza entraban en su cuenta;
lo que hubo de malo en el enredo
fué que su padre, al cabo del sermón
cargó con él á la Recolección.

No digo que su padre lo cogiera
con sus manos, *ut sic* materialmente
como quien coge un títere de cera:
cargar con algo es un equivalente
de mandar *que otro cargue*: en tal manera
se acostumbra decir entre la gente,
que el rey, el presidente, el diputado
están cargando el peso del Estado.

Cargó, pues, con los dos una berlina,
que con su paso lento acostumbrado
al citado convento se encamina,
y no bien á la puerta hubo llegado
que el Reverendo fray José Godina,
guardián entonces, recibió recado
de estar en ella don Pascual Pescón,
esperando su santa bendición.

Fray José dejó al punto su Breviario
y encontró á don Pascual en el ingreso,
quien le besó el bendito escapulario,
y brevemente le contó el suceso.
Fray José había sido gran sectario
del faldellín, antes de ser profeso,
por lo que no extrañó lo sucedido,
que don Pascual le había referido.

Y ofreció convertir al delincuente
al camino del cielo, Dios mediante,
porque era á la verdad hombre elocuente,
famoso confesor, muy insinuante:
entró, pues, nuestro joven penitente
en calidad de simple *ejercitante*,
y lo llevó á la celda el buen prelado,
donde había una mesa y un estrado.

"Aquí le dijo, harás tu penitencia;
ahí tienes un libro muy precioso
que se intitula *examen de conciencia*:
léelo con cuidado y con reposo.
nada contiene de la humana ciencia,
y por tanto es más útil y gustoso:
y entre tanto, *pax tecum munda te*."
Dijo, dejóle y fuese fray José.

Figuraos, lectoras, el estado
en que estaría nuestro pobre preso
por más de un mes que estuvo allí encerrado
él, que era tan alegre y tan travieso!
La única diversión que había hallado
era escribir en verso su suceso,
que por lo que hace á componer en prosa
entendía don Pablo poca cosa.

Hizo un ensayo en forma de tercetos
"*Garantías* llamado *individuales*,"
y unas cuantas octavas y cuartetos
contra los institutos monacales;
compuso dos bellísimos sonetos,
atestados de ideas liberales
en loor del *Habeas corpus*, que decía
algun día en su patria regiría.

Además, una sátira sangrienta
contra don Diego y contra doña Luisa,
y hasta su mismo padre entraba en cuenta
con una gracia que movía á risa.
Escribió una elegía muy atenta
á Isabel, y muy tierna, y muy sumisa
en forma de canción de pié quebrado;
pero ni los fragmentos han quedado.

Finalmente, hizo una oda de su mano,
en que para Isabel á Dios pedía
el amparo del cielo soberano.
Alguno dirá aquí, que no debía
lo sagrado mezclar con lo profano,
y que aquello tocaba en herejía:
lo mismo digo yo, mas en verdad
él podía excusarse con su edad.

Una tarde de julio, á fin del mes,
(que era creo del año del Señor
mil setecientos y setenta y tres)
en que hacía muchísimo calor,
Pablo postrado hallábase á los pies
de fray José, su sabio confesor,
del templo en una nave lateral,
confesando sus culpas bien ó mal.

Y acabada la larga relación,
¡qué sabe Dios que relación sería!
le hizo una paternal admonición
fray José de Godina, que decía:
"hijo, si quieres obtener perdón
llora por tus pecados noche y día,
que el pecador contrito y convertido
es más acepto al cielo y más querido.

"Yo fuí gran pecador y gran malvado,
y tu difunta madre, si viviera,
te podría decir cuanto he pecado,
que ella mejor que nadie lo supiera.
Véme aquí arrepentido y humillado,
gracias á Dios y aquesta calavera
que fué quien me sirvió de desengaño"
y al decirlo, sacóla de entre un paño.

"Esta que miras calavera agora,
Pablo, mujer fué un tiempo muy hermosa:
tras esta corre el hombre á toda hora
como tras de la luz la mariposa.
Medita á solas cuán engañadora
es la mujer y cuán inútil cosa
por este asquerosísimo fragmento!"
Esto dicho metióse en el convento.

Aquel fragmento había sido parte
de una bella mujer muy disoluta,
que de Venus seguía el estandarte,
de hombres haciendo amplísima recluta,
pues de enganchar sabía á fondo el arte:
érase el hueso de una rica fruta,
en cuya dulce pulpa en cien lugares
habían caído moscas á millares.

No son así mis jóvenes lectoras,
que no pierden á nadie, ni se envidan,
ni lanzan miradillas seductoras,
ni tienden redes, ni al amor convidan;
antes bien, del decoro observadoras,
de su beldad parece que se olvidan;
que si el talle ó el cuello nos descubren,
es por descuido y pronto se lo cubren.

¿"Habéis bastantemente meditado?"
dijo al volver el fraile al penitente,
viéndole el rostro en lágrimas bañado.
El cual le respondió con voz doliente,
"si señor, vedme aquí desesperado,
contemplando este ejemplo tan patente
de la humana miseria y desventura,
y este triste final de la hermosura,

"Conque ha dispuesto la fortuna avara,
hacer de tanto hechizo y embeleso,
que á los otros la carne les tocara
y á mí tan solo me tocara el hueso."
Se le alegraba al confesor la cara,
viendo de su elocuencia el buen suceso,
mas al oír aquella picardía,
dijo frunciendo el gesto "Ave María."

¿Qué más dijera el Jefe del Estado,
hablando de las rentas nacionales,
si de la patria el hueso le ha tocado
cuya carne tocó á los liberales?
mas volvamos al padre, que espantado,
invocaba las iras celestiales
contra aquel obcecado pecador,
que se burlaba así del confesor.

No desoyó sus súplicas el cielo,
pues por medio de un fuerte terremoto (*)
parte de la cornisa la echó al suelo
sobre Pablo, dejando el arco roto.
Murió el mísero joven, sin consuelo,
y entre la confusión y el alboroto,
no faltó quien hubiera visto al diablo
cargar en cuerpo y alma con don Pablo.

Isabel profesó de capuchina
cuando supo la suerte de su amante,
á instigación de Fray José Godina,
que fué su confesor en adelante.
Tomó por nombre Sor Escutufina
de la Circuncisión: ¡nombre elegante!
y la nombró portera la prelada
porque la vió al zaguán aficionada.

Don Diego, don Pascual y doña Luisa
murieron de diversos accidentes;
cual, de haber ido con catarro á misa,
cual, de unas calenturas remitentes
por andar á deshoras en camisa;
cual, de un disgusto contra sus parientes;
que bien dice el proverbio, si se advierte,
que así como es la vida así es la muerte.

[*] Alude al terremoto que causó la ruina de la Antigua Guatemala, el 29 de julio de 1773.

Mas ¿á dónde me lleva el pensamiento?
á predicar á mis lectoras bellas
un trozo de moral al fin del cuento!
¿acaso, pues, lo necesitan ellas?
Más valiera decir que el firmamento
tiene necesidad de más estrellas,
ó de más tigres la feraz Bengala,
ó de más *populares* Guatemala. (*)

(*) Nombre de un periódico que se publicaba cuando el autor escribió este cuento.

SAN JUAN.

Sylva capax avi, validaque incurva senecta,
Eternum intonsœ frondis stat pérvía nullis
Solibus.....
.....et exclusœ pallet mala lucis imago.
Stat. Yuob——

De fieras poblado, de selvas cubierto
que vieron erguidas cien siglos pasar,
allá en Nicaragua se extiende un desierto,
su historia ...ninguna! su límite .....el mar!

Montañas sin nombre las nubes asaltan,
del yermo lanzadas do esconden el pie:
sus faldas en vano de verde se esmaltan,
de alfombras se cubren que el hombre no ve.

No guarda en su seno ni mieses ni flores,
ni viste sus valles de espléndidas galas,
no danzan en ellos, ni cantan amores
apuestos donceles con lindas zagalas.

Sin templos, sin puentes, sin arcos, sin muros,
ni granjas, ni apriscos, ni huellas humanas;
por esos desiertos callados y obscuros,
ni cúpulas brillan, ni suenan campanas.

Ni triscan ganados, ni hogares humean,
ni riegan jardines arroyos süaves,
ni cultas campiñas la vista recrean,
ni trillan la tierra domésticas aves.

Sus vegas infestan salvajes desnudos,
cruzando sus aguas en toscos acales:
caimanes feroces, voraces, membrudos,
disputan con ellos sus turbios canales.

Allí la serpiente sus roscas arrastra
colgada la vista del leve esquirol,
en húmedo surco trazando su rastra
que nunca secaron los rayos del sol.

Sus alas fornidas el águila tiende,
del monte corona, del viento sultana,
la atmósfera gime que rápida hiende,
apenas descubre su presa lejana.

Del tigre sangriento la cuádruple garra,
su paso revela grabada en la tierra,
ó el bálsamo duro ó el cedro desgarra,
en cuya corteza profunda se entierra.

Parece el desierto coloso dormido
que inmóvil ostenta su máquina inerte;
gigante que yace por tierra tendido,
en torno velándole un angel de muerte.

Azul y amarillo sus anchas espaldas
un manto cobija, con montes por borlas
y abismos por pliegues, haciendo á sus haldas
del mar las espumas blanquísimas orlas.

Del mar al oriente conturban las olas
¡oh páramo inmenso! tu mágica escena,
royendo tus playas ardientes y solas,
tragando tus rios, mordiendo tu arena!

Tus fastos publican, sin más monumentos
ni rotas columnas que marquen tus eras,
tus ceibas que arrancan con raíces los vientos,
ó heridas del rayo tus altas palmeras.

Mortales aromas tus auras derraman,
tu ambiente es ponzoña, tu brisa huracán,
tus trovas de amores las hondas que braman,
tus luces la hoguera que arroja el volcán.

Tus hojas devoran la luz de la luna,
al suelo robando sus luces de plata:
distante, dormida, la clara laguna
su disco refleja, su imagen retrata.

Tu nombre tenía mi amigo, mi hermano (*)
sobre él derramaste tu odioso veneno,
apenas bebiendo su aliento lozano
el hálito impuro que brota tu seno.

Por él te maldigo! por él te saludo!
mis lágrimas guarda, maldito desierto,
de prados, de mieses, de flores desnudo,
de fieras poblado, de selvas cubierto.

(*) Alude á la muerte de don Juan Batres, hermano del autor, acaecida en San Juan de Nicaragua.

YO PIENSO EN TI.

Yo pienso en tí, tú vives en mi mente,
sola, fija, sin tregua, á toda hora;
aunque tal vez el rostro indiferente
no deje reflejar sobre mi frente
la llama que en silencio me devora.

En mi lóbrega y yerta fantasía
brilla tu imagen apacible y pura,
como el rayo de luz que el sol envía
al través de una bóveda sombría,
al roto mármol de una sepultura.

Callado, inerte, en estupor profundo,
mi corazón se embarga y se enajena,
y allá en su centro vibra moribundo
cuando entre el vano estrépito del mundo
la melodía de tu nombre suena.

Sin lucha, sin afán y sin lamento,
sin agitarme en ciego frenesí,
sin proferir un solo, un leve acento,
las largas horas de la noche cuento.....
¡Y pienso en tí!

SUICIDIO.

Llegó en fin á este presidio, (*)
inserta en el Semanario
[periódico literario]
la contienda del suicidio.
Para matar el fastidio,
por no decir otra cosa,
saco mi musa quejosa
de vivir arrinconada,
como quien saca su espada
para ver si está roñosa.

A todos hablar prometo
sin ofender á ninguno,
que á todos, uno por uno,
los estimo y los respeto.
A decidir no me meto
quién es quien tiene razón;
sólo diré mi opinión,
con modestia ó sin modestia,
que suele causar molestia
afectar moderación.

(*) El autor se hallaba ausente en un pueblo.

Muchos siglos van corridos
desde que hay suicidados,
amantes menospreciados
y jugadores perdidos.
Tantos sabios distinguidos
han tratado del esplín
y del suicidio, que al fin,
disputar está demás
sobre si es *nefas* ó es *fas*,
(que yo también sé latin.)

Tengo por mal argumento
para quitarse la vida,
el citar algún suicida
de valor ó de talento:
por uno se cuentan ciento
de la más ilustre fama,
que terminaron su drama
enfermos, asesinados,
borrachos, apaleados,
en la horca y en la cama.

Lector, si fuera á exponerte
tantos ejemplos diversos,
llegaría haciendo versos
á la hora de mi muerte.
Citaré algunos, y advierte
que no quiero fastidiarte:
ve leyendo hasta cansarte,
y así que estes muy cansado,
descansa, lector amado,
no vayas á suicidarte.

Marco Bruto se mató
por no vivir en cadenas,
y para alivio de penas
Cayo Casio le siguió:
cada cual en esto erró,
y aunque probarlo no sé,
á Montesquieu citaré,
que dice que cada cual
hizo en matarse muy mal,
y el sabrá muy bien por qué.

Esos dos se suicidaron,
y Pompeyo.... pero nó,
Pompeyo no se mató,
á Pompeyo le mataron;
y ni muerto le dejaron:
(es cosa que escandaliza)
que con una hacha maciza
le dividieron el cuello;
de sólo pensar en ello
hasta el pelo se me eriza.

Mitrídates, rey del Ponto,
se mató, no por su mano,
mas por la de un veterano
muy obediente y muy tonto.
Ero se echó al Helesponto
al ver á Leandro ahogado,
(el pobre no era pescado)
y nadar de noche, á oscuras;
¡ay infelices criaturas!
Dios las haya perdonado.

Anníbal tomó veneno;
Scipión murió degollado,
Cinna fué descuartizado
y arrastrado por el cieno:
Cleopatra metió en su seno
el gusanillo del Nilo:
de peste murió Camilo,
Adriano de hidropesía,
y Séneca de sangría
por orden de su pupilo.

Lucrecia de una estocada
le dió fin á su existencia,
á mi entender, por demencia
más bien que por recatada,
Safo al revés: desechada
por un mozo vagabundo,
tuvo un pesar tan profundo
que de un salto se mató:
salto que no diera yo
por todo el oro del mundo.

El apóstol Iscariote
se echó un dogal en la gola
por falta de una pistola,
de un puñal ó de un garrote.
Les deseo el mismo lote
á todos sus sucesores,
que á su patria y bienhechores
clavan saetas agudas:
¡que se maten como Judas
los ingratos, los traidores!

De los hombres que vivieron
y su nombre nos dejaron,
unos cuantos se mataron
y los demás se murieron.
Lo mismo que ellos hicieron
hacemos en conclusión;
esta es la sola razón
clara, palpable y notoria,
que se saca de la historia
acerca de la cuestión.

Nadie me puede negar
que le pongo en que elegir
sobre el modo de morir
un modelo que imitar.
Si me quieres preguntar,
lector cual me gusta más,
(quizá lo adivinarás)
digo lo que tu dirías,
es decir, Enoch y Elías
que no murieron jamás.

Si el matarse es cobardía
ó si es acto de valor,
es cuestión que con furor
se discute cada día.
Si es prudencia ó tontería
es lo que decir no puedo;
pero afirmo con denuedo,
ya que de afirmar se trata,
que es cobarde el que se mata
cuando se mata por miedo.

El alacrán se suicida
cuando le cercan de fuego:
se suicida el topo ciego
de un golpe ó de una caída:
También se quita la vida
la mariposa en la llama:
buscando lo que más ama
se mata un hombre enviciado,
y con un corsé apretado
suele matarse una dama.

Mas sólo de esta manera
es permitido matarse;
herirse y envenenarse
es delito en donde quiera.
¿Quién hay que tan necio fuera,
que negara la partida,
cuando digo que el suicida
desde Siam al Perú
y del Brasil al Pegú,
tiene pena de la vida?

Descansa ya musa mia,
de tan penosa jornada,
que no estás acostumbrada
á tanta carnicería.
Gustoso continuaría
escuchando tu canción;
mas no tengo corazón
ni soy capaz en conciencia,
de ver con indiferencia
semejante matazón.

A PIRRA.

(Traducción libre de Horacio.)

¿Quién es ¡oh Pirra! el doncel
que, entre perfumes y flores,
te dice blandos amores
en la gruta del verjel?

¿A quién con nardos y rosas
tejes el blondo cabello?
¿En qué nueva faz el sello
del ardiente labio posas?

¡Cuántas veces inocente
ése que en tu fé confía,
llorará la boca impía
que ora acaricia su frente!

Hoy se goza en la beldad
que tanta dicha le ofrece,
en la calma se adormece
sin temer la tempestad.

En plácido mar navega,
el aura su sien halaga,
y al soplo del aura vaga
la blanca vela despliega.

¡Pobre niño, que no sabe
como se torna improvisa
en huracán esa brisa
ahora mansa y suave!

En breve el dormido mar
alzarse verá tremendo;
turbias, henchidas, hirviendo,
las olas verá rodar.

Yo la tormenta pasé:
testigo el muro sagrado
en que el vestido mojado
al Dios del mar dediqué.

¡MARIA!

Esa que véis, gentil como la aurora,
ninfa graciosa del rosado velo,
tierno destello del azul del cielo,
exhalación dèl Céfiro y de Flora:
esa deidad que entre los hombres mora
como flor trasplantada de otro suelo,
como avecilla que cortó su vuelo
y en nido extraño por su nido llora:
más serena que el íris de la alianza,
más plácida que el rayo de la luna,
más fresca que la gota del rocío,
más suave que el placer de la esperanza,
más dulce que el reir de la fortuna,
es la beldad que adora el pecho mío.

SONETO.

AL SR. DR. D. NAZARIO TOLEDO.

Si mereció el guerrero justamente
de verde lauro ver su sien ornada,
al envainar la asoladora espada
que fué terror de la oprimida gente:
tú que al alivio del mortal doliente
dedicas el afán de tu jornada,
del laurel de Minerva celebrada,
con más razón coronas hoy tu frente.
Esa borla que brilla en tu vestido,
es una flor del árbol de la ciencia,
cuyo fruto recoge el afligido,
Ella pone, Toledo, en evidencia
cuán alto honor alcanza el que ha podido
suavizar de la muerte la violencia.

MANUEL DIÉGUEZ.

Sin el vasto caudal de conocimientos que ilustraban la privilegiada inteligencia de su hermano, Manuel Diéguez poseía como Juan un talento claro y profundo, y en más alto grado que él, acaso, el *Deus in nobis* del poeta y el inestimable don del sentimiento, manantial inagotable de sus tiernos y bellísimos cantares. No es esto decir que el bardo de que vamos á ocuparnos careciera de instrucción, pues conocía á fondo las literaturas francesa y española y le eran familiares los clásicos de la clásica lengua de Virgilio.

Si quisiéramos definir á Manuel Diéguez en el doble concepto de hombre y de poeta, no encontraríamos palabras más á propósito que aquellas de Ducis:

L'acord d' un beau talent et d' un beau caractère.

Ageno á toda pretensión, nuestro ilustre compatriota escribía sus versos, no para darlos al público y alcanzar celebridad, sino por complacer á sus amigos, muchos de los cuales son poseedores de preciosas obras inéditas, brillantes enjendros de aquella imaginación siempre fecunda. De aquí que algunas de sus poesías, de las pocas que se han dado á la prensa, contengan incorrecciones impropias del castizo estilo de nuestro bardo, y que la mayor parte de las inéditas se vean con frecuencia lastimosamente estropeadas por las copistas por cuyas manos han tenido la mala suerte de pasar. Es tan fácil echar á perder el mejor ver-

so del mundo cuando cae en manos de los profanos, que no debemos estrañarnos de las monstruosidades que algunos han sembrado en las copias de los cantos del cisne guatemalteco. Modesto, con esa verdadera modestia que consiste en desconocer el propio mérito, Diéguez no quiso legar á la posteridad una colección, siquiera hubiese sido incompleta, de las sentidas melodías que arrancara á las cuerdas de su laúd, como tampoco quiso nunca poner su nombre al frente de varias felices traducciones que hizo de novelas y dramas del francés, y que se publicaron en periódicos guatemaltecos de aquella época.

Nacido el día 20 de mayo de 1821 y no menos desgraciado que su hermano, probó desde muy joven el amargo pan del ostracismo en la vecina República del Salvador, acontecimiento que le hizo suspender temporalmente sus estudios de abogado, cuya carrera no pudo terminar sino hasta el año de 1849. Su nombre, notable ya en las letras centro-americanas, lo fué también en el foro, pues como jurisconsulto se distinguió entre sus contemporáneos por su honradez á toda prueba, por su estilo correcto y elegante, y por su desprendimiento para con los desvalidos que le encomendaban la dirección de sus negocios.

Perseguido por sus ideas políticas, escaso de recursos, dotado de un corazón de esos que jamás se humillan ante los poderosos y que sufren con paciencia las amarguras que les rodean, Manuel Diéguez vivió y murió pobre; pero mantuvo siempre ilesos su reputación y su buen nombre. Así su desconsolada viuda é hijos pueden enorgullecerse de la pingüe herencia con que su nobilísimo carácter les legara, envuelta en los pliegues de su gloria, el malogrado cantor que nos ocupa.

Diéguez elevó su alma al Criador el 20 de mayo de 1861, después de una larga y penosa enfermedad.

Sabemos que uno de sus amigos de más confianza posée una colección completa de las obras de este insigne centro-americano. Cuando formamos el proyecto de dar á luz esta GALERIA, nos dirigimos á él, suplicándole nos franquease dicha colección, si no para estractar de ella algunas poesías inéditas, para comparar con los originales algunas de las copias que habían llegado á nuestras manos. Como nos fueron negadas ambas cosas, conjuramos hoy á ese amigo del infortunado Diéguez para que

cumpla con un deber á la memoria de aquel genio, publicando para mayor gloria suya, sus más brillantes producciones.

Terminaremos estas líneas con la primera estrofa de la sentida elegía que nuestro amigo González Campo consagró á la memoria de Manuel Diéguez:

Duerme, bardo infeliz, duerme en la tumba;
ay! vale más su sempiterna calma,
que arrastrar la existencia cuando el alma
bajo el peso se abate del dolor!
Sí, vale más, infortunado bardo,
el silencio del féretro profundo
que ver en torno indiferente al mundo,
desdeñando los ecos del cantor.

A LA LUNA.

¡Oh Luna que inspiras
recuerdos al alma
de dicha y de calma
que yo ya perdí!
En tanto que giras
tranquila en el cielo,
mi canto de duelo
se eleve hasta tí!

A tí, en cuya frente
tan cándida y pura
aun puedo ternura
simpática hallar,
te envío doliente
del pecho oprimido,
el eco sentido
de mi hondo pesar.

Proscrito del suelo
que viera mi cuna,
mi patria es ninguna,
ninguno mi hogar;
mi vida es el duelo,
mi sueño fatiga;
tú sola mi amiga,
mi amante serás.

Pues eres del triste
la fiel confidente,
pues das al ausente
alivio y solaz;
sensible si fuiste
del hombre á la pena,
la mía no agena
encuentre tu faz.

¡Oh mágica Diosa!
tu bello semblante
mitigue un instante
del hado el rigor.
De mí, al fin, piadosa
envía á mi alma
un rayo de calma,
de suave esplendor.

Así su sosiego
no pierda un instante
tu joven amante,
tu caro Endimión;
me digas, te ruego,
si duermen ahora
las prendas que adora
mi fiel corazón.

O bien si mirando
tu disco de plata
les debo una grata
memoria de amor;
la mía tu blando
reflejo les lleve,
si al fin te conmueve
tu triste cantor.

AL BELLO SEXO.

SONETO.

Es la mujer un celestial destello
que el soplo del Criador envió á la tierra,
y en su estructura angelical encierra
cuanto hay de encantador sensible y bello.

De la DISCORDIA el orgulloso cuello
humíllase á su voz, calla la GUERRA;
y hasta el conquistador que al mundo aterra
se vé cautivo en femenil cabello.

Si es tal la fuerza, el poderío tanto
que en los seres ejerce tal criatura,
¿por qué ese sexo de inefable encanto
sufre del hombre la opresión más dura?

Porque es de la mujer la gloria bella
poner los grillos y arrastrarlos ella.

UN ADIOS.

Partes y me abandonas.... y mi ruego
en vano quiere conmover el alma
de la beldad que me robó el sosiego,
y de mi pecho arrebató la calma.

Parte pues.... parte.... y llévate contigo
mi esperanza, mis sueños y mi gloria;
llévate todo y déjame conmigo
tu hermosa imagen y mi cruel memoria.

Y mientras surcas los inmensos mares,
indiferente, sin pensar en mí;
yo engolfado en mis hórridos pesares
al vago viento quejaréme así:

¿Qué encantos tiene la vida,
cuando es un páramo yermo,
para un corazón enfermo,
como el que palpita en mí?
Corazón que solo anida,
en su recinto sombrío,
la imagen del angel mío
que para siempre perdí.

Porque ese angel que yo adoro
y que llamaba mi amante,
apenas cruzó un instante
por mi nublado existir.
Fugace como un meteoro,
en mi horizonte ha brillado,
y en la noche me ha dejado
de la desdicha á gemir.

Buscar sus ojos en vano,
clamar por su dulce acento,
y enviar mis quejas al viento
es mi destino infeliz.
Por eso en delirio insano,
á veces su nombre invoco,
y á veces, soñando loco,
aun me contemplo feliz.

¿Qué se hicieron, angel mío,
aquellas noches fugaces,
ya de enojos, ya de paces,
pero dichosas en fin?
Noches que con labio impío,
mal de mi amor en despecho,
ofensas llevé á tu pecho
que retacharon en mí.

Pues fueron exhalaciones
de mi celoso martirio,
ó del ardiente delirio
con que el alma te adoró.
Porque en las fuertes pasiones
de un corazón como el mío,
habrá un pirronismo impío;
pero tibieza ¡eso no!

¡Perdona, luz de mi vida,
sin en algo ofenderte pude,
y perdóname que aun dude,
harta desdicha es dudar!!!
Solo sé que no te olvida
el corazón que te adora,
y que suspira y que llora
sueños que no han de tornar.

Así mi bien mientras que tú te alejas,
hendiendo tu bagel el ancho oceano,
al vago viento exhalará sus quejas
tu sensible é infeliz AMERICANO.

Y errante y solo por la patria mía,
fija en mi corazón tu imagen bella,
iré gimiendo sin timón, sin guía,
sin serme dado perseguir tu huella.

A tí, entre tanto, en tu querida EUROPA,
de ilusión y placer te espera un mundo;
yo de infortunio apuraré la copa
y cantaré cual cisne moribundo:

¡Oh tú, que por mi mal naciste hermosa,
oye mi adios y mi mortal gemido:
recuerda que te amé, vive dichosa;
mas no me arrojes al profundo olvido!!!

EL ROSAL Y LA VIDA.

Si ese rosal examinas,
que riegas tan cuidadosa,
verás que entre cada rosa,
tiene millares de espinas;
y si ligera te inclinas
para cortar un botón,
no estrañes que duro arpón
hiera tu mano pulida;
que los goces de la vida
van con igual condición.

Por un fugace placer,
efímero cual las flores,
en prolongados dolores
el hombre se llega á ver;
y la vida viene á ser,
si con juicio se examina,
como el rosal que Delina
riega y cultiva afanosa,
cada ilusión una rosa,
cada recuerdo una espina.

PLEGARIA AL SUEÑO.

¡Dulce sueño, que en las almas
saturadas de amargura,
con tu plácida dulzura
embalsamas el dolor,
tiende á mí tus blandas alas,
ven benéfico á mi lecho
y derrama aquí en mi pecho
tu beleño embriagador!

No te pido que transportes
mi atristada fantasía
á un paraiso de alegría
de placer y de ilusión;
ni que sueños seductores,
resbalando por mi frente,
acaricien blandamente
mi marchito corazón.

No te pido que me vuelvas
los delirios ¡ay! que á miles
en mis noches infantiles
yo juzgaba realidad;
ni que vuelvas á mi seno
la esperanza bienhechora,
muerta en mí desde la hora
que tornó la adversidad.

¿De qué sirven los delirios
á la triste vida mía,
si al nacer el nuevo día
la mentira conocí?
¿De qué sirven los paraísos
de una dicha imaginaria?
Oye ¡oh sueño! mi plegaria,
tiende el ala, ven á mí.

En letargo el más profundo
tu beleño me enagene
de este mundo, que no tiene
para mí sino inquietud;
y embargando mis sentidos,
cual si el alma alzara el vuelo,
libra un rato de su duelo
á mi pobre juventud.

Zozobrando de mis penas
en el mar embravecido,
siento ya desfallecido
el espíritu vital.
Ven, y alivia un solo instante
á este pecho que desmaya,
mientras llego al ancha playa
del descanso perennal.

A MI HIJA.

SONETO.

Vástago tierno de mi triste vida,
hija infeliz de mi infeliz ternura;
si el fruto fuiste de una unión impura,
aquella culpa de tu padre olvida.

¿Qué importa á la azucena ser nacida
entre el pantano, el cieno ó la basura,
si conserva su nítida blancura,
y alza sin mancha su corola erguida?

Esa flor eres tú, niña inocente;
en nada empaña, no, tu nacimiento
la virginal pureza de tu frente:
sea siempre tu pecho un aposento
de pudor, de virtud, y de recato,
y triunfarás de tu destino ingrato.

A LA NOCHE.

SONETO.

Envuélveme en tus sombras, noche obscura,
no me muestres ni el rayo de un lucero,
que, solo, en tu tiniebla verme quiero
para llorar mi horrible desventura:

La luz del sol insulta mi amargura,
la luna aumenta mi tormento hero;
y cuanto alumbra al universo entero
sirve de pábulo á mi pena dura.

La única lumbre que alegró mi vida,
la de los ojos de mi dulce amada,
para los míos ¡ay! está extinguida,

Y mi sóla esperanza ya apagada:
vuélveme ¡oh noche! pues, mi luz perdida,
ó hazme morir en tu tiniebla helada.

LA SIEMPREVIVA.

A MI MADRE, EL DIA DE SU CUMPLEAÑOS.

Modesta, sencilla y pura,
como el amor que me inspiras,
es esa flor que á tus manos
un hijo ausente te envía:
la hermosura de la rosa
no tiene esa florecilla,
ni el aroma embalsamado
del clavel y clavellina:
de la alcachofla las galas
tampoco ostenta festiva,
ni la plata codiciada
de la azúcena aplaudida;
pero en cambio de esas gracias
de que se ve destituida,
es firme, constante y pura,
como lo es mi simpatía.
De la reina de las flores
dura la belleza un día;
y su aroma embalsamado
¿no se lo lleva la brisa?

De la alcachofla las galas,
¿son mas que pompa y mentira?
la plata de la azucena,
¿no se ve en el lodo hundida?
Doy flores tan pasajeras
á la versátil Elvira;
á mi madre en sus natales
sólo le doy *siempre vivas.*

LA ILUSIÓN.

SONETO.

Cual funeraria lámpara gastada
alumbra el mármol de la huesa fría,
do la joven beldad que brilló un día
duerme yerta en el lecho de la nada;

Así de mi memoria fatigada
la opaca luz un débil rayo envía
al triste panteón del alma mía,
do yace muerta la ilusión dorada.

Pero de la beldad si huyó el encanto
y rodeada de gracias ya no vive,
tampoco baña su mejilla el llanto;
mas la ilusión sólo á llorar revive,
cuando refleja en ella la memoria,
mis ensueños, mi amor, mi falsa gloria.

LA LÁMPARA.

TRADUCCIÓN DE A. CHENIER.

¡Oh noche, oh noche! Yo jurado había
adorar á la infiel de cuya boca,
juramentos de amarme eternamente
mi alma escuchaba, de placer absorta.
Tú presenciaste las promesas mutuas
que hacían nuestras almas amorosas;
y hoy esa ingrata en los agenos brazos
de otro amante se entrega, y me abandona.
Promete amarle, y lo protesta y jura,
y para colmo de perfidia toda,
jura por tí, y en su perjurio horrendo,
es ¡oh noche! á tí misma á quien invoca.
Y tú, nocturna Lámpara, tan cara
en un tiempo á mi amor, que hasta la aurora
nuestros dulces placeres alumbrabas
desde la estrecha cristalina bomba;
¿cómo pudiste presenciar impávida
sus promesas de amor, sus dulces glorias?
ay! con tu llama su voluble afecto
se fué extinguiendo y se apagó en una hora!
Con el humo ligero que exhalaste,
en espiral columna vagarosa,
se disiparon ya, por mi desdicha,
los juramentos de tan dulce boca.

Si yo junto á su lecho de placeres
hice brillar tu llama esplendorosa,
para alumbrar fué sólo mis amores,
y en sus ojos mirar mi dicha toda.
¿Por qué al aspecto de su horrendo crimen
tu luz no hundiste en las profundas sombras,
antes que ver de mi rival el triunfo
que el corazón me oprime y me devora?
Falsa como ella y fementida ¿puedes
para otro ser cual para mí? Traidora!
¿A otro amante te atreves á enseñarle
cuanto mi amada és pérfida y hermosa?
—¿De qué me acusas, poeta infortunado?
cuanto estuvo á mi alcance fuí celosa,
por conservarte fiel y sin mancilla
á la falsa mujer que tanto adoras.
En sus crímenes mismos han sabido
mis miradas seguirla cuidadosas,
por todo el tiempo que me dieron vida,
su precaución, su miedo y sus congojas.
¿La viste ayer en lánguidos suspiros
prorrumpir sin cesar, cual si una honda
pena ahogase en sus labios los acentos?
¡Cuál sus piés arrastraba desdeñosa!
Acababa de huir el claro día,
y yo empezaba á combatir las sombras,
cuando en el lecho se metió diciendo
con voz pausada, lánguida y quejosa:
"El cuerpo siento débil y cansado,
y displicencia tal me desazona,
que necesito disfrutar tranquila
de un casto sueño las dulzuras todas."
Tú la abrazaste, y viéndola dormida
partiste; mas apenas quedó sola,
esta vecina puerta abrirse miro
y una faz blanca y juvenil asoma.
Era un amante que hasta entonces viera
por la primera vez en esta alcoba,

"no hables, dijo ella, yo soy muy culpable."
(con voz trémula habló; pero afectuosa.)
Y los brazos tendiendo al feliz joven,
él llega poco á poco á la que adora:
de amor entonces con ardiente beso
unirse ví sus criminales bocas.....
Ví de su pecho el alabastro puro,
su cutis suave, su coral, sus rosas,
su negro pelo, sus azules venas,
todo, en fin, cuanto la hace encantadora.....
Vila tal como tú me la mostraste
en noches para tí mas venturosas,
sin más adornos, ni mayor belleza
que las que tienen sus desnudas formas.
Noches que huyeron para tí veloces;
en que en tu almohada yo la ví amorosa
dormir y despertar á las caricias
de tus amantes labios que hoy sollozan.
Noches en que tu júbilo exhalabas,
dirigiendo á mi luz dulces lisonjas,
mientras ella sonriendo maldecía
mi importuna presencia, vergonzosa....
En vano al Dios de amor que creí tu apoyo
pedí la voz que me concede ahora,
para echarla en reproche tus pesares,
llamarla ingrata, criminal, traidora.
Al menos el voraz remordimiento
despertar quise en su conciencia sorda,
sacudiendo mi pábilo encendido
y chispas arrojando estrepitosas.. ...
Se asusta, tiembla, y pálida é inquieta,
sus miradas de espanto hacia mí torna;
y luego levantándolas al cielo
con moribunda voz así apostrofa:
"Oh grandes Dioses! y aun queréis que exista
este testigo que mis faltas nota,
cuando acallar vuestros placeres deben
la voz del crimen que mi pecho agobia!"

Dice....y al punto sobre mí se lanza,
desoyendo al amante que estrechóla
en sus brazos, diciéndola: "No quites
á nuestros goces tan propicia antorcha."
No más mi llama ardió...¡mi ejemplo sigue:
ya no ardas tú por la que así, traidora,
á otro ama ya....un nuevo amor procura
para olvidarla en el regazo de otra:
Y si fias en mí, toma un consejo:
de tu pasión sobre la llama sopla,
y apagar lograrás tu amor, como ella
sopló, y hundióme en las tinieblas hondas.

Á D....

Tu imagen en mi memoria,
Tu nombre en mi corazón.

I

Hay en la memoria mía
cierto recuerdo, Señora,
que lentamente devora
y consume mi existir.
Hay un nombre idolatrado
en mi corazón escrito,
que yo sin cesar repito
al despertar y dormir.

II

Hay una imagen también
que á este recuerdo va unida,
hermosa imagen querida
de la beldad que amo yo,
imagen que en otro tiempo
era mi ilusión más pura,
y de esperanza y ventura
dulces ensueños me dió.

III

Tú sabes que ese recuerdo
es de esa ilusión perdida,
y que esa imagen querida
la de tus encantos es;
y no ignores que es tu nombre
el solo que va grabado
en este pecho cuitado,
cuyos dolores no ves.

IV

En un lustro, tú no sabes
cuánto tormento he sufrido,
cuánta lágrima he vertido
en desesperado afán:
recordando en mis delirios,
é invocando, entre sollozos,
aquellos días dichosos
que ya nunca volverán!

V

¿Dónde están mis ilusiones?
mis ensueños ¿qué se hicieron?
Mis esperanzas murieron
para jamás revivir;
y solo vago en la tierra,
como el errante judío,
con un corazón impío,
cerrado ya al porvenir.

VI

Una vislumbre de dicha
ansioso busco en tus ojos,
y sólo desdén y enojos
en ellos consigo ver.
Oh! cuánta crueldad encierra,
Para un desgraciado amante,
bajo tan bello semblante
el alma de una mujer.

VII

Y yo te busco y te adoro,
y yo te idolatro ciego,
y yo me abraso en el fuego
de devorante pasión;
hasta que bajen con migo,
á mi morada mortuoria,
tu imagen en mi memoria,
tu nombre en mi corazón.

A P. A.

SONETO.

¿Será diosa la joven que yo adoro?
Si el atributo de deidad tuviera,
benévola en sus aras recibiera
á quien la dice: tu piedad imploro.

¿Será algún ángel del celeste coro,
que del cielo á la tierra descendiera?
Ah no! si un ángel mi adorada fuera
mitigara mi amargo y tierno lloro.

¿Será mujer....? La miro yo tan pura,
tan modesta, tan linda, tan virtuosa,
que no juzgo de tierra su estructura.

No sé en fin, que serás, Dorila hermosa,
para mujer te sobra la hermosura,
y la piedad te falta para diosa.

EL TOPO COMPARADO CON EL INCRÉDULO.

SONETO.

Ciego el topo se arrastra por la obscura
estrechísima senda en que confina
para él el mundo, porque no imagina
la extensión de la tierra y su hermosura.

El rayo de la luz divina y pura
su encallada pupila no ilumina,
y nace y crece y vive y se termina
su triste vida entre tiniebla impura.

Así la ciega mísera existencia
del incrédulo humano es en el suelo,
de dolores rodeada y de inclemencia:

Muere sin ver el prometido cielo,
do el ojo del creyente á ver alcanza
rayos de luz, de vida y esperanza.

LAS LÁGRIMAS MIAS.

EN LA TUMBA DE.....

¡Oh tumba que guardas
las frías cenizas,
de aquella que fuera
la luz de mi vida!
pues tú me conservas
tan caras reliquias,
deja que te rieguen
las lágrimas mías.

No tengo en la tierra,
desierta, vacía,
sino esos despojos
que tú depositas;
despojos inertes
que yo animaría,
si vida les dieran
las lágrimas mías.

¡Oh tumba! esos restos
que encierras sin vida,
de amor y de encanto
llenaron la mía:
en ellos, un alma
sensible latía,
que en dichas tornara
las lágrimas mías.

Sus ojos mi lumbre,
su aliento mi vida,
su voz mi consuelo,
su amor fué mi dicha:
¡oh dicha fugace!
tan presto perdida,
bastante no os lloran
las lágrimas mías.

Pero ellas que rieguen
su tumba sombría
y el ciprés do cuelgue
mi enlutada lira,
cuando en pos volando
de mi tierna amiga,
á su lado cesen
las lágrimas mías.

LAS CENIZAS.

«Memento homo &.»

Yo, joven un tiempo,
pulsaba la lira,
endechas cantando
de amor á Dorila;
amor que yo entonces
eterno creía,
sabiendo que el fuego
se torna en *ceniza.*

Canté de sus ojos
la llama divina,
en la que los míos
por ella se ardían;
ardor pasajero
que eterno creía,
sabiendo que el fuego
se torna en *ceniza.*

Canté de sus labios
la dulce sonrisa,
que tanto llenaba
de encantos mi vida;
encantos veloces
que eternos creía,
sabiendo que el fuego
se torna en *ceniza.*

Cantéla los celos
que me consumían,
cantéla mis penas,
cantéla mis dichas;
y dichas y penas
eternas creía,
sabiendo que todo
se torna en *ceniza*.

En fin, yo sus gracias
canté, peregrinas,
más hace de un lustro,
más há de mil días;
gracias que yo entonces
eternas creía,
la muerte en la tumba
redujo á *cenizas*.

Lloraron mis ojos,
maldije mi vida,
quemé en su sepulcro
cien ramos de mirra;
ardió en holocausto
la llama más viva,
y al fin esa llama
tornóse en *ceniza*.

Volaron las horas,
huyeron los días,
la mano del tiempo
rugó mi megilla.
¿Y qué me ha quedado
de pasión tan viva?
opacos recuerdos
y heladas *cenizas*.

Así todo muere,
mi amigo, en la vida
de aqueste planeta
que el sol ilumina;
y la tierra, acaso,
abrasada un día,
será masa informe
de escoria y *cenizas.*

Si porque mis versos
verdades publican,
provocan el odio
de algún *moralista;*
al fuego los eche,
si tanto le irritan,
que ya sé que deben
parar en *cenizas.*

A LOS POETAS.

Por no llorar la suerte del Poeta
voy á cantar su malhadada historia,
para que sirva su infeliz memoria
de triste ejemplo al que á versar se meta.

Es concebido en la *pobreza neta*,
al mundo viene en *indigente gloria*,
míranlo todos como *ruin escoria*,
vive con hambre y *desnudez completa*.

Arrulla su dolor, y llora y canta
cual tórtola infeliz ó cual canario ....
hiel en el alma y miel en la garganta

Le dió para esto su destino vario;
y para colmo de desdicha tanta,
sus miserias publica el Calendario.

FERNANDO VELARDE.

Velarde era español, que no centro-americano; pero su larga residencia en las repúblicas del continente; el profesorado que en varias de ellas ejerció, sobre todo en Guatemala y el Salvador, dejando gran número de aventajados discípulos en el cultivo de las letras; y, por último, la influencia que sus *Melodías románticas* y sus *Cánticos del Nuevo Mundo* tuvieron en el desenvolvimiento de la que siempre hemos llamado, é insistimos en llamar literatura nacional, nos hacen colocar gustosos su nombre en las páginas de nuestra *Galería*. Si viviera, contaríamos, más que con su consentimiento, con su aplauso, que era Velarde hombre de ideas levantadas y tan americano como cualquiera de nosotros.

Fundador de un colegio en la Antigua Guatemala, en donde se educó lo más granado de la juventud de aquella época (del 54 al 60) Velarde tiene, además, para nosotros, el mérito de haber dejado varios tratados elementales de retórica y poética, física y geografía que nos harán siempre grato su recuerdo.

Poeta romántico, al estilo de Zorrilla, Velarde ha cantado en sonoras estrofas las bellezas del Nuevo Mundo, desde las orillas del Plata á las fértiles campiñas del Lerma, y desde la cima del Popocatepetl hasta las nevadas cumbres del Chimborazo. Sus poesías "Los Andes del Ecuador," "En las playas de Chile,"

y la "Cordillera de los Andes," nos pertenecen de derecho: son más americanas que españolas.

Extractadas del volumen que con el título de *Cánticos del Nuevo Mundo* publicó en 1860 en Nueva York, damos á continuación algunas de sus mejores composiciones, cuyo juicio crítico omitimos, pues son de aquellas que se recomiendan por sí mismas.

Velarde llevó una vida agitada, verdadera vida de poeta, y ha muerto para el mundo material.... El pico de Seide, la isla de Pinos, el Cotopaxi y el volcán de Agua, mantendrán entre tanto, su memoria, haciéndole vivir en el nebuloso cielo de la idea.

A LA CORDILLERA DE LOS ANDES.

(FRAGMENTO.)

A MI QUERIDO AMIGO EL SEÑOR MIGUEL RIOFRIO.

Sublime cordillera, yo vengo á contemplarte,
yo vengo de emociones terríficas en pos.
Desde remotas playas yo vengo á demandarte
del porvenir del mundo la gran revelación.

Del fondo del abismo de la abyección humana,
osado, como el cóndor, mi vuelo levanté,
á ver en su grandeza la pompa americana,
á ver sus gigantescas pirámides arder.

A oir de tus entrañas el ruido subitáneo,
la convulsión horrenda y el tremebundo hervir,
y el súbito estampido y el trueno subterráneo
que agita de cien montes el áspero perfil.

Ya estoy entre las nubes! ya dobla mi cabeza
la ráfaga tonante del hórrido aquilón.
¡Ya siento de Pizarro la ruda fortaleza,
ya siento de Bolívar la férrea inspiración!

Qué grande, qué severa, qué augusta te levantas,
qué hermosas perspectivas ostentas por doquier.
Horribles tempestades se agitan á tus plantas,
en tanto que tus cumbres reverberar se ven.

Qué rocas, qué vertientes, qué arranques tan profundos,
qué trazos tan grandiosos, que inmensa profusión!....
parecen desgarrados fragmentos de otros mundos
que aquí lanzado hubiera la cólera de Dios!

Del sol americano la luz resplandeciente,
los montes y los ríos, las lluvias y la mar,
derraman en tus valles la vida eternamente
soberbia, potentísima, fantástica, ideal.

Allí se ven las pomas doradas y los dátiles,
la caña del azúcar y el palo del Brasil,
arábigos inciensos, febrífugos, volátiles,
los cedros de la Siria, la seda y el añil.

Y crece allí la oliva y el misterioso lauro,
y el lirio del Oriente, fragante y virginal,
y brillan las arenas auríferas del Dauro,
y linfas trasparentes, más claras que el Jordán.

Allí se ven los pinos frondosos de la Australia,
y el ámbar y las piñas y el pan y el algodón,
crisólitos del Ganges y mármoles de Italia,
y espléndidos diamantes de incógnito valor.

Innúmeros caimanes de formas gigantescas
orillas de tus ríos al sol candente están;
y á veces nos recuerdan serpientes pintorescas
la antigua y misteriosa catástrofe de Adán.

Y vénse mariposas con alas carmesíes
que pasan como flores fantásticas de luz;
y loros de esmeralda, pintados de rubíes,
y pájaros de oro, de púrpura y azul,

Y son allí las brisas suavísimas, diluvios
que embriagan los sentidos en piélagos de amor:
de esencias infinitas dulcísimos efluvios
exhalan tus montañas eternamente en flor!

Qué selvas tan robustas, tan densas y sombrías!
los seres á millones se ven brotar allí.....
qué sombras, qué colores, qué estruendos, qué armonías!
se siente allí la vida del universo hervir!

A los hermosos días de la creación del mundo
se acerca en grandes éxtasis el hombre pensador,
al ver de tus grandezas el piélago profundo,
al ver de tus portentos la pródiga efusión.

Torrentes impetuosos y esplendorosas raudas
se ven en tus quebradas profundas blanquear,
cual grávidos cometas de trasparentes caudas,
que surcan del espacio la obscura inmensidad.

Y en lienzos colosales de refulgente plata,
bordados de cien iris que espléndidos se ven,
desciende á los abismos la hirviente catarata,
soberbia en su caida y hermosa, cual Luzbel.

Y el ronco, sempiterno, terrífico rimbombo
del alto Tequendama y el túrbido Agoyán,
parece que conmueve del firmamento el dombo
y apaga el doble estruendo del trueno y del volcán.

El cóndor atraviesa soberbias lontananzas,
de rayos y centellas al cárdeno fulgor ...
sublime cordillera, qué espléndida te lanzas
al éter luminoso del vívido Ecuador!

De tus vertientes baja bramando el Amazonas,
y animas soledades magníficas sin fin;
y en la región mas virgen de las terrestres zonas
esperas los titanes del hondo porvenir.

Naciones opulentas sostienes en tus hombros
y lagos que se agitan terribles, como el mar,
y huacas (*) colosales y fúnebres escombros
de razas que se hundieron allá en la eternidad!

Y ocultas en tus selvas cien tribus aborígenes
que viven indomables y nómades aún;
y arrojas al Atlántico, de tus montañas vírgenes,
los tres mediterráneos de América del Sur. (**)

Lanzarte hacia regiones antípodas te veo,
cruzar dos hemisferios, dos mares dominar,
y alzarte en los espacios, cual muro ciclopeo,
que cierra de los mares el flanco occidental. (***)

Qué blancas son las nieves del árduo Chimborazo
debajo de los rayos del tórrido Ecuador!.....
qué hermoso es el espejo y el gigantesco trazo
que deja en tus abismos el rudo Marañón!

Tus rígidos nevados deslumbran centellantes
al rayo meridiano del sol equinoccial,
cual grandes hemisferios de vívidos diamantes,
cual grandes obeliscos de límpido cristal.

Qué bella y magestuosa, qué espléndida te abismas
en el profundo cóncavo del firmamento azul,
al par que descompones en tus radiantes prismas
del éter insondable los piélagos de luz!

(*) Así se llaman en el Perú y Bolivia los enormes sepulcros erigidos por los indios antes de la conquista.

(**) Alude al Amazonas, al Orinoco y al Plata.

(***) En efecto, la cordillera, en su inmenso desarrollo desde las llanuras del Mackensie en la América rusa hasta el Cabo de Hornos, se inclina constantemente hacia las costas occidentales del Nuevo Mundo.

De tu perfil inmenso las sombras desiguales
que entonces se proyectan confusamente allá,
parecen densos grupos de mónstruos colosales,
que inmóviles contemplan la obscura eternidad.

En tus nevadas cumbres, altísimas, aéreas,
la noche es un gran lente de mágica visión.
Qué hermosas resplandecen las bóvedas etéreas,
los astros centuplican su trémulo fulgor.

Se ven constelaciones de entrambos hemisferios.
las nubes Magallánicas, la hermosa Cruz austral:
se ensancha el grande abismo de todos los misterios
y bulle y resplandece la vida universal.

La inmensa Vía láctea fulgura y centellea,
cual arcos de diamante, del Sur al Septentrión,
y en la terrestre atmósfera fantástica blanquea
del tórrido zodiaco la inmensa irradiación.

Eternamente joven aquí naturaleza
ostenta prodigiosa sin par grandiosidad,
no puede imaginarse mas pródiga belleza,
no puede concebirse mayor sublimidad!

Jamás he contemplado tan grandes horizontes,
jamás el firmamento tan rutilante ví!
¡qué augusto es el silencio de tus eternos montes!
¡el alma siente el alma de lo infinito aquí!

Cual resplandor profético que alumbra lo futuro,
cual celestial pirámide, la luz crepuscular
confusa resplandece sobre el abismo obscuro
y en la profunda curva del silencioso mar.

Cual pálidos gigantes de cabellera blanca,
en medio de las sombras inmóviles se ven
el imperial Illampu (*) que del abismo arranca,
el Místi (**), el Tupungato (†), Cayambe (‡), Puracé (¶).

En medio del silencio magnífico y profundo,
en medio de la obscura sublime inmensidad,
parece que se inclina sobre el oriente el mundo
en mudo arrobamiento, con tímida ansiedad.

¡Mirad el horizonte! la luna se levanta,
cual dolorosa virgen en éxtasis de amor:
miradla en los espacios, cual hostia pura y santa,
que eleva sus miradas tristísimas á Dios!

Mirad el trasparente confín del firmamento,
cual pórtico lejano de un mundo mas feliz!
de ruidos misteriosos se puebla el vago viento,
las sombras del olvido comienzan á plañir!

Y vienen de otro mundo fantasmas de otros días,
creencias de otros tiempos, visiones de otra edad,
y vienen dolorosas y vagas melodías,
y llora de tristeza la muerta soledad,

Se ven cruzar las nubes del firmamento en calma,
cual hadas misteriosas que van á otra región,
y en sus melancolías se desvanece el alma,
como un suspiro triste de moribundo amor.

(*) Ese nombre se dá, en Bolivia, á la cúpula nevada del Sorata, que, según Pentlant, es el punto culminante de la cordillera y el más elevado del globo después de Dhavalagiri y Djavair en la cadena del Himalaya en Asia.

(**) Es el cono volcánico ms correcto de la cordillera; se ve á cuatro leguas de Arequipa en el Perú.

(†) Rival del Chimborazo, es el nevado mas alto en los Andes de Chile.

(‡) Situado á pocos minutos de la línea equinoccial en la República del Ecuador, es notabílisimo por ser antípoda del monte Ofir que se levanta en la Oceanía en la islas de Sumatra.

(¶) Es uno de los volcanes más elevados de la Nueva Granada, notable porque tiene una laguna á la altura de 17.000 piés.

Y allá en el fondo obscuro de mi tenaz memoria,
se agita mi olvidada, difunta juventud;
parece que aun sonrie y aun sueña con la gloria
en el horror sublime del fúnebre ataúd!

Y trémulo despierta mi genio turbulento,
y en el delirio horrible de mi letal dolor,
quisiera en cuerpo y alma lanzarme al firmamento,
delante de los astros, del sol divino en pos.

Tus cumbres, cordillera, tus altas soledades,
me inspiran espantosa, tristísima ansiedad,
cual todas las barreras de todas las edades
que el genio en su grandeza no puede traspasar.

La noche del olvido con su infinita pena,
cual fúnebre sudario reposa sobre tí:
las sombras de cien siglos sollozan con la *quena* (*)
é inspiran á tus indios su eterno *yaravi* (**).

Talvez enamorados divagan por la *puna* (***)
y ensayan solitarios su lúgubre cantar,
al rayo soñoliento de la amarilla luna
que brilla entre las sombras, cual cirio sepulcral.

No sé que misteriosa, profunda desventura,
no sé que fulminante, terrible maldición
cayó sobre esa raza simpática y obscura,
que siempre me ha inspirado doliente compasión.

Vencida en todas partes y en todas degradada
y en todas con el yugo de hierro en la cerviz,
de las humanas razas, la mas desventurada,
perdió sus tradiciones, no tiene porvenir.

---

[*] Es un instrumento músico que usan los indios. Su melodía es de una inexplicable tristeza.

[**] Yaravies ó tristes se llaman en el Perú y Bolivia y aun en Colombia los cantares de los indios.

[***] Así se llaman en Sud-América las alturas casi inhabitables de la cordillera.

Su historia es tan funesta, su suerte tan impía,
tan hondamente triste su lánguido cantar;
parece una salmodia, fatídica y sombría
que entona celebrando su eterno funeral.

En noches tenebrosas de negros nubarrones,
que agita con sus alas al rápido Aquilón,
parecen tus volcanes terríficos blandones
que alumbran de los siglos el negro panteón.

Y flotan sobre aquellas pirámides de llama
en trémulas penumbras y en lóbrego espiral,
densísimos nublados que el viento desparrama
y ruedan al profundo, cual tromba colosal.

Y herida y aterrada la humana fantasía
formula pavorosas imágenes allí .....
jamás en sus insomnios la ardiente poesía
pudiera tan sublimes fantasmas concebir.

En medio de la sombra fatídica y horrenda,
levántase el demonio, tronando contra Dios;
y vése allí la lucha gigántica, estupenda,
y brilla el rayo eterno que el grande abismo abrió.

Y quedan las alturas en majestuosa calma,
los báratros ardientes del Tártaro se ven,
y escucha, desgarrada de eterno horror, el alma
un alarido amargo, misérrimo, cruel.....!

Y pasan cual siniestros, rugientes aquilones,
de allá de los infiernos al cárdeno fulgor,
del rey de los abismos las réprobas legiones,
eternamente huyendo del rayo vengador.

Inflama el grande espíritu los misteriosos vahos
y surge y resplandece la hermosa creación,
rasgando las tinieblas del insondable caos
al trueno omnipotente del *fiat* creador.

Y pasan las escenas del Génesis divino,
historias misteriosas y fábulas sin fin,
que lloran los dolores del hombre peregrino
después de las tragedias de Adán y de Caín.

Y pasa el ambicioso, doliente Prometeo,
llevando en sus entrañas el buitre roëdor;
y pasan los Titanes candentes del deseo,
amontonando airados el Osa y el Pelión.

Y pasan las escenas que aborta el panteísmo
del místico, grandioso, fantástico Indostán;
y pasan inflamadas las bestias del abismo
que vió en sus grandes éxtasis proféticos San Juan.

Cual rápidas balumbas, cual témpanos flotantes,
que arrastran las corrientes del mar del Septentrión,
se ven pasar las huestes frenéticas y errantes
que en Roma desbordaron las iras del Señor.

De triunfos y catástrofes y destrucción sedientas
en grupos gigantescos se ven precipitar
las hordas *gengiskánidas*, cual rápidas tormentas,
tras el bridón salvaje del rudo Tamerlán.

Envueltas en la noche del infortunio impío,
las sienes con los dardos candentes del dolor,
se ven las solitarias viajeras del vacío,
las almas melancólicas y trémulas de amor!

Y pasan confundidas en óptica radiante
las sombras misteriosas y extáticas de Osián,
de Milton los espectros, los réprobos del Dante,
las vírgenes divinas del tierno Chateaubriand!

Confusa iluminando la inmensidad esférica,
cual pálido, nocturno, medroso resplandor,
contemplo levantarse la virgen cadavérica
de mi desventurada, dulcísima ilusión!

¡Oh Dios! cuando recuerdo desgracia tan impía
yo tiemblo de tristeza, yo tiemblo de terror!
espíritu doliente! tristísima alma mía!
levántate llorando....! levántate hacia Dios!

Ya irradian del Empíreo las centellantes cumbres,
ya truena en los espacios el cántico inmortal... !
¡Arroja en los abismos las grandes pesadumbres
que puso en tu conciencia la acerba adversidad....!

Perdona si te olvido, grandiosa Cordillera!
mi alma es un recuerdo, mi pecho un ataúd:
el mundo es á mis ojos fantástica quimera
en medio de mi antigua, fatídica inquietud.

Cual lápida mortuoria, me abruma la tristeza,
en medio de mi amarga, profunda soledad:
yo escondo entre las manos mi trémula cabeza
y brota de mis ojos de lágrimas un mar!

Las más dolientes sombras del tiempo ya pasado
me siguen y me abruman de angustia y de estupor:
y ruge en mis entrañas mi amor desesperado,
cual ruge en los desiertos colérico león.

Cual lóbrego, ruinoso y antiguo cementerio,
de escombros y cadáveres mi alma henchida está....!
me gustan los terrores profundos del misterio;
¡envuélveme en tus sombras, obscura eternidad!

En vano en arrebatos y en éxtasis profundos,
cual águila de fuego, se agita mi ambición:
en vano admiro atónito sublimes nuevos mundos,
¡no puede el universo llenar mi corazón!

En vano, hermosa América, suspiras de alegría,
en vano te entusiasmas de amor y juventud:
en vano desde el cénit el sol del mediodía
fulgura cataratas y piélagos de luz.

Eternamente triste, cansada y taciturna,
mi alma entre fantasmas inmóviles está,
estatua dolorosa, clavada ante la urna,
do yacen las cenizas de mi amorosa edad....!

A DOLORES BUSTAMANTE.

1850.

I

Flor divina de las bellas
verdes márgenes del Guayas,
de estos mares y estas playas
venturanza y bendición,
oye tierna los acentos
del poeta peregrino,
que suspende su camino
y te ofrece una canción.

Desgraciado en sus amores,
traspasado de tristeza,
glorifica la belleza,
se consagra á la virtud.
Con sus cantos melodiosos
acaricia los dolores:
no te olvides, cuando llores,
de su voz y su laúd.

Tú dirás que el extranjero,
de estas playas y estos mares
no revela en sus cantares,
tu fervor ecuatorial;
mas él quiere que tú sepas
que el dolor en este mundo,
cuando es místico y profundo
también es universal.

¿Por qué piensas que me inspiras
y te inspiro simpatías?
en tus ansias y en las mías
hay tristeza y hay amor;
y el amor desventurado
nos ha unido tiernamente,
y el poeta del Oriente,
canta al Sol del Ecuador.

Tu amoroso pensamiento
se ha encontrado con el mío,
fluctuando en un vacío
de frenética ansiedad:
tú comprendes entusiasta
mi genial romanticismo
¿de qué vale el fanatismo,
en tan bella inmensidad?

¿Qué es la vida pasajera?
Una flor en la mañana,
y en la tarde sombra vana,
y en la noche un ataúd!
Canta y goza mientras dura
la estación de los amores,
del perfume de las flores,
de la hermosa juventud.

DIEZ AÑOS DESPUÉS.

New York. 1860

II

Diez años! diez años
pasaron, divina Dolores!
la muerte, cual noche
profunda bajó sobre tí!
Pasó la fragante,
feliz estación de las flores:
ya todo es tinieblas,
confusa tristeza sin fin!

El pobre poeta
prosigue su triste camino;
mas siempre de noche
se vuelve á buscarte hacia atrás.
Y escucha en silencio
tu acento lejano y divino,
y envuelto en la sombra,
temblando se pone á llorar!

Y evoca los muertos,
y en negros insomnios se agita,
y canta salmodias,
y pulsa su vago laúd.
Y exhala en sus trovas
sagrada tristeza infinita,
gloriosa esperanza,
doliente y sublime inquietud.

¡Oh muerte funesta!
misterio terrible y sombrío.
¡Oh esfinje espantosa
que el genio no puede explicar!
Pasamos! pasamos!
cual pasan las aguas del río.
Las aguas que pasan,
¡Dolores! no vuelven atrás!

Diez años! diez años
pasaron, divina Dolores!
la muerte, cual noche
profunda bajó sobre tí!
Pasó la fragante,
feliz estación de las flores:
ya todo es tinieblas,
confusa tristeza sin fin!

DESPEDIDA.

En estos amores hay algo sublime
que nunca los siglos podrán destruir.

Mujer divina, adoración primera
de mi existencia enamorada en flor:
voy á ofrecerte la oblación postrera
sobre el sepulcro del primer amor.

Antes que el negro y solitario olvido
descienda para siempre sobre mí,
quiero que escuches mi postrer gemido,
quiero que sepas mi dolor sin fin.

En otro tiempo enternecida oías
el himno de mi musa virginal,
y llorabas de amor y sonreías
y me mirabas con doliente afán!

La desgracia, los años, las pasiones
que obscurecieron tu conciencia azul,
se llevaron tus blancas ilusiones
con su ondulante y luminoso tul.

Ya no puede excitar tu sentimiento
la voz de mi doliente corazón,
aunque, vibrando en el nocturno viento,
lleve hasta tí mi fúnebre dolor!

De nuestro amor la funeraria pira,
alumbra solamente mi ataúd!
allí te dejo la funesta lira
que llenó de ansiedad tu juventud.

Es la lira doliente y melodiosa
que tu tristeza súbita arrulló,
cuando exhalabas, cual virgínea rosa,
el vago aroma del primer amor.

Quiero que aceptes mi sagrada oferta,
quiero que llores otra vez por mí,
porque, si lloras, mi esperanza muerta,
galvanizada temblará por tí!

Arrebatada de entusiasmo ardiente,
rayos lanzando de inmortal fulgor,
la vil mortaja rasgará tremente
en un arranque de infinito amor!

Sueños, misterios, ilusiones creas
en el sublime horror del ataúd;
siempre adorada y bendecida seas,
bella es la muerte, si la mandas tú!

Ya nunca, nunca escucharé tu acento,
ni tú tampoco mi canción oirás!
flores del alma que arrebata el viento,
jamás renacen, serafín, jamás!

Triste, muy triste mi fortuna ha sido,
horas infandas he pasado aquí;
mas siempre tuve en medio del olvido,
el gran consuelo de llorar por tí!

Siempre pensando en tí con gran tristeza
mi triste juventud agonizó!
ante mí tu romántica belleza,
cual moribunda música pasó!

Pronto la muerte arrojará mis huesos
sobre las rocas de extranjero mar,
y tú, entre tanto, colmarás de besos
al ser dichoso á quien juraste amar.

Lleno de angustia el corazón desmaya,
porque no puedo sin tu amor vivir.
¡Ay es muy triste en extranjera playa
sin escucharte al corazón morir!

Mas no es la muerte lo que horror me inspira,
ni haber perdido tu terrestre amor,
en otra esfera el pensamiento gira,
en horizonte de ambición mayor.

Cuando á la negra eternidad desciendas,
mujer! mujer! ¿te acordarás de mí?
¡Oh nunca olvides las antiguas prendas,
sé venturosa! yo te espero allí....!

Héme aquí en la ribera solitaria
de la triste y confusa eternidad....!
sólo me queda mi postrer plegaria,
y silencio....y olvido.... y soledad!

Dios me ha negado de tu amor la palma,
Dios ha puesto un abismo entre los dos....!
mitad del corazón! mitad del alma!
¡ay para siempre....para siempre adios!

AL RETRATO DE J. A. T.

SONETO.

Luna pálida y triste en la sombría,
melancólica noche del olvido,
sombra doliente de mi amor perdido,
consolación y venturanza mía.

Por más que luche la desgracia impía,
siempre en mi pecho vivirás querido,
hasta que lance mi postrer gemido,
de mi existencia en el postrero día.

Cuando en el polvo del sepulcro frío,
inmóvil yazga mi cadáver yerto,
y allá en mi cráneo cóncavo y sombrío,
bullan gusanos en rumor incierto,
¡ay, qué será de tí, consuelo mío,
en el horrible corazón de un muerto!

A LA LUNA.

SONETO.

Bendita seas, cariñosa luna,
doliente imagen de mi vida triste!
siempre idëal consolación me diste,
no hay compañera, como tú, ninguna.

Tú iluminaste mi olvidada cuna
y mis tristezas disipar quisiste,
cuando en la noche del dolor me viste
huérfano de placer y de fortuna.

Hoy me recuerdas la ignorada aldea,
donde llorando comenzó mi vida,
y á tu dudosa claridad blanquea
mi breve infancia de perfume henchida,
cual vaga y triste y amorosa idea
en la confusa eternidad perdida.

JESÚS LAPARRA.

Cuando las mujeres cantan conmueven más que los hombres. La razón es muy sencilla: el corazón de la mujer es todo sentimiento. Si hay alguna ocupación seria, entre las que se han creido del dominio exclusivo del sexo fuerte, que sea digna en todo de ese otro sexo encantador que forma la mitad más bella del linaje humano, es sin duda la poesía, la ciencia de lo bello y lo sublime en su manifestación más elocuente. Ah! si se cultivaran esos talentos que generalmente se desdeñan porque no se ocultan bajo un seño adusto y varonil ¡cuántos primores literarios enriquecerían el Parnaso americano!

Jesús Laparra nació el 14 de octubre de 1820, en la ciudad de Quezaltenango, de una familia humilde que supo educarla en los sentimientos de virtud y de piedad que han sido siempre el más bello adorno de nuestra poetisa; mas no pudieron darla la ilustración de que era susceptible su privilegiada inteligencia. Así que, la señorita Laparra ha cantado por propia inspiración, sin tener modelos que imitar y sin conocimientos de los principios del arte á que consagraba su talento.

La horrible tragedia de que fué teatro Quezaltenango en el funesto año de 1840, hizo emigrar á la señorita Laparra en compañía de su padre, á la vecina Repùblica mexicana, fijando su residencia en Comitán. Allí fundó una escuela de niñas, enseñando labores propias de su sexo, que ejecuta con notable perfección.

De vuelta á su país se estableció en la capital de Guatemala. En 1854 algunos de sus amigos hicieron publicar un pequeño tomo de sus poesías, el cual fué recibido con general aceptación.

En 1873 decíamos de ella: Jesús Laparra vive aún, pero ha dejado de cantar. Su alma apasionada necesita de fuertes emociones, y no hallándolas en lo profano, se ha echado en brazos del misticismo. Como verdaderos liberales respetamos las creencias: como artistas, también nosotros anhelamos por lo ideal.

Hoy agregamos que también ha dejado de existir, viniendo así á convertirse en un verdadero panteón este primer tomo de nuestra Galería, que se cierra con su nombre.

PRÓLOGO.

No soy poetisa, lector:
es mi numen la amargura,
mi musa mi desventura,
mi inspiración, el dolor,

Nunca en la Castalia fuente
se humedeció mi garganta;
y si es mi ignorancia tanta,
serás conmigo indulgente.

Careciendo de instrucción
para formar un soneto,
una décima, un cuarteto,
escribo por afición.

Jamás resonó en mi oído
de Erato el dulce cantar;
y sólo puedo imitar
del cuervo el ronco graznido.

LA EXISTENCIA DE DIOS.

Que existe Dios, me dicen las estrellas,
que existe Dios, repite el estampido,
y el corazón latiendo conmovido,
do quier encuentra las radiosas huellas.

De aquella Majestad Omnipotente
que en el vacío hace rodar los mundos,
y en los decretos sabios y profundos
que forma allá en su soberana mente:

Quiso que hubiera luz ¡el sol brilló!
la claridad se derramó á torrentes,
y de espléndidos rayos refulgentes
todo el espacio inmenso se llenó.

La ancha bóveda azul del firmamento
de centellas magníficas regó,
y la apacible luna suspendió,
dulce como un hermoso pensamiento.

Manda, y se forma el negro nubarrón
de borrascosa tempestad henchido,
y el dilatado Océano enfurecido,
choca al terrible soplo de Aquilón.

De obscuro luto el diamantino cielo
veo cubrirse, y del hermoso sol,
el espléndido fúlgido arrebol,
esconde opaco tenebroso velo.

Rasga la nube la centella ardiente,
deslumbrador relámpago veloz:
con fuego escribe en el espacio *¡hay Dios!*
"hay Dios" responde el labio balbuciente.

El hondo mar sus olas levantando
"hay Dios" me dice con tremendo ruido;
y entre los montes y el volcán erguido,
"hay Dios" contesta el huracán bramando.

Cruzando el rayo por la inmensidad
hiere mi vista, humíllase mi frente,
y el espantoso trueno en el oriente,
"hay Dios" me grita, allá en la eternidad.

Cual si á salirse de sus quicios fuera
por el temblor la tierra conmovida,
á los mortales dice estremecida,
"existe Dios en la celeste esfera."

Si recogiéndose el capuz obscuro,
cesa la lluvia, calma la tormenta,
y de la bella luna amarillenta
veo el reflejo cristalino y puro;

Oigo el suspiro de la mansa brisa,
y entre el celaje de oro y de carmín,
creo me dice oculto querubín;
"hay Dios, hay Dios" con celestial sonrisa.

Desde su honda caverna el tigre exclama
"existe Dios" con hórrido bramido;
y la blanca paloma en su gemido,
"existe Dios" arrulla entre la rama.

Y do quier que yo vuelvo la mirada
¡la potencia de Dios, grande infinita!
con indelebles rayos halla escrita
en la vasta creación, la alma asombrada.

"Hay Dios" me dicen los risueños prados,
el árido desierto, el bosque umbrío,
que cruza murmurando el manso río,
al través de los pinos elevados.

"Hay Dios" dice la gota del rocío,
la límpida mañana del abril,
la palmera meciéndose gentil,
la fresca primavera y seco estío;

El delicioso aroma de la flor,
el pequeño invisible gusanillo,
y el cántico del tierno pajarillo
llorando por la ausencia de su amor:

Del insecto el sistema de vivir
tan admirablemente prodigioso!
como el excelso curso majestuoso
del planeta en su eterno relucir:

La atractiva magnética armonía
que confunde el humano entendimiento:
los afectos del alma, el sentimiento,
el hombre, la mujer, la simpatía:

El amor poderoso, indefinible,
de penas y de goces manantial,
cuyo origen celeste ó infernal
á los hombres saber es imposible:

Todos sienten su mágico poder,
el amante, la madre, y el hermano,
hasta el soberbio león, hasta el milano
sin que nadie lo pueda comprender.

Sólo el grande arquitecto poderoso,
allá en su pensamiento soberano,
de la máquina inmensa de su mano
saber puede el enigma misterioso.

Yo ¡mujer infeliz! grano de arena
en la insondable inmensidad perdida,
"existe Dios" exclamo confundida,
y me prosterno de entusiasmo llena.

Soberbio impío, insecto miserable,
átomo vil, efímero gusano,
que correr osa tu pequeña mano
de lo infinito el velo impenetrable,

De la creación admira la belleza,
contempla la obra del Supremo autor,
y ante la majestad de tu creador
bajarás confundido la cabeza.

LA RISA.

Hay una risa sin nombre,
sólo de Dios comprendida,
risa sin placer ni vida,
risa de negro dolor;
funeraria, envenenada,
más dolorosa que el llanto,
porque es engañoso manto
donde se oculta el dolor.

Risa que, al salir del labio,
para animar el semblante,
deja una huella punzante
de amargura y sinsabor.
Infeliz desventurado,
es aquel que así se ría,
que esa risa es de agonía,
es de muerte, es de pavor.

Como el esfuerzo supremo
que estremece al moribundo,
al desprenderse del mundo
para nunca más tornar:
dilatada la pupila,
ríe con indiferencia,
despreciando la existencia
que por siempre va á dejar;

Así es la risa funesta
de un corazón desdichado,
por un dolor desgarrado,
que no se puede arrancar.
Lleva la muerte consigo,
ríe sin esperanza,
porque nada, nada alcanza
su martirio á disipar.

LA ROSA SECA.

SONETO.

¿Dónde están tus colores, muerta rosa,
y el aroma que suave despedías,
cuando fresca y lozana te mecías
en el pensil, cual reina victoriosa?

¿Y tu beldad magnífica y pomposa,
dónde está, con las gracias que tenías
en otro tiempo y en mejores días,
cuando en mi mano estabas tan hermosa?

¡Flor infeliz! marchita y deshojada,
tu belleza en despojos convertida,
tu ideal encanto se tornó á la nada,
como la dicha para mí perdida,
entre el materialismo y la fealdad
de una negra espantosa realidad.

LA ORACIÓN DEL HUERTO.

Dormido estaba el rayo estrepitoso,
y el temible Aquilón también callaba:
era la noche, y sólo resonaba
de la tórtola el canto doloroso.

Blandamente el olivo se mecía,
destacándose yerto y solitario,
entre el capuz obscuro y funerario
que de tinieblas á Salém cubría.

El torrente Cedrón se deslizaba
melancólico y triste murmurando;
y algún lucero, allá de vez en cuando,
al través de las nubes reflejaba.

Al hondo sueño se entregaba el mundo,
y en la sombría calma que reinaba,
un hombre silencioso caminaba,
lleno de angustia y de dolor profundo.

Su bello rostro, su mirar divino,
tierno, amoroso, á la ciudad volvía:
Jerusalén! Jerusalén! decía,
y regaba de llanto su camino.

¿Quién era ese hombre, de hermosura tanta,
afable risa, majestuosa frente,
mirada dulce, celestial, fulgente,
negros cabellos y gentil garganta?

¡Era Jehová, el mismo Dios clemente,
que viendo del Eterno el rostro airado,
para salvar á su linaje amado,
él se ofreció por víctima inocente!

Llegó por fin á un huerto desolado:
en un peñón postróse tristemente:
sudaba sangre, y el sudor caliente
con el amargo llanto iba mezclado.

La ingratitud del mundo meditaba,
y desde la creación al final día,
los diferentes cuadros recorría,
y en su mortal congoja suspiraba.

De angustias lleno, y lleno de tormento,
bajando al polvo su radiosa frente,
ofreció al Padre su oración ferviente,
y levantó la vista al firmamento.

De tantos sufrimientos agobiado
su sacrosanto cuerpo estaba frío.
"¡Perdón para los hombres, Padre mío!"
dijo, y cayó en la tierra desmayado.

A una señal del Padre Omnipotente,
con más velocidad que el pensamiento,
vuela un ángel del alto firmamento,
y ante Jehová se postra reverente.

Al ver tan duro y cruel padecimiento
estremecióse el príncipe glorioso,
corriendo el llanto por su rostro hermoso,
mira al Señor absorto y sin aliento.

Hasta que, al fin, con eco balbuciente
dijo: "Bebed, Dios mío, en tu agonía
en este cáliz que el Eterno envía!"
y confortó á la víctima inocente.

Y no atreviéndose á llegar la boca
á los sagrados pies del Salvador,
en la orla del vestido del Señor
el Arcángel Gabriel su labio toca.

"Vé al Empíreo, le dice el Dios de Abrahán,
dí á mi padre que empieza mi pasión,
que mi sangre le ofrezco en oblación
por la muy infeliz raza de Adán."

Desplegando el divino mensajero
sus blancas alas, se escondió en el cielo;
mientras triste Jesús y sin consuelo
exhalaba un gemido lastimero.

En tanto un falso amigo le vendía,
y á la irritada plebe le entregaba,
y al huerto el tropel ya se acercaba
con espantosa furia y gritería.

Llegaron, pues, los hombres en tumultos,
cual carnívoros tigres, cual panteras,
y á la alta Majestad de las esferas,
al Nazareno Dios llenan de insultos.

El gran Jehová, con humildad sencilla,
escucha las injurias de la gente,
mira benigno al pueblo delincuente,
y se entrega el Cordero sin mancilla.

UN RECUERDO.

SONETO.

Bello, caro recuerdo delicioso,
aun te presentas lleno de alegría,
dulce como la plácida armonía
de algún sonido tierno y melodioso.

En mi mente refleja venturoso
el tiempo grato de la infancia mía,
¡cuando yo era feliz! y me sonreía
con el reir de los niños tan dichoso.

Mas ¿dónde estás, feliz edad primera,
inocente existencia sin dolores,
cuando un hermoso porvenir se espera
de espléndidos, magníficos colores?

¡Pasaste, como un sueño afortunado
y sólo tu memoria me ha quedado!

LA AMARGURA.

¡Desgracia, inesperable compañera!
tú sola eres constante para mí:
implacable me sigues por do quiera
tu víctima infeliz ¡ay! siempre fuí.

Te complaces, con hórrido placer
en amargar mi vida miserable:
tu dedo cruel me señaló al nacer
para seguir mis pasos incansable.

Todos tienen su parte de ventura;
todos una esperanza ó una flor,
sóla yo, impregnada de amargura,
mi único compañero es el dolor!

Si alguna vez asoma á mi semblante
una furtiva pálida sonrisa,
es cual la suave lumbre, que al instante
sobre un negro sepulcro se desliza.

Es el destello frío, inanimado,
de mi triste, abatido corazón,
que tiembla, que palpita infortunado
entre el llanto, horfandad, desolación.

Sola, sola, cual sombra funeraria,
atravieso la mísera existencia,
cual la planta marchita y solitaria,
combatida del viento á la inclemencia.

¡Vivir sin alegría ni esperanza!
es mi bárbaro, horrible, cruel destino,
¡sin un rayo de luz en lontananza
que ilumine un momento mi camino!

De tanto padecer ¡ay! ya cansada,
veo en mi derredor hondo vacío;
mas si sólo á llorar fuí destinada,
¡cúmplase en mí, tu voluntad, Dios mío!

A LA NOCHE.

Noche triste y enlutada
funeraria, tenebrosa,
cual tu sombra pavorosa
es mi negro porvenir.
¡Insensata! yo deliro:
noche, tú tienes mañana;
yo ¡ni una esperanza vana,
que ilumine mi existir!

Sin un sol, sin una estrella,
honda tiniebla es mi vida:
¡ah! de tormentos circuida,
yo no tengo que esperar.
Corren mis días helados,
envueltos en amargura,
¡sin un rayo de luz pura
que venga mi alma á alumbrar!

¡Sin una ilusión divina,
sin un pensamiento bello,
sin un pálido destello,
donde la vista fijar!
Seco el corazón, marchito,
¿qué me importa el universo,
si mi cruel destino adverso
es sufrir ¡ay! es llorar?

Cual fantasma solitaria,
que vaga en las tumbas frías,
veo los funestos días
de mi existencia cruzar.
Yertos, de opaco color,
llenos de penas, sin goces,
unos tras otros, veloces,
pasan para no tornar.

La salud arrebatando,
la juventud carcomiendo,
pasan y se van perdiendo,
entre la honda eternidad.
De la vida en el confin,
la muerte me está esperando,
inexorables contando,
mis horas con ansiedad.

Muerte, de todos temida,
cuando te acerques á mí
¿me darás descanso, dí,
ó tendré que sufrir más?
Hasta tu sombrío seno,
me seguirá la amargura
y de tanta desventura
¿no me libraré jamás?

¿Tendré yo algún anatema?
¡Dios eterno é infinito!
no arrastro ningún delito,
para tanto padecer.
Perdona, Dios de bondad,
este pensamiento impío,
pues tus arcanos, Dios mío
nadie los puede saber.

Tal vez, lo que creo un mal,
será un bien que me destinas,
ó es el camino de espinas
hasta llegar hasta tí.
¿Qué soy yo? Un miserable
átomo en la inmensidad.
¡Piedad, Dios mío, piedad!
¡tened compasión de mí!

LA POBREZA.

Pobreza, verdugo eres
que á la tumba me encaminas,
que me circundas de espinas,
me destruyes y me hieres.

Cruz que me haces expirar
bajo tu peso terrible,
agonía indefinible
lento suplicio sin par!

Por tí se baja la frente
doquier pidiendo favor,
y del desprecio el dolor,
por tí èn silencio se siente.

Por tí me insultan y afrentan
sin piedad mis acreedores,
y sufro mil sinsabores
cuando á cobrar se presentan.

Cuán dura cosa es deber
cuando no hay con qué pagar,
ni qué vender ó empeñar,
¡Dios mío! ni qué comer.

¡Oh triste pan de quebranto,
mi único escaso alimento,
impregnado de tormento!
y regado con mi llanto!

Cuántas veces se resiste
á pasarte mi garganta,
porque es tu amargura tanta
que todo el sabor perdiste!

¿De qué me sirves, poesía,
en mi lamentable suerte,
si eres cántico de muerte,
triste grito de agonía?

Pobreza, martirio cruel,
eres contínua tortura,
y copa de desventura
llena de acíbar y hiel.

Mas ¿de qué me quejo yo,
lamentando tus rigores
si el Señor de los Señores,
el mismo Dios te sufrió?

Delante va con la cruz
el Nazareno Divino,
enseñándome el camino
de la verdad y la luz.

Los cuervos y las raposas
tienen sus cuevas, decía,
pero el hijo de María
en sus horas dolorosas,

No habrá donde reclinar
su ensangrentada cabeza,
ni una gota, en su pobreza,
de agua hallará el paladar.

Perdón, Redentor amable,
no miréis mi desvarío,
pues si me quejo es, Dios mío,
porque soy muy miserable.

FIN DEL TOMO I.

ÍNDICE.

Páginas.

Prólogo de la 2.ª edición V
Dedicatoria IX
Dos palabras 1

MATÍAS CÓRDOVA 3
La tentativa del León y el éxito de su empresa 5

RAFAEL GARCÍA GOYENA 17
La mariposa y la abeja 20
Los animales congregados en Cortes 23
El Venado, la Serpiente y la Paloma 31
Las palomas y los sanates nidificando 35
El macho de arriero y el caballo de carreta 38
El Zopilote con golilla 40
Los muchachos, los sanates y el loro 43
Las hormigas y la lombriz 47
El pavo real, el guarda y el loro 51

MIGUEL ÁLVAREZ CASTRO 53
Al C. José del Valle.—Oda 55
La separación 60
A Cintia, en sus días 64

FRANCISCO QUIÑONEZ SUNSÍN 67
A María 69
El Pescador 71
Letrilla 73

Páginas.

ANTONIO JOSÉ DE IRISARRI 75
Sátira 79
El Bochinche 83
Oda.— A un tribuno 87
El perfecto patriotismo 90
El Lobo y el Zorro 93
La Razón y el Interés 96
Más claro que el agua 97
Risa y lágrimas 99
Letrilla 102

MARÍA JOSEFA GARCÍA GRANADOS 105
Himno á la luna 107
A Don A. Saavedra 110
Plegaria 112
A la esperanza 114
Epístola á J. G. G. 116

FRANCISCO RIVERA MAESTRE 121
Epístola á Guatemala 123
Lo siento, pero no puedo llorar 137
¡Caramba! 140

FRANCISCO DÍAZ 143
La Fortuna 145
La erupción del San Miguel 149
Retorno 152

JUAN DIÉGUEZ 155
Oda.—A la Independencia 159
A mi gallo 165
A los Cuchumatanes 169
La Garza 172
El Cisne 179
Imitación de Víctor Hugo 182
A una mosqueta 183
Pensamiento de una tarde 187
Las tardes de Abril 189
Los ojos 194

Páginas.

IGNACIO GOMEZ 195
A la Libertad 197
La despedida de Metastasio 200
Elegía.—A la muerte de G. P. 203
Elegía de Gray.—En el cementerio de una aldea 207
Granada 212
Imitación de Lord Byron 216
La vida obscura 217
La canción de Medora.—Traducción de Byron 219
A Juan J. Rousseau 220

JOSÉ BATRES MONTÚFAR 221
Las falsas apariencias 225
Don Pablo.—Primera parte 235
Don Pablo.—Segunda parte 245
San Juan 255
Yo pienso en tí! 258
Suicidio 259
A Pirra.—Traducción de Horacio 265
María 267
Soneto.—Al Dr. D. N. T. 268

MANUEL DIÉGUEZ 269
A la luna 272
Al bello sexo.—Soneto 274
Un adios 275
El rosal y la vida 278
Plegaria al sueño 279
A mi hija.—Soneto 281
A la noche.—Soneto 282
La siempreviva 283
La ilusión.—Soneto 285
La lámpara.—Traducción de A. Chenier 286
A D..... 290
A P. A.—Soneto 293
El Topo comparado con el incrédulo 294
Las lágrimas mías 295

Páginas.

Las cenizas..... 297
A los poetas..... 300

FERNANDO VELARDE..... 301
A la cordillera de los Andes..... 303
A Dolores Bustamante..... 314
Diez años después..... 316
Despedida..... 318
Al retrato de J. A. T.—Soneto..... 321
A la luna.—Soneto..... 322

JESÚS LAPARRA..... 323
Prólogo..... 325
La existencia de Dios..... 326
La risa..... 330
La rosa seca.—Soneto..... 332
La oración del Huerto..... 333
Un recuerdo.—Soneto..... 336
La amargura..... 337
A la noche..... 339
La pobreza..... 342

GALERIA POÉTICA CENTRO-AMERICANA.

COLECCIÓN DE POESÍAS

DE

LOS MEJORES POETAS

DE LA

AMÉRICA DEL CENTRO

PRECEDIDAS

DE LOS LIGEROS APUNTES BIOGRAFICOS Y BREVES JUICIOS CRITICOS SOBRE CADA UNO DE LOS AUTORES QUE LA FORMAN,

POR

Ramón Uriarte.

TOMO II.

J. MILLA.—D. FLORES.—J. J. CAÑAS.
J. VASCONCELOS.—F. GONZÁLEZ CAMPO.—A. ARAGON.—A. VALDEZ.
ED. HALL.—R. MACHADO.—F. LAINFIESTA.
Mª Jª C. DE ARAGON.—S. BARRUTIA.—JUAN JOSÉ BERNAL.
F. CRUZ.—MANUEL Mª PERALTA.—J. DIAZ.
J. J. MICHEO.—J. F. RODRIGUEZ.
R. GOYENA PERALTA.

GUATEMALA.

Tipografía "La Unión." Octava Calle Poniente, Número 6.

1888.

JOSÉ MILLA.

"Con el Tomo II de nuestra publicación comienza una nueva era de poetas. De los que dejamos apuntados en el I, casi todos duermen el eterno sueño de los bienaventurados. Los que serán asunto del presente, con sólas dos excepciones, respiran aun el aura embalsamada de la existencia en esa edad que con tanto acierto llamó Metastasio la primavera de la vida. No sin motivo, pues, hemos dividido nuestra obra en dos volúmenes: aquel es un ilustre panteón; este es un precioso semillero, del cual tenemos derecho á esperar ópimos frutos.

José Milla, conocido más generalmente con el seudónimo de Salomé Jil, nació en Guatemala el 19 de marzo de 1822. Hizo sus primeros estudios en el Colegio Seminario, bajo la dirección del célebre Cánonigo Castilla, pasando luego á la Universidad á cursar las clases de filosofía y derecho; pero no sintiéndose inclinado á la carrera del foro, abandonó las aulas para dedicarse al estudio de la amena literatura, y consagrar su talento á un sacerdocio no menos noble y espinoso que el de la Justicia; el sacerdocio de la Prensa. Encargado en 1846 de la "Gaceta Oficial de Guatemala," de que fué principal redactor hasta 1871, Milla apareció desde muy joven en la escena política, figurando sucesivamente como Oficial Mayor del Ministerio de Relaciones Exteriores, como Subsecretario general, y últimamente como miembro del Consejo de Estado en 1864.

No es nuestro objeto hablar del hombre público. Milla como tal, pertenece á la escuela de los Pavón y de los Batres, escuela que nosotros hemos combatido desde nuestros primeros años, y por la cual, de consiguiente, no tenemos las mejores simpatías. Pero si como político, nada hallamos en Milla que le haga digno de nuestra admiración, preciso nos es confesar que como literato, debemos consignar su nombre con orgullo en las páginas de nuestra *Galería*. Dígase lo que se quiera, Salomé Jil es en la actualidad el escritor que más honor hace á Centro-América. No es un poeta de primer orden; pero en cambio es un prosista que conoce á fondo nuestra lengua, que maneja la sátira con habilidad, y escribe siempre con maestría. Sus *Cuadros de Costumbres* que han merecido ser reproducidos en varios periódicos de América y Europa, y traducidos á otros idiomas, son, sin duda, la obra más acabada de nuestro esclarecido compatriota. También han brotado de su fecunda pluma, tres novelas históricas, las primeras que se han escrito entre nosotros, y que llevan por títulos: *La Hija del adelantado*, *Los Nazarenos*, y *El Visitador*.

Cualquiera que sea el juicio que los contemporáneos formen acerca de estas obras, nadie podrá disputar á Milla el mérito de haber sido el primero que se consagrara á ese género difícil de la literatura.

Salomé Jil ha redactado en distintas épocas dos periódicos bastante conocidos y generalmente apreciados, "La Hoja de Avisos" y "La Semana," que guardan en sus columnas los principales artículos de costumbres del Fígaro centro-americano.

Sus poesías como verán nuestros lectores, son correctas. Las jocosas especialmente, bien pueden campear al lado de las preciosas letrillas de Bretón de los Herreros.

El movimiento político que dió en tierra en 1871 con el antiguo régimen de los 30 años, hizo salir á Milla de Guatemala. Según estamos informados, ha fijado su residencia en París, en esa capital del mundo civilizado, en donde actualmente forma parte de la mesa de redacción de "El Correo de Ultramar." Si bien sentimos la ausencia de este distinguido compatriota, no dudamos que los viajes acabarán de ilustrar su privilegiada inteligencia, y siempre será para nosotros motivo de noble orgullo

saber que con sus obras da lustre en el antiguo continente á esta bella sección de la América latina.

Salomé Jil posée un vasto caudal de conocimientos. Le son familiares los clásicos antiguos, por los que tiene una predilección manifiesta, y conoce á fondo las literaturas española, francesa, inglesa é italiana. Tampoco ha descuidado el estudio de las crónicas y manifiestos de la que fué Capitanía General de Guatemala. En sus obras ha sabido cumplir el sabio precepto de Horacio:

Respicere exemplar vitæ, morumque jubebo
Doctum imitatorem et veras hinc ducere voces;

por lo que puede decirse de ellas, y en particular de sus artículos de costumbres, lo que el poeta de los cuadros á que compara los libros de los buenos escritores,

Mientras más se les miran, más deleitan.
Decires repetita placebit.

Pocos años antes del 71, Milla se ocupaba en escribir la historia de Centro-América, desde la conquista hasta nuestros días. Nadie con mejores datos que él, ni con más disposiciones naturales puede dar cima á ese árduo trabajo, prestando así un importante servicio á la literatura nacional. Esperamos, pues, que no desmaye en su propósito y que dé nueva gloria á su nombre, agregando á los que ya tiene, el honroso título de historiador."

Hasta aquí nuestros apuntes en 1873.

Hoy tenemos que agregar que Milla pagó el tributo que todos debemos á la tierra el 1º de octubre de 1882, después de haber enriquecido, con nuevos é importantes trabajos, la literatura nacional.

A su regreso de Europa, dió á la prensa en esta capital su *Viaje al otro mundo, pasando por otras partes*, considerado por muchos como la obra más notable de su fecundo ingenio. Imitación brillante de los *Viajes de Fray Gerundio*, rivaliza en graciosos chistes é instructivas anécdotas con la celebrada producción de Lafuente.

Publicó, además, su *Libro sin nombre* y *El Canasto del Sas-*

tre, continuación de sus inimitables cuadros de costumbres, y dos nuevas novelas, *Las memorias de un abogado* y la *Historia de un Pepe*.

Comisionado por el Gobierno para escribir la "Historia de la América Central desde el descubrimiento del país por los españoles hasta su independencia de España" se consagró con empeño á este trabajo en su hacienda de "Quezada." La muerte le impidió terminarlo; pero los dos tomos que dejó escritos, es lo único que tenemos de verdadera historia de la que fué Capitanía General de Guatemala. Cuando Milla escribe la historia parece que habla Tácito.

En 1885, varios amigos del más fecundo de los literatos centro-americanos, ofrecimos á su memoria una corona fúnebre que fué impresa de orden del Gobierno del Sr. Barillas en la Tipografía de Arenales. Hoy sabemos que están para llenarse los deseos del que estas líneas escribe, manifestados en aquella oportunidad, sobre que para honra de nuestra patria, se haga una edición completa de las obras de Salomé Jil.

Talento eminente, carácter afable y bondadoso, corazón de niño, alma de gigante, Milla vivirá en el recuerdo de cuantos, como el ordenador de esta GALERÍA, tuvieran la dicha de conocerle como maestro y como amigo, que en él se confundían estos dos títulos en armónico consorcio. En cuanto á la posteridad. jamás olvidará su nombre.

Canescit sæclis innumerabilibus.

A MI HIJO

EN SU PRIMER CUMPLEAÑOS.

Poéte, j' y crois voir un ange;
Pére, j' y trouve mon enfant.
Victor Hugo, Ode 22.

Cándido lirio del ameno valle,
pájaro amante en el materno nido,
mariposa de nítidos colores
que al sol ostenta sus matices vivos.

Tierna palmera, cuya grata sombra
alguna vez consolador abrigo
dará y reposo á mi vejez cansada,
el término al tocar de mi camino.

Oye la voz de mi sincero afecto,
y recibe esta ofrenda de cariño
que hoy no comprende tu infantil espíritu,
mas que algún día apreciarás, bien mío.

Sólo por tí de mi callada lira
las cuerdas pulso, y las que dí al olvido
encantadas visiones del poeta,
vuelvo á evocar con entusiasmo altivo.

Mas si rebelde ya el laúd me niega
las dulces notas que por tí le pido,
no acuses, no, mi corazón amante;
culpa, más bien, mi desgraciado sino.

¿Qué leve ruido de lejana lluvia
atravesó la inmensidad del cielo?
¿es alguna ave que tendió su vuelo,
la luz del nuevo sol por aspirar?
¿es la voz de las arpas invisibles
de los genios que hablan en la niebla,
legión aérea que el espacio puebla
y huyendo va la luz crepuscular?

No; es el ángel custodio de la infancia
que desde el alto cielo se desprende,
y en raudo vuelo sobre tí desciende,
batiendo el ala de oro y de carmín.
A la visión beatífica sonrien
tus puros labios, entreabierta rosa,
y al ver esa sonrisa cariñosa
se extasía el radiante querubín.

Acentos vagos que el oído humano
inútilmente percibir procura,
rodeando en torno de su sien, murmura
la sefiráca y bella aparición,
y sólo tú el sentido impenetrable
comprendes de ese místico lenguaje,
y al escuchar el célico mensaje
palpita de placer tu corazón.

Misteriosos arcanos de otra vida
no alcanza nuestra vil naturaleza,
tan sólo á la inocencia y la pureza
revela sus secretos el Criador.
Hermanos de los ángeles, los niños
aliviados del fardo del pecado,
pueden ya remontar su vuelo osado
hasta el excelso trono del Señor.

Los celestes espíritus dichosos
sobre sus blancas alas los elevan,
y en espirales rápidas los llevan
del sol eterno de justicia en pos.
Y cuando vemos despuntar el alba
la purísima luz de la mañana,
¿quién sabe si en las nubes de oro y grana
sus almas van felices hacia Dios?

Tiende la noche su enlutado manto,
reverberan las fúlgidas estrellas;
quizá tranquilas morarán con ellas
las prendas que la muerte nos robó.
Y desde allá nos miran cariñosas,
y esa mirada plácida y amiga,
el bárbaro dolor tal vez mitiga
que nuestras pobres almas destrozó.

¡Ah! quién me diera descorrer el velo
que me oculta, hijo mío, tu destino,
y descubrir desde hoy ese camino
que te abre ya el obscuro porvenir!
Yo veo amanecer tu inteligencia,
tu madre y yo cogemos las primicias
de tu amor; mas tus plácidas caricias
incomprensible afán me hacen sufrir.

Ignoro si la muerte despiadada
asecha astuta tu dormir tranquilo,
y tu cabeza de su hoz al filo
cual delicada planta va caer:
quién sabe si rompiendo el débil lazo
que al mundo de los vivos la encadena,
tu alma libre de dolor y pena
en el seno de Dios se va á perder.

O si tal vez te guardará la vida
tu inevitable parte de dolores,
y crueles pesares roëdores
desgarrarán tu pobre corazón;
si en el bravío mar de las pasiones
combatida tu tímida barquilla,
será arrojada en la desierta orilla,
juguete del furor del aquilón.....

Mas ¿por qué de angustioso, fatal presentimiento
la flecha envenenada nos ha de destrozar,
y en este alegre día, de dicha y de contento
ha de venir el llanto los ojos á nublar?

En vez de esos fantasmas de faz aterradora,
funestos mensajeros de muerte y de dolor,
que los ángeles buenos su influencia bienechora
derramen en la cuna del hijo de mi amor.

Ellos le traigan pura la fe de sus abuelos,
enciendan en su pecho ardiente caridad,
risueña la esperanza le brinde sus consuelos,
virtudes que asemejan el hombre á la deidad.

Dénle el amor tranquilo y el ánimo sereno
que arrostra el infortunio con firme corazón,
y aparten de su pecho todo mortal veneno
de envidia, odio, venganza y estéril ambición.

El alma candorosa, la paz de la conciencia
sean en este mundo su apoyo y su sostén,
y la luz soberana brille en su inteligencia,
mostrándole el sendero de la verdad y el bien.

Defiéndale ¡oh Dios mio! tu protectora egida;
su lóbrego camino aclárele tu luz;
y al fin de su jornada en esta triste vida,
duerma bajo la sombra del árbol de la cruz!

DESEOS CUMPLIDOS.

Medio de fonte leporum
Surgit amari aliquid....
LUCRECIO.

¡Qué extraña es tu condición,
desdichada raza humana!
Cuando de una ansia tirana
te estimula el aguijón,
á medio mundo alborotas;
vas á regiones ignotas
en pos de bienes fingidos,
y luego, mísera, sientes
los graves inconvenientes
de los deseos cumplidos.

Sin tener hambre canina,
comió Adán manzana ó pera;
que no sé á punto cual era
la preciada golosina.
A causa de aquel pecado,
vivió errante y desterrado
de su bello edén querido,
y del bien y el mal la ciencia
nos legó, por consecuencia
de aquel deseo cumplido.

Semelé, mal inspirada,
pide á Júpiter, su amante,
que se le ponga delante,
del rayo la diestra armada.
Atiende el dios á aquel ruego,
y de un vivísimo fuego
preséntase revestido:
se abraza el palacio y arde;
Semelé llora, aunque tarde,
su mal deseo cumplido.

Enamorado David
de la muger de un soldado,
lo envió, con pliego cerrado,
á que muriera en la lid.
Atrajo males sin tasa
sobre su persona y casa,
y deploró arrepentido
con acentos inmortales,
los resultados fatales
de aquel deseo cumplido.

Quiso el filósofo Plinio,
con infatigable afán,
ver la erupción de un volcán,
y allí encontró su exterminio.
Yo sostengo, sin agravio
de tan respetable sabio,
que más le habría valido
estarse quieto en la mar,
que no tener que llorar
aquel deseo cumplido.

Enamoróse un pastor
de una princesa de Grecia,
y ella, ó disoluta ó necia,
siguió al lindo seductor.
Hubo una guerra tremenda,
y en la empeñada contienda,
que asombro del mundo ha sido,
pereció el mozo imprudente,
llorando seguramente
aquel deseo cumplido.

Rodrigo, monarca godo,
se apasionó de Florinda,
que era una chica muy linda,
y de obtenerla halló modo.
Su padre, lleno de saña,
vengó á costa de la España,
el ultraje recibido.
Origen de mal tamaño
y de tan funesto daño,
fué aquel deseo cumplido.

Pero ¿por qué en las historias
de las remotas edades
hemos de buscar verdades
frasegando vejestorias?
Si tales anomalías
ocurren todos los días,
pienso, lectores queridos,
que veamos en lo presente
el mal, de bulto, patente,
de los deseos cumplidos.

El mancebito don Diego
toca su cara lustrosa
y daría.... cualquier cosa
por tener patillas luego.
Merced á algún buen aceite,
habrá día en que se afeite,
y maldecirá aburrido
al barbero y las navajas,
pulsando las desventajas
de aquel deseo cumplido.

Se afana Juan, hombre pobre,
por ser hombre de caudal,
y al fin reune un capital
en oro, en plata y en cobre.
Muy tarde ve el majadero
que es un tirano el dinero;
está triste, ha enflaquecido,
vive en continuo cuidado;
he allí el fatal resultado
de aquel deseo cumplido.

Se desvive el matrimonio
de don Cosme y doña Andrea
por un chiquillo que sea
de su vigor testimonio.
Llegó al fin! cesó la pena,
y otro y otro.... una docena
calienta ya el dulce nido
de insolentes y traviesos;
los resultados son esos,
de aquel deseo cumplido.

Intrigó su vida entera
por ser ministro don Pablo;
y al fin, por querer del diablo,
llegó á atrapar la cartera.
Ocupa el sillón y lidia
con la injusticia y la envidia;
no descansa, hasta dormido
los pretendientes lo asaltan;
consecuencias que no faltan
de aquel deseo cumplido.

Vive Amira sosegada
sin cortejo ó chischisbeo;
pero la punza el deseo
de ser señora casada.
Se inclina al fin bajo el yugo:
halla un bárbaro verdugo
en lugar de un buen marido;
y casi se vuelve loca
cuando el resultado toca
de aquel deseo cumplido.

Quiso Andrés ser escritor,
tanto en verso como en prosa,
y al fin hizo alguna cosa
que debiera darle honor.
Pero diez escritorzuelos
llenos de rabia y de celos,
chillaron á grito herido,
y lo llamaron plagiario;
legítimo corolario
de aquel deseo cumplido.

Si lo anima la esperanza,
el hombre goza y delira;
mas ve que todo es mentira
cuando lo que anhela alcanza.
Vivamos en ese sueño,
teniendo por sólo empeñó
no empeñarnos, y advertidos
que nuestros deseos sean,
que nunca jamás se vean
nuestros deseos cumplidos.

RISA Y LÁGRIMAS.

PRIMERA PARTE.

Sunt lacrymæ rerum.....
VIRGILIO.
¿Risum teneatis, amici?
HORACIO.

Por más que gima y se queje
el que observa la baraja
de nuestra vida, y moteje
el continuo sube y baja,
ley inmutable que rije
al mortal y lo dirije
sin destino y al azar,
desde el nacer al morir;
hay cosas que hacen reir
y cosas que hacen llorar.

Gran joroba y un pie cojo
tiene la infeliz Elvira;
al norte ve con un ojo
y al sur con el otro mira.
A pesar de tales prendas,
como heredó cuatro haciendas,
de novios cuenta un millar
donde poder elegir;
esta es cosa de reir,
no es cosa para llorar.

Como está quebrado y pobre
el bueno de don Simón,
no hay acreedor que le cobre,
aun cuando deba un millón.
Va al teatro noche á noche,
viste bien, arrastra coche,
da de comer y cenar.
¿Qué podremos inferir?
¿Será cosa de reir,
ó cosa para llorar?

Embaucó doña Isabel
á un amante y otro amante;
mas se descubrió el pastel,
y tomaron el portante.
Quedó sin plato y sin cena;
sea muy enhorabuena;
hoy es su oficio indagar
donde hay santos que vestir;
esta es cosa de reir,
no es cosa para llorar.

Opositor sempiterno
furioso como el demonio,
hablando contra el Gobierno
iba siempre don Antonio;
mas un buen Corregimiento
hizo que cambiara el viento,
y ya no volvió á chistar,
ni á jurar, ni á maldecir;
esta es cosa de reir,
no es cosa para llorar.

El artesano Bendaña
vivió siempre de su oficio;
pero una ambición extraña
vino á trastornarle el juicio.
Puso á su hijo de estudiante;
gastó, se adeudó ¡adelante!
es letrado y no hay que hablar:
no tienen de qué vivir;
no es cosa esta de reir,
es cosa para llorar.

Habiendo perdido el *pisto*
en un negocio fatal,
más rico que un Montecristo
aparece hoy don Marcial.
Unos cuentan que halló *guaca*,
otros que en un toma y daca
se supo el pobre enredar;
sólo él nos puede decir
si esta es cosa de reir,
ó es cosa para llorar.

Pudo hacer testar á un muerto
don Ambrosio el escribano;
pero pasa, y ello es cierto,
por honrado y buen cristiano.
Dicen que se pinta solo
para hacer un protocolo
y que en él venga á constar
lo que nadie oyó decir;
esto no es para reir,
es cosa para llorar.

Se casó con una anciana
el jovencito Marchena,
y al cabo de una semana
hubo la marimorena.
Aunque disuelto el consorcio,
y declarado el divorcio,
quieren volverse á juntar
para volver á reñir.
Esta es cosa de reir,
no es cosa para llorar

Apoderado cabal
doña Lugarda encontró,
pues de todo su caudal
con maña se apoderó.
Dijo: *poder* es poder;
y pues yo pude cojer,
nadie me hará ya soltar
lo que una vez llegué á asir.
Esto, sí, no es de reir;
es cosa para llorar.

El imberbe don Ciriaco
vive y mora en el hotel
con la copa y con el taco,
en unión de otros como él:
dice que es por diversión;
pero si á su perdición
las fiestas van á parar,
mal modo es de divertir
el que si hoy lo hace reir,
mañana lo hará llorar.

Letrado de mucha ciencia
dizque fué don Juan de Urías;
supo arreglar con conciencia
ocho testamenterías.
Legatarios y herederos
todos quedaron en cueros,
y el abogado sin par
un caudal dejó al morir;
esto no es para reir,
es cosa para llorar.

Descuidando hijos y casa,
la vida pasa en el templo,
rezando doña Tomasa.
sólo por dar buen ejemplo.
Es verdad que ella murmura
de toda humana criatura;
mas su fin es procurar
los pecados corregir;
esto sí es para reir,
no es cosa para llorar.

Al contrario doña Julia,
dejó sus obligaciones
por el baile, la tertulia
y por otras diversiones.
Gastando caudal y renta,
por conclusión de la cuenta,
hizo al marido quebrar;
y para poder vivir . . .
¡Chitón!. . . . que no es de reir;
el lance es para llorar.

Con sana intención sencilla,
para divertir la pena,
escribo yo esta letrilla,
sea mala ó sea buena;
y si intenta un malicioso,
en mi verso candoroso
miras aviesas buscar,
mucho lo habré de sentir;
mas preferiré reir
por no ponerme á llorar.

PARTE SEGUNDA.

Con negra misantropía
dijo no sé qué escritor:
"es mentira la alegría
y mentira es el dolor."
Este no será un axioma;
pero aparte toda broma,
bien se puede asegurar
sin recelo de mentir,
que hay llantos que hacen reir
y risas que hacen llorar.

Llora Cándido, heredero
de un pariente transversal,
al recibir todo entero
del difunto el capital.
Afectando indiferencia,
Blas, que esperaba la herencia,
ríe alegre sin parar.
¿No podríamos decir
que aquel llanto hace reir
y esta risa hace llorar?

Paga al finado el tributo
de lágrimas doña Inés,
y anda vestida de luto
de la cabeza á los pies.
¡Pobre viuda! gime y llora,
y un gran caudal atesora,
y las onzas al contar,
dice que quiere morir.
¿Este llanto hará reir,
ó ese llanto hará llorar?

Casó Antón por compromiso
con Belisa, á quien detesta,
y estaba loco ¡preciso!
en la noche de la fiesta.
"Bien mío, cara Belisa"
dijo Antón, y una sonrisa
ví por sus labios vagar
difícil de definir;
lejos de hacerme reir,
me hizo esa risa llorar.

La pobre Belisa á poco
pasó á otra vida mejor
y Antón estaba hecho un loco
de pesadumbre y dolor.
Pero su amargo quebranto
y aquel lastimero llanto
que vertía sin cesar,
á mí, no puedo mentir,
me provocaba á reir,
lejos de hacerme llorar.

Sin su nombre publicó
Luis, poeta principiante,
una oda que escribió,
pedantesca y retumbante.
Un hombre de inteligencia
la criticó en su presencia
con ingenio singular;
y la crítica al oir,
rió Luis; aquel reir
era para hacer llorar.

Sobre un callo doloroso
le plantó el pesado pie
el membrudo Sinforoso
al atento don José.
"Dispense Usted," dijo afable.
Con una risita amable,
José hubo de contestar,
por más que viera lucir
estrellas; aquel reir
es de los que hacen llorar.

Apuntó á la lotería
el rico don Nicanor;
¿qué tal su dicha sería
que sacó el premio mayor?
Cuando el dinero contaba,
como un chicuelo lloraba
sin poderlo remediar;
ese llanto, en mi sentir.
es de los que hacen reir,
no es de los que hacen llorar.

Al dar sentencia de muerte
don Crispín el majistrado,
con la lágrima que vierte
el rostro tiene bañado.
Sale en seguida á paseo,
y del desdichado reo
ya no se vuelve á acordar,
hasta ir á verlo morir:
aquel llanto hace reir,
no es de los que hacen llorar.

Una novela leyendo
muy triste y sentimental,
vi las lágrimas cayendo
de los ojos de Pascual.
De ese mismo la familia
muere de hambre, y no la auxilia
diciendo que á trabajar
sus parientes deben ir;
aquel llanto hace reir,
no es de los que hacen llorar.

Once años hizo la corte
Pedro á la bella Leonor,
y ayer le dió pasaporte
por otro amante mejor.
No da su brazo al torcido
el cortejo despedido,
y ríe hasta reventar,
por más que pueda sufrir;
¿no es verdad que ese reir
es de los que hacen llorar?

Con el rédito legal
no quiso prestar dinero
á un hombre honrado y formal
don Francisco el usurero.
Dió á un tramposo al interés
de cinco por ciento al mes,
y lloraba sin cesar
el engaño al descubrir;
ese llanto hace reir,
no es de los que hacen llorar.

Hombre de ningún pudor
y de muy poca conciencia,
se tragó cierto tutor
de su pupilo la herencia.
Lo declararon ladrón
y él con mucho *sans façon*
reía sin descansar
la tal sentencia al oir;
yo digo que ese reir
es de los que hacen llorar.

Por un elevado precio
no quiso vender un día
el contratista Lucrecio
unos vales que tenía.
Hubo no sé qué rumor
y perdieron su valor;
lloró al tenerlos que dar
por nada; puedo decir
que ese llanto hace reir,
no es llanto que hace llorar.

¡Risa y lágrimas! he aquí
la triste herencia fatal
que á este mundo baladí
transmitió el primer mortal.
Siendo la vida entremés
donde todo anda al revés,
pienso que acerté á probar,
esta parte al escribir,
que hay llantos que hacen reir,
y risas que hacen llorar.

LA CONCIENCIA.

Intus et in cute novi.....

PERSIO.

Es menester confesar
que es la conciencia una cosa
utilísima y preciosa
si se sabe aprovechar.
Es ajustada ó es ancha,
cierra la boca ó la ensancha;
y vista esa conveniencia
¿quién afirmar dudaría
que es un don de gran valía
una elástica conciencia?

No conozco hombre mejor
que el honrado don Domingo;
con mi amistad lo distingo
y le hago siempre favor.
Pero es tan recto y severo,
que refiere al mundo entero
mis defectos (en mi ausencia)
poniéndome como un trapo.
¡Oh! es un sujeto muy guapo
don Domingo, y ¡qué conciencia!

Si hay un ser bueno y perfecto
ése es sin duda Crisanto;
vaya un hombre, si es un santo;
no se le encuentra defecto.
Vestido y sustento diario
le da un rédito usurario
que percibe sin anuencia
de su guía espiritual,
y piensa que no hace mal.
¡Misterios de la conciencia!

Dicen, y dicen muy bien,
que es don Tadeo un letrado
como hay pocos, consumado,
de la justicia sostén.
Si á uno dirige con arte,
también presta á la otra parte
los recursos de su ciencia,
quedando con estos modos
en buena amistad con todos.
¡Oh incomprensible conciencia!

Antonio hará, pues lo entiende,
con dos balanzas fortuna,
si compra, emplea la una,
y usa la otra cuando vende.
Esta de peso es escasa,
y aquella un poco se pasa,
y con esta diferencia
de la una y la otra manera
gana lo que no debiera,
¡y es hombre honrado! ¡Oh conciencia!

Don Juan de la Mentirola,
(buen hombre á carta cabal)
llegó á hacer un capital,
comprando vales *de cola*.
Retirado del negocio,
escribe en sus ratos de ocio,
y prueba hasta la evidencia
que la nación á su ruina
por las contratas camina:
¡cumple así con su conciencia!

Riquísimo es don Fabián;
no tiene hijos, es soltero,
y no arroja á un pordiosero
una tortilla ni un pan.
Dice: "no soy avariento;
pero peco si fomento
la pereza y la indolencia."
Con tan bello silogismo
se engaña el hombre á sí mismo.
¡No te comprendo, conciencia!

No hace más doña Martina,
(señora fea y anciana)
que acechar en la ventana
á Luz, su hermosa vecina.
La vió en cita, y fué preciso
á la madre dar aviso
de la ilegal conferencia;
Luz fué puesta en duro encierro,
y la anciana, salvo yerro,
tranquilizó su conciencia.

Pilló Toribio un papel
que criminal ó imprudente,
dirigió á su pretendiente
la mujer de don Gabriel.
Don Toribio escropuloso,
llevó el billete al esposo,
quien en su ciega demencia
á la infelice mató.
Don Toribio lo sintió;
pero ¿qué hacer? ¡la conciencia!

Entran en conjuración
veintiseis ó veintisiete,
y en la jarana se mete
hasta los codos Simón.
se pone malo el asunto
y dice Simón al punto,
con previsión y prudencia:
"conmigo no hay que contar,
es delito conspirar,
y ante todo es la conciencia."

Con raro ingenio sutil
dejó don Juan Baltasar
sin alimento ni hogar
á huérfanos más de mil.
Pero al hacer testamento,
de pesos destina un ciento,
con sin par munificencia,
á los fondos del Hospicio;
y con aquel beneficio
muere tranquilo....¡Oh conciencia!

Por el sur y por el norte
contrabandea Lupercio,
y dice que no hay comercio
que más ventajas reporte.
Decídle que ese es un robo,
y os hará aquel hombre probo
esta sutíl diferencia:
"robar á uno, es gran pecado;
pero robar al Estado
es viveza." ¡Qué conciencia!

Agapito declaró
en un célebre proceso,
y por lástima del preso
falso juramento dió.
Quedóse impune el delito,
y dijo don Agapito:
"he salvado una existencia,
y salga por donde salga,
la buena intención me valga."
No comprendo esa conciencia.

Un reló con su cadena
vendían por nada y nada;
era la prenda robada,
pero la ganga muy buena.
Lo compró un tal don Bartolo,
y dijo que no hubo dolo,
puesto que la procedencia
no le incumbe averiguar
de cuanto pueda comprar.
¿Quién entiende esa conciencia?

¡Conciencia! abismo profundo!
primero que te penetre
se ha de romper el caletre
el más sabio de este mundo.
Quien pueda que te defina;
yo en mi ignorancia supina
sobre tu forma y esencia
por siempre quedarme quiero;
y al morir, diré que muero
sin saber lo que es conciencia!

A MI AMIGO

EL SEÑOR LICENCIADO DON J. D.

> Mil veces he leído los versos que me envías,
> mil veces te he querido con otros contestar:
> mas siempre con despecho rompí las trovas mías,
> que no podrían viendo las tuyas igualar.
>
> ZORRILLA [*Serenata* ...]

¿Qué acento melodioso, qué plácida armonía
mi mente aletargada viene hoy á despertar?
¿Quién es el que esas cántigas dulcísimas envía,
arrullos de la brisa con que adormece al mar?

¿Quién eres tú, poeta, que evocas las memorias
de una época muy grata, que rápida pasó?
¿Ignoras por ventura, que á sus fugaces glorias
há tiempo que mi alma por siempre renunció?

¿Qué guardo yo ¡infelice! de aquella edad dichosa
en que cantaba altivo la vida y el amor?
¿No sabes tú que agosta la más temprana rosa
el hálito inflamado de un viento abrasador?

¿Qué fertilice has visto fructífera simiente
un campo fatigado que se tornó en erïal;
que se irga la palmera que derribó el torrente,
ó que recobre el alma el candor virginal?

¿Ignorarás, acaso, que en mi laúd ya rota,
una tras otra cuerda dejó el dolor crüel;
que el corazón cansado destila gota á gota
por cada abierta herida empozoñada hiel?

Si ha sido mi existencia durísimo combate,
sin tregua de reposo ni término de paz:
¿comprenderé siquiera la inspiración del vate
que encanta con sus trovas las horas de solaz?

¡Oh no! no soy yo el bardo de esa *inmortal María*
que tan sentido canto supo inspirarte á tí;
ni llamó á las *serranas* la pobre lira mía,
bajo los cenadores de *rosa y alelí.*

Orilla de los lagos yo paso indiferente;
sin entusiasmo fijo la vista en el volcán;
las flores de los prados huello con pie indolente;
del ave el raudo vuelo no sigo con afán.

En vano por las noches bañado en luz de plata
de nuestro hermoso cielo se ostenta el pabellón,
cuando entre blancas nubes castísima recata
su frente ruborosa la amante de Endimión.

En vano es que se vista risueña la pradera
el espléndido manto que matizó el abril,
cuando por nuestros valles pasó la primavera
tejiendo su guirnalda con bellas flores mil.

En vano en el invierno rebrama la tormenta,
cuando la noche tiende su lúgubre capuz;
y en la enlutada nube, que con fragor revienta
del cárdeno relámpago dibújase la luz.

En vano la amorosa y tímida avecilla
gorgea entre las ramas de ceiba secular,
cuando en el horizonte el vivo lampo brilla,
última luz del astro que se ocultó en el mar.

No hay para mí celajes de púrpura en la aurora;
ni arrullos en las brisas, ni en las flores matiz;
para mi alma cansada es lánguida incolora,
toda la poesía de esta tierra feliz.

¡Ay! y cuán bellos eran mis sueños de poeta:
aquellos sueños de oro que nunca volverán!
rebullía en mi mente la inspiración inquieta;
el arpa era mi gloria, cantar era mi afán!

Mas del destino ciego obedecí al imperio,
y mi laúd querido abandoné por él:
así su lira de oro, durante el cautiverio,
suspendió bajo el sauce el hijo de Israel.

De la patria en el ara, si bien poco valiosa,
de mi estéril ingenio la ofrenda puse yo:
vióla humilde y sencilla la venerada diosa;
y sencilla y humilde, como era, la aceptó.

Y desde aquel instante á la mortal pelea
por defender su nombre resuelto me lancé;
verla feliz y grande mi corazón desea,
y espera en sus destinos mi solitaria fe.

Cumpla, pues, en buenhora cada cual su destino:
á tí cítara de oro, pluma acerada á mí;
á mí los vendabales y el raudo torbellino;
las brisas perfumadas y el aura blanda á tí.

Tú, que otra vez pintaste el plácido verano
con colores divinos y mágico pincel,
pinta hoy las galas todas del cielo americano
y preste á tu paleta sus bellas tintas él.

Y canta en fluidos versos el trasparente lago
á quién los altos mangles amiga sombra dan,
y con voz pavorosa canta el horrible estrago
que causa por dó quiera la erupción del volcán.

Di como presta asilo el campanario roto
al cárabo nocturno que ama la soledad,
después que en breves horas redujo el terremoto
á ruinas lamentables magnífica ciudad.

Di como el campo inunda y arrasa la cabaña
arroyo que en corriente convirtió el temporal;
y di las caprichosas flores de la montaña,
parásitas que nutre el encino inmortal.

Di, en fin, como en el rancho remoto y solitario,
mientras la lluvia cesa, en tanto baja el sol,
un bondadoso y franco asilo hospitalario
el indio miserable da siempre al *español.*

Pinta, describe, canta; arpa, pincel y pluma
con fe, con entusiasmo, veo en tu mano ya....
Ebria con la armonía, del peso que la abruma
al escucharte, mi alma, libre se sentirá.

Á MARÍA.

SONETO.

Iris de paz, estrella del oriente
que anunciaste la aurora suspirada,
emperatriz de soles coronada
que huellas la cerviz de la serpiente.

La Iglesia ya con voto reverente
va á proclamarte ¡oh reina! *inmaculada*,
y á par con el Mesías exceptuada
de la culpa de Adán, tú solamente.

El universo ¡celestial María!
por quien tú velas con amor materno,
tu triunfo canta ya con alegría,

y eleva su loor hasta el Eterno;
huye desesperada la heregía
y un grito de furor lanza el infierno.

DOMINGO FLORES.

Nació el 29 de Mayo de 1825 en la Antigua Guatemala.

Dedicado desde muy joven al estudio de la medicina, y después de una larga práctica como cursante de la Facultad en el Hospital General, obtuvo el título de Doctor en 1851.

Posteriormente, y cuando el cólera diezmaba á la República por los años de 56 á 57, Flores se distinguió entre sus colegas, así por su acierto en la lucha emprendida por la ciencia contra la funesta epidemia, como por su desinterés y abnegación, circunstancias que le hicieron acreedor á varias distinciones honoríficas y al aprecio general de sus conciudadanos.

Flores murió en Quezaltenango el 27 de Mayo de 1864.

Sus poesías, como verán nuestros lectores, no carecen de inspiración. Son incorrectas; pero en gracia de los asuntos que tratan, damos cabida á dos de ellas en esta *Galería*. Si Flores hubiera podido consagrarse al cultivo de la literatura, habría sido un poeta verdaderamente nacional. No pudo: su vida fué una lucha constante, un perpétuo combate.

Paz á sus restos!

EL XEQUIJEL.(*)

Xequijel, Xequijel! ¿do están las tumbas
que á los quichées compasivo diste?
Del ibero feroz los escondiste
bajo las aguas que hacia el mar derrumbas?

¿Do están, do están, ¡oh río! sus despojos?
En vano tras el velo trasparente
de tu apacible y límpida corriente,
hallarlos quieren mis ansiosos ojos.

Tal vez un genio con su raudo vuelo
al Eíseo inmortal los llevaría,
y el extranjero no profanaría
su venerable polvo aquí en el suelo.

En este campo solitario ahora
altivos tremolaban sus pendones:
marchaban sus compactos escuadrones
y su voz resonaba atronadora.

(*) Xequijel, en lengua Quichée, río de sangre.—Tomó este nombre porque á consecuencia de una batalla que se dió en la conquista por el ejército de los españoles y los tlaxcaltecas, y el de los quichées, sus aguas se tiñeron con la gran cantidad de sangre que se derramó.

Eran guerreros indomables, bravos,
que por salvar su patria combatieron:
eran los héroes que morir quisieron
antes que ser del español esclavos.

Aquí bajo los pinos y los robles
de tu ribera silenciosa y sola,
debió brillar la espléndida aureola
del patriotismo en sus semblantes nobles.

Y aunque injusta nególes la victoria
del triunfo los laureles anhelados,
en la lid sucumbieron coronados
por el genio esplendente de la gloria.

¿Y contra el fuerte bronce qué podían?
¿qué contra el duro y afilado acero?
¿qué contra el rayo y el corcel ligero?....
¡Libres morir tan sólo apetecían!

¡Qué horror! los tlaxcaltecas parricidas
á los nobles quichées sus hermanos,
también destrozan con impías manos,
con sangre fraternal enrojecidas!

Y aunque la España en sus historias huecas
á sus hijos corone de laureles,
sus vencedores fueron sus corceles
los rayos y los ciegos tlaxcaltecas.

Tú, Xequijel, crecido y desbordado
formaste con su sangre inmenso lago,
tú, la memoria del horrendo estrago
en tu nombre armonioso has conservado,

Aquí en la negra tumba sepultaron
millares de héroes sus altivas frentes,
y á nosotros sus caros descendientes
un ejemplo sublime nos dejaron.

Pero en los campos que su sangre inunda,
donde cayó la libertad un día,
roto el yugo fatal que la oprimía,
levantóse mas bella y mas fecunda.

Hoy un silencio sepulcral domina
do se dió con estruendo la batalla,
la espesa selva entristecida calla,
y aun solloza su linfa cristalina.

Si del olvido en el obscuro abismo
hundió ya el tiempo sus preclaros nombres,
nunca jamás olvidarán los hombres
su gloria, su valor, su patriotismo.

CHINAUTLA.

Cercada de rocas que el agua desgaja
cayendo con furia del cóncavo cielo,
ofrece Chinautla sus chozas de paja
al triste viajero que pisa su suelo.

Allí se presenta la hermosa natura,
cual era en su orígen, inculta salvaje;
sin torres ni muros ni bella cultura
vestida de verde y espeso follaje.

En lecho escabroso de piedra y arena
un rio desliza su tersa corriente,
que pasa lijera, que bulle y resuena
regando una tierra desnuda y ardiente.

Si envía la Luna destellos plateados
las ondas del rio su lumbre reflejan,
y al mar dirigiendo sus pasos callados
en calma apacible fugaces se alejan!

Su fértil ribera con gratos verdores
alfombra un agreste verjel tan ameno
que fresco mitiga del sol los ardores,
brindando un sombrío de encanto y paz lleno.

Mil robles y pinos antiguos, enormes,
coronan soberbios los altos picachos,
formando á sus moles tremendas, disformes,
altivos crestones y erguidos penachos.

El ojo contempla las pardas entrañas
de simas profundas y rocas desiertas,
que ocultan del pueblo las pobres cabañas
cual fuertes murallas de musgo cubiertas.

Luciendo en la yerba sus bellos matices
las flores silvestres el campo embellecen,
y ornando hechiceras sus verdes tapices
al soplo del aura flexibles se mecen.

Los duros peñascos que cercan el rio,
formando á sus aguas extensa barrera,
en grutas ocultas por bosque sombrio
ofrecen asilos con faz placentera.

No turba el reposo del hombre dormido
de herrados carruajes el ruido estridente;
tan sólo en los cerros se escucha el sumbido
del viento que agita la encina eminente.

No gritan serenos que pasan las horas
veloces ó lentas robando la vida,
ni tocan relojes campanas sonoras
que anuncian del tiempo la marcha homicida.

Ni se oye el molesto, perenne murmullo
que en grandes ciudades fastidia y atruena,
tan sólo del ave la voz ó el arrullo
que anida en el monte, dulcísimo suena.

Montañas sombrías velando el oriente
tal vez amortiguan la luz de la aurora;
mas Febo levanta su disco esplendente
y entonces las cumbres altísimas dora.

Subiendo á los riscos, las cimas bajando,
hollando las flores, oculto en la gruta,
yaciendo en la yerba, por prados andando
la paz de los campos allí se disfruta.

Cada año en febrero las damas hermosas,
dejando la corte de galas privada,
al hondo Chinautla se van presurosas,
buscando los baños, á hacer temporada.

En él se divierten festivas, lozanas,
con juegos, con danzas y alegres canciones,
y en mil enramadas se obstentan galanas,
cual ninfas del bosque, cual aéreas visiones.

Entre ellas estaba mi bien, mis amores,
mi célico encanto, mi Lisi divina,
así cual descuella la rosa entre flores,
cual brilla en los cielos la luz matutina.

Allí mi ternura propicia pagaba,
mis horas colmando de puras delicias,
y allí cuántas veces su amor me juraba
en medio de blandas, de ardientes caricias!

Aun hoy recordando mi efímera gloria,
cuán triste ¡oh Chinautla! mi pecho respira;
por eso consagro á tu dulce memoria
mis versos discordes, mi fúnebre lira.

JUAN JOSÉ CAÑAS.

Deben existir sin duda misteriosos puntos de contacto entre la poesía y la carrera de las armas. Frecuentemente se ve á los poetas empuñar el fusil con tanta gallardía, como pueden pulsar la lira para cantar las dulces emociones de su alma. En América sobre todo, el poeta es casi siempre soldado, si no porque haya militado en las filas de un ejército, por su natural inclinación á verse envuelto en los azares de la guerra.

Juan José Cañas, el más ventajosamente conocido de los salvadoreños que actualmente se consagran al estudio de la gaya ciencia, es un ejemplo de lo que dejamos consignado. Desde 1853 hasta 1871 ha servido á su patria como militar, pulsando al mismo tiempo las cuerdas del laúd, al que ha sabido arrancar algunas tiernas melodías. Nació en 1826, en la ciudad de San Miguel, y siendo muy joven aún pasó á León de Nicaragua á completar su educación, viniendo luego á Guatemala á hacer cursos de Filosofía y Medicina. El año de 48 regresó á su país natal, y envuelto en el torbellino que puso á contribución á todos los pueblos de la tierra para ir á poblar los dorados campos de la rica California, dejó á Centro-América, impulsado por la actividad de su genio emprendedor y laborioso. Habiéndole cabido mala suerte en aquella expedición, regresó á San Salvador en 52: tomó parte en la campaña nacional de Nicaragua contra los filibusteros en 1857, y últimamente ha sido empleado muchos años como Comandante del puerto de la Libertad.

Cañas es de un carácter alegre y expansivo; fino en sus modales, caballero en todas sus acciones; y agudo y oportuno en los chistes con que suele sazonar sus conversaciones familiares.

Desde 1871 vive apartado de la política. Su lira también ha enmudecido. ¿Es posible que un hombre que apenas cuenta 48 años de existencia muera para las artes y la patria?

Esto preguntábamos en 1873, y el mismo Cañas se ha encargado de darnos la respuesta.

Con posterioridad á aquella fecha ha vuelto á tomar parte, en diferentes ocasiones, en los asuntos públicos de Centro-America, y vuelto, asimismo, á pulsar las cuerdas de su laúd.

Después de haber desempeñado alguas misiones diplomáticas del Gobierno del Salvador en Colombia, el Perú y Chile, Cañas regresó á su país natal; pero los acontecimientos que en 1885 hicieron conmover á todo Centro-América, le obligaron á ausentarse de nuevo, fijando su residencia en la vecina República de Nicaragua, donde actualmente vive, otra vez muerto para la política y las letras.

¡Tu misión es cantar. Canta, poeta!

A LA SALIDA DEL VAPOR "GOLD-HUNTER."

No hallan mis ojos mi patria,
humo han sido mis amores.

ESPRONCEDA.

Se va el vapor para la patria mía,
se va y mi pecho de pesar se llena;
se va el vapor, y mi fortuna impía
sólo á verlo partir cruel me condena.

Se va el vapor: escucho la campana
que con su son á navegar convida;
es su aviso final, porque mañana
no estará aquí del sol á la salida.

Se va el vapor: el último silbido
de despedida con el pito da;
tercera vez repite su sonido,
á bordo! á bordo! que el vapor se va!

Se va el vapor: ya lento se retira
del grande muelle do le ví posar,
y su presencia al corazón inspira
tristes recuerdos de su patrio hogar.

Se va el vapor: las ruedas en su giro
baten las olas en confuso afán;
se va! se va! y en mi dolor suspiro
sólo por tí, mi bella Cuscatlán! (*)

Se va el vapor: el humo se desliza
por el gran tubo que lo deja huir,
y al disiparse al soplo de la brisa,
mi esperanza como él veo morir.

Se va el vapor: veloz como zaeta
las ondas surca, y deja en su cristal
la espumosa parodia de un cometa
que allá lejos se pierde en espiral.

Se va el vapor: ¡adios, ligera nave
los desiertos marinos va á cruzar,
como los cruza con quietud el ave
que prefiere en las aguas habitar.

Se va el vapor: sublime panorama
triste contemplo al declinar el sol;
su tibia luz sobre la mar derrama
y embellece el bajel con su arrebol.

Se va el vapor: desplega su bandera
y truena á bordo intrépido el cañón;
saluda al puerto por la vez postrera,
mas destroza también mi corazón.

Se fué el vapor! allá en el horizonte
á mi débil mirada se ocultó,
al penetrar en el espeso monte
que de nubes monstruosas se formó.

---

[*]—Nombre indígena de la República del Salvador.

Se fué el vapor! ¡á cuántos mano en mano
con envidia miré decirse adiós,
al lanzarse tal vez en el oceano
de esperanzas quiméricas en pos!....

Es muy triste suspirar
en un lugar extranjero
por la tierra do primero
la luz del sol se miró;
tener que sufrir las penas
con que se oprime la mente,
al comparar el presente
con el tiempo que pasó.

Es tristísimo vagar
cuando á una mujer se adora,
si cobarde siempre llora
lejos de ella el corazón.
Y tener dentro del alma
su bella imagen grabada,
y la razón agobiada
por imperiosa pasión.

Y en fin, entre tormentos,
dudas, amor y esperanza,
semejante á una balanza
perpetuamente oscilar;
no hay vida, nó, más ingrata
que la del pobre que vaga,
pues si un recuerdo le halaga
tal vez le impele á llorar.

San Francisco California, 1850.

UN RECUERDO.

A .....

¡Oh noche confusa,
sombría, espantosa,
al alma medrosa
le inspiras horror.
Tu manto cobija
la tierra y el cielo,
y aumenta mi duelo,
mi pena y dolor!

Tu fúnebre sombra
que pasa tranquila,
mi débil pupila
pretende romper.
No hay luz.... nada veo,
no hay bellos colores,
oh noche! no hay flores,
no ofreces placer!

Tan sólo se escucha
discorde murmullo,
cual lúgubre arrullo
se siente rodar;
un choque imponente
del trueno parodia,
solemne salmodia
que entona la mar.

Las negras montañas
los ecos modulan,
que en ellos circulan
gimiendo al morir.
¡Oh inmenso fantasma,
que absorto me dejas,
repite las quejas
de mi hondo sufrir!

De nave flotante
sentado en la popa,
bebiendo en la copa
de rudo dolor;
invoco en mi auxilio
marchitas memorias,
risueñas historias,
recuerdos de amor.

¡Venid con la luna
y estrellas brillantes,
cual ricos diamantes
también rutilad!
Venid! y en mi seno,
reflejos del alma,
con mística calma
Benignos posad.

El recuerdo es un perfume
con que el alma se adormece,
blanco lirio que aparece
cuando el tedio nos consume.

Es pintada mariposa
que, vagando entre las flores,
roba de ellas los olores
que nos brinda cariñosa.

Es un eco desprendido
de concierto misterioso,
blando, suave, melodioso
y entre sombras escondido.

Es la luz que entre nublados
nos descubre mil placeres,
serafines y mujeres,
y festines olvidados.

En otro tiempo, se dice,
porque otro tiempo es el poema,
es la historia, es el emblema
de cuando uno fué felice.

Yo también, ¡ay vive Dios!
escuché con alegría
cuando, te amo, me decía
en otro tiempo una voz.

Era un ángel cuyo acento
dulce, claro celestial,
como el canto del turpial
avasalló el pensamiento.

Una noche ...el resplandor
de la luna y las estrellas
alumbró nuestras querellas,
nuestros delirios y amor.

¡Pobre niña!....¿por qué amar
á tan triste marinero,
que en tierra vive extranjero,
pues que su patria es la mar?....

¿No sabes tú que el marino
cuando recio sopla el viento,
pone amor y juramento
en alas del torbellino?....

¿No sabes, di, que se entrega
inconstante á otra esperanza
cuando á otro mundo se lanza,
cuando las velas desplega?. ..

¿Ignoras que con afán
tierno suspiros exhala,
solamente si no iguala
su bajel al huracán?

¡Pobre niña! y ¿por qué amar
al ingrato marinero
que con ansia va ligero
nuevas bellas á buscar?

Mas no creas, no, mi bien,
tú que vives en mi mente,
que yo pose blandamente
en otro seno la sien.

No debes nunca temer
que por cariño bastardo,
cambie un recuerdo gallardo
como el sol, bello al nacer.

Porque eres tú, dulce maga
de inmaculada hermosura,
blanca flor, estrella pura
que mis ensueños halaga.

Eres tú quien mis enojos
y mi negra pesadumbre,
sabes destruir con la lumbre
de tus lindísimos ojos.

Bella y cándida azucena
impregnada de fragancia,
que á tan inmensa distancia
piadosa alivias mi pena;

Yo te ofrezco mi pasión,
recuerdo, fe y esperanza,
mientras á llegar alcanza
á tus pies el corazón.

A.....

¿Por qué, mujer, al recordar tu nombre
siento latir mi corazón de pena?
¿por qué buscando la quietud el hombre
angustias halla y de pesar se llena?

¿Por qué si vuelvo los nublados ojos
á ese pasado que doraste un día,
encuentro sólo míseros despojos
de la ilusión y la esperanza mía?

Dime si sabes la tenaz influencia
que magnética ejerces en mi vida;
dime, ¿por qué si llego á tu presencia
siempre despiertas mi pasión dormida?

Dime, por Dios, el mágico secreto
que imperioso me lleva á tu hermosura;
si ocultas, di, maléfico amuleto
que ha mezclado á mi amor tanta amargura.

Todavía, tal vez, ¡ay! todavía,
necio te adoro con amor profundo,
sin recordar que la calumnia impía
vertió en tu afecto su veneno inmundo.

Yo te adoro, es verdad: vano delirio
fuera ocultarte de mi amor la llama,
si el corazón en su fatal martirio
por tí ¡mi bien! en la demencia clama.

No temo, no, que la insolente mofa
sarcasmo imbécil contra mí derrame,
cuando el acento de mi triste estrofa
¡piedad, justicia! de tu amor reclame.

No temo, en fin, que de la turba necia
cáustica brote la maligna risa;
si porque te amo mi pasión desprecia,
¡tú eres el angel que mi vida hechiza!

Tú eres, mujer, el cándido lucero
que en mis ensueños infatiles vi,
tú el juramento de mi amor primero
á quien con alma el corazón cedí.

Tú, blanca flor, nacida en el desierto
de una existencia que embriagó tu olor;
mirastes ¡ay! su corazón abierto
á la santa ilusión, hoy al dolor.

Ya todo huyó. Aquel ficticio fuego
que tú juzgaste abrasador volcán,
con la inconstancia lo apagaste luego,
cambiando en hielo tu mentido afán.

Aquel cristal también de tu pureza
corrupto aliento y fétido empañó;
y al dolor inclinaste la cabeza
porque tu frente . . . el deshonor selló.

Rosadas tintas vi que tu megilla
blandamente tiñeron otra vez;
volaron ya, y en tu semblante brilla
de blanca cera fría palidez.

¡Quién hubiera pensado al ausentarme,
que en vez del ángel célico de ayer,
y que juzgué incapaz de traicionarme,
tan sólo encontraría.... una mujer!

Avanza pues, por áspero camino,
la sin perfume, deshojada flor;
sufre la pena de tu cruel destino,
que el tiempo acaso apagará mi amor.

A MI QUERIDO AMIGO DON N. A.

EN SUS DIAS.

No canto, no, tu cumpleaños,
porque la vida al correr,
nos deja una tumba ver
tras amargos desengaños.

Y el que de otro los natales
celebra en dulce armonía,
le anuncia, cruel, su agonía,
y sus tristes funerales.

Porque en su delirio el hombre
y sin saber lo que dice,
su muerte canta infelice
aplicándole otro nombre.

Y sin pensar que la hebra
que amarra nuestra existencia,
de un leve soplo á la influencia
bien presto, frágil se quiebra;

Insensato así se embriaga
del placer en el festín,
cuando de cerca su fin
inexorable le amaga.

Un día, una hora, un segundo
que en el tiempo se adelanta,
vamos con rápida planta
á dormir sueño profundo.

¿Para qué, pues, celebrar
lo que es más triste perder;
para qué mostrar placer
cuando debemos llorar?....

Si en el libro de la vida
nos roba un año el destino,
¿por qué contamos sin tino
esa página perdida?

....
....

Quiero volver mi mente á lo pasado
y recordar mi hermosa juventud,
y aquellos días que pasé á tu lado
tan llenos ¡ay! de plácida quietud.

Tan llenos, sí, de santas ilusiones,
de nobles esperanzas y ambición;
no existen más, los rudos aquilones
los arrancaron ya del corazón.

Soy viejo ya, mi amigo; sí, muy viejo,
y con una alma que gastó el pesar,
y del pasado al verme en el espejo
siento cobarde el corazón temblar.

¡Cuántos de amor proyectos halagüeños
y promesas quedaron sin cumplir! . . .
y cuántos ¡ay! magníficos ensueños
vió en su delirio el alma sonreír! . . .

Humo fué todo, todo fué mentira
y sólo cierto el dardo del dolor;
hoy sólo tedio el porvenir me inspira,
tedio el presente y el pasado horror!

Sus alas recogió mi fantasía
abrumada por tanta descepción;
hoy gime triste, en postración sombría,
como entre hierros prisionero león.

Ah! yo no pensé con mi robusto canto
de la gloria en el templo penetrar;
de tanta vanidad y de afán tanto
amarguras no más pude alcanzar.

Voy á romper del arpa los alambres
que con trémula mano pulsé yo:
¡mísera flor de frágiles estambres,
para siempre tu aroma se exhaló! . . . .

Pero ¿qué importa la ambición mundana
con su insaciable sed de vanidad,
cuando reina en el alma, cual sultana,
la más profunda y sólida amistad?

En su nombre te envío estos renglones,
que espero que con gusto vas á leer;
al repetirte nunca los crespones
de los tiempos la puedan envolver!

RECUERDOS DE LA PATRIA.

De América en el centro,
de volcánica luz siempre vestido,
allá muy lejos, con el alma encuentro
el lugar donde está mi humilde nido.

En todos sus detalles
ese lugar mi espíritu lo abarca,
con sus rios, sus selvas y sus valles
que le hacen ser espléndida comarca.

Mi inquieto pensamiento
me hace ver sus bellísimas palmeras,
blandamente mecidas por el viento
que besa sus soberbias cabelleras.

Y todo lo examina,
y me lleva hasta el mismo cementerio,
para arrancarle en su espantosa ruina
á la muerte su lóbrego misterio.

Y en tremendo castigo
me señala la tierra removida;
y "contempla, me dice, cuánto amigo
te borré de la lista de la vida;

también hacen un viaje,
y mientras tú podrás volver del tuyo
de este mundo rodando en el oleaje,
ellos jamás regresarán del suyo.

Al lanzarte á los mares,
quedando, al parecer, de vida llenos,
encontrarlos pensaste en sus hogares,
y hoy te oprime el pesar de hallarlos menos.

¿Por qué, por qué te asombra
tocar la realidad, palpar lo cierto,
cuando eres de tí mismo vaga sombra,
cuando eres del que fuiste casi un muerto?

Tal vez, en tu despecho,
de tu existencia culparás los años,
cuando ¡ay desventurado! te han deshecho
los que te abruman rudos desengaños,

De tu desgracia el germen
es la amarga impotencia con que lidias;
ve á tus amigos que tranquilos duermen
sin zozobra ni afán, ¿no los envidias?"

Tal es lo que mi mente
en su eterna labor me da por fruto;
siempre gimiendo por la patria ausente,
y por ella cubriéndome de luto.

No me queda otro medio,
ya que el alma tan sólo la divisa,
para calmar mi desabrido tedio,
"que mandarle memorias con la brisa."

Y á medida que crece
mi delirante amor en dulce arrobo,
con la ausencia mi patria me parece
la región más espléndida del globo.

Y á pesar del agravio,
del injusto rigor con que me trata,
nunca en su ofensa se movió mi labio,
nunca he podido ni llamarla ¡ingrata!

Olvido sus desdenes
por desearle con ansia su ventura,
y del progreso los inmensos bienes
de esplendor, de riqueza y de cultura;

Por desearle que ostente
los mil tesoros que su seno encierra,
porque un día en el mundo se presente
sin las manchas sangrientas de la guerra:

porque funde su gloria
con fe, con energía y esperanza,
en estirpar del campo de su historia
de hermanos contra hermanos la matanza;

Porque, en fin, se alce ufana,
y de sus hijos se ennoblezca el pecho,
para salvar la dignidad humana
de los torpes bandidos del derecho.

Esto es lo que ferviente
para su dicha sin cesar invoco.
¡Ah! quién fuera un instante omnipotente!
de la patria al hablar me vuelvo loco.

En perpétuo delirio
como inmenso favor pido á mi suerte,
que me deje su bárbaro martirio
verla un instante.... y que me dé la muerte.

VICUÑA MACKENNA EN BOCETO.

SONETO.

Si tuvo Europa un escritor fecundo
con el típico nombre de El Tostado,
de esplendor deslumbrante circundado
le opone á Benjamín el Nuevo Mundo.

Es además de historiador profundo,
político de estilo levantado,
cronista ameno crítico acerado,
y un narrador de viajes sin segundo.

¿Quién su nombre en América no sabe,
y no leyó con simpatía suma
un libro suyo, divertido ó grave?

Jamás la recia tempestad le abruma,
y, por su vuelo, al convertirse en ave,
es cóndor de las letras por su pluma!

JOAQUÍN VASCONCELOS.

El talento del poeta satírico es un talento especial. En todo cuanto observa, lo primero que descubre su mirada perspicaz, es el lado vulnerable de las cosas, pocas veces su belleza; y nunca pierde ocasión de hacer resaltar los defectos que en ellas ha observado. Tiene el instinto de la crítica.

Vasconcelos pertenece á esa clase de ingenios que llevan la sonrisa de la burla en los labios; pero que casi siempre están expuestos á pagarla con una lágrima del corazón. En la mesa y en el estrado, en el campo y en la calle, en público y en privado, están prontos á zaherir. En el interior del hogar piensan y sufren.

Los epigramas de nuestro compatriota son todos improvisados: en ellos no hay preparación ni estudio, y sin embargo, se conforman, en lo general, con aquel precepto de Cirilo:

Versiculos epigramma duos sibi postulat. Addis.
Huc aliquid? carmen, non epigramma facis.

Nació el bardo de quien nos ocupamos el 22 de agosto de 1830. Dedicado por sus padres al estudio del derecho, obtuvo el diploma de abogado á los veintiún años de edad; mas él no había nacido para el foro.

Sin ser misántropo, Vasconcelos gustaba poco de vivir en sociedad, por lo que se mantuvo casi siempre retirado de ella, en

una finca que poseía en la costa del Pacífico. Y era en su trato afable y cariñoso, y hasta expansivo en el seno de la intimidad.

Escribió muchas poesías en diferentes géneros y estilos; pero sobresale, entre todos, en el epigramático que manejó con extraordinaria maestría.

Debido á la obsequiosidad de nuestro distinguido amigo don José María García Salas, infatigable coleccionador de cuantas obras literarias se producen en Centro-América, podemos agregar hoy algunas poesías inéditas del Iglesias centro-americano.

EPIGRAMAS.

I.

UN BUEN AJUSTE.

Pedro preguntó á Sempronio
por qué casó con María,
que aunque riqueza tenía,
más fea era que un demonio.
Quien contestó con frescura
diciendo: bien claro es eso,
pues yo la he tomado al peso
sin que entre en cuenta la hechura.

II.

DEL MAL EL MENOS.

Dime, ¿por qué te has casado,
le preguntaban á Peña,
con la mujer más pequeña
que existe en todo el Estado?
No me causará rubor,
contestó, por lo que veo,
pues entre los males creo
que el más chico es el mejor

III.

NO HAY QUE ESCOGER.

Un amigo á otro fué á ver
y le habló así: de heredero
quiero á usted dejar, y quiero
que herede todo mi haber.
Arreglémonos primero,
le contestó, si desea
mostrarme afecto sincero,
nombre á otro por su heredero
y hágame á mí su albacea.

IV.

GRAN PÉRDIDA.

Al sepulturero, el Cura
le dijo: puesto que es cierto
que el Doctor médico ha muerto
ábrele su sepultura.
Malhaya el tal mandamiento,
repuso el enterrador;
pues enterrando al Doctor
dejo de enterrar á ciento.

V.

PORTENTO DE CÁTEDRA.

Cien palmadas da don Pedro,
catedrático afamado,
al dar la clase exaltado
en su cátedra de cedro;
diciendo entre sí: me abismo,
lo que es la humana miseria,
cómo explico esta materia
sin entenderla yo mismo.

VI.

ES PRECISO RECOGERLOS.

¿Para qué sirve el hospicio?
me preguntaba una vieja.
Sirve, contesté, al que aqueja
pobreza y no tiene oficio.
Válgame Dios mis pecados!
ahora sí, me contestó
la vieja, pues creía yo
que era de los abogados.

VII

BULTO DELICADO.

Don Cornelio el comerciante,
dijo á un su criado, muy ágil,
al ver que decía *frágil*
sobre un tercio en el bramante:
abre con tiento, que aguardo
algo en esta carga ver,
pues creo que mi mujer
viene dentro de este fardo.

VIII

PUERILIDAD CONYUGAL.

Es Toribio hombre sencillo,
cual se ven alguna vez,
pues se pone en cuatro pies
á hacerle toro al chiquillo:
su mujer en risa salta;
diciendo: juega, no riño,
que para hacer toro al niño,
Toribio, nada te falta.

IX

SENTENCIA BREVE.

Dijo un médico, al pasar
por su calle un delincuente,
rodeado de mucha gente,
á quien iban á matar:
toda la ciudad se inquieta
por tan simples niñerías;
yo hago esto todos los días
con una simple receta.

X

TÁCTICA EFICAZ.

No hay duda....es fuerte Marica,
un fuerte que no se toma;
primero tomarse puede
Sebastopol ó Tolosa.
Quita, me dijo un amigo,
con esa opinión tan boba:
estrecha el sitio, y ataca
con metal de California,
que no hay plaza que resista
metralla tan poderosa.

XI

DEFENSA FÁCIL.

¡Vaya....que á mí por injurias
á San Felipe me mandan!
dijo un reo á otro, y á tí
hoy absuelto te declaran,
con muertes, robos, asaltos
y tres doncellas violadas!
¿Quién ha sido el defensor
que en tu proceso abogara?
¡Ah! dijo el reo, sonriendo,
el defensor fué mi hermana.

XII

FATALIDAD DE UN YERNO.

Dicen que los hijos nacen
á veces buenos ó malos,
según la madre se fija
en la época del preñado:
la abuela de mi mujer,
según mi prudente cálculo,
al dar á luz á mi suegra
sin duda pensó en el diablo.

XIII

SEÑAL DE INTELIGENCIA.

Por tener muy poco pelo
se crée don Luis que es muy sabio
y lleva el dedo á la frente
diciendo: aquí está probado.
Si acaso no hay calvo tonto,
creo que si hay tontos calvos.

XIV.

YERRO DE IMPRENTA.

De un impresor por olvido
salió (no lo hizo de intento)
el octavo mandamiento
en el Ripalda omitido;
y es constante parecer,
al cual el niño se inclina,
que acaso en él la doctrina
ha aprendido el mercader.

XV.

CADA UNO CON SU ARTE.

Es imposible....no puedo
en tal cofre componer;
mas no me doy por vencido,
venga la ropa otra vez:
á ver una pieza, otra,
una, dos, ¿llenó con tres?
¡maldito sea! para esto
venga luego una mujer;
pues que estas son las maestras
en el arte del doblez.

XVI.

MATERIA VASTA.

Un vistaso echó Pascual
ayer en mi librería,
y la atención dirigía
á la historia universal;
mas tantos tomos al ver
dijo con risita ingrata,
¡qué exceso de componer!
esta obra sin duda trata
sobre mañas de mujer.

XVII.

DOBLE PESTE.

¡El cólera en la República!
dijo un aldeano á su suegra;
ya el Señor Cura lo ha dicho
inter missarum solemnia:
y un médico y un botiquín
van á mandar á la aldea.
¿A más del mal?.....Dios me asista!
dijo espantada la vieja.
¿Conque médico y botica?
¡Estas son dos epidemias!

XVIII.

LA COMPASIVA.

Que nunca su rostro vea
Doloritas cual conviene,
supuesto dice que tiene
tanta lástima á una fea.
Así es que es lástima escasa
de virtud y de piedad,
puesto que la caridad
debe comenzar por casa.

XIX.

TAL PARA CUAL.

¿Botella y media tan luego
cómo has podido beber?
le preguntó su mujer
al borracho de don Diego.
A los seis meses.... tan luego
¿cómo ha podido nacer?
le contestó á su mujer
el borracho de don Diego.

XX.

PROFESIÓN LUCROSA.

Sostiene familias dos
don Patricio Ruiz de Argueta,
y además, una sujeta,
calle de San Juan de Dios,
¿Y qué oficio ó profesión
da tanto al tal don Patricio?
¿Qué dice U.? ¿que qué oficio?
muy bueno es.... la adulación.

XXI.

EL ANTÍDOTO.

Sufre dolores á miles
de cabeza, doña Cata,
bién que la causa inmediata
serán sus cuarenta abriles.
Su gran dolor desparece
siempre que aspira alcanfor;
es el remedio mejor
cuando un mueble se envejece.

XXII.

ORIGINALIDAD.

Preguntó una vez Sotera
á una amiga nada ruda,
por fin que era ella, si viuda,
ó bien casada, ó soltera.
No tengo estado, querida,
á derechas, dijo, nada:
entre soltera y casada,
así paso bien la vida.

XXIII.

SOBORNO.

¿De qué sirven señor Juez,
Esas balanzas pequeñas,
que en la mesa tiene usted,
de su despacho allí cerca?
¿Son las balanzas de Temis,
en que la justicia pesa?
No, dijo el juez, pues las uso
para pesar la moneda.

XXIV.

EL BUEN LADRÓN.

Eligieron por patrón
al patriarca San José
los carpinteros porque
ejerció su profesión.
Si escoge cada taller
patrón de su mismo oficio,
para los sastres propicio
San Dimas habrá de ser.

XXV.

CAUSAS DE LA VIDA CORTA.

Muchos años, mas de cien.
vivió antes cada criatura,
lo afirma así la Escritura,
la prueba es ..... Matusalén.
Que en los personajes varios
que aquella historia nos da,
yo no encuentro ¿qué será?
médicos ni boticarios.

XXVI.

EL CONDECORADO.

Lleva Pedro gran medalla
al ojal de la casaca,
con una bordada placa,
siendo un bandido, un canalla;
y una cruz ... también pendiente
que á todos deja perplejos,
pensando piadosamente,
¿será la cruz que la gente
le hacía al verlo de lejos?

XXVII.

EL CAPELO AMARILLO.

Nuestro claustro de Doctores
me parece un ramillete
de sapientísimas flores,
que es preciso se interprete
cada cual por sus colores.
En los médicos incierto
quedo; pues si dan la vida,
¿por qué su insignia es teñida
de amarillo flor de muerto?

XXVIII.

LA AFRANCESADA.

(INÉDITO.)

Presume la bella Inés,
¿qué mujer no es presumida?
ser muy sabia y advertida,
y hablar muy bien el francés.
A todo responde *oui*,
única voz que aprendió:
como á nadie dice *no*,
á todos dice que *sí*.

XXIX.

CUALIDAD RELEVANTE.

(INÉDITO.)

Sus mil cualidades Lola
Posée; mas.... diré quedito,
tiene sólo un defectito,
liviana como ella sola.
Vaya una maledicencia,
dijo su amiga Piedad;
esa es otra cualidad,
¿qué más? la condescendencia.

XXX.

NO SÓLO MONTES TOREA.

(INÉDITO.)

De hacer algunos trataban,
de toros una corrida,
que fuese, por más lucida,
mujeres las que toreaban.
Sin miedo acepto el partido,
dijo una mujer casada,
que estoy bastante habituada
á torear á mi marido.

XXXI.

PRESUNCIÓN FUNDADA.

(INÉDITO.)

Presume un simple patán
ser un *sujeto de nombre*;
y puede creerlo el pobre hombre,
puesto que se llama Juan.

XXXII.

SEÑALES EN EL CIELO.

(INÉDITO.)

Se ha aparecido un cometa,
y pronto nos hace ver
sus prodigios, pues ayer
se ha casado una coqueta.

IMITACION

DE LA POESIA TITULADA TEMPO DI VALS.

Un verso he leído con mil esdrújulos
verso maldito, atroz, satánico,
que ha puesto estólido mi numen célebre,
ínfimo, rústico, pésimo, bárbaro.

Mas he de hallarlos, porque en lo lírico
de ingrata rima, cual son los dáctilos,
busco frenético á esos malévolos,
léperos, pícaros, pérfidos, zánganos.

Aunque los busque por el telégrafo,
que bajo el agua cruza el Atlántico,
ó en el Pacífico, ó cual empírico,
póngame tétrico, tímido, pálido.

Y no me importa que algún hipócrita
quiera á mi cuello echar un cáñamo,
por ser heréticos, ó bien eróticos,
cínicos, lúbricos, críticos, cáusticos.

Que en ocasiones verso en lo místico,
rezo á los santos, y ayuno el sábado,
pero el diabólico sexo bellísimo,
piérdeme, róbame, quítame el ánimo.

Mas ya me mudo con esta música
para otra parte, no sufra un látigo
de algún satírico, como Telésforo,
Cástulo, Mónico, Teófilo ó Pánfilo.

TU HABITACION SOLITARIA.

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS.

POESIA DE SARA F..... DE B.....

En esta estancia, por mi mal querida,
cual jaula sola, abandonada y triste,
do huyó el placer, la animación, la vida,
ó cual sepulcro en cuyo seno existe
mudo silencio, sólo interrumpido
de mi pisada al lúgubre sonido;

El viento escucho. . . En funeral tristeza
parece publicar con son profundo
los amores de aquellos que la huesa
vendrá á juntar partidos en el mundo:
libres tal vez de humana ligadura
podrán reunirse en la mansión futura.

En vano logro solazar mi angustia,
leyendo de tu vate la poesía;
mi poema predilecto; á mi voz mustia,
le falta la dulzura, la armonía,
que escuchara en tu acento encantador
cuando me leías tú, trovas de amor.

Ante mis ojos yace abandonada
la pluma que trazó tus pensamientos;
que á las tiernas pasiones consagrada
supo expresar sus poéticos acentos:
esas ideas que cual astros bellos,
harán brillar sus mágicos destellos.

También yace en olvido marchitado
y sin perfume, el ramo que fragante
te ofreciera mi pecho apasionado,
en fiel enseña de mi amor constante..
¿En mi partida, así, llegará el día
que en tu alma acabe la memoria mía?

HEMOS VIVIDO Y AMADO JUNTOS.

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS.

(INÉDITA)

De la existencia los fugaces años
hemos juntos pasado siempre amando,
nuestros mutuos placeres contemplando,
y nuestro llanto uniéndolo á la vez;
que nunca algún pesar ni desengaño
supiera sin que tú lo suavizaras,
y el bálsamo en mi herida derramaras,
cambiando en dulce copa la de hiel.

Como las hojas que en otoño caen
al redor de nosotros, ya marchitas,
mil ideas se agolpan infinitas
de otro tiempo mejor, que ha huido ya.
De halagos y sonrisas amorosas
que al morir la ilusión, la mente olvida,
una existe grabada y sostenida
que el tiempo no podrá jamás borrar.

De la existencia los fugaces años
hemos juntos pasado, siempre amando,
nuestros mutuos placeres contemplando,
y nuestro llanto uniéndolo á la vez.
Y así esperemos que el futuro venga,
y el porvenir tan cruel como el pasado;
yo abriéndote mi pecho lacerado,
tú partiendo conmigo tu placer.

FRANCISCO GONZÁLEZ CAMPO.

Nació este tierno trovador en la ciudad de Guatemala, el 26 de abril del año de 1832.

Dedicado desde muy joven á la carrera de las letras, ha cultivado su talento en el estudio de la literatura, á pesar de tener que sostener con el producto de su trabajo, el peso de una numerosa familia.

Francisco González Campo cursó algún tiempo las clases de Medicina, en cuya ciencia posée sólidos conocimientos; pero no sintiéndose inclinado á filiarse bajo el estandarte de Hipócrates, dejó el visturí por el laúd, y pronto fué reconocido como un hijo de Apolo.

Sus versos, con los cuales puede formarse un grueso volumen, son todos inspirados y correctos. La mayor parte de ellos han sido publicados en periódicos y almanaques guatemaltecos, para perderse luego en el olvido, como sucede con casi todas nuestras producciones de ese género. Y sin embargo, ellas brillarán más tarde, y acaso puedan producir para un especulador cualquiera, lo que nuestra indiferencia ha impedido que produzcan para su autor. Esto por lo que hace al sentido material de las palabras, que en cuanto concierne á la fama, González Campo la goza ya entre aquellos que saben apreciar el mérito de los que, sobreponiéndose á las miserias de la vida, se elevan en alas del genio á las incomensurables regiones de lo bello, sin aliciente al-

guno que los estimule en la escabrosa senda del trabajo intelectual.

Patriota al par que poeta, González Campo ha hallado fuentes de inspiración en los triunfos y reveses de la patria, y procurando, en todas ocasiones, hacernos recordar en los acordes de su lira, los nombres de nuestros olvidados bardos. Responden por nosotros su valiente canto *A Centro-América*, su tierna elegía *A la memoria de Manuel Diéguez*, y sus sentidas estrofas con motivo de la exhumación de los mortales restos de Flores.

González Campo ha sido durante muchos años empleado del Gobierno en la Escribanía de Cámara y Hacienda, que aun tiene á su cargo, habiéndose distinguido en ese delicado puesto así por su laborioridad como por su honradez á toda prueba.

Para concluir, reiteraremos aquí el sincero voto de gracias que en la primera edición de esta obra consignamos al amigo por la eficaz cooperación con que nos favoreció en los trabajos previos á la publicidad de esta *Galería*, en unión del malogrado joven Rafael Goyena Peralta.

A CENTRO--AMÉRICA.

Dedicado á los señores Licenciados D. Marco A. Soto y D. Ramón Rosa.

América del Centro, mansión de los amores,
tu vívida esperanza, tu dicha al augurar,
los trinos de tus aves, tus plácidos rumores,
que vengan en el arpa del bardo á resonar.

También tus suaves brisas balsámicas y puras,
con sus susurros blandos, cual ecos de un laúd,
y de los mil arrollos que surcan tus verduras
los plácidos murmurios que aduermen tu quietud.

El fuego que alimentan los Andes seculares,
para inspirar quisiera por tí profundo amor,
quisiera que animase mis lánguidos cantares,
y así escuchase el orbe mis himnos en tu loor.

América del Centro, mi ardiente fantasía,
las sombras atraviesa del hondo porvenir,
y entonces en tus glorias la mente se extasía,
pues mira en lontananza, grandioso tu existir.

Diez lustros ha que diste de independencia el grito,
que asiento, tú, en el mapa tomaste cual nación,
y en ese hermoso dia de goces, inaudito,
juzgaste en tu entusiasmo salir de la opresión.

Oh! cuanto te engañáras, edén infortunado,
pues pronto la Discordia sus teas encendió,
y en guerras fratricidas ¡destino malhadado!
la sangre de tus hijos tu suelo enrojeció.

Los odios, los rencores, trajeron la anarquía,
y en flor tus esperanzas miraste sucumbir!
en tí su trono puso después la tiranía....
entonces apuraste la copa del sufrir!

Empero, ve á tus hijos: destrozan ya su yugo;
ya empieza el amor patrio sus almas á encender;
tus pueblos que detestan al seide y al verdugo,
comprenden sus derechos, conocen su poder.

Sí; mira cuán gloriosa levanta por doquiera
su lábaro triunfante, la augusta LIBERTAD.
¿Por qué no ostenta pronto tu mágica bandera
el lema sacrosanto de UNIÓN, FRATERNIDAD?

La unión será tu fuerza, tu egida, tu ventura,
si incauta la desechas, será esquivar el bien,
y entonces ¡ay! muy presto de nuevo la amargura
se anidará en tu seno, doblegará tu sien.

Dí ¿quieres que tus hijos, espurios todavía,
te cubran de ignominia, de afrenta y de baldón;
que tornen á tu suelo la horrenda tiranía,
que huellen con sus plantas tu célico pendón?

¿Que déspotas pigmeos mantengan la ignorancia
haciendo de los pueblos un mísero redil?
¿que opongan al progreso la ruda intolerancia,
el ciego fanatismo, la humillación servil?

Tus pueblos abatidos no miras ¿pues qué esperas?
¿su orígen no es el mismo, no es uno su interés?
¿por qué no te sublimas, borrando las fronteras
que te hacen muy más débil que la tostada mies?

Desde la arena ardiente que besa el gran Oceano,
hasta la opuesta playa del norte en el confín,
contémplase opulento un pueblo soberano,
feliz ente sus auras de rosa y de jazmín.

Tus hijos formen todos un pueblo generoso,
y todos como hermanos doquiera se verán,
ya huellen las riberas del Lempa caudaloso,
del raudo Usumacinta, de Ulúa ó del San Juan.

No más de guerra el grito resuene en los collados,
llevando á tus comarcas fatal desolación:
no más á tus labriegos conviertas en soldados;
ni más el estallido retumbe del cañón.

Ilústrense tus hijos, exploten la riqueza
que ocultas en tus antros, que muestras por doquier:
y así los que hoy tan sólo contemplan tu belleza,
admirarán á un tiempo tu encanto y tu poder.

Tus ricas producciones, tus frutos mil valiosos
ofrezca en todas partes tu suelo tan feraz,
y en medio del trabajo resuenen armoniosos
los himnos de concordia, los cánticos de paz.

Las mil preocupaciones que te legó en mal hora
el rudo coloniaje del bárbaro español,
de tí por siempre aleja, y entonces brilladora,
verás en tu horizonte la luz de un nuevo sol.

Y no serás ludibrio de propios y de extraños,
si uniéndose tus pueblos en nudo fraternal,
si fuerte y laboriosa, tras crudos desengaños,
ostentas ante el mundo tu frente virginal!

A MI HIJO.

Ay.....siempre que te miro
Se me escapa un suspiro,
Pensando cual será tu porvenir.
SAAVEDRA.

Duermes tranquilo en los maternos brazos,
y al contemplarte, cándida criatura,
una inefable vívida dulzura
siente mi corazón.
Apenas hoy la aurora de la vida
se refleja en tu plácido semblante,
inspirándole á mi alma enternecida
no amor, adoración.

Como blanca azucena que en el valle
abrió su cáliz al albor primero,
así, niño, en tu rostro placentero
se ve la candidez:
por eso en tu mejilla delicada
los labios míos con ardor imprimo,
y también en tu boca nacarada
una vez y otra vez.

Me encanta, me embelesa y enajena,
esa sonrisa que en tus labios vaga,
y tu pureza angélica me alhaga
y tu mirar también.
Tú calmas mi pesar, y almo recreo
es tu gracia infantil del alma mía,
nada me falta, no, nada deseo
mirándote, mi bien.

Mas, oh Dios! cuán presto aquí en mi pecho
sucede la inquietud al dulce encanto,
¿por qué ahora me aterra, me dá espanto
el negro porvenir.....?
¡Ah! quién pudiera siempre tu inocencia
y esa paz conservar inalterables!
¡quién pudiera apartar de tu existencia
las penas y el sufrir!....

Con llanto amargo ví que saludaste
la luz primera que llegó á tus ojos,
¿por instinto, del mundo los abrojos,
tu mente adivinó?
¿Aun antes que pudieras por el suelo
tender la vista y estampar la planta,
la desventura, el sinsabor, el duelo,
tu llanto presagió?

¡Oh! quién sabe!.... tal vez la suerte ingrata
destroce un dia tu inocente seno,
y en él derrame su letal veneno
con bárbara crueldad;
y al salir de la edad encantadora,
en que duermes tranquilo y dulce ries,
oirás en torno tuyo, aterradora,
bramar la tempestad.

Y en pos seguirla el huracán terrible
que furibundo al corazón agita,
que, cuando sopla, todo lo marchita
su aliento abrazador.
Parece que te veo ya surcando
de juventud el proceloso océano
y en sus tortuosas playas apurando
el cáliz del dolor.

Ya te veo correr tras mil quimeras,
tras volubles fantasmas fementidos,
¡sirenas que recrean los sentidos
del crédulo mortal!
Para adquirir después triste experiencia,
á costa de pesares y amargura,
perdida ya tu cándida inocencia,
tu calma virginal....

Pero tal vez el cielo bondadoso
te reserve un destino afortunado,
Y, como yo, tan triste y desgraciado
acaso no serás.
Quizá de mi penar compadecido
te envía cual un ángel de consuelo:
tal vez cuando descienda al negro olvido,
mis ojos cerrarás....

La vida es breve, pasa presurosa,
cual rápido aluvión por la llanura,
y lo que el surco de la nave dura
que describe en el mar;
raudos pasan con ella y se terminan
los mundanos pesares y dolores,
y las dichas también que nos fascinan,
se miran disipar.

Todo acaba en la tierra, hijo adorado;
tan sólo para el hombre no parece,
sino que siempre más y más florece,
la célica virtud.
Ella sabe en las penas darnos calma,
consuelo en nuestras horas de agonía,
é inspira grata al corazón y al alma
benéfica quietud.

Cuando tú escuches ¡ay! estos acentos
yo acaso yazga en el sepulcro frío,
y tus lágrimas solas, hijo mio,
su losa regarán.
Si así fuere, visita infatigable,
el lugar do reposen mis cenizas,
pues ellas de una vida tan instable
lecciones te darán.

AL SOL.

Levanta la frente sublime, gloriosa,
monarca del día, fanal brillador,
que todos los seres tras noche horrorosa,
fervientes anhelan tu gran ascención.

Ya tiñes las nubes de púrpura y de oro,
las puertas de Oriente la Aurora te abrió,
y el cielo y la tierra con eco sonoro
mil himos entonan ¡gran Sol! en tu loor.

Las aves canoras sus alas batiendo,
con trinos saludan tu vívida luz,
y el magno destino que tienes, cumpliendo
en triunfo atraviesas la bóveda azul.

Fanal de los cielos, cuánta es tu hermosura
tu lumbre es grandiosa, también tu beldad,
el Ser infinito cifróse en tu hechura,
y de El clara muestra brillando tú das.

Qué fúljida y bella tu lumbre sería
allá en los pensiles del mágico edén,
¡al hombre dichoso le viste algun día
en medio de escenas de calma y placer!

Mas presto ¡cuán presto! salir ¡ay! proscrito
de aquellos verjeles al mísero Adán,
marcada su frente con duelo infinito
que toda su prole por siempre tendrá.

Y luego ¡oh desgracia! la tierra teñida
con sangre inocente.....la sangre de Abel....
después ¿cuántas veces no ha sido vertida?
arroyos por ella se han visto correr!

Miraste el diluvio ¡tremendo castigo
que atrajo del hombre la inmensa maldad!
al fin de la alianza tú fuiste testigo,
y Dios con tus rayos formó íris de paz.

En vil servidumbre la muy numerosa
estirpe gemía del justo Jacob;
y tú contemplaste la fuga asombrosa
del reino potente del cruel Farahón.

Y viste en las ondas hundirse al tirano
que el pueblo escogido surgió pertinaz;
y libre ese pueblo contento y ufano,
doquiera en su marcha vencer sin lidiar.

Y un día, más tarde. tú Sol, presenciaste
la escena más triste que el orbe miró:
tu luz de ese cuadro sangriento apartaste,
pues viste afrentado, muriendo á tu Dios.

¡Y el pueblo deicida sin patria anda errante,
celeste anatema persigue á Israel,
y enseña á los siglos tu lumbre radiante
los restos de aquella suntuosa Salén..... !

Con cuánta ternura los hombres primeros
á un Dios adoraban, mirándote á tí.
¡Edén en que todos piadosos, sinceros
con paz é inocencia lograron vivir!

Empero, bien presto la creencia perdieron,
la creencia divina del Sumo Hacedor;
y entonces sus cultos ¡oh Sol! te rindieron,
y templos y altares tuviste cual Dios.

Existen las ruinas, desiertas, grandiosas,
de aquella Palmira, tu idólatra fiel;
tu templo aun descuella sin arcos, sin losas,
y en él la palmera se ha visto crecer.

Gigantes escombros contempla el viajero
en donde tu nombre se oyó resonar;
y el cántico escucha fugaz, plañidero,
que guiando al rebaño, entona el zagal.

La célebre Delfos te erige su oráculo,
que Grecia la sabia tu luz adoró:
lo mismo, aun tocando de gloria al pináculo,
la patria invencible de un Publio Scipión.

Los Incas ilustres también tu memoria
dejaron al mundo allá en el Perú;
que un día su pueblo, cubierto de gloria
alegre moría confiado en tu luz .....

Tú has visto los siglos pasar presurosos,
las razas con ellos veloces cruzar,
mil hechos heróicos, sublimes, grandiosos,
y acciones que afrenta del hombre serán.

Tú, Sol, conociste el plácido mundo,
que al otro cien siglos ignoto quedó,
hasta que hallóle un genio profundo,
el genio del grande Cristobal Colón.

Tu luz ilumina la nieve del polo,
los montes excelsos, el túrbido mar,
los oásis de Sahara terrífico y solo,
los pueblos del orbe y el seco arenal.

Tocando en ocaso tu disco fulgente
ciudades has visto de gran esplendor;
tu luz difundiendo de nuevo en Oriente
¿qué fué lo que hallaste? de escombros montón.

Y ¡cuántos ha habido que raudos cayeron
con toda su pompa, su gloria y poder:
naciones potentes ¡oh Sol! descendieron,
cual Roma y Atenas, Cartago y Babel.....

Más fuerte y altivo que el cedro encumbrado,
has visto elevarse soberbio al mortal,
y al soplo tan sólo de Dios ha quedado
hundido en el polvo y en él aun está.

Con cuánta belleza tus rayos inundan
de América virgen la vasta extensión,
sus boques inmensos, sus prados fecundan,
vistiéndoles siempre de grato verdor!

El tiempo camina sin nunca pararse:
en tanto, testigo de todo has de ser;
escenas pasadas verás renovarse,
y glorias y ruinas verás otra vez.

Y un día la raza de Adán maldecida
verás en su lecho mortuorio surgir,
y luego en un valle funéreo, reunida,
la eterna sentencia de un Dios para oír.

Pasado este instante, gran Sol, de esa esfera
tu mole estupenda sin lumbre caerá,
y en hondos abismos vagando á doquiera,
tus negros fragmentos informes irán.

A LA ESPERANZA.

ODA.

Grata ilusión del alma
que sueños virginales atesora,
y brillas en la calma
de nuestra dulce aurora,
con tu pompa y belleza encantadora.

Por tí, cara esperanza,
aquel que agobia la desgracia impía
algún consuelo alcanza:
tú inspiras alegría
al que gime en prisión lóbrega y fría.

Tras un prisma brillante
al hombre enseñas peregrinas flores,
y le muestras distante,
edenes seductores,
sin abrojos, sin penas, sin dolores.

Y cuando llega el día
en que descubre que falaces bienes
soñó su fantasía,
tocando, tú, las sienes
del mortal infeliz, aun lo sostienes.

Tú, para el desgraciado
eres cual madre fiel, que se enardece
velando al hijo amado,
que en sus brazos le mece,
y con blandas canciones le adormece.

Oh! con cuánta delicia
el amante en el pecho la atesora,
pues la tierna caricia
que sueña, seductora,
del ser aguarda que ferviente adora.

O cuando llora ausente
de su sensible dueño idolatrado,
tu influjo solamente
le deja resignado,
después de haber sus ojos enjugado.

Y á mí, cruel, que halagaste
con todas tus promesas seductoras,
¿por qué me abandonaste
en las terribles horas
de angustia y de pesar abrumadoras.....?

Vuelve, vuelve á mi seno,
esperanza divina, encantadora;
¡ay! de amargura lleno
está desde la hora
que ya no ví tu imagen seductora.

¿Ilusiones no tienes
que devolverle á mi alma combatida,
y por eso no vienes.....?
¿hasta cuándo atendida
será por tí mi queja dolorida?

Ven, ven, ya no deseo
esas mentiras que adoraba un día:
ya amor no es mi recreo,
conozco su falsía,
y está mi juventud marchita y fría.

Ni vale que tu velo
me oculte los dolores de la tierra:
si apuré con anhelo
cuanta amargura encierra,
la comprendo muy bien; mas no me aterra.

Empero, rutilante,
descubro ya tu luz cándida y pura:
ella viene brillante,
á esta mansión impura,
de regiones de dicha y hermosura.

Lejos de mí quimeras
de bienes engañosos terrenales,
si dichas verdaderas,
sublimes, inmortales,
me ofreces tú, después de tantos males.

Tu encanto solamente
daráme aliento hasta el postrer suspiro;
ya con deseo ardiente
venturoso respiro,
pues mostrándome el cielo yo te miro.

EL PRIMER AMOR.

RECUERDOS A....

¡Ay! infeliz del que creyó que amado
De una mujer sería eternamente.
M. J. DE LARRA.

Pasó, pasó el período risueño de mi vida,
pasaron los instantes de vívido placer,
dejándome tan sólo en su violenta huida,
recuerdos que conserva mi mente dolorida,
é imágenes hermosas que en ella he de tener.

De todo lo más bello que guarda mi memoria,
que ni un instante solo, mujer, me abandonó,
que el alma despedaza y á un tiempo le da gloria;
es de mi amor primero la fugitiva historia,
¡amor puro y ardiente que rápido pasó!

¿Te acuerdas de aquel tiempo, criatura encantadora
cuando ese amor ardiente gustoso te rendí?
¿cuando canté inspirado tu gracia seductora?
¿cuando ¡ay! en ilusión brillante, arrobadora,
y en mágicos ensueños incauto me perdí?

¡Con qué deleite entonces mi suerte bendecía!
¡cuánta fe y esperanza tenía el corazón!
¡con qué ciega ternura mi pecho te quería!
y tú eras ¡ay! ingrata, quien deshojar debía
mi cara flor primera. . . . la flor de la ilusión!

Empero, tú, también, me diste con ternura
mil pruebas indudables de tu inocente amor,
que yo muy bien conozco no fueron impostura,
porque jamás engaña una alma cuando es pura
y brilla en el semblante angélico candor.

Entonces te juzgaba, mujer, allá en mis sueños,
el ángel que mi suerte debía presidir:
creí que hermosearías mis días tan risueños,
y miraba tras velos divinos y albagüeños
bellísimo el presente, lo mismo el porvenir.

Del grato amor primero ¡oh! tiernas emociones,
delirios misteriosos del alma virginal!
Mas tantas esperanzas y tantas ilusiones,
que sean engañosas fantásticas visiones
que cruzan como el agua sonora del raudal. . . . !

Y tú dime, ¿te acuerdas del tiempo en que sentían
nuestras cándidas almas tan purísimo afán?
¿de aquellas dulces horas que plácidas corrían?
¿de cuando nuestros pechos henchidos se veían
de goces que pasaron, que nunca tornarán?

¿Te acuerdas cuando dijo mi conmovido acento:
yo te amo, Laura hermosa, jamás te olvidaré? . . . .
A mí no se me borra, no olvido ni un momento,
que allá en el corazón perennemente siento
tu voz que me repite: *lo mismo te amaré!*

¡Ay! dime ¡oh sí! ¿tu pecho, alguna vez palpita
evocando ese tiempo que rápido pasó?
¿conservas en la mente tan tierna historia escrita?
¿y al recordarla tu alma doliente no se agita,
y lánguida suspiras, como suspiro yo?

¿Te acuerdas que mi pecho un día destrozaste?
¿comprendes la horrorosa, la negra ingratitud
con que de tanto amor, perjura, te olvidaste....?
Bien sabes que mi vida, mujer, empozoñaste,
apenas comenzando mi triste juventud!

¡Oh tú muy bien conoces la angustia y agonía
de aquel que abandonado llora el perdido amor;
pues el afecto santo que tu alma me tenía
á otro hombre concediste que, pérfido, debía
tu plácida existencia colmar de sinsabor.

Un hombre que adoraste, un hombre que profano
tus célicas virtudes no supo respetar:
así que te sedujo, huyó de tí, liviano;
y, como tú lo hiciste, voluble el inhumano
y riendo de tu engaño, te supo abandonar....

El tiempo ha transcurrido; mas incesante adoro
el virginal recuerdo que me quedó de tí:
aunque me da tormento, sabe enjugar mi lloro
tu imagen que en mi pecho la guardo cual tesoro,
pues como tú eras antes, purísima está allí.

Y te amo como se ama un ser que ya la muerte
del mundo corrompido por siempre arrebató:
como uno de mis sueños que disipó la suerte;
por eso á tu memoria su llanto el alma vierte,
por eso como siempre, mujer, te adoro yo....

¿Aun vive mi recuerdo en tu atristada mente,
y en tus eternas horas de amarga soledad
mi sombra dolorida no cruza tristemente,
dejando pesarosas memorias en tu frente
y en tu marchito seno angustia y ansiedad?

Sin duda te arrepientes de haberme abandonado,
conociendo que fueras conmigo más feliz:
me habrás con efusión mil veces ¡ay! nombrado,
y al cielo tus plegarias, cual humo perfumado
que exhala el incensario, se elevarán por mí.

Y cuántas veces, cuántas ¡oh sí! tu fantasía
los lindes de la vida veloz traspasará;
y tu alma se contempla rodeada de alegría,
unida para siempre, ligada con la mía,
en ese porvenir que nunca concluirá!

¡Delirios, ilusiones que llegan un instante
y luego me abandonan á mi destino cruel!
sin duda sólo piensas en el ingrato amante:
tus férvidas plegarias, tu angustia devorante,
tu llanto y tus suspiros serán sólo por él.

Tal vez has olvidado, mujer, eternamente
la inmensa efervescencia de mi fatal pasión:
quizá hoy mi recuerdo no existe ya en tu mente,
mientras tu imagen pura, en tanto que yo aliente,
vivirá en mi memoria y aquí en el corazón.

Ahora de mi canto la queja plañidera
recuerdos olvidados despertará esta vez!
¡quién sabe si la voz que exhalo lastimera
conmueva tus entrañas ¡ay Dios! por vez postrera,
y al insondable olvido me arrojarás después!

¡ADIOS!

¡La hora llegó . . . . terrible infortunada!
tiembla al decirlo mi expirante voz:
llegó el momento, Laura idolatrada,
de daros ¡ay! el postrimer ADIOS.

Voy á partir, mi bien, desde este instante
la ausencia se interpone entre los dos:
¡oh! no olvideis la angustia devorante
con que ahora os digo tan funesto ADIOS.

Mas doquiera que arrastre la existencia
os llevaré en el alma siempre á vos:
vuestra memoria sola, con su influencia,
calmará la amargura de este ADIOS.

Agonía y dolor mi pecho siente . . . .
dejar un ángel cándido cual vos,
y no morir al pronunciar doliente,
al exhalar tan desgarrante ADIOS!

CONSERVA TU CANDIDEZ.

A M.... L....

Eres jóven graciosa, tan cándida y pura
como ángel del cielo, cual flor del Edén;
tu dulce sonrisa presagia ventura,
tu seno es morada de casto placer.

El mundo te ofrece sus sendas de flores;
por ellas caminas sin penas ni afán:
tú ignoras que existen intensos dolores,
ni sabes, hermosa, lo que es un pesar.

Angélicos sueños tu mente atesora,
¡delirios hermosos de paz y de amor!
y miras la tierra doquier seductora,
juzgándola, en ellos, dichosa mansión.

Tal vez habrás visto, mujer candorosa,
un ángel divino por ellos cruzar,
que al verte detuvo su marcha radiosa
y extática oíste su voz celestial.

¿Con él no has fingido volar á esas salas
que ocultan cortinas de etéreo zafir?
¿y al ver que te amparan sus fúlgidas alas,
¡oh vrigen! no sientes tu pecho latir?

¡Cuánto eres dichosa con sueños tan bellos
que nunca perturban tu cándida paz;
y allá en lontananza, cuán puros destellos
con mágico encanto verás fulgurar!

Mas ¡ay! nunca intentes alzar ese velo
que oculta á tus ojos la negra verdad,
¡acaso no logre tu férvido anhelo
tan célicos sueños al fin realizar!

Mujeres ha habido, cual tú candorosas
que al mundo miraron tras grata ilusión;
buscando la dicha corrieron gozosas,
y sólo encontraron tormento y dolor.

En vano afanosas de nuevo quisieron
hallar la inocencia, la calma gozar;
y entonces, bien tarde, mujer, conocieron
que si esto se pierde no se halla jamás.

Hoy eres hermosa, feliz, inocente,
tan nítida y pura como es el querub;
y bella circunda tu cándida frente
la mística aureola del alma virtud.

Empero, al instante que sienta tu pecho
la ráfaga ardiente que llaman amor,
verás ese prisma brillante deshecho,
cual ténues vapores que el viento llevó.

No cambies, caro ángel, tu calma dichosa,
que hasta ahora no inquietan pesares de *ayer*,
por una ventura liviana, engañosa,
que llena la vida de duelo y de hiel.

Sus falsos halagos, su encanto resiste,
por más que deslumbre su vivo esplendor:
con gratos colores amor se reviste
y así su veneno ¡ay! siempre ocultó.

No bien en tu pecho su fuego se encienda
horrendos abismos verás á tus piés,
verás desgarrarse tu cándida venda,
verás disiparse, cual humo, el placer.

Tu faz ruborosa, que dulce embelesa,
que plácida ostenta su róseo carmín,
marcada se viera por honda tristeza,
marchitos tus ojos dejara el sufrir.

De pena y zozobra amor es la fuente,
quien bebe sus aguas perdió la quietud;
jamás ¡ah! te incite su clara corriente,
al oir su murmullo retírate tú.

Prosigue adelante por ese camino
do abrojos no encuentra tu albísimo pié,
donde hay lindas flores sin un torbellino
que pueda alejarlas de tí ¡oh mujer!

Que sigan, que sigan tus mágicos sueños,
y nunca procures ¡ay no! despertar:
tus tiernos abriles son hoy tan risueños;
no anheles más dicha ni esperes ya más.

El mundo te brinda placer y hermosura
porque aun atesoras modesto candor,
¡consérvalo siempre, que así la ventura
irá de tus días tranquilos en pos!

Prolonga esos días de calma y bonanza,
tus días serenos de gozo y solaz;
que tu alma conserve su dulce esperanza,
y siempre dichosa tu vida será.

SERENATA.

Despierta, mujer hermosa,
candorosa
como el ángel del pudor;
que al pié de tu celosía
te espera ¡oh sí! vida mía,
tu ferviente adorador.

Despierta, dulce señora,
que la aurora
en oriente va á lucir:
despierta que ya las flores
exhalando mil olores
van sus cálices á abrir.

Depierta que ya el canoro,
alado coro
canta ledo en el verjel:
deja, pues, querido dueño,
la paz de tu blando sueño,
sal á tu reja, cimbel.

Si tus virginales sueños
halagüeños,
interrumpe mi cantar,
perdóname porque ansioso
deseo tu rostro hermoso
con deleite contemplar.

Para mí cuanto se encierra
en la tierra
soledad y muerte es,
si tus hechizos no miro,
si tu aliento no respiro
de tus rejas al través.

Al oírme ¿no se agita,
no palpita
tu sensible corazón?
sí, pues sabes, mi tesoro,
cuán ardiente yo te adoro,
cuán inmensa es mi pasión.

Ven, mujer, de encanto llena,
azucena
trasplantada del Edén,
más esbelta y voluptuosa,
más gallarda, más hermosa
que la reina de un harén.

Deja ¡oh vírgen! deja el lecho;
de mi pecho
ven y calma la inquietud:
oiga yo tu voz tan suave,
cual la cántiga del ave
cual los ecos de un laúd.

Ven, no tardes, no, mi hermosa,
candorosa,
como el ángel del pudor;
que al pié de tu celosía
te espera ¡oh sí! vida mía,
tu ferviente adorador.

EL REGRESO.

Tras larga ausencia
vuelve mi amada;
ya terminada
mi ansia veré;
en sus encantos
y en su hermosura,
hoy con ternura
me extasiaré.

Voy á estrecharla
aquí en mi seno,
que cruel veneno
despedazó:
no más ausencia,
no más dolores;
dicha y amores
anhelo yo.

Llega á mis brazos,
dulce ángel mío,
mi desvarío
ven á calmar:
cesen las penas
y los enojos,
mis tristes ojos
ven á enjugar.

Ven con tus gracias,
con tu lza,qlee
con tu terneza,
Laura gentil;
como en el tiempo
que me brindaste
y prodigaste
caricias mil.

Igual á entonces
mi pecho te am.a,
la misma llama
siento y ardor,
el mismo fuego
la vigoriza,
y la eterniza
tanto dolor.

Ven á este pecho
que aun destrozado,
ha palpitado
sólo por tí:
¿quién en el mundo
podrá alejarte,
quién separarte,
Laura, de mí?

Porque ese encanto
esa hermosura
¡oh! qué ventura
son míos, son!
Tuya es mi vida,
dueño querido,
que á tí he rendido
mi corazón.

Ven y olvidemos
de lo pasado
el malhadado
tormento cruel;
y corte impía
sólo la muerte
el nudo fuerte
de amor tan fiel.

LA FLOR Y EL CÉFIRO.

"Aliento de mi vida, bien mío idolatrado,
yo soy la flor más bella, no tardes, ven á mí;
aspira eternamente mi cáliz perfumado,
y eternamente unidos los dos vivamos, sí,"

Esto una flor temprana al céfiro decía,
y el céfiro al tocarla amante suspiró;
y dulce, susurrando con blanda melodía,
amarla eternamente mil veces le juró.

Mas ¡ay! llega la tarde.... á flor tan rozagante
marchita y doblegada dejó su hálito cruel;
y con ligeras alas el céfiro inconstante,
buscando nuevas flores se interna en el verjel.

Así todo en el mundo fugaz se desvanece,
así terminan siempre sus dichas y su amor;
en él nada hay estable, en él todo fenece,
así cual las promesas del céfiro y la flor.

A LA MEMORIA

DEL LICDO. DON MANUEL DIEGUEZ.

Por no llorar la suerte del poeta
voy á cantar su malhadada historia.

M. DIÈGUEZ.

Duerme, bardo infeliz, duerme en la tumba;
¡ay! vale más su sempiterna calma,
que arrastrar la existencia cuando el alma
bajo el peso se abate del dolor.
Sí, vale más, infortunado bardo,
el silencio del féretro profundo,
que ver en torno indiferente al mundo
desdeñando los ecos del cantor.

Y ¿qué halago la vida te ofreciera
en un tiempo de infando despotismo?
La miseria, el desprecio, el ostracismo
y el horror de una fétida prisión.
Por eso el sinsabor y la tristeza
sollozan en las cuerdas de tu lira,
y en sus notas dulcísimas respira
el eco de tu amarga inspiración.

Al escuchar tus melodiosos cantos
tan llenos de ternura y sentimiento,
yo comprendí el roëdor tormento
que tu pecho debía lacerar;
y te miré luchar hasta la muerte
con tu destino ruin, pobre poeta,
como el herido fatigado atleta
combate moribundo hasta expirar.

Bello es vivir cuando á la mente halagan
sueños de amor, de gloria y de ventura,
y los perfuma la fragancia pura
de la mística flor de la ilusión;
cuando plácida brilla en el semblante
la inocencia del ángel retratada,
y la suerte su copa emponzoñada
no ha vertido en el mustio corazón.

Bello es cantar ¡oh sí! cuando se ignora
que tiene altar y culto el egoísmo,
y juzgando á los hombres por sí mismo
pulsa el bardo su armónico laúd:
cuando férvido, grato, delicioso,
el numen de la dicha nos inflama,
cuando se canta todo lo que se ama
en la hermosa y ardiente juventud.

Cuando se halla una fuente de placeres
en la siempre gentil naturaleza,
amando de los prados la belleza,
de los cielos la pura esplendidez;
y del valle las flores tremulentas,
y el rumor de la nítida cascada,
y el arroyo que oculta la enramada,
y del lago la tersa brillantez.

Cuando se aman los trinos de las aves
que la lumbre saludan de la aurora,
y su voz tan melíflua y seductora
en el centro de agreste soledad;
y la luz del crepúsculo indecisa
con sus sombras, silencios y misterio,
y en la noche cubierto el hemisferio
con sus velos de intensa obscuridad.

Cuando se aman los bellos horizontes
con sus franjas de púrpura y topacio,
y del excelso, del inmenso espacio,
la cortina de espléndido zafir;
y las nubes que en formas caprichosas
atraviesan el éter tan ligeras,
como esas horas vagas, placenteras
que embellecen el mísero existir.

Y el murmullo también del sauce erguido
cuando su copa tan flexible ondula,
y el aura que monótona modula
suspiros con su lánguido rumor;
y el rebramar del aquilón violento,
y el empuje del recio torbellino
cuando el ramaje del soberbio pino
agita con horrísono fragor.....

Llega, empero, un instante malhadado
en que hastían las brisas y las flores,
en que pierden su encanto los rumores
y todo mustio, sin color se ve:
cuando á influjo del negro desengaño
en borrrasca se torna la bonanza,
cuando muere en el pecho la esperanza,
y la antorcha vacila de la fe.

Cuando quedan tan sólo en el albergue
del corazón herido y desolado
los punzantes recuerdos del pasado,
y patente la triste realidad:
cuando el hombre un fatídico fantasma
aterrador encuentra por doquiera,
sombra vaga tal vez, tal vez quimera,
que nombra en su dolor "*fatalidad.*"

Tú, también, hijo caro de las musas,
entusiasta en tu hermosa primavera,
con ardiente esperanza y fe sincera,
entonaste tu férvida canciòn;
después, viendo tu pecho vulnerado
el mundo indiferente contemplaste,
y la lira y los cantos desdeñaste,
dudando de tu célica misión.

Hé aquí, sensible malhadado vate,
hé aquí tu breve, tu fugaz historia:
soñaste dichas, porvenir y gloria,
al hombre amaste, al mundo, á la virtud.
Llegó la decepción, después la duda,
deshojando tus flores peregrinas,
y coronas de abrojos y de espinas
circundaron tu frente y tu laúd.

¡Y era un volcán tu altivo pensamiento!
¡de amor tu corazón era un abismo;
mas del mundo el atroz materialismo
nunca pudo tu genio comprender!
Ni tú bien en el mundo te encontrabas
desde que al mundo vano comprendiste,
desde que un día tu existencia viste
abrumada de intenso padecer . . . . !

Mejor duermes allí, sensible bardo,
del sepulcro en el fondo solitario:
duermes allí mejor ... Bajo el sudario
no más tu corazón palpitará.

Sí, duerme, en tanto que tu ingrata patria,
esa patria que amaste con delirio
é impávida miró tu cruel martirio,
con tu nombre y tu lira se honrará.

EN LA EXHUMACION

DEL CADAVER DE MI JOVEN AMIGO

F. X. FLORES.

Al fin la luz del día
iluminó ese féretro
que de mi caro amigo
los restos conservó.
Ya su cenizas frías
en él contemplo ¡mísero!
¡Ay! para esto la suerte
mi vida prolongó.

Un día, cuando el cielo
puso á su vida término,
transido de amargura
la muerte le pedí;
mas ¡ay! no le apiadaron
mis ruegos ni mis lágrimas;
y una senda cubierta
de abrojos yo seguí.

¡Cuántos recuerdos, cuántos,
estos despojos tétricos
renuévanme de un tiempo
de encanto y de solaz;
de un tiempo bonancible
de placer y de júbilo,
de bellas ilusiones,
de inestimable paz!

Porque entonces cubiertos
con una venda mágica
mirábamos el mundo
tan bello y seductor!
Y soñábamos juntos
en delicias quiméricas
y en horas apacibles
de dichas y de amor.

Con férvidos deseos,
y de placeres ávidos
mirábamos gozosos
el hondo porvenir;
y reíamos entonces
porque halagüeña y vívida
la luz de la esperanza
veíamos lucir.

¿Y estos tristes despojos
serían los que férvidos,
afectos tan sublimes
pudieron abrigar?
¡Oh no! este es el polvo
que sacudió su espíritu
en el solemne instante
que el mundo iba á dejar.

Sí, dejó de la tierra
las delicias efímeras
por ir do se disfruta
perfecto, eterno bien.
Allí no hay desventura
ni sinsabores hórridos,
allí fúlgida aureola
circundará su sien.

Dichoso, tú, mil veces,
que aun era tu alma cándida
al dirigir su vuelo
á la honda eternidad:
no despertando nunca
al mundanal estrépito,
ni el ímpetu sintiendo
de cruda adversidad.

En tanto que yo he sido
del infortunio víctima,
y vi desvanecerse,
la paz del corazón;
y en el mar de la vida
soy desdichado náufrago
que en destrozado leño
resiste al aquilón....

Ahora donde existes,
mi triste acento lánguido,
cruzando las esferas
tal vez te llegará.
¡Oh Dios! ¿cuándo la muerte,
que es mi esperanza única,
mis súplicas oyendo
de mí se apiadará?

LA ROSA DEL CAMPO.

¿Por qué naciste, nacarada rosa,
do no te cercan nardos ni claveles?
¿no era mejor que en plácidos verjeles
tu fragancia exhalaras deliciosa?

¿O que ostentaras tu beldad vistosa
del pensil en los mágicos doseles,
donde mil flores te aclamaran fieles
como reina por cándida y hermosa?

Mas poco importa que entre abrojos mores
si aquí también del llanto matutino
disfrutas los benéficos favores;

Y estando aquí ó en el edén divino,
marchita te has de ver y sin olores,
porque nada respeta el cruel DESTINO!

QUIERO ESCRIBIR.

Del rio del olvido
No mi alto nombre se hundirá en el lodo
Ni moriré yo todo.
[HORACIO, trad. de BURGOS.]

Pues lo exige la suerte caprichosa
y una fuerza me impele irresistible,
he de escribir ¡que diablo! alguna cosa
sea ó no con mi genio compatible;
y en verso debe ser, puesto que en prosa
solo escribo ¡destino tan terrible
que al nivel me coloca de los gatos!
testamentos, protestas y contratos.

Oh! si escribir en prosa yo supiera
ya sería un insigne periodista:
en política creo que luciera
mi suma suspicacia, nunca vista:
con qué tino adulara, y cual mintiera
mi editorial, mi crónica y revista;
y mi provecho sólo, bien mirado,
me haría progresista ó moderado

Hoy no quiero angustiar á mis lectores
con una triste gemebunda endecha
ó elegía llorona, no señores,
si abundan cual jocotes en cosecha;
ni es la historia infeliz de mis amores
la que salga contando en esta fecha:
no, yo anhelo, trepando hoy á Elicona
conquistarme una espléndida corona.

Un poema he de escribir, si, yo lo quiero;
¿no es el poema el *non plus* del genio humano?
¿Qué me importa que un crítico severo
si no me juzga por fortuna, insano,
me llame á boca llena majadero?
¿Acaso ¡voto á tal! está en mi mano
el refrenar ó conducir el estro,
cual si fuese un jumento, del cabestro?

Un poema he de escribir, lo tengo dicho,
que haga eterno mi nombre y mi memoria:
lo juro por mi honor, si me encapricho
soy más terco que el mulo de una noria;
por tanto, cantaré en el antedicho,
el asunto más grande de la historia,
(de la nuestra se entiende) y que me emplumen
si digno no es de mi gigante numen.

El asunto teniendo ya en substancia
debo elejir un título adecuado:
un título disfraza la ignorancia.
Como prueba, conozco un abogado
que no sabe lo que es primera instancia,
y es Juez.... no lo dudeis, y aun Magistrado
podrá ser, poseyendo un pasaporte
ó un título emitido por la Corte.

Galenos hay con título á fé mia,
que cuando creen sin sangre á su paciente,
le aplican al momento una sangría,
que en un cierto *similia* sabiamente
simentan su admirable *homeopatía:*
lo cierto es que aniquilan doble gente
que el cólera, viruela y cuantos males
aflijen á los míseros mortales.

Mas con estas lijeras digresiones
me olvidaba del poema consabido,
y por si es una falta, mil perdones
humildemente á los lectores pido;
pero aunque esto me pase en ocasiones
torno á cojer el hilo interrumpido,
y al efecto, volviendo yo á mi tema,
debo ponerle título á mi poema.

Comenzaré exponiendo con modestia
de mis cien cantos el grandioso asunto,
y por no dar á mi lector molestia
en materia entraré desde aquel punto;
mas, voto á Barrabás! si soy un bestia,
de los grandes modelos ni un trasunto
fuera el poema, causaría risa
sin una invocación que es tan precisa.

A los dioses de Griegos y Romanos
se encomiendan los vates donde quiera;
pero ahora que me acuerdo, eran paganos,
Vade retro.... muy bien! qué bueno fuera
que escribiendo mi poema entre cristianos.
de mi fé apostatando yo saliera,
y pagase las chanzas harto caras
por meterme en camisa de once varas.

Aseguro por vida de mi abuela
que este aprieto en que estoy harto me irrita.
¡Albricias! el apuro es vagatela;
¿no dice Chateaubriand (cualquiera cita
profunda erudición siempre revela)
que la falanje de Luzbel maldita,
y del Edén los altos moradores
son á aquellas deidades superiores?

Está dicho; de Homero y de Virgilio
olvidaré los númenes, sensato,
y de hoy por siempre llamaré en mi auxilio
á los santos del cielo. Desacato
ojalá no le nombre algún concilio;
y aunque del que haga profesión de beato,
se desborde en mala hora el fanatismo,
invocaré en mi ayuda al diablo mismo.

Le seguirá como á la frente el pelo
mi gran dedicatoria: si á un magnate
lo consagro, creerán que es un anzuelo:
si lo ofrezco solícito á un petate
que por bueno que sea está en el suelo,
qué aberración dirán, qué disparate;
¿á quién pues? ¡ah! sí, sí, feliz idea,
dedicaré mi poema al que lo lea.

Y después, y después, *¡divine vates!*
pintándoos seguiré, caros lectores,
asambleas y juntas y debates,
y venganzas y celos y rencores,
y asaltos y motines y combates,
y festines con músicas y amores:
describiéndoos ciudades, valles, cerros,
y cantandoos en bodas y en entierros.

¡Oh! la acción correrá maravillosa,
como corre entre márgenes garridas
el raudal de una fuente sonorosa;.
serán las descripciones escogidas,
los episodios excelente cosa,
los caractéres notas sostenidas,
y un desenlace con cien mil encantos
será el *coranat opus* de mis cantos.

La palma en cuanto al héroe no la cedo
ni al príncipe de la épica famoso;
ya sabreis si en pintarle airoso quedo
más que Aquiles altivo y valeroso;
más bizarro que Orlando y que Tancredo,
que un Enéas mil veces más piadoso,
y en prudencia vereis si el gran Ulises
le llega tan siquiera á las narices.

Y os diré para ahorraros conjeturas,
que á mis sensibles bellas heroïnas
las pintaré más cándidas y puras
que las huríes sílfides y ondinas;
á la par de tan célicas criaturas
las Clorindas, Herminias y Malvinas,
las Armidas, las Didos, las Helenas,
ni aun para descalzarlas serán buenas.

De remotas edades ¡oh lectores!
que en el olvido yacen sumergidas,
renacerán esclavos, opresores,
sacerdotes, guerreros, buscavidas,
y hechiceros también, y encantadores,
(de éstos habla una ley de las Partidas)
y no creais que mi musa americana
del Sombrerón se olvide y la Tatuana.

Ya vereis del cerúleo firmamento
descender las angélicas legiones
al eco sólo de mi fuerte acento:
el averno de diablos y escorpiones
despoblado quedar en un momento;
y alados y coludos escuadrones
esparcirse llevando á los mortales,
bienes los unos y los otros males.

¡Cuán sublimes serán, cuán resonantes
de mi épica trompa los acentos... !
estupendos, grandiosos, rimbombantes
sus volcánicos límpidos concentos!
Figuraos los ecos atronantes
que unísonos formaran mil jumentos....
¡Maldición!!! Hé? cuidado ¿quién se mofa?
¿no es acaso romántica la estrofa?

Silencio, mi modestia no soporta
alabanzas; las mira como ofensas,
y aunque justas.... en fin, lo que me importa
es que haga mi obra rechinar las prensas,
obteniendo la gloria que reporta:
item más, las debidas recompensas,
pues repartiendo la edición de valde,
¿no me harán ¡vive Dios! siquiera alcalde?

Yo no pierdo por nada la esperanza
de administrar alguna vez justicia,
¿no lo hizo con gran ceso un Sancho Panza?
¿es tanta, por ventura, mi impericia?....
ya figuro que estoy, según usanza,
bajo el rojo dosel ¡ah que delicia!
á un deudor desalmado ahí diciendo:
Compadre, pague usté ó queda debiendo.

Es una de mis muchas ambiciones
el verme, hasta lo sueño, muy sentado
entre aquellos doctísimos varones
del noble Ayuntamiento celebrado;
tomar parte en sus últimas sesiones,
oir hablar de faroles y alumbrado,
y si tratan de gas, hacerme cruces
de este siglo tan claro de las luces.

Y quién sabe.... tal vez....pienso yo á ratos,
si un viento favorable me corriera....
¿no hay ejemplos de muchos pelagatos
que han logrado atrapar una cartera....?
¿si veré, con el de otros candidatos,
andar mi nombre en boga por doquiera?
Y si sé en un escaño estar sentado,
¿qué tienen que no me hagan diputado?

Mas no por ambición de vil dinero,
aunque digan que soy estrafalario:
es gloria, son honores lo que quiero;
para ser rico fuera boticario,
pues vendería el agua de romero
por *elixir vital*, y ¡qué canario!
del *quid pro quo* sabiendo yo la ciencia,
me importaría un bledo la conciencia.

En fin de aquí á dos lustros corregida
mi epopeya tendreis ¡qué! ¿es largo espacio?
con el vapor dejad que no coincida
que aun andan las tortugas bien despacio.
Sobre todo, por nada de esta vida,
quebrantaré un precepto; leed á Horacio,
y sobre esto veréis lo que dispuso
en un arte famoso que compuso.

Como todo lo expuesto no es un diálogo
sin duda alguna debe ser monólogo;
mas siendo de primores un catálogo,
aunque me objete el mismo San Crisólogo,
lo encuentro á la verdad bastante análogo,
para ponerlo de advertencia ó prólogo,
y así unido á mis cantos como fécula
no dudo vivirá *per omnia sécula.*

NADA TENGO YO CON ESO.

Que mis escritos publique
cual otros muchos orates,
y que álguien los califique
de simplezas ó dislates,
como muchos disparates
se habrán en el mundo impreso,
nada tengo yo con eso.

Que porque al público bueno,
anuncie un autor flamante
la defunción de un sereno,
la boda de un estudiante,
se crea el pobre pedante
un escritor de gran peso;
nada tengo yo con eso.

Que no haya baile ó *soirée*
donde el jovial don Renato,
aun sin convite no esté,
pues sin pisca de recato,
tiene el quidam un olfato
más fino que el de un sabueso.
nada tengo yo con eso.

Que hasta los niños de escuela,
tal vez sin tener un real,
quieran encender la vela,
digo, la antorcha nupcial,
por falta de meollo y sal
ó por sobra de progreso;
nada tengo yo con eso.

Que toda mujer bonita,
y la que nunca lo ha sido,
padezcan acerba cuita
si no aparece un marido;
y aun las que ya le han perdido
no se avengan al receso,
nada tengo yo con eso.

Que há poco doña Dolores
tan pálida y amarilla,
de la rosa los colores
hoy tenga en cada mejilla:
si sea una mascarilla
de carmín y blanco yeso....
nada tengo yo con eso.

Que hoy me contara un letrado,
entre dos mil enmarañoos,
que á un su cliente han condenado
por presunciones de arañoos,
durando solo nueve años
la secuela del proceso,
nada tengo yo con eso.

Que el adusto don Cirilo,
muy afamado usurero,
chupando al pobre hasta el quilo
tenga trojes de dinero;
y que guarde el caballero
hasta su honor tan ileso,
nada tengo yo con eso.

Que aunque ayuna en cien vigilias
el fanático Pascual,
desavenga las familias
con su amor á la moral,
y haga impasible algún mal
por corregir un exceso,
nada tengo yo con eso.

Que más astuto que un lobo
don Genaro el petardista,
encuentre siempre algún bobo
para agregarlo á su lista,
y sin trabajar subsista
á costa de otros, obeso,
nada tengo yo con eso.

Que por su frac ó levita,
hablo de cierto elegante,
sus lentes y su varita
y su finísimo guante,
aunque ramplón é ignorante,
tenga donde quiera ingreso,
nada tengo yo con eso.

Que *illo tempore*, en la ciencia,
para llegar á mayores
se gastara la existencia
estudiando en cien autores;
y que hoy se nombren doctores
hombres sin letras ni seso,
nada tengo yo con eso.

Y que un severo aristarco,
de aquellos de tijerilla,
si anda en sus críticas parco,
diga al mirar mi letrilla,
que es insulsa jacarilla
y su autor algún camueso....
nada tego yo con eso.

LO QUE NO HAY EN GUATEMALA.

Presuntuosos hombrezuelos
que afirman, con gracia rara,
que su progenie es tan clara
como la luz de los cielos,
contando entre sus abuelos
á *ño* Blas y *ña* Pascuala,
de estos no hay en Guatemala.

Impertérritos copleros
que de Espronceda y Zorrilla
ó Bretón de los Herreros,
se apropian versos enteros,
cual mexicana guerrilla
que el campo enemigo tala,
de estos no hay en Guatemala.

Madamitas que contentas,
gastan, despilfarran, botan,
y sin oficio y sin rentas
subsisten tan opulentas,
porque las minas que esplotan
ni el Potosí las iguala,
de estas no hay en Guatemala.

Pobres tontos infatuados
que, llenos de orgullo necio,
á todos ven con desprecio,
de sí estando tan pagados
que caminan estirados
como muñecos de sala,
de estos no hay en Guatemala.

Bellas ninfas que se mueren
por mostrarnos sus hechizos,
los piés, el cuello, los rizos,
y sus miradas que hieren;
coquetas que á nadie quieren
y que de serlo hacen gala,
de estas no hay en Guatemala.

Consortes, quizá cantantes,
pues viven tan divertidos
que lastiman los oídos
con sus gritos penetrantes,
como tiples principiantes,
que á duo cantan la escala,
de estos no hay en Guatemala.

Caritativos cartujos
que, santamente quisieran
que á los herejes y brujos
por docenas los cojieran,
y en un horno los metieran
en la punta de una pala,
de estos no hay en Guatemala.

Damiselas tan discretas
que á sus novios examinan,
y á un viejo chocho se inclinan,
con tal que tenga pesetas,
y á veinte pobres trompetas
envían á noramala,
de estas no hay en Guatemala.

Sopencos que por frioleras
ó para matar sus ocios,
á los hombres de negocios
les roban horas enteras
con pláticas majaderas,
más pesadas que una bala,
de estos no hay en Guatemala.

De la patria defensores,
y por ella sustentados,
¡siempre en paz tan denodados!
que bajo mil cobertores
se hallaran si en los tambores
tocasen la generala,
de estos no hay en Guatemala.

Niñas (perverso vocablo)
que, cerca de los cuarenta,
de su edad pierden la cuenta,
y se adornan cual retablo
por ver si aun permite el diablo
que un pollo les tienda el ala,
de estas no hay en Guatemala.

Negociantes tan arteros
que á la luz del claro día,
conducen su mercancía
por caminos carreteros,
y con vistas y aduaneros
defraudan toda alcabala,
de estos no hay en Guatemala.

Gente que en calle y salones
al prógimo despelleja:
ó cuenta en son de conseja
de sí algunos mentirones;
y con notas y adiciones,
cualquier noticia propala,
de esta no hay en Guatemala.

Y lector tan viperino
que con marcado desprecio,
diga que el verso es tan necio
que no vale ni un comino....
acaso porque no vino
de París ó de.... Bengala,
no hay tampoco en Guatemala.

PERCANCES DE LA POBREZA.

Pauper sum fateor.
PLAUTO.

Es mi abatida
triste existencia,
de contratiempos
larga cadena;
gracias que tengo,
fortuna inmensa,
una inmutable
cachaza eterna;
si no mil veces
¡voto á mi abuela!
cargado el diablo
conmigo hubiera.
Las decepciones
mi paz no alteran,
y sin quejarme
sufro mis penas,
desde que tengo
la firme creencia
que son percances
de la pobreza.

Hay un don Roque,
hombre de cuenta,
que, logra empleando
no sé que tretas,

ser del partido
del que gobierna;
así en política
cambia banderas
cual muda trajes
una coqueta:
si algún magnate
por dicha encuentra
don Roque, haciendo
mil reverencias
sombrero en mano
baja la acera.
El otro día,
quiso mi estrella
que tropezáse
con ese atleta,
y tal codazo
me dió el gran bestia
que echóme lejos
de la banqueta.
Gran tontería
quejarme fuera,
siendo percances
de la pobreza.

El buen don Lucas
dinero presta;
mas tiene el pobre
tanta conciencia,
que de intereses
apenas lleva
mensual por ciento
tan sólo un treinta.
Y en las contratas
que el tal celebra,
aun dando vales,
carga noventa
por prima y premios,

según sus cuentas.
Yo en apremiante
fatal urgencia,
pedíle á mutuo
veinte pesetas,
y en mí fijando
su vista experta
interrogóme
de esta manera:
—¿De hombre abonado
trae usted letras
que me aseguren
toda la deuda?
—No.....Pues entonces
algunas prendas
como sortijas,
reloj, cadenas.....
—Nada poseo
de lo que mienta.
—Pues.....¡ay, amigo!
como quisiera... ..
El no servirlo
me causa pena;
mas de hoy en quince
dé usted la vuelta,
tal vez entonces
tenga moneda.
Abur.....yo al punto
dí media vuelta,
diciendo á solas
con faz serena:
gran tontería
quejarme fuera,
siendo percances
de la pobreza.

Por la confianza
que me dispensa,

cuánto me estima
mi doña Cleta,
guapa señora
de alcurnia excelsa,
que por mostrarme
su deferencia
me tiene siempre
de seca en meca;
y estoy temiendo
¿qué estraño fuera?
que un día me haga
ir á la tienda
por los frijoles
y por la leña.
Es pues el caso
que doña Cleta,
envióme á casa
de don Luis Mena,
con diez legajos
y dos esquelas.
Después de una hora
de atroz espera
pude al sujeto
dar la encomienda.
sólo las cartas
tomó con flema,
me dijo: aguarda,
con breve seña,
y entró á su estudio
con facha regia:
¡Ay! y me tuvo
más de hora y media
como una estatua,
junto á la puerta
y yo decía:
vamos, paciencia,
que son percances
de la pobreza.

Cuando las gracias
miré de Elena
nació en mi pecho
pasión intensa,
y cierta noche
para mí buena,
confiarla pude
mis hondas penas.
Tu luz bañaba,
luna hechicera,
su faz divina,
su gentileza;
yo comprimía
su mano esbelta
cuando, sensible
á mis querellas,
un sí más dulce
que la panela,
con inefable
voz de sirena,
sonriendo dijo
su boca bella....
A poco supo,
fortuna adversa,
que era un empleado
de escasa renta;
la ingrata entonces
¡quién lo creyera!
cambiando al punto
como calceta,
á mi esperanza
cerró la puerta.
Yo dando un *vale*
postrer á Elena,
dije: *percances*
de la pobreza.
Por consolarme
amé á Teresa,

una graciosa,
linda morena,
que oyendo afable
tantas protestas
juróme ¡cielos!
constancia eterna;
más un don Rufo
con sus sesenta
y á más un pico
de primaveras,
que poseía
pingües haciendas,
casa, carruajes
y cien talegas,
supo inspirarla
pasión tan tierna
que en matrimonio
se unió á mi prenda;
y yo entre tanto,
como un babieca,
quedéme absorto
mirando estrellas;
mas repitiendo
mi viejo tema,
dije: *percances*
de la pobreza.

Gracias que tengo,
fortuna inmensa,
una inmutable
cachaza eterna;
así, si escucho,
que á mi modestia
algún pelmazo
llama simpleza;
si don Canuto,
gran calavera,
de mi persona

con referencia
en la tertulia
de doña Nela
grita: "*es un cero*
puesto á la izquierda:"
si cobro en juicio
mis cortas deudas,
y mi contraria,
desgracia horrenda,
tiene pecunia
ó alguna influencia,
y en contra mía
todos sentencian,
sin que me valga
mi acción derecha,
ni ley alguna
de las Pandectas;
si al mes recibo
cien papeletas
donde me invitan
para ir á exequias,
y nadie, nadie
de mí se acuerda
para una boda,
banquete ó cena;
si en fin los prógimos
siempre me asedian
con sus enfados,
con sus simplezas,
ora en la calle,
ya en mi vivienda,
donde una *ganga*
jamás me llega;
gran tontería
quejarme fuera,
¿no son percances
de la pobreza?

BUEN PROVECHO.

Cuando observo algunas cosas
que no me importan un pito,
sin comentarios ni glosas
siempre, lectores, repito
por estar en mi derecho;
buen provecho.

Es don Lesmes un avaro,
y pensando en el dinero
que sin maldito reparo
derrochará su heredero,
no descansa ni en su lecho;
buen provecho.

El gran jugador don Bruno
perdió al fin hasta su casa,
y si hoy, tras forzoso ayuno,
noches toledanas pasa,
teniendo el cielo por techo;
buen provecho.

Sin cualidades morales,
don Luis Núñez de Pozuelos,
ni otras dotes personales,
cuando habla de sus abuelos
se muestra tan satisfecho;
buen provecho.

El padre de don Carlitos
pasa el tiempo divertido
en burdeles y garitos;
y si el nene va torcido,
no yendo el papá derecho,
buen provecho.

No será el juez don Violante
juzgador cual Salomón;
mas del rico litigante
favorece la intención;
si por ende hubiese cohecho....
buen provecho.

¿Por qué á tarde y á mañana
las hijas de don Yanuario
no faltan de la ventana?
Porque están del vecindario
perennemente en acecho.
Buen provecho.

Casó el pobrete Eliodoro
con un viejo faldellín,
y, al creerse nadando en oro,
se encontró cual *chapulín*
cayendo sobre un barbecho.
Buen provecho.

Fama de sabio tenía
Antonio, cuando soltero;
mas se casó con Lucía
y hoy el vecindario entero
afirma que es un güegüecho;
buen provecho.

Asnos hay con tanta dicha
que almuerzan ternera ó liebre,
cenan jamón ó salchicha,
cuando atados á un pesebre
debieran comer *afrecho.*
Buen provecho.

Por no estar solo Juan Grillas
buscó á su antojo una novia;
hoy que tiene á sus costillas
cuñadas, suegra.... hidrofobia
le da al verse tan maltrecho.
Buen provecho.

Fué el militar Oliveros
tan tremendo en la jornada,
que á doscientos guerrilleros
hizo añicos con su espada;
como él sólo cuenta el hecho....
Buen provecho.

A un intrépido pasante
dió calabazas Coleta,
y ¡vive Dios! el tunante
con una horrible coqueta
se ha casado por despecho;
buen provecho.

Contemplando don Gregorio
que el trabajo le da grima,
sólo por el refectorio,
á ingresar al fin se anima
en un convento algo estrecho.
Buen provecho.

¡Jesús! con cuánto interés,
obsequian á doña Lola
don Facundo y don Andrés;
si fuese una carambola
por las hijas, cual sospecho,
buen provecho.

Seguir mi trova quisiera,
pero me siento cansado.
¿Os gustó? . . . . milagro fuera;
mas si os habeis fastidiado
con un verso tan contrecho,
buen provecho.

EPIGRAMAS.

I.

OPINIÓN MATEMÁTICA.

Preguntóle á un Magistrado
el jurista don Beltrán:
¿qué opina de mis libelos
el Supremo Tribunal?
Y respondióle: que tienen
una anchura regular,
longitud muy excesiva
y escasa profundidad.

II.

DOS CRUCES.

A un numeroso auditorio
contaba don Luis Gualdrapa,
que le había enviado el Papa
la gran Cruz de San Gregorio.
Un casado que le oía
decía, allá en su testuz:
no debe ser esa cruz
tan grande como la mía.

III.

MILAGRO DE TEMIS.

De Guatemala al volver
un arriero de Esquipulas
¿onde están, hijo, las mulas
le preguntó su mujer?
Y él le contestó: *vas á ver*,
los fletes no me han pagado;
litigié y allá *parado*
quedó el *plaito* que metí,
y las mulas las vendí
para pagarle á un letrado.

IV.

INTERPRETACIÓN USUAL.

De las rentas nacionales
que recauda don Francisco,
para su bolsa y el Fisco
cobra por partes iguales.
¡Qué proceder tan innoble
de recaudador de rentas!
No sé; mas según sus cuentas
esta es la partida doble.

ANTONINO ARAGÓN.

El nacimiento de este bardo está marcado, así como el de otros muchos nicaragüenses, con una fecha de triste recordación para todos los habitantes de Centro-América. Vino al mundo el 20 de Enero de 1835, día en que el volcán de Cosigüina hizo la erupción más espantosa que jamás volcán alguno había hecho hasta entonces.

En 1859 se trasladó á Guatemala, en unión del Licenciado don Antonio Silva, permaneciendo en esta capital hasta 1863, ocupado en dar clases de inglés, francés é italiano, en diversos colegios y casas particulares.

Si no es un poeta de primer orden, Aragón reune á la melancolía de sus rimas, lo castizo del lenguaje y la sonoridad de su versificación, en que tomó por modelo á Velarde, el poeta de moda en aquella época, y cuya amistad cultivó con cierta especie de fanatismo.

Romántico por carácter y escuela, se ensayó en los géneros dramático y novelesco con poco éxito; pero, según sabemos, cuando vuelto al seno de la familia y más avanzado en edad, pudo escribir con la fría calma que dan los prematuros desengaños de la vida, reformó mucho su estilo.

Ojalá que para honra de Nicaragua se hiciera una edición completa de sus poesías.

EL CISNE DE CANTABRIA.

Dedicado á mi querido amigo don Fernando Velarde, en prueba de mi afecto y de la admiración más profunda.

Blanco cisne que alzastes el vuelo
de tus férvidos cántabros mares,
y dejando tus patrios hogares
otro mundo tu acento escuchó;
al pasar por delante de Teide
contemplaste su forma gigante,
y escuchaste la voz resonante
que su cráter hirviente arrojó.

De tu alma la intensa armonía
difundióse en sublimes cantares,
y olvidaste quizá tus pesares
contemplando el sublime volcán:
pasar viste mil sombras confusas
al compás de los siglos pasados,
cual confusos, distantes nublados
que arrebata el terrible huracán.

Y el destino cantaste del monstruo
cuya planta acaricia el Oceano
con sus olas que estrellan en vano
su terrífica furia á sus pies;
y admirado de tanta grandeza
tu sublime ambición se desborda,
y escuchándote el hombre se asorda,
y asombrado te canta á su vez.

¡Salve, oh cisne sublime de Iberia!
¡Salve honor de los cántabros mares!
de tu patria los ínclitos lares
te ornarán con su gloria inmortal.
Ya del Teide levantas el vuelo
y tus alas agitas al viento,
que sonoro en tu músico acento
aun conserva tu grato cantar.

Y las turbas hostiles á España
con tu audacia viril asombraste,
cuando allá en el Perú saludaste
á tu patrio, inmortal pabellón.
Y cantaste sus glorias más altas,
recordando su espléndida historia,
que presente á la humana memoria
inmortal brillará como el sol.

Ya tu vuelo en los Andes agitas,
y el grandioso espectáculo cantas
que sublime se ostenta á tus plantas
en las áureas regiones del Sur.
El doliente caër de la tarde
también cantas en tono de duelo,
hasta tanto que brilla en el cielo
de la pálida luna la luz.

Y visiones terríficas pintas
en el último canto sombrío,
contemplando el inmenso vacío
que tus ojos abarcan allí;
mas ya vuelas... ! ya escucho tu canto
que reanima mi espíritu yerto,
y con paso medroso é incierto
á escucharte me acerco hasta tí.

Oh! qué magia difunde tu acento
en mi pecho angustiado é inerte!....
Se disipan las sombras de muerte,
y renace mi vida al placer.
¡Salve; oh cisne divino y errante!
¡Salve honor de tu patria adorada!
en su seno ya está preparada
la corona inmortal á tu sien.

A LA SEÑORITA A * * *

Then give all I ever askme a tear
the first-last-sole reward of so much love.

BYRON.

Una lágrima sóla
es todo cuanto quiero,
único y postrimero
premio de tanto amor.

I. GÓMEZ.

Hay un recuerdo indeleble
en la memoria del hombre:
deleite puro, sin nombre,
que idolatra el corazón.
Es una caricia ardiente
misteriosa, embriagadora:
ilusión encantadora
de la primera pasión.

Y el mortal desventurado
la encuentra en su amargo duelo,
como celeste consuelo
en la senda del dolor.
Es un bálsamo divino,
que cual mágico rocío,
refrigera el pecho frío
que agonizaba de amor.

Es un fúlgido destello,
que deshaciendo las nieblas,
ilumina las tinieblas
de un encantado pensil:
de ese pensil misterioso
que se halla en la isla perdida
del océano de la vida,
como una visión sutil.

Y á su radiante vislumbre
allí el hombre se introduce,
y mientra el destello luce,
corta primorosa flor:
flor nítida y perfumada,
de suavísimos olores,
de efluvios embriagadores
y matizado color.

Flor que nunca se marchita
mientra el corazón alienta,
porque su vida sustenta
una pasión inmortal;
y en su cáliz aromado
guarda el hombre su esperanza,
que más tarde en lontananza
resplandece celestial.

Que si en frágil navecilla
quiere vagar un momento,
el océano turbulento
ya no le deja volver
á aquella isla deliciosa,
donde olvidó sus temores
y pasados sinsabores
en los brazos del placer.

Entonces saca del pecho
la flor que un día cortara....
triste reliquia tan cara,
que del pensil le quedó;
y al contemplarla sus ojos
brotan lágrimas á mares:
preludio de los pesares,
recuerdo del bien que huyó!

Da un prolongado suspiro,
aspiración melancólica,
vibración del arpa eólica
que entonces pulsa el pesar!
Busca luego con la vista,
en diversas direcciones,
la isla rica de ilusiones
que le arrebató la mar.

Mas sólo alcanza á ver brumas
que el horizonte obscurecen;
su esperanza desvanecen
y contristan la razón.
Entonce absorve el aroma
de aquella flor tan querida,
y siente alivio en la herida
que llaga su corazón.

Y cuando se ha resignado,
su ya perdida esperanza
reaparece en lontananza,
como un faro celestial.
Aun no está la flor marchita,
que el corazón aun alienta,
porque su vida sustenta
una pasión inmortal.

El hombre entonces la guarda
en lo íntimo de su seno,
para destruir el veneno
de su profunda aflicción,
y contemplarla amoroso,
al regarla con su llanto,
sintiendo mágico encanto,
celestial consolación.

Caro recuerdo indeleble
viene siempre á mi memoria,
como un presagio de gloria
que nos envía el Señor;
y rodeado de ilusiones
entre cuadros halagüeños,
aparece en mis ensueños
"*el primer beso de amor.*"

UN RECUERDO Y UNA LÁGRIMA.

Sobre tu rostro doliente
se retrata la tristura
que una amarga desventura
te puso en el corazón.
Yo no conozco tu historia;
pero nunca indiferente
para mí fué el ser que siente
algún intenso dolor.

Jamás se oculta á mis ojos
el ageno sufrimiento,
que la amargura que siento
me le hace adivinar.
Porque yo también, señora,
conservo una historia amarga,
triste, misérrima, larga,
una historia muy fatal.

Yo también llevo en el alma
recuerdos que son tan tristes
como aquellos que tuvistes
de otro ser que te adoró.
Y aunque en mi frente no veas
la tristeza funeraria
de la virgen soritaria
que al dulce esposo perdió;

No pienses nunca, señora,
que mi corazón herido,
no llora un amor perdido
que tal vez no vuelva á ver;
porque dejo en mi pasado
mil imágenes queridas,
como las flores caídas
de aquel edén que soñé.

Mas perdóname, señora,
si, olvidando tus dolores,
mis pasados sinsabores
te refiero y mi pesar:
quiero mejor que me escuches,
oyendo tu propia historia,
que sin duda en tu memoria
debes siempre repasar.

Si la triste simpatía
de este mísero poëta
alivia tu alma repleta
de amargura y aflicción,
déjame partir contigo
tus angustias y pesares,
que yo también en los mares
bogando estoy de dolor.

Dentro de tu pecho llevas
una imagen peregrina,
de aquella visión divina
que tan pronto se eclipsó;
y por tu desgracia tienes
una alma tan delicada,
que jamás olvida nada
de todo lo que sufrió.

Y allí guardas mil recuerdos
y mil ilusiones muertas,
de aquellas dichas inciertas,
memorias del ataúd!
Son cual vagas melodías
que recuerdan siempre al alma
la dulce y tranquila calma
que disfruta la virtud.

Y á veces son muy amargos
esos recuerdos, señora,
que una visión seductora
nos traen del perdido bien;
es una imagen radiante
que vimos entre halagüeños,
místicos, sublimes sueños
de un ambicionado edén.

Allá en las nocturnas horas,
cuando te quedas dormida,
una plegaria sentida
de tus labios se exhaló;
y mientras estás despierta
meditas con amargura
en tu perdida ventura
que tan rápida pasó.

Así pasa aquí, señora,
para el hombre desgraciado
el sueño más adorado
que en su vida vió lucir;
porque destino es del hombre,
en esta mansión de luto,
pagar el duro tributo
de nacer para sufrir.

Así también se marchitan
aquellas flores divinas,
ilusiones peregrinas
de la ardiente juventud.
Y después son como voces
gemebundas y quejosas,
que en mis horas dolorosas
se exhalan de mi laúd.

Son flores que el torbellino
del infortunio arrebata,
cuando su furor desata
contra el mísero mortal;
y su leves hojas vuelan
descoloridas y mustias,
imagen de las angustias
que trae consigo el pesar.

Así mueren las creencias
más adoradas del hombre,
y así olvidamos el nombre
de quien dejó de existir;
mas nunca olvidan las almas
ardientes y generosas
las pasiones afectuosas
de otro tiempo más feliz:

Nunca jamás en el alma
puede borrarse, señora,
la imagen encantadóra
de aquel ser que nos amó.
Solamente la esperanza,
divina lumbre del cielo,
puede traer un consuelo
á este valle de dolor.

Permite, pues, que contigo
divida tus sufrimientos:
quizá alivie unos momentos
tus tristezas y tu afán.
"*Un recuerdo y una lágrima*"
mezclar déjame contigo,
cuando llores al amigo
que mora en la eternidad.

SOBRE EL CERRO DEL CARMEN.

El silencio, el misterio y la calma
ya dominan el sitio sagrado,
donde al cielo mil veces se ha alzado
del apóstol de Cristo la voz.
Ya desciende la noche callada,
con sus sombras también silenciosas,
y á lo lejos se ven vaporosas
las visiones que aborta el horror.

Ya no alcanzo el inmenso horizonte
que la lumbre del sol ilumina:
circundados de inmensa neblina
los volcanes se esconden también;
y sus moles gigantes, informes,
se levantan cual negros vestiglos,
desafiando el furor de los siglos,
en su indómita y ruda altivez.

Ya es de noche. El sol se ha ocultado
entre rubios y tintos celajes,
que asemejan inmensos encajes,
adornando la bóveda azul:
ya las sierras se van sepultando
de la noche en las densas tinieblas;
sólo el fuego á pesar de las nieblas,
vibra rayos más vivos de luz.

Ya la noche cubrió con su velo
de natura la grata belleza,
y á adornarse de estrellas empieza
de los cielos la inmensa región.
En confuso tropel mil ideas
se presentan á mi alma angustiada,
que medita en la mísera nada
del mundano, fugaz esplendor.

Y al volver á los tiempos pasados,
recorriendo mi lóbrega historia,
enlutados hallé en mi memoria
los recuerdos del tiempo que fué.
Allí estaban los juegos, las risas,
de mi infancia tan cándida y bella,
cuando clara brillaba la estrella
que el destino me diera al nacer.

Allí estaban las tiernas creencias
de las almas que sueñan amores,
cual las mustias y pálidas flores
de un jardín que el estío abrasó:
muertas ya, sin colores ni aroma,
ya no hechizan los ojos amantes;
ya no exhalan efluvios fragantes
que embriagados nos dejan amor.

De los ojos dos lágrimas caen,
y del fondo del pecho angustiado
un suspiro misérrimo, ahogado,
suele á veces la pena exhalar.
Esas lágrimas van al sepulcro,
cinerario fatal de ilusiones,
tristes restos de nobles pasiones
que en el alma guardara el pesar.

Del pasado en el lóbrego campo
siempre vaga mi audaz fantasía,
que en su atmósfera triste y sombría
no hay más ansias ni más porvenir.
Allí duermen de mi alma las penas,
y en solemne quietud va pasando
el fantasma del tiempo, llorando
las desgracias del hombre infeliz.

Mas si salgo de allí, me devora
de mi amor el afán turbulento,
y mis quejas y triste lamento
no hay quien venga piadoso á calmar.
Estoy solo. El silencio que reina,
del sepulcro semeja la calma,
tan temida en la infancia del alma,
tan deseada después del pesar.

En el pórtico azul del oriente
el fulgor de la luna se alcanza,
cual la mágica y dulce esperanza
del que sueña venturas sin fin.
Yo que vivo abrumado de tedio,
cuando triste su luz me ilumina,
una imagen columbro, divina,
en mi obscuro y fatal porvenir.

Mas quien sabe cual es mi destino!
¡quién me diera rasgar ese velo
que me oculta el decreto del cielo,
y palpar la desnuda verdad!
Ni el temor de más dura fortuna,
ni esperanza de plácida calma,
torcerán los empeños del alma
de su ardiente deseo inmortal.

Sólo sí me prosterno ante el Solo
cuya diestra los orbes domina:
ante El sólo mi cuello se inclina
en humilde y ferviente oración;
y entre tanto que voy por el mundo
soportando mi amarga existencia,
besaré su divina sentencia,
con sumiso y rendido fervor.

A***

Hay un recuerdo en mi pasada historia,
una poética tierna remembranza
que viene sin cesar á mi memoria
como un rayo divino de esperanza.

¡Bellísima ilusión! Tu amor me diste
como una flor de virginal esencia,
cuando abatido, infortunado y triste,
arrastraba mi lánguida existencia.

Jamás tu imagen tierna y amorosa
contemplé sin sentir que te amo aún,
que tu pasión sublime y generosa
pasará más allá del ataúd!

Radiante de ventura, un cielo inmenso
su benéfica influencia derramó
sobre los dos, cuando el placer intenso
disfrutábamos juntos del amor.

Y al estrecharte contra el pecho mío
brilló en tu rostro célica hermosura;
sentí sublime y loco desvarío
al mirar de tus ojos la ternura....!

Ha dejado tu amor en mi memoria
una huella tan fúlgida y divina,
que de mi vida en la fatal historia
brillará, cual estrella peregrina.

Y su trémula lumbre solitaria
se apagará sobre mi humilde fosa,
cual la tierna y doliente cineraria
se marchita en la tumba silenciosa.

Triste ha sido la suerte de mi vida....!
pasa mi juventud, cual en desiertos
pasa una nota musical perdida,
y va á expirar al seno de los muertos.

Tú has sido de esas almas delicadas
que comprendieron mi profunda pena,
porque están todavía perfumadas
con la fragancia que los cielos llena.

Mas hoy tu amor es sólo ya memoria
de la dicha más pura que he tenido,
melancólica estrella de la gloria
que ilumina la noche del olvido!

La misteriosa eternidad comprendo
cuando medito en tu futura suerte;
mis terrenales cálculos extiendo
y tiemblo ante la imagen de la muerte.

Viene á brindarme en mi aflicción doliente
entonces la esperanza sus consuelos,
yo los acojo con delirio ardiente
cual divinos destellos de los cielos.

Porque si pienso en no volver á verte,
mi corazón suspende sus latidos,
pierdo las fuerzas, de estupor inerte,
y prorrumpo en sollozos y gemidos.

Mas yo confío que tu imagen bella
volverá á relucir ante mis ojos,
y de mi juventud, á vista de ella,
se animarán los míseros despojos.

Esta es la sóla, la única esperanza
que abriga el corazón desheredado,
cuando pensando en tí, ve en lontananza,
la más bella ilusión de su pasado.

ANSELMO VALDEZ.

Aunque nacido bajo el ardiente sol de Cuba, Anselmo Valdez ha adoptado por patria á Centro-América, y es un deber nuestro inscribir su nombre en las páginas de esta *Galería.*

Sintiéndose poeta desde niño, su primera composición vió la luz pública en el "Faro Industrial de la Habana," cuando apenas contaba catorce años. En esa misma edad fué hecho prisionero en la Vuelta Abajo, y encerrado en la fortaleza del Morro por haberse filiado en las banderas de la insurrección contra el dominio de los españoles.

Cuando se abrieron para él las puertas de su prisión, hallábase gravemente enfermo, y tuvo que dejar á Cuba para trasladarse á la América Meridional en busca de salud.

En 1854 vino á Centro-América, cuyas secciones ha visitado desde entonces, fijando su residencia en el Salvador, y posteriormente en Guatemala, donde estuvo dirigiendo el Instituto Nacional de Occidente, que le encomendara el Gobierno Provisorio, estableciendo muchas mejoras de importancia en el sistema de educación é instrucción de la juventud.

Las poesías de Valdez son generalmente conocidas en toda la América Latina; así que no nos detendremos á hacer su elogio, bastando decir que todas ellas revelan genio é inspiración.

Valdez ha colaborado en varios periódicos de la Habana, Nueva-York y Centro-América, escribiendo siempre en defensa de la independencia de su patria.

El soneto que ponemos al frente de sus versos es un grito su-

blime de dolor y de esperanza arrancado al corazón de un hijo por las monstruosidades con que en la época á que se refiere, escandalizaban al mundo los verdugos de la más bella de las Antillas; de esa *perla del mar*, de esa *estrella de Occidente* como la ha llamado la más celebrada de sus poetizas, doña Gertrudis Gómez de Avellaneda.

A CUBA.

SONETO.

De Castilla el lëon con saña fiera
por entre el crimen cínico desbarra,
y agita al aire la sangrienta garra
para trizar del libre la bandera;

Mas la justicia del Señor, severa,
del vil tirano la opresión desgarra,
aunque blanda la dura cimitarra
con la furia del godo carnicera.

Alze Cuba gentil la noble frente;
si un mar inmenso sus orillas baña
y la aparta del viejo continente,

Aunque se oponga enfurecida saña,
será un pueblo feliz é independiente
del despotismo bárbaro de España.

FANTASIA RELIGIOSA.

¿Quién eres tú? La mística
doncella de tu canto,
que con ropaje espléndido
te espera en el altar.
La que con mano pródiga
alivia tu quebranto,
que te cubrió de júbilo
al verte retornar.

Y tú quién eres? Náufrago
que el huracán despeña
cuando revienta horrísono
y enfurecido el mar.
Quise salvarme exánime,
y fuiste tú la peña
del encrespado piélago
donde logré arribar.

Al trasponer el límite
del mar de las pasiones,
remedio encuentras plácido
al bárbaro dolor.
Ante mis aras fúlgidas
eleva tus canciones,
y el coro de los ángeles
palpitará de amor.

En la existencia tétrica
que el desaliento alcanza,
en el sangriento círculo
en que la encierra el mal,
retorna al seno impávido
la dicha y la esperanza
que me robó en su vértigo
el mundo criminal.

Con el amparo plácido
de protección tan pía,
contrastaré del Báratro
la rígida opresión.
Siempre embrazando el lábaro
del bando de María,
estallará de júbilo
mi ardiente corazón.

FANTASIA.

A MI QUERIDO AMIGO

DON CELSO ROJAS.

Clotilde, la doncella
gentil, de labios rojos,
la de los pardos ojos
mis pláticas oyó;
mas trémula y absorta
de sí me despedía,
y cual gacela huía
cuando la hablé de amor.

"El cielo, yo la dije,
"de mi dolor testigo
"me brinda el seno amigo
"de virgen como tú.
"Dame el nupcial abrazo
"que te demando en ruego,
"y abrásame en el fuego
"de tu amor y virtud.

"Un alma nunca hollada
"por planta de otro afecto,
"y un corazón perfecto
"atrévome á brindar,
"á un alma cual la tuya,
"espíritu inocente,
"pura como la fuente
"del límpido raudal"

Esto á Clotilde hablaba,
esto Clotilde oía,
mas ¡ay! palidecía
cual moribundo sol.
"En soledad suspiro,
"vivo triste y aislada,
repúsome turbada,
"cual ave sin amor."

Tres años han pasado;
tres veces vi de enero
la luna y el lucero
con pálido fulgor:
y despedir he visto
del sol los vivos rayos
en tres floridos mayos....
pero á Clotilde, no.

Y en apartados climas,
ausente de mis lares,
crucé revueltos mares
más de una y otra vez.
Y cuando retornaba
con la esperanza bella
de á tan gentil doncella
más condolida ver;

Entro al hogar paterno
y al abrazar su madre,
gimiendo encontré al padre
en brazos del dolor.
"Clotilde? les pregunto,
"¿dónde se encuentra, dónde?"
Y el padre me responde:
"se desposó con Dios."

A UN AMIGO,

EN LA MUERTE DE SU PADRE.

¿No es un sueño falaz? ráfaga impía
ha eclipsado la luz de un alma buena,
que ornada de virtudes discurría,
é intrépida sabía
despreciar del dolor la amarga pena.

No es un sueño, pesar! tu gloria es esta
y mi alma ve de duelo atribulada,
que alzó la muerte la segur funesta;
y con un golpe igual al de una espada
descargado por mano estremecida,
el árbol derribara de una vida.

Pero ¿por qué pesar? la vida vale
tanto para que el hombre la apetezca?
¿de su recinto el sinsabor no sale?
¿hay triste flor que en su jardín no crezca?

¿No se ve la virtud desfallecida
al declararle el mundo infanda guerra,
y el prógimo del prógimo homicida,
asolando con crímenes la tierra?

¿Para qué por vivir afanes tantos?
¿para qué por vivir es tanto anhelo?
¿no es la vida un compendio de quebrantos?
¿no se penetra por la muerte al cielo?

La pérdida de un hombre no se llora,
pues el hogar de la amargura deja:
si de esta esfera súbito se aleja
será por ver de eternidad la aurora.

Grato, tranquilo,
es de los muertos el recinto manso,
como el único asilo
donde mora el descanso.

No llores, no: bendice
el momento felice
en que tu padre de existir dejara;
que hay una voz secreta que me dice,
que al través de ese velo
que el hombre llama muerte,
disfruta su almn de envidiable suerte
entre la luz purísima del cielo.

PARA UN ALBUM.

Sobre estas preciosas hojas,
mis congojas,
dulce niña, escribiré?
Ay! no, preciosa cubana,
más galana
que la virgen de Moivén.

Pues las penas y dolores,
torcedores,
del que sufre tristemente;
no deben tener más lecho
ay! que el pecho
del infeliz que los siente.

Yo te cantaré tristezas,
que es ley de las ansias mías,
y nublar tus alegrías
no debo hacerlo en verdad.

Por eso, niña preciosa,
mudo quedará mi acénto;
no vaya mi sentimiento
tanto placer á turbar.

A CONSTANZA VALDEZ DE FORNARI.

Versos escritos en el mar Caribe.

I.

Ayer partió! de Fulton el navío
cedió al impulso de la rueda grave,
y la brisa de Cuba lenta y suave
mi frente contristada acarició.
Adios, le dije á mi familia amada;
ni una voz á mi acento respondía;
no me olvideis, temblando yo decía,
y toda mi familia sollozó.

Y vi á mi amiga fiel, mi amiga hermosa,
bella como la luz, como el sol pura,
la virgen de la pálida hermosura,
la doncella del cándido cendal;
contristada ceñirme con sus brazos,
y al ver morir sus paternales gozos,
entre gemidos tiernos y sollozos
decirme adios, y lánguida llorar.

Y abandoné la paternal orilla,
el patrio hogar, el elevado monte,
con ansiedad buscando el horizonte
que mitigue mi bárbaro dolor.
Una tumba dejé; fieles la guarden
del tiempo cruel contra la furia insana,
con la madre tristísima, la hermana
de la que fué tesoro de mi amor.

Pero ¿qué busco triste navegante
por el desierto de los anchos mares?
¿puede mi corazón en sus pesares
remedio alguno á su congoja hallar?
¿No vagaré como el proscrito, solo,
en medio á las ciudades populosas?
¿tristes no encontraré las bulliciosas
playas de Albión famosa, la imperial?

¿Con transponer la orilla de la patria
á la frontera del dolor transpuse?
¿remedio alguno á mi quebranto impuse
con lanzarme frenético á la mar?
Héme lanzado en el inmenso espacio;
infinito es el mar, el aire, el cielo,
infinito también mi desconsuelo,
que es eterna la ley de mi pesar.

II.

Cuando la falsa nueva de mi muerte
clavó en mi casa del dolor las garras,
poniendo el rostro de mi padre enjuto
y la cabeza de mi madre cana:

Cuando en vez de vestir alegremente
mi hermana la mayor y mi otra hermana
el zafíreo color del firmamento,
cubrieron de crespón la tersa espalda:

Una tumba se abrió! sagrado lecho,
de un ángel en la tierra la morada,
que la tumba en su seno contenía
los bendecidos restos de mi amada.

Una tumba se abrió! de allí extrageron,
cuando yo erraba ausente de la patria,
los inertes despojos de la virgen;
el ángel tutelar de mis desgracias.

Y los llevaron ¡ay! á luengas tierras,
donde no brilla el sol, do no hay escarcha,
y dicen que sobre ellos majestuoso
marmóreo un obelisco se levanta.

Cuando yo retorné, su hermana bella,
ansiosa mil abrazos me guardaba,
mas Lelia no me dijo que dormía
el sueño de la muerte en otras playas.

¿Por qué no lo digiste, amiga mía?
¿temiste mi dolor, gentil Amalia?
Ya no hay dolor para mi pecho, fuerte,
tras de la muerte de tu dulce hermana.

Así aunque ausente está de las orillas
donde tanto la amé y ella me amaba,
lanzo por ella mi mejor suspiro,
alzo por ella mi mejor plegaria.

III.

Hermosa estás, hermosa cual ninguna;
con tu pálida faz, tu blando acento
hallo en tí la belleza de la luna,
y la dulce expresión del sentimiento.

Si en la virtud medito y hacia el cielo
el vuelo audaz del pensamiento arranco,
allí estás tú, con tu modesto velo,
allí estás tú, con tu vestido blanco.

Y si en la fe magnánima recreo
mi corazón herido de pesares,
ángel consolador, por mí, te veo
triste, rogando al pie de los altares.

Mas si retorno del sangriento mundo
al anchuroso perdurable abismo,
y tú retornas con tu amor profundo,
en mi placer y en mi dolor el mismo;

De la piedad contémplote al abrigo,
con la orfandad tristísima llorando,
y en la cabaña de infeliz mendigo
de un cadáver los párpados cerrando.

Mas si acudo á un festín, donde la orquesta
con sensuales deleites nos convida,
donde se gasta la ilusión modesta,
alma de nuestra fe, del pudor vida,

No estás allí.... tu rostro, de las bellas
que en el festín están, no es conocido,
que no agrada el rumor de las botellas
á un fino, casto y pudoroso oído.

Mas ¿quién es la mujer que elogio tanto?
¿dónde está el ser que en mis canciones mora,
con su pálida faz, con su albo manto
y su dulce expresión consoladora?

Dejadme darle rienda á mi quebranto,
dejad que el corazón me despedace
la espiritual mujer que me amó tanto,
que súbito murió cuatro años hace.

Y si hoy en mi dolor y mi delirio
frenético imagino estarla hablando,
y ver su faz de nacarado lirio,
y oir su acento como el aire blando;

Es de un eterno amor santa locura.
Perdonad mi delirio, mi extravío;
pero tened piedad de mi amargura,
tened piedad del desconsuelo mío;

Que como flor de riguroso hielo
sobre agostados céspedes derrumba,
su recuerdo está en mí, su alma en el cielo,
y su despojo inmémore en la tumba.

A JOSEFINA BLAKELEY.

Dos veces mayo coronó de flores
de mi paterno hogar la hermosa orilla;
murmuraron las aves sus amores,
su cáliz entreabrió la florecilla.

Dos veces en la fértil primavera
deslizó su corriente el manso rio,
que hospedando á la garza en su ribera
entona su solemne murmurío.

Dos veces, ay! y el melodioso acento
de tus labios de grana desprendido,
envuelto en la expresión del sentimiento,
no despertó mi corazón dormido.

Ni de junio en la noche silenciosa
á mi ruego entonó diestra tu mano,
del *Reverie* la música armoniosa
en las teclas ebúrneas de tu piano.

Pero en cambio á mi memoria,
que la turba el padecer,
es tu recuerdo su gloria,
sólo mi único placer

Que cuando lágrima triste
me demanda algún pesar,
y yo no quiero llorar,
recuerdo que me quisiste.

Recuerdo lo que te amaba
y lo que tú me querías
cuando hermana te llamaba
y tú hermano me decías.

Recuerdo nuestros paseos
campestres y divertidos,
nuestros puros devaneos
y nuestros goces perdidos.

Mas cuando del porvenir
contemplo el ancho horizonte,
cual ave que al ver un monte
teme que en él va á morir;

Se aumenta mi padecer,
en silencio gimo y lloro,
porque á la verdad ignoro
si pueda volverte á ver.

Mas si es voluntad celeste
la ausencia triste que arrosto,
y que sin ver más tu rostro
en el féretro me acueste;

Humilde alabanza estudie
mi alma; pero el laúd,
por tí de nuevo preludie
cantos de dulce virtud.

Así cuando casta y bella,
ornes tu faz de azahar,
y con temerosa huella
te aproximes al altar;

Ruega serena beldad,
de Cuba dicha y honor,
ser de tu esposo el amor,
y luz de la sociedad.

Y cuando entre regocijos
juzgues dicha tu vivir,
viendo en tus brazos sonreir.
y enajenada á tus hijos,

Estudia la ley severa
que al deber materno rige,
y sus conciencias dirige
á la virtud verdadera.

Fija todo tu desvelo
y tus afanes prolijos,
en educar á tus hijos
en las máximas del cielo.

No habrá entonce lira suave
de ningún cantor social,
que tu mérito ideal
no preconice y alabe.

Esto tan sólo le basta
á tu alma cándida y pura,
que nunca ambición impura
agitó tu vida casta.

Que como ignoto arroyuelo
que riega el ameno valle,
en la modestia así halle
tu vida la voz del cielo.

Esa paz que se desata
con regocijo profundo,
que hace soportable al mundo
haciendo la vida grata.

ROMANCE.

Pasastes ante mis ojos,
mujer de las negras trenzas,
como la nevada garza
que rápidamente vuela;

Mas dejastes en mi alma
tu imagen lánguida impresa:
así cuando gimo triste
su presencia me consuela.

Tal como deslumbra el rayo
de las tormentas horrendas,
así tú me deslumbraste,
mujer de las trenzas negras,

Al sorprenderte radiosa,
del Greytown en las riberas,
con tu hermosura de ángel,
y tu rostro de azucena.

Hoy ni mi nombre tan sólo
quiázs tu mente recuerda,
mas siempre tu dulce imagen,
grabada en mi alma se encuentra.

Que mientras alegre vives
bajo la egida materna,
aunque errante en otras playas,
guardo tu memoria bella.

A MI AMIGO

RAMÓN URIARTE,

EN LA MUERTE DE SU SEÑORA MADRE.

Qué! la inícua asechanza
del golpe adverso, fuerte,
que dió á tu madre inesperada muerte
¿aleja de tu vida la esperanza?

¿De la muerte fugaz, triste su velo
encuentras, y su aspecto funerario?
¿y quién sin ella penetrara al cielo
de la verdad viviendo en el santuario?

¿No es el mundo dolor? y en él morando,
¿qué corazón á quien lo bello oprime,
no va otro mundo de placer buscando,
de regocijo espléndido y sublime?

¿Y hay en el mundo paz? ¿el ver no espanta
triunfar el vicio del afecto noble,
como en tormenta cruel raudo quebranta
el rayo brillador al duro roble?

¿Quién ama la virtud? y su heroismo,
¿qué corazón magnánimo comprende?
A los hombres domina el egoismo,
y á precio de oro hasta el amor se vende.

Feliz el alma que tras dura angustia
y ajitada agonia,
deja la vida turbulenta y mustia
por la perenne paz de la alegría!

Si acaso lloras tú, no más el llanto,
demuestre la congoja funeraria
por aquel ser á quien amaste tanto;
y como cisne herido, alza tu canto
hasta el cielo en tiernísima plegaria.

GRITO DEL ALMA.

Perdí la dicha ya! perdí el anhelo
que tuve por gozar! No mas amores.
La tierra es el hogar del desconsuelo,
y las desdichas, sus brillantes flores.

¿Dónde estará la paz que yo soñaba?
¿dónde estará la paz que yo pedía,
cuando yo á la virtud sacrificaba
mi corazón, que en el amor creía . . . ?

El mundo es torpe y cruel! El ser humano
por inmundas pasiones corrompido,
rindiendo al interés un culto insano,
con la verdad espléndida reñido!

Sin fe ni amor, postrado sibarita,
como la sierpe en el primer Edén,
al alma noble á la abyección incita
poëtizando el deshonor también.

Maldita humanidad! ¿Quién te levanta
del fango inmundo en que acostada estás,
si ya tu voz á la materia canta
un himno de oblación sacramental. . . . . ?

EDUARDO HALL.

Nació en Guatemala el 13 de Octubre de 1832. Hijo de un apreciable comerciante inglés, establecido desde muchos años atrás en la República, fué enviado muy joven á Londres, con objeto de perfeccionar su educación en el comercio, carrera á que su padre pensaba dedicarlo.

Después de cinco años de residencia en Inglaterra, Hall se domicilió en Honduras, en donde fué nombrado cónsul de S. M. B., y contrajo matrimonio con una apreciable señorita de Tegucigalpa, que á poco tiempo le arrebató, en prematura edad, la muerte.

Como poeta supo interpretar á Byron, traduciendo al español, con bastante soltura y elegancia, muchos de los cantares del inmortal autor de *Childe Harold.*

Asimismo tradujo varias poesías de Moore, de Gray y Lamartine, en que se adunan la fidelidad de la versión con lo correcto del estilo.

Sus obras originales tampoco carecen de inspiración, haciéndose notar por cierto aire de vaguedad y tristeza que las dan interés y simpatía.

Sin embargo, su música era superior á sus versos. Como compositor era tierno y melodioso; como artista ejecutaba en el piano con admirable perfección y sencillez.

Caballero en todas sus acciones, y dotado por la naturaleza con un carácter afable y expansivo, Hall se hizo estimar de cuantos le conocieron, como poeta, como músico y, sobre todo, como amigo.

A pesar de haber viajado algunos años por diferentes países de América y Europa, y de contar con los medios necesarios para hacer una buena edición de sus poesías, la única que conocemos de Hall, es la que, después de su muerte, hizo en Nueva York su hijo Guillermo, con el título de *Brisas Tropicales*.

Como en este volumen hemos encontrado muy cambiadas las poesías que en 1873 publicamos, hemos creído que debíamos atenernos á la edición autorizada por Hall hijo, quien, como su padre, es también un literato de mérito.

Eduardo Hall murió en Nueva York el 3 de Octubre de 1885.

Á CENTRO-AMÉRICA.

SONETO.

¡Centro América! ¡patria idolatrada!
ya sereno se acerca el bello día
de gloria y libertad; ya el cielo envía
de noble aspiración con la alborada

á tus guerreros, la fulgente espada
para estirpar la infanda tiranía,
y á tus bardos sublime melodía
para cantar la libertad sagrada!

La bella libertad, deslumbradora,
al fin sonríe á la oprimida gente;
el sol radiante ya las cumbres dora

de los cinco volcanes, y esplendente,
de una época feliz la bella aurora
lucir se ve sobre el albor de oriente.

HACE TIEMPO.

Hay una playa lejana
á orillas de un mar sereno,
que en la distancia bogando,
contempla triste el viajero.

Playa de floridos prados,
de esmalte y verdor cubiertos,
do los manglares dan sombra
y frescura á los esteros.

Altas montañas azules
se dibujan en el cielo,
y sobre ellas los perfiles
de verdes, vecinos cerros.

Es perfumado su ambiente,
es apacible su aspecto;
son nacaradas las nubes,
cerúleo su firmamento.

Playa grata y deliciosa
do todo en torno es risueño,
do entre arboledas frondosas
Favonio sopla ligero.

Do al apacible murmullo
del cristalino arroyuelo,
que al mar sus corrientes lleva,
convida al plácido sueño.

Do crecen palmas y flores
sobre los verdes oteros,
y llega blando al oído
de las aves el gorjeo.

Amena y dichosa playa
do nunca el rumor del viento,
con destemplado alarido
invade el dulce sosiego.

Allí no llegan borrascas
ni el fragor se oye del trueno
ni hay arrecifes ni rocas
ni hay escollos encubiertos.

Cual el remanso de un lago
con oleaje soñoliento,
besa la mar las arenas,
y se retira en silencio.

El aspecto de esa playa
es hermoso y placentero,
y mientras más navegamos,
más halagüeña la vemos.

Un poder irresistible
nos va alejando del puerto;
y tristes, la divisamos
á cada instante más lejos.

Esa playa suspirada,
ese remanso sereno,
del pasado es la memoria,
es el mar de los recuerdos.

Esas ondas azuladas
que miramos de por medio,
son las dichas, son las penas,
son los días de hace tiempo.

Días de celeste calma,
de goces y de contento,
de amores y de esperanzas,
abrillantados y espléndidos!

Esos días engolfados
en el insondable piélago
del pasado, los circunda
un hado imperecedero.

Y los pasados dolores,
los desengaños que huyeron,
del escozor que causaron
se ha apurado ya el veneno,

Del goce los róseos tintes
hacen vívidos el tiempo,
y borra el matiz sombrío
de los años de tormento.

Las doradas ilusiones
que halagüeñas nos sonrieron,
¡cuán bellas, y peregrinas
divisamos á lo lejos!

Y hondo suspiro exhalamos,
cuando tristes comprendemos
que no son las dichas de ahora
cual las dichas de hace tiempo.

A JESSIE.

(TRADUCCIÓN DE BYRON.)

El hilo de una vida está enlazado
tan tiernamente de mi vida al hilo,
que el uno sin el otro nunca el hado
cortar podrá de su segur al filo.

Hay una imagen bella y seductora
que aviva mi esperanza y mi deseo,
de día es sol que siempre me enamora,
de noche luna que en mis sueños veo.

Existe para mí una voz tan cara,
que un coro celestial de la alta esfera
mi oído de escuchar se desdeñara,
á menos que esa voz allí se oyera.

Hay un rostro que amante se enardece
con el bello carmín que amor anuncia,
y que súbitamente palidece
si tan sólo mi labio adiós pronuncia.

Un labio hay, de los amores nido,
cuya miel solamente yo he libado;
hacerme venturoso ha prometido,
y el mío amor eterno le ha jurado.

Hay un seno que late tiernamente
cuando en férvido abrazo lo circuyo;
hay para mí una boca sonriente,
y ojos que mezclan á mi llanto el suyo.

Existen á la vez dos corazones,
que se aman con fervor, y en sus latidos
se juran en acordes pulsaciones
juntos vivir ó perecer unidos.

Dos almas hay que en límpida corriente
resbalan por el cauce de la vida;
y juntas correrán perennemente,
pues forman una sóla en dos partida.

EL VOLCÁN DE AGUA.

En tarde serena
tranquila, apacible,
paseábame solo,
muy solo y muy triste,
por un prado ameno
de la alta planicie,
que de ambos mares
las aguas divide.

Mi frente batía
el céfiro libre,
que gime en el llano,
de diciembre á fines.
El sol refulgente
con vivos matices,
las nubes de ocaso
teñía al hundirse.

Alzábase enfrente,
grandioso, impasible,
volcán portentoso,
colosal, sublime;
gigantesca mole,
maravilla insigne,
que el poder pregona
del eterno artífice.

Sobre el firmamento
destacarse firme,
se vía aquel cono
de azulado tinte;
llegué á una colina,
y allí en su declive,
atento, un instante
contemplarlo quise.

Mas ver al coloso
no me era posible
sin que los recuerdos
dulces, indecibles,
de las emociones
que sentí, infantiles,
al alma vinieran
á reproducirse.

Mirándole absorto,
con calma apacible,
en estas palabras
prorrumpí y le dije:
"pirámide hermosa,
"de América virgen,
"que al ancho paisaje
"soberbia presides;

"Arcano estupendo
"de un Dios invisible,
"su gloria en tu cráter
"el Creador imprime.
"¿Eres tú del orbe,
"coetáneo invisible,
"y eterno el embate
"del tiempo resistes?

"Titán que de nubes
"tu cúspide ciñes,
"y que un tiempo al valle
"y al monte aturdiste,
"con el ronco estruendo
"de tu voz terrible,
"saber yo pretendo
"tu historia, tu origen.

"¿Era nuevo el mundo
"cuando tú surgiste,
"con sordo bramido,
"de la superficie?
"¿ó habían pasado
"ya centurias miles
"cuando tu picacho
"comenzaba á erguirse?

"¿Te arrancó á los antros,
"cataclismo horrible,
"y cambió la tierra
"con el mar sus lindes,
"y el piélago inmenso,
"inquieto, irascible,
"lós sitios bañaba
"que tu mole oprime?

"¿Moraba en la tierra
"ya el hombre infelice
"cuando te abortara
"bramadora sirte?
"¿ó al fin de mil siglos,
"ya vetusto viste
"los primeros seres
"de la humana estirpe?

"Decrépito atleta,
"tú nada nos dices,
"ni existe una clave
"que tu historia explique.
"Tú retas al hombre,
"silenciosa esfinge,
"á que el hondo arcano
"de tu ser descifre.

"¿Eres un cadáver
"inerte, insensible?
"Ni betún, ni lava
"tu cumbre despide.
"Ya de la osamenta
"ni el vil polvo existe
"de aquellos que vieron
"tu fuego extinguirse."

El manto nocturno
cubrió los perfiles
del titán inerme,
sereno, impasible,
que adorna el paisaje
más bello que exhibe,
en anchas regiones
la América virgen.

ROSA Y LINDOR.

(TRADUCCIÓN DE MOORE.)

> You remember Ellen, our hamlet's pride,
> how meekly she bless'd her humble lot
> when the stranger William had made her his bride
> and love was light of their lowly cot.
>
> MOORE.

¿Te acuerdas tú de la gentil pastora
que orgullo un tiempo de la aldea fué?
¡Lirio el más puro del pensil de Flora!
¡perla del valle que la vió nacer!

Una turba de amantes anhelosa
suspiraba á los pies de la beldad,
y en dulces trovas se afanaba ansiosa,
su hechicera sonrisa por lograr.

Mas ella, con semblante placentero,
sonriendo á todos, á ninguno amó;
hasta que un día un joven ballestero
acertó á verla y se prendió en amor.

Ambos se amaron, y en dichoso día
lució para ellos el nupcial blandón;
y á aquel mortal por quien su pecho ardía
unió su suerte ante el altar de Dios.

¡Cuál bendijo su suerte venturosa!
¡Cuán feliz se creyó cuando Lindor,
oscuro y pobre, la llamó su esposa
y el amor su cabaña iluminó!

Venturosos sus días resbalaron,
sus frentes nunca el sinsabor nubló,
y de la dicha el néctar escanciaron
hasta el borde del cáliz, con fervor.

Y aunque el frío inclemente penetraba
del roto techo y muros á través,
el fuego del amor los calentaba,
y adormía sus almas el placer.

Mas ¡ay! contra ellos descargaba impía
fortuna su rigor, hasta que al fin,
dijo el mancebo á su adorada un día:
"ven, mi amada, forzoso es ya partir,

"Y á este asilo un recuerdo consagremos
"que ventura y delicias nos brindó;
"ven, querida, la planta encaminemos
"á mas feliz y próspera región."

El triste pecho suspiró de pena,
creyendo ver de su ventura el fin;
mas ocultando su dolor, serena,
al dueño amado se aprestó á seguir.

Se preparó la dulce compañera
para ir con él de la fortuna en pos;
y al ver su pobre hogar por vez postrera
ahogó un gemido y exhaló un adios.

Creyendo que su sueño idolatrado
vendría el hado incierto á disipar,
marchaba triste de su esposo al lado,
tornando á veces la mirada atrás.

Por valle y por collado caminaron
pisando abrojos y esperanzas mil;
fragosas cercanías trasmontaron,
bosques desiertos, soledad sin fin.

Al caer la tarde, un borrascoso día,
vieron del astro al postrimer fulgor,
sobre el follaje de la selva umbría,
de alcázar almenado un torreón.

"Esa mansión que vemos, de seguro
"asilo nos dará," dijo Lindor;
"ven, mi amada, acerquémonos al muro,"
y al instante al bastión llegan los dos.

Avanza el joven; en la diestra mano
trompa de caza se le ve empinar,
la lleva al labio con talante ufano,
hiende los aires estridor marcial.

Levado el puente está. Vegas floridas,
frondosos bosques en contorno están,
y fértiles campiñas extendidas,
del feudo acusan esplendor condal.

El eco del silbato estrepitoso
por doquier repercute sin cesar,
desciende el levadizo sobre el foso:
se abre la puerta del soberbio umbral.

Ondea un pabellón sobre la torre,
rojo hachón ilumina el almenar,
la servidumbre presurosa ocurre,
inclina la cabeza el senescal.

Tornando hacia la esposa á quien adora,
"bien mío, albricias," exclamó Lindor,
"tú eres aquí la reina y la señora,
"yo tu vasallo más humilde soy!"

¿Pudiera ser verdad lo que escuchaba?
"Tú deliras Lindor," llegó á exclamar;
mas ¡oh dicha! Lindor no la engañaba
pues Rosa es hoy condesa de Albamar.

Y el noble conde que en su alcázar mora
siempre á Rosa prodiga el mismo amor,
y allí brilla la dicha encantadora,
cual en la choza de Lindor brilló!

CUANDO EL DOLOR.....

¡Ah! cuantas veces al rayar el día,
ledo y feliz de su amoroso lado
salir la luna pálida me vía!

HEREDIA.

Cuando el dolor tu corazón marchite
y anuble, hermosa, tu pupila el llanto,
cuando el soplo glacial del desencanto
robe el carmín de tu rosada tez;
cuando el velo se rasgue que hoy oculta
tan tristes desengaños, tanto hastío,
y de aquellos que amamos el desvío
conozcas cuán amargo es á su vez;

Cuando en pos de la dicha que te halaga
te ofrezca el mundo sinsabor y penas,
y recorra tu mente las escenas
de ventura que nunca volverán,
y los labios se cierren para siempre
que en tus oídos el placer derraman,
y de los corazones que hoy te aman
se extinga el férvido, ardoroso afán;

¡Ah! no permita el hado que tú sufras
entonces la amargura que yo siento,
ni que enturbie la hiel del sufrimiento
el claro manantial del corazón.
Del sentimiento la fecunda savia,
la fuente pura que en las almas brota,
con las borrascas del dolor se agota,
la seca el vendaval de la pasión.

Cuando pálido el astro de tu dicha
á su ocaso descienda, y de su gloria
sólo quede un recuerdo en tu memoria,
un destello del brillo que pasó.
Cuando el culto, al morir, que en tus altares
una turba de amantes te ofreciera,
suba al éter la nube postrimera
del incienso que el último quemó.

¡Ah! no sientas entonces el tormento,
la tristeza fatal que á mí me abruma,
ni tu existencia el sinsabor consuma
cual marchita y devora mi existir.
¡Ah! no llegue el momento cuando triste
del pecho la esperanza se desprenda,
cuando el herido corazón comprenda
que su remedio único es morir.

Cuando la aureola de fugaz ventura
que hoy circunda tu frente seductora,
se disipe, y las rosas que colora
se tornen en espinas para tí;
y empañe el padecer el terso brillo,
del rostro que respira hoy alegría,
acaso, ingrata, en ese triste día,
se acordará tu corazón de mí.

Quizás entonces tu memoria invoque
con ternura tardía, aquellas horas
de férvido delirio encantadoras,
perdidas ya para no más volver:
horas de encanto en que el amor gozaba,
que perjuro tu labio me mentía,
cuando en plácido ensueño se adormía
la ilusión en los brazos del placer.

¡Adios! voy á partir; tal vez un día
me otorgues un suspiro en tus pesares,
y tu mente al cruzar los anchos mares
recuerde mi ternura con dolor.
Quizá entonce á tu pecho adolorido
mi ya borrada imagen se presente,
y adentro repercutan tristemente
los ecos ya lejanos de mi amor.

¡Adios, adios! yo que de tí me aparto,
mal en mi pecho mi dolor reprimo,
voy á partir, y al alejarme gimo,
gimo, insensato, sin saber por qué!
¡Adios! yo busco en el olvido un bálsamo
que mi herida profunda cicatrice;
mas en vano lo busco, que infelice
un bálsamo á mi herida no hallaré.

¡Adios! sé venturosa: al ausentarme,
los votos yo te envío de un amigo,
no quiero, no, rencor llevar conmigo;
te perdono, mi enojo muere aquí.
Una venganza nada más pretendo,
y es que á través de los tendidos mares
me otorgues un recuerdo en tus pesares,
y viertas una lágrima por mí.

LA MARIPOSA.

(TRADUCCIÓN DE LAMARTINE.)

Nacer con la primavera
para expirar con las rosas,
y en las alas presurosas
de los céfiros volar;
balancearse sobre el seno
de las entreabiertas flores,
y de sus ricos olores
el grato aroma aspirar:

Sacudir el áureo polvo
de sus alas sobre el suelo,
y remontarse en su vuelo
á la región de zafir;
detener el raudo giro,
caprichosa en su carrera,
y aletear blanda y ligera
para volver á subir;

Tal es de la mariposa
la vida inquieta, inconstante,
y al deseo semejante,
su divisa es veleidad.
Se acerca, adora y al punto
se aleja del bien que aspira,
y luego cansada expira
sin hallar felicidad.

A CONCHA.

Me habían dicho que tú cantabas
con una gracia tan peregrina,
que el que escuchaba tu voz divina
perdía al punto la dulce paz.
Que embelesaba de tal manera
de tus cantares la melodía,
que de tu hechizo pecho, no había
que de escudarse fuese capaz.

Y al par que ansiaba gozar, oh Concha,
de esos encantos tan aplaudidos,
pensé llegaran á mis oidos
sin el transporte de la ilusión.
¡Vana esperanza! pues cuando quise
con fría calma juzgar tu acento,
vi que no pude, porque al momento
voló del pecho mi corazón!

Voló y entonces era ya inútil,
á tanto hechizo negar la palma,
pues á tus gracias la débil alma
rendía inerte sosiego y paz;
ese embeleso se parecía
á la dulzura vaga é incierta,
que el alma siente cuando despierta
de placentero sueño fugaz.

La melodía de tus cantares,
y su cadencia célica y pura
llegó á mi oído, cual la frescura
con que desciende sobre una flor
la trasparente, diáfana perla,
de cristalino, terso rocío,
cuando á los rayos de sol de estío
palidecía ya su color.

Claras, vibrantes, tus dulces notas
me enagenaron, tierna sirena,
y en mis transportes era mi pena,
que esos acentos tuviesen fin;
pues al oírte ya mis sentidos
electrizados, no discernían
si de una boca mortal salían
ó si eran canto de un serafin.

Mas si esas notas tan seductoras
no eran el canto de las esferas,
no creo sean mas hechiceras
las que un arcángel puede entonar;
ni es más vibrante ni melodiosa
de las ondinas la cantilena,
ni los gorjeos que á Filomena
constante amante va á regalar.

Unce á tu carro los corazones,
tú, la mas linda de las sirenas,
con las de rosas blandas cadenas
que Apolo forja y el Dios de amor.
Mas en tus triunfos sé compasiva,
y con tus ojos y con tu canto,
los sinsabores mitiga un tanto
que acaso infieres con tu rigor.

Rinde los pechos, sílfide hermosa,
enciende hogueras, vierte ilusiones,
y cuando tu alma las emociones
de llama ardiente sienta á su vez;
resuene entonces para tí un canto
que divinice tus sentimientos,
cual disipaste con tus acentos
de mi existencia la lobreguez.

INCONSTANCIA.

¿Por qué ha de ser que la pasión se enfría
cuando al ruego se rinde la hermosura,
y el fino amor menospreciado dura
todo un siglo de ardor y de agonía?

Si sorda al llanto, á las instancias fría,
te hubieras complacido en mi amargura,
tuyos fueran mi amor y mi ternura,
y el ansia de adorarte fuera mía!

Oculta, pues, que me amas, y altanera
la seducción de tus desdenes dame,
ó mas bien si pretendes que te quiera

cual antes te adoraba, y que se inflame
de nuevo el corazón, torna, hechicera,
tórname á aborrecer para que te ame!

A LA LUNA.

No me interrumpas, que contemplo ansioso
el astro bello que en el cielo brilla,
no cual le he visto, triste y nebuloso,
del Támesi á la orilla.

SALAS Y QUIROGA.

Oh tú, del cielo misteriosa lámpara,
pura y serena y de sin par beldad,
tú que iluminas la azulada bóveda
cual símbolo de gloria celestial!

Tú que contemplas impasible y tácita
la lucha eterna, el incesante afán,
fatiga cruel, el ansia, el vértigo,
que agitan siempre al infeliz mortal!

Vierte, oh Lucina, de tu lumbre vívida
sobre mi frente el resplandor vital;
deja que el alma te contemple extática,
para poder con tu esplendor gozar.

Mas tú no puedes, astro melancólico,
no puedes mis borrascas conjurar;
no pueden mitigar tus rayos débiles
la que me agita, interna tempestad.

Tú que en la noche silenciosa y plácida
lanzas tu luz sobre el dormido mar,
y á cuyo brillo el ondulante piélago
esconde entre su seno el huracán;

Si cual antes sintiera, contemplándote,
de dulce dicha el corazón temblar,
si tú pudieras, cual del mar indómito
la furia enfrenas, arrullar mi mal....!

¡Ah! si pudieran á tu influjo mágico
esas borrascas su furor calmar,
¡cuál bendijera tu fulgor benéfico!
¡cuál adorara tu radiante faz!

Mas no es posible! de mi pecho mísero
mitigar tú no puedes la ansiedad,
porque son mis tormentos menos dóciles
que las iras del recio vendaval.

Esconde, oh luna, tu semblante pálido,
pues ver no puedo tu esplendor glacial,
sin recordar las venturosas épocas
que para mí no volverán jamás!

DESPEDIDA

DE CHILDE HAROLD.

(TRADUCCIÓN DE BYRON.)

My native land, good night.
BYRON.

¡Adios, adios! Ya la playa
la onda azul á ocultar va;
gime el viento, la ola brama
y se oye al alción chillar.
La huella radiosa sigo
del sol que se esconde ya.
¡Adios sol, por breves horas!
¡adios mi tierra natal!

Con el astro refulgente
la mañana lucirá;
cielo y mar verán mis ojos,
mas mi tierra no verán.
Mi alcázar está desierto,
abandonado mi hogar;
el musgo crece en los muros,
y aulla en la puerta mi can.

"Ven acá, mi pajecillo,
temblando y gimiendo estás;
¿te infunde pavor la oleada
ó te arredra el vendaval?
Mas ten valor; nuestra nave
es fuerte y rauda á la par,
y al alcón de mas alcance
no cede en velocidad."

"Que bramen la mar y el viento,
poco cuidado me da;
mas no os asombre si el llanto
de mis ojos veis brotar.
De padre y madre me alejo,
y en mi profundo pesar,
sólo vos, señor, y el cielo
me quedan y nadie mas!

"Al bendecirme mi padre
no mostró su hondo pesar,
mas ¡ay! hasta que yo vuelva
mi madre suspirará."
"Basta, niño, en tu semblante
bien las lágrimas están,
también mi llanto corriera
á tener por quien llorar.

"Ven acá, buen escudero,
tu rostro pálido está;
¿de Francia al crucero temes,
ó las á borrascas del mar?"
"Que yo tiemble por la vida,
¡ah! señor, me juzgais mal:
es la ausencia de una esposa,
lo que al pecho hace penar!

"Del alcázar junto al lago
ella y mis hijos están,
cuando por mí la pregunten,
¿qué respuesta les dará?"
"Basta, escudero, es muy justa
de tu pena la ansiedad,
mas yo que ese afecto ignoro
me voy sin sentir pesar."

¿Quién de la que amor nos jura
en los ayes fe pondrá?
bien pronto á enjugar el llanto
otros amores vendrán.
Goces pasados no lloro,
ni riesgos quiero esquivar,
mi dolor es que no dejo
ningún afecto detrás.

Solo en el mundo me encuentro
sobre las ondas del mar;
y si nadie por mí llora,
mi lloro está por demás.
Acaso gima mi perro
mientras alguien le da un pan,
y después, cuando me viera,
me mordería quizás.

Contigo, mi barco, quiero
la salada onda cruzar;
no importa á donde me lleves
en no volviéndome atrás.
¡Salve! turbulentas olas,
y al alejarme del mar,
¡salve! cavernas y yermos,
y tú, adios, tierra natal!

PRAT Y GRAU.

Embiste raudo el espolón tirano,
el mar ensangrentado abre su seno,
se hunde la nave, y rápido el chileno
se arroja al abordaje sable en mano.

Entre el fragor del iracundo oceano
se oye otra vez de la pelea el trueno,
y brazo á brazo, impávido y sereno,
luchando cae el adalid peruano.

De ambos á dos, si la fortuna avara
nególes el laurel de la victoria,
la muerte fué gloriosa, y tan preclara

que unido siempre guardará la historia
su renombre inmortal. ¿Quién no deseara
morir así para alcanzar tal gloria!

RAFAEL MACHADO JÁUREGUI.

El ilustrado abogado y distinguido poeta cuyo nombre acabamos de escribir, nació en Guatemala el año de 1834. Hijo de un hombre que se había hecho notable en las filas del partido liberal, durante el Gobierno del Doctor Gálvez, de esperarse era que Machado siguiese bajo el estandarte de sus mayores; pero los lazos de familia y, más que todo, la fuerza de las circunstancias, le llevaron, como á Milla, á reforzar con el valioso contingente de su talento, el predominio del partido conservador.

Machado, sin embargo, es disculpable. En 1840, fecha en que con la derrota de Morazán en Guatemala, quedó afianzado el Gobierno de Carrera, apenas contaba seis años de edad.

Durante la administración de los treinta años, Machado desempeñó varios é importantes empleos públicos en Guatemala, distinguiéndose siempre por su talento, su honradez y su caballerosidad. Estamos ciertos de que nadie guarda de él un recuerdo amargo.

Posteriormente, ha merecido la honra de ser varias veces nombrado Ministro del Gobierno de Costa-Rica, próspera república en la cual fijó su residencia desde el año de 1872.

Como poeta, el personaje que nos ocupa es sin disputa, uno de los que más honran al parnaso centro-americano. Tan inspirado como castizo, tan sentimental como pulcro, sus poesías llegan al alma, halagan al sentimiento y satisfacen á las exigencias de la crítica.

Desearíamos que Machado Jáuregui, que aparte del mérito de sus composiciones literarias, cuenta con los recursos necesarios para popularizarlas, hiciera una edición completa de sus poesías La única que hemos visto es la del pequeño volumen que con el título de *Amor, esperanza y fe*, se publicó en 1875, en Costa-Rica, con un prólogo de Céspedes.

Extractadas de ese tomito, ya que hemos notado algunas correcciones sobre las que dimos en la primera edición de esta obra, colocamos en seguida las que nos han parecido mejores recomendando su lectura á cuantos piensan y sienten. Por supuesto que no faltarán "La Inmortal," "Las rosas secas," "A mi hija María" y "La hermana de la caridad" que han sido tan merecidamente aplaudidas.

Rafael Machado vive, y es fuerza que siga cantando. El puede gloriarse de decir con Racine:

La raison dans mers vers,
conduit l' homme a la foi.

LA INMORTAL.

Flor que careces de aroma,
y careces de frescura;
no envidies, flor, la hermosura
de la rosa virginal.
Es reina de los jardines,
y preciada su valía;
pero vive un sólo día,
mientras tú eres *inmortal.*

Sufre, flor, si te desprecian
las errantes mariposas,
que buscan purpúreas rosas
para tálamo nupcial:
pasan cual sombras fugaces
esos volubles amores,
y mariposas y flores,
mientras tú eres *inmortal.*

¿Qué son las flores marchitas
sino polvo ceniciento,
que arrastra rudo y violento
el soplo del vendaval?
Todo muere, todo pasa,
bellezas, glorias, placeres:
todo pasa; pero tú eres
emblema de lo *inmortal.*

El alma tierna que siente
de afán agitada, interno
brotar de un amor eterno
el transparente raudal;
te escogerá entre las flores
para una mística ofrenda,
para que sirvas de prenda
á su pasión *inmortal.*

Y al que perdió en un sepulcro
el bien que en el mundo alcanza,
y no tiene otra esperanza
que la patria celestial;
tú le ayudas, flor preciada,
á que su fe no sucumba,
cuando adorno de la tumba
te levantas *inmortal.*

Me abrasa un incendio el alma,
en perpetuo afán me agito,
tengo sed de lo infinito,
me hastía lo terrenal.
Dejan los frutos del mundo
en mis labios sólo arena:
alma! cumple tu condena,
levanta el vuelo *inmortal.*

Te amo, flor, por más que sean
tristes tus secas hojillas,
inodoras y amarillas;
pero siempre estás igual.
Tú serás mi compañera,
tú serás mi flor querida,
ah! porque en mi alma se anida
un sentimiento *inmortal.*

Sé el adorno de la lira
que esta canción hoy entona,
y adorno de mi corona
en la mansión sepulcral:
sí! cuando yazga en la tumba,
en que mi amada reposa,
quiero que brille en su losa
alguna flor *inmortal.*

LA HERMANA DE LA CARIDAD.

(FANTASÍA.)

A mi querida prima Soledad Urruela de Echeverría.

Muy joven, muy hermosa, pronto dejas
el risueño banquete de la vida:
está brillando y hasta el borde henchida
de dulce miel la copa del placer.
Sin duda tú no sabes de este mundo
las alegrías y animadas fiestas,
cuán armónicas suenan las orquestas,
cuál se levanta un trono á la mujer.

Y ella, de triunfo en triunfo caminando,
entre cultos fervientes y ovaciones,
despierta las más bellas ilusiones
al brillo de sus ojos seductor;
y revestida de flotantes gasas,
que mal encubren el turgente seno,
siente su corazón de dicha lleno,
y de apacible vagabundo amor.

Y no sabes tampoco vendrá un día
en que perdida esa risueña calma,
un ser dichoso se entronice en tu alma,
para que en él delires sin cesar;
y á tu poder y á tu beldad rendido,
te pida en premio de sus ansias puras,
que adornada de blancas vestiduras
le concedas tu mano ante el altar.

Sin duda tú no sabes que da un fruto
de amor y bendición, el amor mismo;
que le amarás con loco fanatismo
y tu labio en el suyo has de posar:
cuando veles su sueño embebecida,
tan bello cuadro de amorosas galas
tendrá en el fondo las azules alas
del ángel de la infancia tutelar.

¡Oh, sí! tú sabes eso, ó lo adivinas,
y sin embargo todo lo abandonas;
anhelas otros triunfos y coronas
de eterno bien y perdurable paz:
cuando tu hermosa pubertad empieza,
sientes el corazón al mundo extraño;
y es tu hábito talar de burdo paño
y tosco lino, adorno de tu faz.

Prefieres los dolores, los gemidos,
á los deleites de la tierra impura;
no adornará un instante tu hermosura
el báquico festín de Baltasar;
y presurosa acudirás en busca
del desgraciado Job agonizante,
y afanosa, solícita y amante,
le sacarás del sucio muladar.

En tu seno, doliente y fatigada,
la pobre humanidad su sien reclina,
y una luz de los cielos te ilumina
y te presta su inflencia divinal.
Cuando en medio de noche tenebrosa,
sólo el dolor acongojado vela,
eres de Dios el ángel centinela
en el triste salón de un hospital.

Allí, tal vez, descienden tus palabras,
cual benéficas gotas de rocío,
á consolar el corazón vacío
de la mujer que el mundo abandonó;
es ídolo de arcilla vuelto lodo,
temprana flor que marchitó la orgía,
y entre incienso y aplausos hubo un día
que sus perfumes pródiga esparció.

Allí, tal vez, muriendo entre tus brazos,
quien vió la luz en apartada tierra,
y ya los ojos anublados cierra
de la muerte en la triste lobreguez;
contempla en tí la madre cariñosa
que vió brillar como distante faro,
recordando pasó bajo su amparo
los días de la cándida niñez.

Bien hayas siempre, flor del cristianismo,
árbol frondoso á la mitad del yermo,
que al huérfano, al expósito, al enfermo,
su sombra cariñosa les prestó.
Bien hayas tú, que vives en la orilla
del mar tempestuoso de este mundo,
para salvar á aquellos que iracundo
náufragos á las playas arrojó.

Tú, que en el centro del dolor floreces,
tú, que el dolor con tu virtud perfumas,
de Dios demuestras las bondades sumas
y *El* te previene esa misiòn cumplir.
Te preparan los ángeles del cielo
de los electos la triunfante palma,
y bajarán á recibir á tu alma
cuando llegue tu hora de morir.

A UNAS ROSAS SECAS.

Recuerdos desventurados
de mis amorosas penas;
amarillas y marchitas
rosas un día tan bellas,

¡Oh, qué mustias os encuentro!
El color perdieron secas,
las ojas que vi otro tiempo
de grato perfume llenas.

Digno adorno de mi amada,
sobre su gentil cabeza,
llenaban de suave aroma
de sus cabellos las trenzas.

Una noche de alegría
fueron amorosa prenda:
entonces vi muchas flores,
pero ningunas tan bellas.

Y su aroma confundido
con el que su boca encierra,
respiraba, y hasta ahora
ese placer me enagena.

Tal vez mi pálida frente
dejé caer de manera,
que con ellas se rozara
y su hermosa cabellera.

Si murmuraron mis labios
alguna plegaria tierna,
levantada en los altares
de aquella virgen ingenua,

Fué la expresión expontánea
de la agitación primera,
que turbó la paz de mi alma
en la edad de la inocencia.

¡Pobres flores ya marchitas,
descoloridos emblemas
de mi juventud tan mustia,
de mis esperanzas muertas!

¡Cómo no habían los años
de acabar vuestra belleza!
Las flores viven un día
y nuestra dicha es como ellas.

Que el alma en su amor primero,
un edén divino sueña;
y halla en la vida tan sólo
tristes llanuras desiertas.

Voy á entregaros al viento
cenizas de flores secas.
¡Adios, adios....! por vosotras
ninguna lágrima rueda.

Flor encantada de un día,
del alma ilusión primera!
se van, tu aroma á los cielos,
tus cenizas á la tierra.

Pero un recuerdo constante
eterno y triste me dejas,
sombras vagas y confusas
en que mi vida está envuelta.

AL ANOCHECER.

Velut umbra.

Las estrellas que pálidas titilan
muestran incierto resplandor escaso,
y entre las densas sombras del ocaso
postreros rayos de la luz vacilan.

Como espectros que lúgubres desfilan,
inciertos caminando paso á paso,
los días de mi vida yo repaso
y en mis ojos las lágrimas se apilan.

A esa luz vespertina, moribunda,
el cuadro oscuro de mi eterna pena,
de misteriosa claridad se inunda;

y el son de la campana que resuena,
es una voz doliente y gemebunda,
que vibra en mi alma de tristeza llena.

A MI HIJA MARIA.

(AL CUMPLIR TRES AÑOS.)

Unica prenda salvada
del naufragio de mi amor.

HARTZENBUSCH.

I.

El que surca en noche obscura
el piélago embravecido,
en débil barca insegura,
cansado, solo y perdido;
agita el remo incesante
y camina hacia adelante,
que su aliento no desmaya
y las fuerzas recupera,
al recordar que le espera
su choza humilde en la playa.

Pero yo, sin rumbo cierto,
yo que es fuerza que sucumba;
yo que no tengo otro puerto
que el que me ofrezca una tumba;
¿por qué vacilando temo
soltar el pesado remo,
cuando mis desgracias sumas
podrían remediar solas
las embravecidas olas
con sus hirvientes espumas?

II.

Es porque su luz destella,
en mi desierto sombrío,
una solitaria estrella
del cielo del amor mío.

Bella como la esperanza
del más fantástico edén;
triste, cual la remembranza
que deja el perdido bien:

Te levantas, hija mía,
y de luz mi cielo pueblas,
como el luminar del día
resplandece entre las nieblas.

Dios destruyó de improviso
la felicidad de mi alma;
pero me dejó una palma
del perdido paraíso.

Dejóme un bien, dulce y caro,
consuelo en mi soledad:
dejóme la luz de un faro
que alumbre mi obscuridad.

Flor en botón, bella y sola,
en mi desierto nacida,
que despliegas tu corola
á las auras de la vida:

Tortolita cuyas plumas
nacientes dentro mi nido,
son como leves espumas
en el golfo del olvido.

Vivo, animado recuerdo
del amor que fué mi gloria,
y del ángel que no pierdo
un instante en la memoria;

Eres todo mi universo
y el lazo que al mundo me ata;
el cristal brillante y terso
en que mi amor se retrata.

Eres el solo eslabón
de mi cadena ya rota:
la clara fuente do brota
la vida en mi corazón.

Eres de un pobre poeta
la tristeza y la alegría,
la solitaria armonía
de su existencia incompleta.

III.

De la vida en el alba brillas,
y en tí vierten su tesoro,
las rosas en tus mejillas
y en tus cabellos el oro.

¡Con cuánto afán y embeleso
recojo yo tus sonrisas
y de tus labios el beso!
¡Cuánto me deleito en ellos
cuando flotan tus cabellos
en las alas de las brisas!

Tanto prestigio tú tienes
y tanta influencia en mi ser,
que mis lágrimas detienes
cuando á causa mis enojos,
asomadas á los ojos
se preparan á caer.

¡Oh dulcísima hija mía,
mi consuelo y mi alegría,
al contemplarte, María,
en la aurora de tu abril,
mi corazón se extasía
en tu belleza infantil!

Mas tú, serafín que vuelas
luminoso en torno mío,
si mi infortunio consuelas,
aumentas mi pena aguda,
cuando medito en la duda
que da el porvenir sombrío.

Quién me diera en tu ancha frente,
do la inocencia fulgura,
adivinar claramente
tu inteligencia futura!

Cómo quisiera en mi anhelo
tu destino presentir,
y poder rasgar el velo
que oculta lo porvenir.

Las penas olvidaría
de mi destino infeliz,
y no dudo que hallaría,
mi alma esforzada y fuerte,
muy dulce la misma muerte,
si supiera que tu suerte
había de ser feliz.

Hoy la infancia te cobija
con su manto de azucenas,
y nada comprendes, hija,
de infortunios ni de penas.

Cuando tú ves que sonrío,
cuando te ensayo cantares,
no sospechas, ángel mío,
mi amargura y mis pesares.

Cuando te velo dormida,
en tu suavísima calma,
estás muy lejos, mi vida,
del drama que pasa en mi alma.

IV.

Mas el día que germine
amor en tu corazón,
y tu alma bella ilumine
la antorcha de la razón;

Juntos los dos rendiremos
tributos á una memoria,
y letra á letra leeremos
las hojas de nuestra historia.

Una imagen va conmigo
dentro del alma guardada;
día y noche la bendigo,
porque es para mí sagrada.

Y yo haré que en mi alma leas
y que esa imagen adores:
que la toques, que la veas,
y que al no encontrarla llores.

Ella sabrá darnos calma
fortalecer nuestro duelo,
y levantarnos el alma
y las miradas al cielo.

Hay un ángel, no lo dudo,
que habita en la eternidad,
y abroquela con su escudo
mi viudez y tu orfandad.

Angel bello que en el mundo
mi esposa un día llamé,
y á quien tiernamente amé
con el amor más profundo.

A quien me mantuvo aquí
unido un lazo tan fuerte,
que nadie sino la muerte,
pudo apartarla de mí.

Desde el cielo donde está
estoy cierto que me mira;
mis pensamientos inspira
y bendiciones me da.

Estoy cierto que en mí fija,
si estrecha mi mal sus lazos,
me estrecha ella con los brazos
encantadores de su hija.

¡Oh alma del alma mía!
perdido no puedo haberte;
es impotente la muerte
para nosotros, María!

Perdí la paz y la calma,
un cáliz de acíbar bebo;
pero siento que te llevo
entera dentro del alma.

V.

Virgen madre inmaculada,
fuente de todo consuelo,
azucena trasplantada
á los jardines del cielo:

Tú, esperanza del que llora,
tú, consuelo de los tristes,
tú, que en el mundo, Señora,
también dolores sufristes;

Oye mi cantar profano,
y en tus bondades prolija,
tiende compasiva mano,
no sobre mí, sobre mi hija.

A mí, tristeza infinita,
y el abandono y el llanto
á ella la sombra bendita
de las orlas de tu manto.

Tu valer inmenso puede
cuanto conseguir te cuadre:
haz, virgen pía, que herede
las virtudes de su madre.

Y en el mundo sé su guía;
que la guarde tu bondad;
tu nombre tiene, María,
ampara pues su orfandad.

A * * *

Dulce niña tan hermosa,
¿por qué le pides cantares
á mi lira,
si está ronca y tenebrosa
y al eco de mis pesares
¡ay! suspira?

ENRIQUE GIL.

¿Por qué me pides te consagre un canto,
si están rotas las cuerdas de mi lira,
si suenan cual preludio de mi llanto
y es el dolor, la musa que me inspira?

Hoy de tu vida la oriental estrella
su luz refleja y tu horizonte dora,
y no es para cantarte, niña bella,
el triste bardo que cantando llora.

Tú, virginales ilusiones tienes,
adormida en tus cándidos amores,
y ciñe en torno tus nevadas sienes
una guirnalda de tempranas flores.

La sávia de mi alma está extinguida,
mi corazón cerrado á la esperanza;
apenas la ventura de tu vida
mi pensamiento á comprender alcanza.

Mi afán de amor y gloria, de improviso,
hoy se ha trocado en un dolor eterno:
llevando en esperanza el paraíso,
la realidad he hallado del infierno:

Mas tu amistad es un fraterno halago,
un arrullo tan blando al corazón,
como el recuerdo inextinguible y vago
de mi primera, cándida ilusión.

Cuando viertes raudales de ternura,
sobre mi triste juventud marchita,
bajo tus alas, ángel de ventura,
mi lacerado corazón palpita.

Cuando contemplas, bella, enternecida,
mi pobre frente que el pesar marcó,
si te ahorrara una lágrima mi vida,
en holocausto te la diera yo.

Si alzar pudiera una oración al cielo,
con la infantil pureza que perdí,
no demandara un término á mi duelo,
sería mi oración sólo por tí.

Mas si el invierno de la vida, frío,
te arrebata la flor de tus amores,
allá en la noche del dolor sombrío
llámame, hermosa, cuando triste llores.

Porque entonces las lágrimas que apila
mi dolorido y tormentoso afán,
empañando mi lánguida pupila,
unidas á las tuyas rodarán.

Olvida este cantar: sonó doliente
cual moribundo y postrimer adios:
nunca pase una nube por tu frente,
y seamos siempre antítesis los dos.

Sigue en tu vida de ilusión dorada,
ufana de pasión, ébria de amor,
alegre, bulliciosa, enamorada,
sin presentir la noche del dolor.

Yo quedo en lobreguez, llorando en ella,
y cansado del peso de la cruz:
las sombras cubren mi oriental estrella,
la tuya vierte soberana luz.

ROSAS BLANCAS.

La rosa blanca es una flor tan triste!
hay en su palidez tanta amargura,
que la mano á tocarla se resiste;
me parece una flor de sepultura.

CAMPRODÓN.

Allá en mi niñez perdida,
tempranamente adoraba,
á una niña que hizo estériles
las primicias de mi alma.

Si entonces me hubiera dicho:
"es mentira tu esperanza"
habría entrevisto el mundo
como un desierto sin palmas.

Aquel amor pasó pronto,
con más brevedad que el alba;
sólo me dejó en recuerdo
un ramo de rosas blancas.

Las conservé muchos años,
y con afán las besaba;
les hice el primer romance
y al fin se volvieron. . . . nada.

Después una joven pálida,
de cabellera castaña,
me hizo sentir hondamente,
el poder de su mirada.

Tenía el conjunto armónico
que ningún pincel retrata,
y algo de las azucenas
abriéndose á la alborada.

Mas nunca pude explicarle
mis mal comprimidas ansias,
porque estando en su presencia
perdía trémulo el habla.

Y mi alma permanecía
sólo de ese amor esclava,
cuando....¡vi pasar un féretro
ornado de rosas blancas!

¡Ay....! vibraron doloridas
todas las cuerdas de mi arpa,
y á los vientos entregaron
armonías elegiacas.

Siempre las primeras flores
del corazón, nacen vanas:
son las gotas de rocío
al despuntar la mañana.

Nubes diáfanas que ondean
en el cielo azul en calma;
y un leve soplo de viento
deshace sus tenues gasas.

Iris de bellos colores
y de envanescentes franjas,
que al aparecer anuncia
las tempestades del alma.

Han corrido muchos años,
y aun hoy por mi frente pasa
una sombra de tristeza
cuando veo rosas blancas.

Aparto de ellas los ojos,
mas no la memoria ingrata,
ora estén en los jardines,
abriendo las hojas albas,

Ora las vea en las fiestas
religiosas, ó profanas,
lucir en ramos esbeltos,
en festones ó en guirnaldas.

Pasan ¡ay! las ilusiones
como del río las aguas;
se deshacen como espuma
de los mares en borrasca.

De la nave que zozobra
flotando queda una tabla,
en movimiento continuo
sobre las ondas amargas;

Así, entre sombras mortuorias,
de mi alma en el fondo vagan,
melancólicos y tristes
recuerdos de rosas blancas.

A LA LUNA.

(A mis queridos amigos y discípulos
don Francisco Chaves y don Juan Ulloa Giralt.)

Vestal del cielo,
cuán bella subes
envuelta en nubes
de áureo tizú,
al levantarte
bañando en lumbre,
la erguida cumbre
del Irazú!

Sobre las lomas
tu luz destellas
y las estrellas
en derredor,
ya te preparan,
en bello coro,
diadema de oro,
de luz y amor.

Agonizantes,
bellos celajes,
te dan encajes
de rico tul;
para que cruces
en tu desvelo,
te ofrece el cielo
alfombra azul.

Te dan cristales
muy transparentes
todas las fuentes,
y ondas del mar;
sobre las cuales
tú, desde lejos,
áureos reflejos
haces rielar.

Te ven las vírgenes
enamoradas
con las miradas
de la ilusión;
suspiros lánguidos
te dan, perdidos;
pero salidos
del corazón.

Contigo vienen
citas amantes;
vienen distantes
los de otra edad,
tristes recuerdos
que se levantan,
y al lejos cantan
con vaguedad.

Niño inocente
me extasiaba
cuando miraba
tu disco yo;
¡virgen del cielo!
eres la misma;
mas aquel prisma
de mi alma, no.

Después en noches
llenas de amores,
vi tus fulgores
resplandecer;
acariciaban
con gran ternura,
la frente pura
de una mujer.

Uun ángel era
que en mi camino,
puso el destino:
era mi amor.
Era un ensueño
casto y poético;
pero profético
de mi dolor.

Porque en el mundo
la dicha, en suma,
como la espuma
leve del mar;
como las flores
que dan los campos;
como los lampos
al relumbrar:

Cual tenue nube
que te recata
y que arrebata
el huracán;
como las aves
que el bosque adornan
y jamás tornan
cuando se van;

Como la calma
de la conciencia,
cual la inocencia
de la niñez,
Pasa.... y nos deja
la vida trunca
y nunca.... nunca
vuelve otra vez.

Pálida virgen
del firmamento,
mi sentimiento
despiertas tú;
al levantarte,
bañando en lumbre,
la erguida cumbre
del Irazú.

Eres tan bella
púdica y grata!
Tu luz de plata
fué mi ilusión:
encierras tantas
dulces memorias,
perdidas glorias
del corazón!

Lámpara fuiste,
célica y pura,
que mi ventura
iluminó,
cuando en el seno
de mi María,
el alma mía
se extasió.

Alzate luna,
bella y serena,
álzate llena
de magestad,
aunque al mirarte
pierda la calma
y surja en mi alma
la tempestad.

Fanal tranquilo
que tus fulgores
en mis amores
vertiste ayer,
hoy se deshace,
ante tu encanto,
en triste llanto
todo mi ser.

Hoy sólo inspiras
al alma mía
melancolía
y exaltación....
Es que mantengo
dentro del pecho
pedazos hecho
el corazón.

Sobre la frente
de mi María
resplandecía
tu suave luz;
viértela ahora,
luna piadosa,
allá.... en su losa,
allá.... en su cruz.

A DON PEDRO DE ALVARADO.

Sombra del conquistador,
por sepulcro no te afanes.

AROLAS.

¡Alvarado inmortal! nadie te iguala
en nobleza y aliento sobrehumano;
segundo de Cortés, el mexicano,
Hijo del sol te apellidó en Tlaxcala.

De esa gran epopeya fuiste gala,
noble adalid, heroico castellano;
y después con esfuerzo soberano,
conquistador, fundaste á Goatemala.

Doquier tu fama universal retumba,
pues fué en el mundo tu grandeza tanta,
que será inextinguible tu memoria;

Si tus cenizas ¡ah! no tienen tumba
y ni una estatua tuya se levanta...
obelisco inmortal te da la Historia.

UN PENSAMIENTO.

En la tumba de Doña Elena Giralt de Ulloa.

Una cruz ... una tumba.... una memoria!
Eso queda en el mundo y nada más,
cuando emprende su vuelo hacia la gloria
el ángel que custodio fué en su hogar.

Nó! que del árbol las hermosas flores,
tienen germen prolífico y creador,
y hay una eterna sucesión de amores
si ha dado al árbol bendiciones Dios.

Oh no! que desde el fondo se levanta
de la tumba, su hogar á presidir,
la madre de familia, pura y santa,
que fué modelo y bendición aquí.

Si en otro mundo, para el alma buena,
la recompensa existe á que aspiró,
Dios te permita desde el cielo, Elena,
guardar los frutos de tu tierno amor.

FRANCISCO LAINFIESTA.

Nativo de la ciudad de Salamá, cabecera del departamento de la Baja Verapaz, Francisco Lainfiesta vino al mundo el 18 de agosto de 1837. De edad de siete años fué enviado por su padres á la capital de Guatemala, con el fin de que recibiese la primera instrucción en el instituto privado de don Andrés Tellez Pineda.

Más tarde, cursó filosofía y leyes en la Universidad de esta República, no habiendo podido continuar en el estudio del derecho, con motivo de que desde la edad de catorce años tuvo que buscarse la subsistencia con su trabajo personal.

Durante el lapso de tiempo corrido desde 1849 hasta 1857, Francisco Lainfiesta estuvo empleado en diversas oficinas públicas, tales como la de la Secretaría de la Corte Suprema de Justicia y las de Relaciones Exteriores y Hacienda. Sabemos que en los últimos años de este período se dedicó al ejercicio de las artes del dibujo y del grabado, en las que es hábil, y ha logrado perfeccionarse de una manera no común, merced á su laboriosidad y otras dotes que lo adornan.

Por los años siguientes al de 1861, estuvo sirviendo un laborioso empleo en la Antigua Guatemala, en donde, á pesar de sus ocupaciones, hizo los estudios indispensables para recibirse de Escribano público, habiendo alcanzado tal título en 1865. Posteriormente á esta fecha, desempeñó en Guatemala un empleo en la Dirección de la Compañía Anónima de Aguardientes.

En setiembre de 1871, fué llamado á ocupar la Subsecreta-

ría de Fomento. Estando en ese puesto se le nombró, por el distrito electoral de Chiquimula, Representante á la Asamblea Nacional Constituyente que se inauguró en 1872.

A mediados de 1874 el Gobierno de la República le comisionó para que fuese á los Estados Unidos del Norte, é hiciese imprimir los billetes del Banco Nacional, y para que además, visitase los establecimientos de enseñanza y beneficencia, y contratase algunos profesores de ambos sexos, con el fin de que en Guatemala se establecieran escuelas bajo el sistema americano. Lainfiesta desempeñó satisfactoriamente cada uno de los objetos que llevó entre manos en aquella honorífica comisión.

Hasta ahora los lectores de *La Galería* están impuestos de algunos rasgos de la vida de Francisco Lainfiesta, quien, habiéndose formado por sí sólo hasta ocupar el importante puesto de Ministro de Fomento, y hallándose favorecido por la naturaleza con notable numen poético, es uno de nuestros bardos contemporáneos de más nota.

Fluidas, castizas é inspiradas, sus composiciones recordarán siempre en Guatemala la armonía y dulzura de su lira; y al propio tiempo, harán que nacionales y extranjeros, reconozcan en él á un verdadero hijo de Apolo.

Réstanos decir que Lainfiesta ha prestado su valiosa colaboración en diferentes periódicos publicados en la capital de la República, y que últimamente ha figurado como Ministro Plenipotenciario de Guatemala en Washington, en donde en la actualidad se encuentra al frente de la propia Legación.

En la Tipografía de "El Progreso" se hizo una bonita edición de sus poesías.

¡TU!

¿Quién eres tú....? para decir quién eres,
tal como el alma al corazón te muestra,
no hay una voz en el lenguaje humano
que algo de tí por la dulzura tenga.

Ni entre los ecos de la ebúrnea lira
que el vate pulsa y el amor retempla,
vibró jamás la suspirada nota
que de tu ser una expresión me diera.

Calla mi lengua enmudecida al punto,
y huye la pluma de mi mano inquieta,
si á descubrirte cual te mira el alma
el pensamiento y el amor se esfuerzan.

Quizá más fácil á la lira mía
fuera animar una esperanza muerta,
que definirte en la expresión que tienes
siendo de gracias pudoroso emblema.

Sólo natura en sus divinos cuadros
y en su callada, misteriosa lengua,
copia los rasgos de tu dulce imagen
cual no lo pudo mi palabra yerta.....

Allí es en donde el corazón te busca
y á cada paso el corazón te encuentra,
ya entre los cambios de la luz del cielo,
ya en los paisajes que á la tierra llenan.

En el aroma de la blanca rosa,
y en el candor de la inocente adelfa;
en la pureza sin rival del nardo,
y en el talle gentil de la azucena.

En los cantares de la amante tórtola,
que al cielo envía su doliente queja;
y en la sonrisa angelical del niño
que con los besos de su madre sueña.....

En el silencio y la quietud del bosque,
que al león aduerme en su ignorada cueva,
donde ni el soplo de las blandas auras
se oye gemir entre las ramas secas.

En el estruendo de agitadas aguas
que á saltos corren por quebrada senda,
y en el cristal de la tranquila fuente
donde el cervato sin temor se allega.

Si de la Arabia el peregrino surca
por los desiertos de candente arena,
y á su cansancio bienhadada sombra,
dulce le brinda la gentil palmera;

Yo que tu imagen con placer descubro
viva en los cuadros de natura bella,
la humilde palma ante el simoun erguida,
de tí me ofrece seductora idea.

Si nueva luz por el oriente llama,
y de su lecho de topacio y perlas
salta la aurora, por mirar al mundo,
tímida abriendo las doradas rejas;

Y rie al ver á las nocturnas sombras,
ya descubiertas por la luz primera,
volar en grupo á los funestos antros
cual si tuviesen á la luz vergüenza;

Y cuando, en fin, por la dorada cima
la majestad del luminar se muestra,
surge tu imagen á mi vista absorta
y el alma siempre con amor te observa.

También te encuentra al expirar del día,
bajo el dosel de la celeste esfera,
cuando al amor de agonizante lumbre,
nubes de rosa y de rubí campean.

Y en la hora triste de silencio y calma
en que á los cielos la oración se eleva,
paz y ventura al Hacedor pidiendo,
por los que sufren, como yo, en la tierra .....

Cuando la noche por el mundo corre
y en masa informe, sin color, la deja,
tú.....siempre brillas transponiendo el velo
cual brilla Orión en la profunda cuenca.....

Y así te miro al contemplar las flores
y al escuchar del ruiseñor la endecha;
cuando mis ojos por el prado vagan,
y cuando vagan por la umbrosa selva.....!

AL SALVAGE DEL NORTE.

¡Salud, bravo titán, hijo del bosque,
señor y rey de la extensión umbría.....!
yo te saludo y con fervor inmenso
amo tu libertad rústica y fiera.
Tú, en mi alma triste y desolada, viertes
un reguero de luz y de armonía.....
tu rudo salvajismo me enardece
y me hace tu cantor ¡bárbaro amigo!.....
Digno te encuentro de cariño y gloria
¡sublime explorador de la espesura.....!
tu fiereza me encanta....., eres heroico
y á tus mayores leal hasta la muerte.....
Hincha tus venas la ardorosa sangre
del intrépido león y eres más ágil,
que el tigre y el jaguar..... En la borrasca
cortas cual pez las ondas tronadoras
del torrente espumoso, y te complace
el peligro mortal.....Tu ojo de lince
cruza veloz como la luz del rayo
el laberinto obscuro de la selva;
y con tu oído de corcel fogoso,
el distante rumor, listo percibes.....
Si en busca de la caza te encaminas
por denso matorral, salvas ardiente
la red de púas que la senda embarga;

giras cual sierpe, y como sierpe llegas
sin un roce causar que te descubra,
hasta que el silex de tu alada flecha
hiere mortal al enemigo incauto.....
Cual ráfaga de viento te abalanzas
tras la corza veloz al precipicio,
y no te arredra su enlutada sima:
ligero abordas la erizada cresta,
subes jadeante y á la corza sigues
que al fin, tronchada por la muerte, cae
allá en el seno de profundo abismo....
El áspero rugir de la pantera,
es á tu oído animador concierto
que escuchas con placer.... No te sorprende
de la boa el silbar, cuando á tu paso
se arquea furibunda y temblorosa,
llamándote á la lid.... Firme sostienes
el combate mortal, y al punto quedas,
cual siempre, vencedor.... si en la espesura
un pigmeo reptil hinca su diente
en tu caldeada piel, giras un paso,
y la yerba que el tósigo aniquila,
su savia redentora allí te obsequia....
¡Salve, hijo del bosque ...! Tu palacio
con su techumbre de esmeraldas y oro,
digno es de tí, que embellecerlo sabes
con tu aliento inmortal.... El sol de fuego
en que tu faz se inunda placentera,
abrillanta tu piel, y sus destellos
reverberan allí como en el bronce
que al lidiador en la pelea escuda....
Tiende la noche su capuz de estrellas
y orilla del torrente fragoroso
sobre la blanda arena te adormitas
soñando con tu Dios.... Endurecido
á la cruda intemperie, no te alarma
que la escarcha sutil hiele tus miembros,
ni que la lluvia torrencial te inunde ..

Tú de la creación eres el hombre
robusto y superior . . . Naturaleza
allí sobre tu sien presenta airosa
la fuerza y el poder . . . . mas . . . ¡ay amigo!
tú, de las fieras y del negro bosque
intrépido adalid . . . tú, que sonríes
cuando desata el huracán sus fuegos
que estremecen al orbe y le atribulan . . . .
tú, que no esquivas la presencia airada
del tigre ó el chacal; huyes del hombre
que tu raza infeliz hiere y destroza
con bárbaro furor . . . huyes del blanco
más fiero para tí que cuantos mónstruos
el universo abriga ..... huyes del hombre
que allá desde su trono marmolado
decanta libertad, mientras previene
con astucia feroz, borrar del mundo
la huella de tu pié . . . . El te persigue,
te arranca de tus lares con la muerte,
ó te arroja al confín de la aspereza
en el desierto erial. . . . . El te aniquila,
mientras al león, al oso, á la serpiente
brinda su halago, y con afán educa
hasta domar el veleidoso instinto
que les sirve de luz . . . . y á tí reserva
odio fatal y su desprecio insano,
sin acordar que tu ardorosa frente,
bajo el tosco barniz que la circunda,
guarda apacible celestial espíritu,
foco de un alma inteligente y dúctil
que al bien se pliega, cuando al bien se atrae
con instrucción y amor.....
¡Ah pobre amigo!
bien haces en llorar la desventura
que agobia tu existir . . . . De tus dolores
recibe en expiación la pena amarga
que me hiere por tí . . . . No te importune
si el *blanco* que se dice *humanitario*

y es dueño como tú, de noble espíritu,
te llama *adusto* y *cruel;* que tú no lo eres
en el grado que aquel para contigo,
y á no serlo, jamás te encaminaron
en el rústico hogar.... Esto mitigue
la pena devorante que te abruma,
en tanto que del mundo te separas,
para dejar tan sólo la memoria
de tu fiereza audaz y tus martirios.

AL AMANECER.

Mirad! cómo se muestra tranquilo por oriente,
del alba esplendorosa el nítido arrebol....
ya cruza el primer rayo el ámbito terrestre,
rasgando en su carrera el fúnebre crespón.

Ya surgen á millares los rayos de colores
que llenan el espacio con su potente luz,
y arrollan victoriosos las sombras de la noche,
al éter devolviendo su bello tinte azul.

Mirad! cómo el fantasma de negra cabellera,
huyendo presuroso hacia el ocaso va;
y el genio del silencio también á huir se apresta
cuando escuchó en un bosque, de un ave el suspirar.

Por una y otra senda, en torno al horizonte,
dibújase ancha huella de vívido fulgor,
que abraza lentamente el círculo del orbe,
tiñendo de oro y grana la diáfana región.

Ya tiemblan azorados los mil y mil luceros
fanales de la noche cercanos á morir.. .
y en lágrimas convierten sus últimos destellos,
con que se adorna ufana la rosa en el pensil.

Mirad! con qué zozobra las blancas nubecillas
que del monte á la falda vinieran á soñar,
recogen su ropaje y vuelan conmovidas,
buscando en las alturas el lampo matinal.

Desátase ya el mundo en suaves armonías,
la vida se despierta..... cesó tanta quietud!
murmuran los arroyos jugando con las brisas
y susurran las ondas del lago allá entre el tul.

Oíd! cómo se mézclan los cantos de la tórtola
al grito penetrante del águila caudal,
y los murmurios leves de la vertiente ignota
al pavoroso estruendo de embravecida mar.

¡Cuán tierna melodía del mundo se levanta,
y sube hasta los cielos en mística oración,
en tanto que la aurora, torrentes de oro iutlama,
y vierte en la carrera que va á medir el sol!

Con paso fatigoso, tirando el ígneo carro,
ya ganan los çorceles la cúspide oriental,
y allá en el fondo luce de fuego tinturado,
el humo que respiran en su potente afán.

Mirad!....el horizonte se torna en lava ardiente
y asoma rutilante el astro de la luz....!
¡Oh rey de la esperanza! tu vista me conmueve,
y tus divinos rayos destrozan mi laúd....

¿Qué puedo yo decirte, fanal del pavimento?
¿Qué vale ante tu trono el eco de mi voz?....
Perdona, pues, si callo, si para tí no tengo
por tan grandioso que eres, un canto en tu loor.

AL PONERSE EL SOL.

Está serena la tarde,
y en la bóveda azulada,
hay tendidos muellemente
cien copos de espuma nácar.

Rodando sobre el declive
de una senda de escarlata,
reparte su luz postrera
el fanal de la esperanza.

Sopla el aura cariñosa
y el dulce ambiente regala,
que las brisas sorprendieron
en las flores perfumadas.

No combate el viento rudo
la arboleda de la granja;
y el cristal de la laguna
semeja un campo de plata.

Las parleras avecillas,
que al primer rayo del alba,
dan al viento sus cantares
en loor de la mañana;

Yacen ahora silenciosas,
escondidas en las ramas,
presintiendo de la noche
la primera sombra vaga.

Del monte en la esbelta cumbre,
que al ocaso se levanta,
tiende el sol con indolencia
la cabellera dorada;

Y de momento en momento,
siguiendo tras la montaña,
del mundo que le contempla,
la rojiza faz recata.

Y muy pronto su luz bella,
que al bosque tiñe de grana,
será, no más, que un reflejo
de moribunda alborada:

Y de ese monte que vela
tanta luz y tanta gala,
en pos de la luz postrera
surgirá la sombra ingrata;

Y aquel del negro cabello,
el terrífico fantasma
que huyó de la luz del día,
vergonzoso esta mañana,

Volverá, del horizonte
traspasando la muralla,
con el séquito enlutado
que infunde miedo en el alma....

Está serena la tarde
y en su triste retirada,
¡ay! aumenta los furores
de mi pecho en la borrasca ...

Esa luz del sol que muere,
deja al mundo una esperanza.
¡Victoriosa de la noche
brillará otra vez mañana!

Mas los soles que á mis ojos
dieran vida aun en la nada,
de una noche entre las sombras
me ocultaron su luz clara;

Y he pedido en vano al cielo
disipe esa noche amarga,
donde eternamente yace
entre pesares mi alma.

EPÍSTOLA.

¡Perla del corazón! ¡vida del alma!
¡oh tú! la flor del pintoresco valle.....
Tú de mi llanto la inocente causa,
escucha todavía mis cantares.....

Quizá esta sea la ocasión postrera,
que á tí dirija mis dolientes ayes,
tal vez mañana, mi destino ingrato,
hará que el labio para siempre calle.....

Aquí en mi triste, desolada estancia,
á la memoria de tu dulce imagen,
bebiendo estoy las silenciosas lágrimas
que de mis ojos á torrentes caen.....

¡Cuán triste corre la existencia mía
sobre este mundo yerto y miserable!
campo sin luz.....sin flores ni verdura,
cubierto por un cielo sin celajes.....

Mi espíritu amoroso, tras tu huella
vagando sin cesar, camina errante.....
él llega á tu aposento, y.....no le oyes:
te llama al corazón, y..... no le abres.....

¡Eterna es esta noche! ¡Cuán sombría
para el alma que en vano ha de buscarte!
¡Ni un rayo de esperanza.....! ¡ah sí! la muerte
podrá quizá de mi dolor salvarme .....

¡Oh! si pudiera el pensamiento mío
repeler esa fuerza incomparable,
que en medio de la luz ó en las tinieblas
hace brillar tu candorosa imagen.....!

Si dominar el corazón pudiera,
y adormecer el alma en sus pesares.....
ya que el mundo sonríe á los dolores,
y para tí, los míos, nada valen.....

Pero es inútil pretender que el alma,
de este incendio voraz el fuego apague,
cuando sin tregua el pensamiento vela
de tu cara memoria inseparable.....

¡Oh tú, la vírgen de mi dulce ensueño!
haz que un alivio mi dolor alcance.....;
envíame un suspiro inmaculado,
una mirada de tus ojos de ángel.....!

Envíame una nota de tu acento,
de esa armonía misteriosa y suave,
que vibra en el sepulcro de mi vida,
como el dulce murmullo de la tarde.....

Envíame una luz de tu mirada
como el rayo del sol que, entre el ramaje,
llega á nutrir la pálida corola
del lirio moribundo al pié de un sauce.....

Que si el imán de tus divinos ojos
se detiene en los míos un instante,
veo tornar en mágica delicia
este sufrir que el corazón abate;

Y si una voz de tu argentino acento
oigo sonar en la tranquila tarde,
parece que á un impulso misterioso
fuera, tal vez, mi vida á renovarse;

Mas todo es ilusión.....esos momentos
que cruzan por el alma, tan fugaces,
como el rayo veloz, brillan y mueren
¡ay! y en el alma la tristeza esparcen.....

¡Oh tú, la vírgen de mi dulce ensueño!
si á herir tu pecho mi clamor llegare,
envíame un suspiro inmaculado,
una mirada de tus ojos de ángel.....!

A LA REALIDAD.

¡Tremenda realidad! ¡Furia sombría,
de quien el hombre al recorrer el mundo
en vano intenta recatar la faz!
Quiero mirarte sin pesar un día,
quiero reir con mi dolor profundo
y á tí, de frente, presentarme audaz!

Siempre á mis puertas ¡centinela rudo!
para matar mi varonil aliento,
la inmensidad de tu poder veló.....!
Y de mi afán el esforzado escudo,
miré volar, como la arista al viento,
una vez y otra que con él chocó.....

Siempre cual sombra funeral, errante,
sobre la senda de mi amarga vida,
traidor espía sin cesar te ví:
Siempre á tronchar en doloroso instante
la que entre afanes y dolor nacida,
dulce esperanza se posara en mí.....

Y hoy que la hermosa juventud, cansada,
á tanta lucha con dolor cediendo,
llama al dintel de la precoz vejez;
También allí, con expresión airada,
los pasos míos sin cesar siguiendo,
¡oh negra realidad! te hallo otra vez.....

Mas ya no temo tu iracunda saña,
ni los azares del mortal combate
donde mi aliento á tu poder cedió;
Y si aun el llanto mi semblante baña
porque sin fuerza el corazón se abate,
llanto es del triste, del cobarde nó!

Cual nada importa el huracán que zumba
á la palmera que cayó lidiando
contra un poder á su poder mayor;
Así, tranquilo, preparar mi tumba
te veo ¡oh realidad.....! sigue cabando,
termina presto tu fatal labor.....
.....

Desde el instante que la luz primera
de mi existencia señalara al mundo,
vino á mi lado un genio á reposar:
Yo, que ignoraba su misión cual fuera,
sonriendo le miré; y él, iracundo,
hizo en dolor mi júbilo tornar.....

Vinieron luego de la infancia loca
las cortas horas que aturdidas pasan
entre llantos y risas y placer;
Yo las crucé también.....¡calle mi boca!
si memorias sin luz, pero que abrasan,
sólo puede contar de aquel ayer.....

El genio cruel, que alimentando el llanto,
desde la cuna mi carrera guía
de mí alejó cuanto la infancia da;
Y así crecí bajo su austero manto
donde mi risa al asomar moría
cediendo el campo á la tristeza ya.

Llegó inflexible la razón mostrando
una tortuosa y erizada senda,
donde al acaso me intimó seguir;
Y entonces ¡ay! de la mirada alzando
la juvenil engañadora venda,
burla fatal me pareció el vivir!

Era una senda de granito ardiente,
do la esperanza, en aridez velada,
nunca lució su plácido color;
Donde al confín, el luchador valiente,
tan sólo halló la invulnerable nada,
bajo la guarda de un ciprés sin flor.....

Hijo de Adán, y á su destino amargo,
desde el nacer, por la desdicha atado,
de aquel camino la aspereza hollé;
Y á la mitad de un caminar tan largo,
cede el vigor.....y el corazón cansado,
sólo el vacío en lontananza ve.

Y si, volviendo para atrás los ojos,
busco la huella del sudor vertido
sobre el espacio que trilló mi afán;
Allí también, como adelante.....¡abrojos!
y un páramo de escorias revestido,
mis tristes ojos encontrando van.....

Yo combatí de la orfandad la pena,
ahogando siempre en silencioso duelo,
del corazón el súbito latir.....
Y cuando el hambre, de vigilias llena,
llevó á mi ser su macilento velo,
á ignoto llanto relegué el sufrir.....

Puse de amor la inmaculada ofrenda
ante el poder de una ilusión querida
que por mi mal brotó en mi corazón.
Y en cambio ingrato de amorosa prenda
con hiel eterna acibaró mi vida
esa del alma celestial visión.

Llevando el peso abrumador, inmenso,
con que mis hombros oprimió el destino,
de mi carrera la extensión seguí:
¡Nunca el trabajo me encontró suspenso!
¡nunca el reposo me salió al camino!
y el fruto.....¡nunca! de mi esfuerzo ví.

Porque en el mundo la ilusión impera,
y á su destello engañador ligada,
la vida corre en turbulento afán:
Para llegar.....á la estación postrera,
donde en consorcio realidad y nada,
llamando al hombre á su regazo están.....

Termina presto ¡realidad sombría!
que tu faena sin dolor contemplo,
y á tí rendido me encamino ya.....
Tal vez yo encuentre en tu cabaña fría,
de la ventura el ignorado templo,
donde feliz mi corazón será!

LA SOMBRA.

(FANTASÍA.)

¡Hija feliz del pensamiento mío!
¡espléndida visión inanimada.....!
dirige hacia mis ojos,
de tus ojos de amor una mirada:
en tí, ciego me fio;
no temas mis enojos,
no tocan con la sombra de mi amada .....

Así, del alma, creación te quiero;
ficticia y sin color; pero inocente,
por mas que tu semblante
revele de otro ser la faz luciente;
de un ser que yo prefiero
de mí siempre distante,
que no con su doblez verlo de frente

Sombra eres tú; mas libre de mancilla,
cual fuera la beldad que en mi memoria
perpetua reflejara,
sin que dudase alguno de su historia;
hasta el infausto día
que al cieno dió la cara
y á la noche entregó su nombre y gloria.....

Mas tú ¡sombra feliz! no envenenada
por hálito mortal de ente lascivo,
responde á mi cariño,
y guarda de mi amor el fuego vivo:
es el amor del niño
por la visión soñada
cual yo, retrocediendo, te concibo.

A la mitad de la tranquila noche,
cuando el silencio por el mundo impera,
parecer te miro
con tus encantos mil de primavera;
y en delicado broche,
sobre tu sien admiro,
prendida de virtud corona austera.....

Sin recordar tu original, ni el lodo
donde manchara tu guirnalda pura,
mi corazón sencillo
te mira siempre con igual ternura:
todo lo olvida.....todo,
mi queja y tu desvío;
y clama para tí por la ventura.

No te me alejes, pues, ven á mi lado;
que así en la forma de ilusión mentida,
te encuentro inmaculada,
y á la materia vil no sometida;
y el pecho enamorado,
soñando en tu mirada,
todo todo, por tí, todo lo olvida.

A LA SEÑORITA A. G. G.

De la vida en senda aventurada,
que ha de ser para tí, senda de flores,
te miro adelantar entre esplendores
que brotan de tu sien arrebolada:

Con el poder de la belleza armada,
te darán sus tesoros los amores,
como el cielo te ha dado sus fulgores,
y su acento el guardián de la ramada:

Al eco blando de tu voz sentida,
que en grato efluvio por el alma vuela,
la amarga queja del dolor se olvida;

Porque tu canto melodioso ¡Adela!
de la dulzura que en el cielo anida,
acá en la tierra la expresión revela.

DECEPCIÓN.

Dulce es pensar en tí,
dulce, á tu lado
las auras de tu aliento embalsamado
en loco devaneo respirar;

Y al compás de tu acento melodioso,
dentro del pecho amante silencioso,
un cántico de amores entonar.....

Pero es triste no hallar en tu mirada,
donde se encuentra el alma aprisionada,
un destello de amor para mi amor;
ni en tu divina, cándida sonrisa,
el suspiro fugaz con que la brisa
corresponde al suspiro de la flor.

REMITIENDO UN GUARDA-BARRANCA.

No llores más tu libertad perdida,
guarda feliz de la barranca umbría:
lleva tu canto á la adorada mía
y allí la selva tenebrosa olvida.

Dile que mi alma á su beldad rendida,
cual centinela del amor te envía,
para que en dulce y perennal porfía
vibre tu voz á mi recuerdo unida.

Si alguna vez acongojada llora
y de mi pecho recelar intenta,
dile que ardiente el corazón la adora,
cuéntale tú de mi pasión violenta:
dile que en ella mi esperanza fío
y que es su amor el pensamiento mio.

M.ª J.ª CÓRDOVA DE ARAGÓN.

Nació en Escuintla el 29 de Noviembre de 1838.

Si puede heredarse el genio, nuesta poetisa lo ha recibido en linea recta: es, por la rama materna, digna nieta de nuestro gran fabulista el Doctor García Goyena. Tiene, como él, bellísimas inspiraciones; y, como él también, es dulce de carácter, franca y agradable en su trato, espiritual en sus conversaciones y severa en el cumplimiento de sus deberes.

En 1863 casó con Don Francisco Aragón, abogado distinguido, que sirvió varias judicaturas y últimamente fué magistrado de la Suprema Corte de Justicia.

Con no poco trabajo hemos podido conseguir las pocas poesías que en seguida publicamos de la señora Córdova de Aragón, quien, en su natural modestia se negaba á dárnoslas, y más que todo, á autorizar su publicación en estas páginas. Apremiada por nuestras instancias, accedió al fin á nuestro deseo, bastante temerosa de ver figurar su nombre en una obra destinada al público. Tal temor, como cualquiera comprenderá, era infundado.

Y es que nuestra poetisa, sin gazmoñería alguna, prefiere á todo el tierno cuidado de sus hijos, persuadida de que la literatura es una bella distracción para las personas de su sexo, pero no la ocupación que mejor cuadre con el cumplimiento de su divino cometido acá en la tierra.

¡Feliz ella, que así sabe ser mujer como poetisa! Víctor Hugo la habría dicho:

Fille, épouse, ange, enfant, fais ton doble devoir.

EN LA MUERTE DE UN HIJO.

Pasaron ¡ay! mis días de ventura,
ya concluyó mi plácida ilusión:
pasaron, si, dejándome tan sólo
inundado de pena el corazón.

Recibe ¡oh Dios! mi llanto y mi tormento;
en oblación te ofrezco mi dolor,
por lo que has hecho con el ángel puro,
con el hijo querido de mi amor.

Tú lo arrancaste de mi lado amante
para llenarle de eternal placer;
á él le diste tu bienaventuranza
y á mí, Señor, acerbo padecer.

Pero esta angustia que mi pecho siente,
este intenso dolor, este pesar;
te los ofrece resignada mi alma
cuando le juzga en tu mansión gozar.

No, no puedo llamarme desdichada,
cuando de ese ángel tierna madre soy;
de ese ángel que te adora reverente
mientras su ausencia lamentando estoy.

De ese ángel inocente las plegarias,
tú, bondadoso acojerás, Señor!
ay! por ellas enjuga ya mi llanto,
mitiga mi amargura y mi dolor.

A UNA AZUCENA.

Ayer, del pensil florido,
la gala fuiste, azucena,
y aunque hoy pareces serena,
tienes pálido el color:
esos tallos ya marchitos
son un signo de tristura
y revelan la amargura,
la desazón y el dolor.

¿Por qué tienes el semblante
tan triste, tan abatido?
¿tú también habrás sentido
de un desengaño el rigor?
¿Has tú, por ventura, amado
con un ardiente delirio
á algún inconstante lirio,
quizá indigno de tu amor?

Si es así, flor inocente,
sufrirás crueles tormentos,
y estos duros sufrimientos
rasgarán tu corazón:
sufrirás, como yo sufro,
tormentos mil sin medida,
y acabará nuestra vida
cual nuestra rauda ilusión.

Esa ilusión cuya dicha
gozamos solo un instante,
hoy, cual espina punzante,
nos inunda de dolor;
Y de continuo tendremos
fijos en nuestra memoria,
esos momentos de gloria
que nos inspiró el amor.

Ese amor que á nuestras almas
las enfermó de tal suerte,
que tal vez, sólo la muerte
sus heridas curará.
Ay! mientras ella se acerca,
olvidemos los amores,
y suframos los dolores
con paciencia y dignidad.

CONTESTACION A UNA AMIGA.

Del jardín de los mortales
no soy purpurina rosa:
soy una flor que no goza
ni de frescura ni olor;
soy, cual la flor del desierto,
que sin nombre conocido,
nace y crece en el olvido,
expuesta á todo rigor.

En un tiempo disfrutaba,
no de aroma ni hermosura,
pero sí de la frescura
que toda flor gozará:
en la llanura apacible
me balanceaba gozosa,
mirando la tierra hermosa
y hermosa la inmensidad.

Tranquila viví, ignorando
que en aquel sitio en que estaba,
un lirio me contemplaba
sin expresarme su amor:
ese mismo que tú dices
que por mí se ha marchitado,
hoy tal vez está ocupado
en contemplar otra flor.

Mientras él estuvo oculto
en la pradera florida,
fué tan dichosa mi vida
cual otra jamás se vió;
Mas ¡ay de mí! que á mi vista
se presentó tan hermoso,
que en el instante el reposo
de mi corazón huyó.

Y con amantes palabras
este lirio me confiesa
el amor que me profesa
su sensible corazón:
entre tanto el mío inquieto
con tal fuerza palpitaba,
que mi labio no acertaba
á darle contestación.

"Dame un *sí*, por Dios! decía,
para calmar mi martirio:
ten compasión de este lirio
que su amor te consagró:
será tuya mi existencia,
mis afectos, mi ternura;
no me llenes de amargura
con tus desdenes; ay! no.

En tu mano está mi vida
y en tu vida mi esperanza;
no temas que haya mudanza
en mi acendrada pasión."
Todo esto el amante lirio
con tal terneza decía
que quién ¡ay! le juzgaría
capaz de inicua traición.

Mas él fué, quien inconstante
quebrantó los juramentos
que con finos sentimientos
tantas veces profirió;
olvidando para siempre
aquellos gratos ensueños,
y los goces halagüeños
que á la vez me prometió.

Todo, en fin está concluido;
sólo en mi mente ha quedado
un recuerdo malhadado
que me llena de dolor;
y este recuerdo consume
á tu amiga desgraciada,
que vivirá marchitada
por ser olvidada flor.

SALVADOR BARRUTIA.

Hénos aquí ante otro poeta militar; ante el alumno del Colegio Seminario que al oir el toque de generala de 1863, cambió el manto azul y las Pandectas, por el uniforme de sargento de rifleros y la Ordenanza del Ejército, para marchar á las órdenes del general Carrera á Coatepeque. Llamábale su carácter á una vida de actividad y de combate, que no á la existencia estacionaria de un claustro de jesuitas.

Durante la campaña de aquel año, Barrutia ascendió á Teniente, y fué condecorado con la cruz de honor decretada por la Cámara para premiar á los buenos servidores de la patria.

Con posterioridad á la revolución de 1871, que encontró á nuestro bardo con el grado de Capitán, ha desempeñado varias Jefaturas Políticas y Comandancias de Armas de departamento, ascendiendo, por escala, á General de Brigada en 1885.

Barrutia se ha distinguido por su carácter conciliador en varias misiones confidenciales que le ha encargado el Gobierno de Guatemala, cerca de los Gobiernos de las vecinas repúblicas de Centro-América, así como también en los bancos de la Asamblea, y últimamente en el sillón ministerial de la Secretaría de Fomento, á que fué llamado en junio de 87 por el actual Presidente de la República.

Como poeta es de los que con mayor empeño se han consagrado entre nosotros á la ingrata tarea de escribir para el públi-

co. Nacido en la Antigua Guatemala, en ese privilegiado edén del nuevo mundo, tiene particular predilección por cuanto á la histórica ciudad concierne. De aquí su leyenda sobre *El Descubrimiento y conquista de Guatemala*, de que se han publicado algunos fragmentos, que fueron recibidos con general aplauso por cuantos amamos las glorias patrias; y de aquí sus sentidos cantares á las ruinas de 1773. Terminado, como nos consta que está ese importante trabajo, excitamos al señor Barrutia á que lo haga imprimir por entero, en honor de nuestra incipiente literatura nacional.

Barrutia acometió, además, la atrevida empresa de continuar *El Reloj*, la más picante de las leyendas de nuestro inmortal Pepe Batres; y si bien creemos que no se colocó á la altura del autor de las *Tradiciones de Guatemala*, en cuanto al desarrollo y desenlace del drama, preciso es confesar que imitó en algunas estrofas su estilo, salpicándolos de chistes que no desmerecen de los del original.

De doña Clara dice que cuando estaba encerrada en el monasterio, pedía á Dios el descanso eterno de Cabral, pensando, por supuesto, en don Alejo,

"Y cerraba la puerta con tal tiento,
que muchas noches se la abría el viento."

Y de la vieja tercera, *tercera* en el doble sentido de la palabra, que:

"Allá en sus quince había sido gente
de armas tomar, y con algún salero.
Cuando de arrugas se cubrió su frente,
sin poder atrapar un compañero,
el hábito pidió devotamente.
Como ésta he visto muchas que, primero
dan al mundo su carne sin respeto,
y guardan para Dios el esqueleto."

Octava que nos recuerda la picarezca contrición de don Pablo, en la leyenda del mismo nombre.

En el género lírico Barrutia es inspirado y sentimental, como lo demuestran las varias composiciones que, corregidas por él mismo, damos á continuación, agradeciéndole habernos favorecido con la descripción del lago de Atitlán, que pertenece á la leyenda histórica de que hemos hablado atrás, sobre la conquista del reino de Guatemala.

A LA AMÉRICA CENTRAL.

¡Salve, verjel del nuevo continente,
que acarician las ondas de ambos mares!....
¡si pudieran mis rústicos cantares
tu grandeza á los pueblos pregonar!....
¡Si fuera dado á tu hijo reverente,
pintar tus mares, tu esmaltado cielo,
rasgar del porvenir el denso velo,
y tu sublime horóscopo encontrar!

Entonces, cara patria, entusiasmado
profeta de tus glorias, cantaría
tu hermoso porvenir, y vibraría
al soplo del placer mi corazón;
libre, feliz y grande yo te viera,
marchando á la vanguardia del progreso,
establecer tu liberal Congreso
sobre las firmes bases de la unión.

Huyendo de tus playas la discordia
que tantas veces cual sangrienta hiena,
ha enrojecido tu argentada arena,
regándola con sangre fraternal:
y en vez de hacer girar en tus campiñas
la rueda de pesada artillería,
el arado la tierra surcaría
brindándote riqueza colosal.

De grandes y pequeños respetada,
acatando tu fallo las naciones,
flotando desplegados tus pendones
sobre el vapor, dominador del mar;
viera en tus costas fértiles y sanas
de la industria y las artes repertorio,
abrirse puertos, del comercio emporio,
y la fama tu nombre publicar;

Viera brillar la antorcha de la ciencia
de un pueblo culto en la orgullosa frente,
y de la idea al soplo prepotente,
hundirse el fanatismo destructor.
Sin conocer más límites parciales
que los que ha dado á nuestro suelo el agua,
unidos Costa-Rica, Nicaragua,
Honduras, Guatemala, el Salvador;

Viera altivo, tus espesos bosques
por alambres eléctricos cruzados,
y los Andes del centro perforados,
y el vapor por sus antros discurrir;
y viera, en fin, de tus robustas venas
manando la opulencia y la riqueza,
y en todo su esplendor y su grandeza
tu brillante y hermoso porvenir:

¡Amada patria! el porvenir te aguarda:
ha sembrado de flores tu camino
y al poderoso impulso del destino
marchan tus pueblos del progreso en pos;
la democracia que en el siglo avanza
los triunfos populares me predice;
y á tu pueblo "levántate" le dice,
como á Lázaro dijo el Hombre-Dios.

LA SULTANA.

¡Cómo Alá te formó bella,
Sultana del alma mía!
¡cuánto amor, cuánta poesía
derramó en tu corazón!
¡Cuánto fuego puso en tu alma
y seducción en tu frente!
El te dió mirada ardiente
que hace brotar la pasión;

Dió á tu labio voluptuoso
dulce miel embalsamada:
en tu sonrisa adorada
puso el germen del placer;
y el que liba de tus labios
el embalsamado aliento,
siente en ímpetu violento
nueva vida y nuevo ser.

Eres premio que el Profeta
á sus creyentes envía,
y el hombre que te ama un día
debe morir con tu amor;
porque tú en el alma enciendes
todo el amor que atesora,
tu mirada la devora
con su fuego abrasador.

Y tu recuerdo amoroso
hace brotar ilusiones,
y sublimes impresiones
que el opio no sabe dar;
el corazón que te adora
con ilusión peregrina,
alza á tu imagen divina
en su interior un altar.

¡Cuánto te adoro, Sultana!
¡Con cuánto fuego me inflamo!
tú me dijiste: te amo,
y orgulloso palpité;
y al sentir que entre tus brazos
me estrechabas extasiada,
mi cabeza desmayada
en tu seno recliné.

Te bendice el alma mía,
porque tu amor le brindaste,
y porque tú realizaste
la ilusión que ella soñó.
Por gozar de tus encantos
doy la lira de poeta,
y la gloria que el Profeta
á sus hijos prometió.

Á LA MEMORIA DEL

CIUDADANO BENITO JUÁREZ.

Por las montañas de Anahuac retumba,
de fúnebre cañón el estampido,
grito que lanza un pueblo dolorido
al borde pavoroso de una tumba:

Es de los Andes el acento triste
que va sobre las alas de la fama,
y de uno al otro Continente exclama
"el Coloso de México no existe."

Ha muerto Juárez ya, pero ha dejado
recuerdos indelebles de su nombre:
ha muerto la materia, ha muerto el hombre,
pero su idea incólume ha quedado.

¡No morirá su nombre! un pueblo entero
ha grabado sus hechos en la historia.
Reformador, se conquistó la gloria
con su inflexible voluntad de acero.

Caudillo del honor y del civismo,
la enseña nacional lleva al combate,
de extrañas huestes el valor abate
y humilla por doquier al despotismo.

Luchó con fe, soldado de la idea,
del ciego fanatismo victorioso,
y apagó con esfuerzo poderoso
de la discordia la terrible tea.

Dedicando á la patria sus desvelos,
fué de la ley el inviolable escudo,
y á fuerza de tesón alcanzar pudo
el renombre de Hidalgo y de Morelos.

De México lloremos la desgracia,
también es nuestro su dolor profundo;
¡si un demócrata menos cuenta el mundo,
tiene un modelo más la democracia!

EL LAGO DE ATITLÁN.

(Fragmento de la leyenda histórica titulada "Descubrimiento y Conquista de Guatemala.")

(INÉDITA.)

Bajo un cielo de nácar y de rosa,
festonado de plata y de coral,
é iluminado con la luz radiosa
del Padre de los Incas inmortal;

Circundada de altísimas montañas
cubiertas siempre de eternal verdor,
donde se mecen las flexibles cañas
y el hermoso *choreque* enredador;

Donde coronan el peñón campestre
el rojo lirio, el amarillo *tul*,
el blanco nardo, el tulipán silvestre
y la amapola de penacho azul;

Donde esparce su aroma la violeta
y nace sin olores la inmortal,
y la modesta y tímida *mosqueta*
abre apenas su seno virginal;

Do cantan las palomas sus amores
y entre las ramas danza el *colibrí*,
y el tierno *coronado*, entre las flores,
al cielo eleva su "*dichoso fui;*"

Donde levanta el plátano robusto
verde penacho en talle de coral,
y se descubre entre pequeño arbusto
el encendido fruto del *moral*,

Se extiende de Atitlán la ancha laguna
y con sus rayos la colora el sol,
la argenta con su luz la blanca luna
y le presta la aurora su arrebol:

Se dilata orgullosa hacia el poniente
cual alfombra de líquido cristal
y mil arroyos su espumosa frente
sepultan en su nítido raudal.

De tres volcanes la soberbia altura
coronada de fuego y de vapor,
al cuadro da magnífica hermosura
formando un horizonte encantador;

Y cuando el sol el occidente deja,
cuando tiende la noche su capuz,
en las aguas del lago se refleja
de esos volcanes la rojiza luz;

Y allá en la tarde expléndida y hermosa
cuando empiezan las brumas á bajar,
nubecilla coqueta y caprichosa
en sus aguas se viene á reflejar.

Entre franjas de nácar y de plata
alzan las olas límpido cendal,
que de los montes el perfil retrata
en su bruñido y trémulo cristal.

De diez pueblos indígenas circuido
centros de la abundancia y del poder,
el lago mece entre armonioso ruido
sus sueños de inocencia y de placer.

¡Lugar encantador! el pensamiento
allí disfruta venturosa paz
al delicioso y blando movimiento
de las aguas y el céfiro fugaz.

Allí la garza de brillantes plumas
busca en las aguas su perdido amor
y corta con sus alas las espumas
el ánade gentil y nadador.

Cual serpiente de plata se desliza
desde la cumbre arroyo juguetón,
que de los montes el verdor matiza
y presta al viento perennal canción.

Semejando sus nítidas espumas
en las enhiestas rocas al chocar,
blancos airones de rizadas plumas
que en el lago se van á disipar.

Y allá del lago en el inmenso seno
se ven las aguas plácidas dormir,
y el manso viento de perfumes lleno
besa á penas su linfa de zafir.

Y se aspira con ansia una frescura
que vierte nueva vida en nuestro ser,
y al contemplar la líquida llanura
el alma se deleita con placer.

¡Cuadros de amor! Colúmpiase la rosa
de las auras al soplo embriagador
y mueve la voluble mariposa
sus esmaltadas alas en la flor.

La balsámica brisa juguetea
entre el silvestre armónico cañal,
y sus plumas magníficas ondea,
ornamento de América, el *quetzal*.

Mil avecillas de color variado
vienen alegres de su amor en pos,
porque es éste el lugar privilegiado
donde formó su paraíso Dios.

AL DISTINGUIDO POETA

J. JOAQUIN PALMA.

Le poete en des jours impies
vient preparer des jours meilleurs:
il est l' homme des utopies,
les pieds ici, les yeux ailleurs.

VÍCTOR HUGO.

Canta, canta, sensible peregrino,
cisne que del océano entre las ondas,
cortando el agua con tus plumas blondas,
te lanzas á merced de tu destino.

Pisa de nuestra playa las arenas
antes que el mar enfurecido suba;
aquí no oirás, como en tu hermosa Cuba,
el áspero crugir de las cadenas.

Aquí la libertad sentó su planta,
y levantó su altar y su santuario;
tú que eres de esa diosa legionario,
sensible peregrino, canta, canta.

Aquí hay bosques seculares,
que luz del cielo reciben,
y mil insectos que viven
en capullos de azahares.

Hay volcanes sin sosiego
que á la comarca conmueven.
y de sus cráteres llueven
cenizas, piedras y fuego.

Hay hirvientes surtidores,
rápidos y rumorosos,
cerros y prados vistosos,
esmaltados con mil flores.

Hay en las brisas poesía,
en los céfiros idioma;
en el espacio hay aroma
y en las auras armonía.

Hay torrentes singulares,
que sus crespas ondas rizan,
y los campos fertilizan
tributarios de ambos mares.

Hay arroyuelo sonoro,
do el cielo azul se retrata,
y va, entre piedras de plata,
arrastrando arenas de oro.

Hay lagunas con montañas
y pensiles por riberas,
coronadas de palmeras
y de jímeos y espadañas.

Hay del bosque en el ramaje,
bandadas de aves canoras,
amorosas, seductoras,
con espléndido plumaje.

Hay un cielo, cuyas nubes,
teñidas de ópalo y grana,
parecen la filigrana
del ala de los querubes;

Horizontes de topacio
con prismáticos cambiantes,
rayos de luz fulgurantes
iluminando el espacio.

Noches tranquilas y quietas
con negros mantos formados,
por caprichosos bordados
de millones de planetas.

Noches de luz, do no hay sombra
ni nubecilla ninguna,
y riela blanca la luna
del mar sobre el ancha alfombra.

Hay melancólica ruina
de palacios carcomidos,
templos y muros derruidos
por el tiempo que los mina.

Hay truncados campanarios,
donde los nopales crecen,
y que á los buhos ofrecen
sus techos hospitalarios.

Hay por el suelo artesones,
arabescos, capiteles,
arquivoltas y escabeles,
columnatas y festones.

Hay cimborrios que quedaron
sobre el abismo vencidos,
como recuerdos perdidos
de los hombres que pasaron.

Hay recuerdos de altos hechos
y de lejanas edades;
de conquistas y crueldades
y conculcados derechos.

Hay mujeres de alma ardiente,
negras trenzas, negros ojos,
blancos dientes, labios rojos,
tenue talle y limpia frente.

Hay beldades entre velos
con artísticas figuras,
que arrojan miradas puras
como el azul de los cielos.

Hay almas altivas, grandes,
hidalgas y generosas,
siempre libres y orgullosas
cual las cumbres de los Andes.

Almas que nunca quebranta
el furor de suerte impía,
y donde halla simpatía
el peregrino que canta.

Canta, pues, el inmenso panorama
que la Central América te ofrece;
tu lira ebúrnea competir merece
con los ecos que el aura desparrama.

Canta también los triunfos alcanzados
por nuestra hermosa Honduras, que dormía
con el sueño fatal de la apatía
sobre campos de sangre salpicados.

Grande pueblo, que ayer estaba muerto,
su blanca vestidura hecha girones,
y hoy, á la par de prósperas naciones
toma parte del mundo en el concierto.

Ya se agita su seno y se levanta:
empuña del progreso la bandera,
robusta emprende su vital carrera....
sigue su marcha, peregrino, y canta.

A LA LUNA.

Cuánto te adoro, candorosa Luna,
tímida virgen del celeste espacio,
que ocultas entre nácar y topacio
de tu frente purísima el rubor.

Cuando contemplo tu argentado disco
encuentro en tí secreta simpatía,
y vibra de pasión el alma mía
cual si fueras gemela del amor.

Si á tí dirijo ansioso la mirada
cuando caminas plácida y serena,
tú sola bastas á calmar mi pena
y me infundes el germen del placer.

De ese placer que por mi mal un tiempo
sentí alargarme con acento blando,
cuando necio, vivía imaginando
que hubiese corazón en la mujer.

Yo la adoraba como á tí te adoro
descifraba el amor sobre su frente;
mas al hallarla un ser indiferente
yo la maldije lleno de furor,

Cual inocente niño que sonriendo
besa un ramo de rosas purpurinas,
y que al herir sus labios las espinas,
le arroja lejos con profundo horror.

Ella no sabe comprender el alma
cual la comprendes, maga cariñosa,
ni tienes la sonrisa desdeñosa
con que ella sabe el corazón herir;

Tú siempre fiel, del corazón que te ama
aduermes el pesar con tu beleño,
y si reposa en apacible sueño,
pulsaciones de amor le haces sentir.

Diosa de la tristeza y del misterio,
eterno amor ante tus aras juro,
y en prenda de mi afecto casto y puro
te consagro mi triste juventud.

Porque tú me comprendes, yo te adoro
cual ideal de mi mente casto y bello:
tú me enviarás tu plácido destello,
aun más allá del fúnebre ataúd.

A MAXIMILIANO DE HAPSBURGO.

Ya no hay manto imperial; era tu suerte
verlo trocado en funerario paño.....
víctima del error y del engaño
á México te lanzas tras la muerte.

El cetro te subió para perderte,
la ilusión de tu imperio duró un año;
comprar pensabas mísero rebaño,
y un pueblo hallastes aguerrido y fuerte.

De América feliz bajo la zona
no conocemos majestad de reyes:
el pueblo soberano dá sus leyes
y no cede á ninguno su corona!
Si en nuestro suelo un trono se levanta
la Libertad lo rompe con su planta!

JUAN JOSÉ BERNAL.

Ah de las impresiones de la infancia!

Recuerdo que allá á mediados de 1859 fuí llevado en compañía de varios otros muchachos de mi edad, á servir como de base á un colegio que intentaba fundar en esta capital.....¿quién pensaréis?.....don Santos B. Toruño, el infatigable educador de la juventud guatemalteca, el que ha hecho inmortales en las páginas de nuestra historia á *San Buenaventura* y al *Instituto Nacional.*

Oriundo de Santa Ana, Toruño había traído consigo algunos jóvenes salvadoreños, ya con el carácter de discípulos, ya con el de maestros auxiliares.

Entre ellos había uno que gozaba de la reputación de gran talento y de aficionado á las bellas letras, aunque un tanto misántropo: era Juan José Bernal, cursante de derecho, que sin desdeñar el estudio de las Partidas y de la Novísima Recopilación, gustaba más de Virgilio, del Dante y de Espronceda, que de don Alfonso el Sabio y sus comentadores. Espronceda, sobre todos, era su lectura favorita. Algunas veces tuve el gusto de oirle recitar cantos enteros de "El Diablo Mundo" en su celda del colegio, ó mejor diré en su cuarto, pues en *San Buenaventura* estábamos del todo emancipados de la educación frailesca de la época.

Bernal terminó su carrera, y fué, y es aun un abogado notable; mas al cabo de algunos años de haber fijado su residencia

en la nueva San Salvador, los desengaños de la vida, ó acaso una vocación verdadera, le llevaron al pie de los altares.

Yo no había vuelto á encontrarme con el discípulo de Espronceda desde 1860, hasta 1886 en que hallé al discípulo de Cristo, orando sobre el mortuorio lecho de mi hermana.....! Qué abrazo el que nos dimos en aquellas tristes circunstancias.....!

Pero hablaré del poeta, del inspirado cantor de Santa Ana, de aquel gran corazón abierto á todas las nobles impresiones y á todos los sentimientos elevados.....Si en la primera edición de esta obra no apareció su nombre, fué por culpa de él mismo. Bernal se negaba á hacerse conocer como poeta antes del 73; y pocos, pocos como él tan merecedores de ese nombre; que es inspirado y correcto y tiene el don de conmover el alma, porque canta lo que siente, tanto como siente lo que canta.

Hoy vive apartado de la sociedad en su Ermita de Santa Tecla, consagrado á las funciones de su augusto ministerio. Las almas grandes lo acometen todo con calor: Bernal es tan buen sacerdote como poeta. Si nuestra época, fuera una época esencialmente religiosa, Bernal podría ser el Melquisedech de una moderna Salém, el David de nuestros días.

EL DOLOR.

Y encontré mi ilusión desvanecida
y eterno é incansable mi deseo:
palpé la realidad y odié la vida;
sólo en la paz de los sepulcros creo.

ESPRONCEDA.

Hartas desgracias, sufrimiento y pena
han destrozado mi existencia ya;
está la copa de amargura llena,
hasta los bordes rebosando está.

Noches eternas de dolor y duelo,
horas nefandas de ansiedad sin fin,
se han deslizado con tardío vuelo
sobre mi frente despreciable y ruin.

Nada me resta! mi esperanza ha muerto
con las amantes ilusiones mías,
sólo me quedan, cual despojo yerto,
de mis recuerdos las cenizas frías.

Aun no he pasado la feliz edad
en que se sueña porvenir y amores,
edad bendita por el cielo asaz,
edad de creencia, de entusiasmo y flores;

Y ya me veo desgraciado y triste,
solo y perdido en la mitad del mundo,
dudando acaso si en el mundo existe,
dolor que iguale á mi dolor profundo.

Rico en un tiempo de esperanza y fe,
con mano iucierta preludié mi lira,
y en mi entusiasmo con ardor canté
las dulces trovas que el amor inspira.

Creí que eterna mi pasión sería
como una peña en la mitad del mar,
que va sus olas á estrellar bravía
al pie de aquella con furor audaz.

Y delirante en mi pasión sublime,
lágrimas tiernas derramé de amor,
y cual el viento, que en la noche gime,
lancé un suspiro desgarrante, atroz.

Fueron muy gratas las visiones suaves
que en mis ensueños amorosos tuve,
dulces cual trinos de canoras aves,
puras cual blanca y transparente nube.

Tú no alcanzaste á comprender jamás
la noble idea de mi amor tan tierno;
¡oh! nunca, nunca comprender podrás
ese infinito sentimiento eterno!

Por eso oíste con desdén mis quejas,
por eso risa te causó mi llanto,
cuando, entre brumas, á tus pardas rejas,
iba á ofrecerte mi afligido canto.

Tú me juzgastes impostor: mentira
creiste acaso mi sublime amor;
y es que tu inquieto pensamiento gira
en otra esfera de ambición mayor.

Viste en mi frente marchitada y mustia,
de los pesares la tremenda huella,
adivinaste mi interior angustia
y te espantó mi moribunda estrella.

Te sorprendiste al contemplar la suerte
de la mujer que se consagre á mí;
temiste acaso por mi amor perderte,
y en duda horrible vacilar te ví!

¡Oh! no te culpo, virginal criatura,
nada tenía que ofrecerte yo;
la suerte impía, con su mano impura
hasta mis sueños de placer rasgó.

Nada valía mi cantar tan triste,
ni de mi lira el moribundo son;
indiferente, serafín, oiste
mi vago acento, mi fugaz canción.

No era tu sino atravesar los mares
de la existencia, sin timón ni guía,
sólo escuchando lánguidos cantares
y el ronco estruendo de la mar bravía.

Era mas alta tu misión, debía
ser tu belleza idolatrada aquí:
estás dotada de tan gran poesía,
que mas pareces celestial hurí!

Goza, pues, niña, tu amoroso ensueño,
busca en la tierra tu supremo bien;
y entre los brazos de tu amante dueño
dobla tu blanca y perfumada sien.

No te importune la fatal memoria
de mi pasión desventurada y triste;
olvida, olvida tan funesta historia,
la desventura para tí no existe.

Sólo un favor en mi agonía quiero
que bondadosa me concedas tú,
divina vírgen de mi amor primero,
blanco lucero de benigna luz!

Quiero que el día que infeliz sucumba
al grave peso de mi suerte impía,
visites tú la solitaria tumba,
donde descansa mi ceniza fría.

Y si el destino me persigue atroz,
y de los mares á merced me entrega,
lánguida eleva tu plegaria á Dios,
y por mi dicha compasiva ruega.

Ruega amorosa por el triste poeta
que sus cantares te consagra así;
él en presencia de la mar inquieta
tierna plegaria elevará por tí.

Y cuando exhale en extranjera playa
de su garganta el postrimer gemido,
tal vez en alas de los vientos vaya
flébil y triste á importunar tu oído.

Y allá en la noche, cuando tú, despierta,
quieras en vano conciliar el sueño,
verás entrar por la entornada puerta
vago un espectro de ademán risueño.

Será mi sombra que á tu alcoba llega
sin un sudario de fatal crespón;
no vengadora, convulsiva y ciega,
sino cual blanca sideral visión.

Irá á rendirte su homenaje tierno
de gratitud, sinceridad y amor;
y allí sabrás el sacrificio interno,
que de mi vida te ofrecí en la flor.

¡Ah! no te asuste mi doliente sombra,
cuando se acerque vagarosa á tí;
con leve paso cruzaré la alfombra
y tu almo sueño velaré hasta el fin!

Doquier que vayas seguiré tus pasos,
sin que lo sepas á tu lado iré,
cuando desmayes te tendré en mis brazos,
siempre tu genio tutelar seré.

Siempre! ya sea que te halague el ruido
de los festines que los hombres dan,
entre la turba vagaré perdido,
é iré gozando de tu ardiente afán;

O bien ya sea que doliente llores
entre las nieblas de la noche fría,
sobre los restos de marchitas flores,
con que prendiste tu cabello un día;

Allí estaré para aliviar tu pena,
tendré palabras que te den consuelo,
hasta que vuelvas con la faz serena
á ver ya limpio y transparente el cielo.

Siempre seré tu cariñoso amigo,
y en tu agonía sostendré tu sién,
hasta que vayas á vagar conmigo
por los jardines del florido Edén.

EL CIPRÉS.

Los que arrostran con frente serena
el rigor de su adversa fortuna,
y al escaso fulgor de la luna
han llorado su amarga aflicción;
los que han visto á una madre adorada
descender á la tumba horrorosa,
y han grabado, llorando, en su losa
una triste y piadosa inscripción;

Los que han visto pasar sin sentir
de su infancia la dicha ilusoria,
y aun conservan la grata memoria
de su hermosa y fugaz juventud;
esos sólo comprenden el mudo
y sublime lenguaje del alma,
cuando miran con mística calma,
la asombrosa creación en quietud.

¡Cuán hermosa se ofrece á mis ojos
revestida de pompa salvaje,
con su verde y obscuro ropaje
de la blanca neblina al través!
Pero yo que padezco y que lloro,
acosado de acerbos dolores,
aborrezco sus vívidas flores,
y prefiero el sombrío ciprés.

Sí, prefiero tu fúnebre pompa,
¡oh ciprés melancólico y triste!
porque sé que en tus ramas existe
algo que habla á mi crudo dolor;
porque prestas tu sombra á las tumbas
y amoroso sobre ellas te inclinas,
y entre negros escombros y ruinas
dejas oir tu confuso rumor.

¿Quién al ver tu gigante figura
levantarse entre arbustos doliente,
en el alma al instante no siente
una tierna y secreta emoción?
Nadie puede mostrarse insensible
de tu aspecto á tan mágico encanto;
tú eres fiel simulacro del llanto,
triste imagen del fiero dolor.

Cuando veo en la sombra nocturna
destacarse tu forma elevada,
como torre ruinosa, olvidada
de su noble y antiguo señor;
me pareces espectro sangriento
del sepulcro terrible evocado,
y en la noche á vagar condenado
de la luna al temblante fulgor.

Y si acaso se chocan tus ramas
al impulso fugaz de los vientos,
creo oir los lejanos acentos
de una vírgen que muere de amor;
ó que escucho los tristes acordes
de un laúd que suspira armonioso,
á la par del cantar melodioso
del errante, infeliz trovador.

Otras veces oyendo el susurro
de tus ramas unidas y obscuras,
me imagino que triste murmuras,
fervoroso, una triste oración.
ó que sombras de amantes dolientes,
que en la noche el Elíseo abandonan,
á tu abrigo confusas entonan
misteriosa y extraña canción.

Revestido de eterna verdura
no te agosta el rigor del estío,
ni te aterran la escarcha ni el frío,
ni te abate el tremendo huracán;
pues resistes su bárbaro empuje
cual si el aura fugaz te moviera,
y te meces cual alta palmera
de los truenos al grave compás.

En tu copa las aves nocturnas
que aborrecen las luces del día,
á favor de la niebla sombría
van sus cantos extraños á alzar,
cual si al mundo quisieran medrosas,
indicar su existencia precaria,
y arrullar con su voz funeraria
de la muerte el descanso final.

El canario, el sensontle y el *guarda*
á tu aspecto sombrío enmudecen,
porque el campo frondoso apetecen,
porque mandan su trino á la flor.
Solamente la tierna paloma
en tus ramas dolientes se posa,
y cual viuda que gime llorosa
triste arrulla su pena y su amor.

Yo también que derramo afligido
una lágrima ardiente, en memoria
de mis muertos ensueños de gloria,
de mi amor desgraciado y fatal;
yo que arrastro mi amarga existencia
de mis lares á inmensa distancia,
sin gozar la silvestre fragancia
de los bosques del suelo natal;

Siempre he amado, ciprés, tus encantos
desde un época atrás, desde niño;
y este inmenso y profundo cariño
hasta el día yo siento por tí.
Aun ahora que triste te miro
en la tarde, en silencio profundo,
me imagino que habito otro mundo
donde soy venturoso y feliz.

Y me place en tu tronco apoyado,
cuando el mundo en silencio dormita,
evocar la memoria bendita
de mi loca y audaz juventud;
y elevar mi monótono canto
que al rumor de tus ramas unido,
se asemeja á un extraño gemido
exhalado del negro ataúd.

En tu tronco de musgo cubierto,
palpitante de amor y ternura,
con mi mano temblante, insegura,
una cifra de amor grabaré:
una cifra que escrita con fuego,
en mi pecho en secreto he llevado,
y es el nombre sublime y sagrado
del arcángel divino que amé.

¡Ojalá que la mano del tiempo
cuya furia ninguno resiste,
respetando los votos de un triste,
esas letras respete también;
que una mano profana no venga
á borrar esa cifra ignorada,
algún día ¿quién sabe? mi amada
la leerá conmovida tal vez!

¡Ay! es triste, no hay duda, muy triste,
ver marchitas las flores del alma,
y desear del sepulcro la calma
cuando apenas se empieza á vivir.
¿De qué sirven entonces los goces
que nos brindan falaces mugeres.....?
¡son quimeras virtud y placeres,
sólo es cierta la paz del morir.....!

Me he sentado al festín de la vida
con el alma sedienta de gloria,
demandando una dicha ilusoria
que la tierra no puede ofrecer;
y en lugar de marchitos laureles,
de guirnaldas perfumes y flores,
sólo he hallado quebranto y dolores,
y tristeza y angustia doquier.

Es la vida una carga pesada:
ya mis débiles fuerzas no pueden
por mas tiempo llevarla, ya ceden
del cansancio al influjo fatal!
Tengo el alma gastada, es forzoso
qué por fin en la lucha sucumba,
y me siente en el borde la tumba
el momento terrible á esperar.

Yo no temo los hondos misterios
que en su seno fatídico encierra;
bajaré, y en su almohada de tierra
mi cabeza cansada pondré;
tendré entonces sublimes ensueños,
gozaré de celestes amores,
y por premio de tantos dolores
una palma de martir tendré.

Sólo quiero cuando eso suceda,
que una mano cristiana y piadosa,
sobre el musgo que cubra mi fosa
de madera coloque una cruz;
que cobije un ciprés funerario
esa huesa del mundo olvidada,
y la bañe en la noche callada
de la luna la trémula luz.

VOTOS DE UN PROSCRITO.

I.

Lejos de aquí, muy distante,
más allá de esas montañas,
que cubiertas de verdura
al oriente se levantan,
semejando en el espacio
gigantescas esmeraldas,
con su corona de nubes
de una blancura extremada,
que se ofrecen á la vista
del estío en las mañanas,
entre vapores sutiles,
airosas siempre, azuladas;
hay un pueblo, cuya historia
de todos es ignorada,
cuyo nombre melodioso
á nadie la atención llama;
pero que yo llevo escrito
en el fondo de mi alma.
En un valle delicioso,
cual los valles de la Arcadia,
está situado ese pueblo

de memoria dulce y grata:
flores de todos los climas
crecen allí descuidadas,
y con sus gratos olores
el aire puro embalsaman:
fuentes que corren ligeras,
como serpientes de plata,
en sus aguas cristalinas
su bello cielo retratan:
pájaros de mil colores
escondidos en las ramas
de sus florestas umbrías,
himnos melífluos le cantan,
y sus trinos y sus píos
enamorados le mandan,
en las alas invisibles
de las auras perfumadas.
En ese rincón del mundo
mi cuna fué acariciada
por las brisas murmurantes
de sus agrestes montañas;
mi paso primero dí
en esa tierra sagrada,
sostenido entre los brazos
de mi madre tierna y cara....
¡Pobre madre! era tan buena,
era una mujer tan santa!
Allí vi correr las horas
deliciosas de mi infancia.
que pasaron tan serenas
como esas nubes de gasa
que cruzan el firmamento,
nacaradas y sin mancha.
En la orilla de las fuentes,
bajo una verde enramada,
sobre una alfombra de flores,
mi cabeza reclinaba,
teniendo dulces ensueños

en que entrevía la maga
que después ha presidido
mi juventud desgraciada.
Yo he dejado en esos valles
mis queridas esperanzas,
mis ilusiones de niño,
mis afecciones más caras;
he dejado allí una tumba,
que esas montañas me guardan,
la tumba donde hace tiempo
mi tierna madre descansa . .
Por eso, siempre que elevo
en la noche mi plegaria,
por mis pálidas mejillas
corren á mares las lágrimas,
porque traigo á la memoria
á mi querida *Santa Ana.*

II.

Inextinguible en el fondo
de mi corazón, siempre arde
el amor tierno y sincero
que profeso á esos lugares!
Ojalá que siempre el cielo,
en todo tiempo engalane
con las flores más vistosas
sus colinas y sus valles!
Ojalá que dé á sus fuentes
murmurios dulces y suaves,
como la voz armoniosa
de suspirantes nayades!
Ojalá que inspire trinos
siempre nuevos á las aves,
para que en grande concierto
entre el follaje le canten,

llenando con sus gorjeos
la inmensidad de los aires!
Esto será un gran consuelo
para el corazón amante
del infeliz desterrado,
que suspira inconsolable,
al recordar la alegría
de sus queridos hogares.
¡Ay! hace tiempo que triste
dejé, llorando, esos valles,
para vivir entre el ruido
de otras ciudades más grandes,
donde debía ver muertas
mis glorias harto fugaces,
y apurar después la copa
de amarguísimos pesares!
El corazón se me llena
de una tristeza insondable,
cuando la vista dirijo
al oriente por las tardes,
y veo en el cielo azul
los purpurinos celajes
que me recuerdan mi infancia
y la casa de mis padres....

III.

Melancólica y sombría
como la noche está mi alma,
porque alimenta hace tiempo
un amor sin esperanza;
de esos amores que roban
la venturanza y la calma,
que marchitan y que queman
con el ardor de su llama,
las flores de la existencia

y del corazón las alas:
una pasión inocente,
desinteresada y casta,
de esas pasiones sublimes
que entristecen y que matan!
Era un niño, cuando un día,
con el alma contristada,
entré en un templo, cansado
de la vanidad mundana:
iba á pedirle á María
que calmase las borrascas
que tan temprano, iracundas
mi corazón agitaban;
iba á pedirle me diese
una compañera casta,
que, con sus risas de miel
y sus ardientes miradas,
el acibarado cáliz
de mi existencia endulzara.
Todo era paz y silencio
en la capilla cristiana;
ya las sombras de la noche
á descender comenzaban,
y los rayos macilentos
del sol de una tarde helada,
con melancólico tinte
su recinto iluminaban;
ni el más ligero ruido
aquel silencio turbaba;
sólo se oía la voz
aflictiva y destemplada,
con que doblaban á muerto
en triste son las campanas.
Estuve por largo rato
con la cabeza inclinada
sobre el pecho, meditando
en la pobreza y la nada
de los goces con que el mundo

nuestros sentidos halaga;
hasta que un triste suspiro,
como el sonido de un arpa
con que sus sentidas quejas
un trovador acompaña,
me arrancó de mis profundas
meditaciones amargas;
volví los ojos y vi
que la que así suspiraba
era una joven hermosa
que ante la imagen sagrada,
como el ángel del dolor,
sus lágrimas enjugaba.
Una atracción misteriosa
me hizo fijar la mirada
en el semblante divino
de aquella visión tan rara!
¡Ay! era aquella criatura
la ilusión más pura y blanca
que alimenté en mi niñez
con el alma enamorada:
¡era la virgen bendita
de los sueños de mi infancia...!

Lo que sigue es una página
de la historia de mi alma,
llena de tristes recuerdos,
de suspiros y de lágrimas,
cuya acérrima memoria
el corazón despedaza .....
. . . . . .
. . . . . .
¡Esa mujer ya no existe;
la eternidad nos separa!

Por eso, triste y sombrío,
paso mi vida ignorada,
sin ilusiones de gloria,

sin amor, sin esperanza,
mil veces más infelice
que el paria que tal vez ama!
Mas puede ser que volviendo
á esos valles, con la calma,
mis ilusiones ya muertas
gloriosamente renazcan:
puede suceder ¿quién sabe?
que las flores marchitadas
del corazón, nuevamente
broten frescas y lozanas,
si yo vuelvo á respirar,
como en épocas pasadas,
el ambiente perfumado
de mis queridas montañas!

RESIGNACIÓN.

Dios lo ha querido! las alegres horas
de mi ardorosa juventud pasaron,
unas veces tranquilas y serenas
cual rápidas auroras,
otras inquietas, turbulentas, llenas
de ansiedades sin fin, desgarradoras.
Pasaron como el ruido de una fuente,
como un rayo de sol entre las brumas,
como el cisne que cruza mansamente
de un lago transparente las espumas:
con ellas la ventura
huyó también, dejando los dolores;
y el corazón repleto de amargura,
ajadas ve de su ilusión las flores.

En esas horas de abandono y creencia,
ignoraba que el mundo reservase
para el que incauto en sus halagos fía,
una aguda dolencia
y tristes desengaños, que en un día
amargaran su plácida existencia.
Pensé encontrar en el mundano suelo
un edén de placeres y de amores,
y en mi sencillo anhelo
mil sueños me forjaba seductores;

pero fué un desvarío,
y despiadada la fortuna quiso
que encontrase un infierno asaz sombrío
donde creí encontrar un paraíso.

Al pisar los umbrales de la vida
con el alma sin dolo, inmaculada,
vi una mujer de espléndida hermosura:
la virgen bendecida
de mis sueños de infancia, casta y pura
con los velos del ángel revestida:
la luz que su pupila despedía
melancólica, ardiente, voluptuosa,
la suave melodía
de su vibrante voz tan cariñosa,
hicieron al momento
latir mi corazón extremecido,
y del amor el dulce sentimiento
me hizo temblar de gozo conmovido.

Cuánto amé á esa mujer, lo sabe el cielo,
testigo del frenético delirio
que acosó entonces la existencia mia,
que presenció el anhelo
del corazón que en la mujer veía
un ángel peregrino por el suelo.
Yo la amé con delirio exagerado,
con el amor más santo y más profundo,
como nunca se ha amado,
ni se amará jamás aquí en el mundo;
era tan pura y bella,
tenía tanta magia esa mujer,
que loco de pasión sentí por ella
cuanto el mundo no alcanza á comprender!

¡Cuán gratos fueron los brillantes sueños
que acariciaron mi abrasada mente
en aquel tiempo de feliz memoria!

Cuán dulces y risueños
resbalaron mis días; cuánta gloria,
cuántos delirios castos y halagüeños!
Oh! no valen los goces de la tierra,
la riqueza, el poder y los honores,
la dulzura que encierra
la copa virginal de los amores;
no tiene el peregrino,
al cruzar del vivir la obscura senda,
otro bien más precioso y más divino,
que del primer amor la santa ofrenda!

Yo ese bien poseía en mi pobreza,
y, unido al corazón, en los altares
de esa mujer le puse confiado
que tierna la belleza,
de mi amor las plegarias escuchando,
aceptase propicia mi terneza;
pero ella el corazón y su cariño
despreció como inútiles y vanos:
cual despedaza un niño
un vaso de cristal entre sus manos,
mi alma ha destrozado,
siendo después de mi dolor testigo;
y á pesar de la hiel que ha derramado
en mi vida, Señor.....no la maldigo!

A UN SENSONTLE.

I.

Ave de obscuro ropaje,
huésped de la verde selva,
tímido sensontle, amigo
de las lluvias y las nieblas:
sé bien venido á estos sitios,
donde la fortuna adversa
me confina, muy distante
de la bendecida tierra
en que nací y transcurrieron,
aquellas horas primeras,
que el hombre jamás olvida
cuando el corazón alienta.
Ven, y puebla los espacios
con esa voz lastimera
que me recuerda mi infancia
y la alegría serena,
con que en tiempos más felices
ávido escuché las quejas
de otras aves de tu especie,
que las exhalaban tiernas,
de las ceibas seculares
entre la enramada densa.

II.

Yo no sé que magia tiene
el melancólico acento
de tus trinos, pues á penas
los dejas oir de lejos,
á su pesar siente mi alma
un suave extremecimiento;
y á tal punto me enagenan,
que olvidado por entero
de mis cuitas y pesares,
enternecido recuerdo
mis pasadas alegrías,
mis ilusiones que han muerto,
mis esperanzas de niño
y mis dorados ensueños.
En la triste melodía
de tus gorjeos encuentro
algo que explicar no sabe
nuestro lenguaje imperfecto,
y que calma la inquietud
de mi vago pensamiento;
que, comprendiendo la nada
de los placeres terrenos,
ansía volar en alas
de los celestes deseos.

III.

Acaso tú como yo
sufres gravísima pena,
y errante, lejos del nido
que de cuna te sirviera,
desahogas tus amarguras
en suavísimas endechas:
quizá las sentidas notas
de tu amante cantinela
los rudos ecos tan sólo

de las montañas despiertan,
sin que ninguno se apiade
de tus íntimas tristezas,
sin que nadie lo terrible
de tu soledad comprenda.
Sin embargo, no desmayes,
canta como siempre, espera,
¡quién sabe, si la dulzura
de tu canción no conmueva
el pecho de la que debe
ser tu amable compañera!
Confía, que Dios piadoso
por los desgraciados vela!

IV.

Canta, canta que no en vano,
en su providencia el cielo,
quiso darte la armonía,
la ternura, el sentimiento,
que tus cántigas revelan,
fraccionando tus afectos.
Y no temas, pobre amigo,
que perdidas en el viento
vayan, como ruidos vagos,
á morir sin ningún eco,
pues hay un ser desgraciado,
que les presta oído atento,
y olvidando sus pesares
siente indecible consuelo.
Hay un lazo misterioso,
que liga con nudo estrecho
á los seres que persigue
despiadado el sufrimiento,
y nosotros que sufrimos
ser extraños no podemos:
si el dolor nos hizo hermanos,
lloremos juntos al menos!

LA INDEPENDENCIA.

De la *Vírgen del Mundo* el grato sueño
vino á turbar un hombre denodado,
que, cruzando el océano en frágil leño,
vió su delirio plácido y risueño,
á fuerza de constancia realizado.

Cobrando su alegría,
del lejano horizonte entre las brumas,
esbelta como Venus en el día
que apareció del mar en las espumas,
presentóse á los ojos del marino,
que prorrumpió en piadosas bendiciones,
la ilusión cara de su afán contino,
la hermosa realidad de sus visiones.
Triunfante el genio demostró que no era
su esperanza quimérica,
y el inmortal Colón, por vez primera,
llegó al regazo de su dulce América.

¡Cuán bella debe haberla contemplado,
coronada de ramos y de flores,
cuando ébrio de placer llegó á su lado,
y la vió con delicia enamorado,
en el lecho nupcial de sus amores!

Entonces de su dicha en el extremo,
apenas soportando la ventura,
de su amoroso seno
el germen infundióle de fe pura,
y dióle con su beso
de apasionado esposo y tierno amante,
la esperanza sublime del progreso,
como una prenda de su amor constante;
y, acariciando bellas ilusiones,
creyó ver en su frente y en sus manos
la diadema imperial de las naciones,
y el cetro de los pueblos soberanos.

Jamás imaginó que con rudeza
pudiese un día, preocupada Europa
negar la compasión á la belleza,
y acíbar darle en abundante copa;
y cuando vió á su América abatida,
é inundados de lágrimas sus ojos,
creyéndose el verdugo de su vida,
sintió de la vergüenza los sonrojos.
Acaso la grandeza de su gloria
despreció temerario,
pensando que en el libro de la historia
llevaría el baldón de victimario;
y queriendo aliviar con su influencia
de la indiana beldad las duras penas,
condenado á una mísera existencia,
vió sus manos cargadas de cadenas.

Pero agravóse su mortal dolencia,
sabiendo que otros hierros arrastraba
la virgen de su amor en su inocencia,
ya reducida á condición de esclava;
y presagiando su futura suerte
los siglos de martirio,
como un consuelo ambicionó la muerte,

del dolor mas intenso en el delirio:
tal vez el desaliento
llegó á tentar su corazón gigante,
haciéndole sentir remordimiento,
por haber concebido el grande intento
de darle un mundo á la Isabel reinante;
y poniendo en el cielo su confianza,
de su sepulcro al ocupar el lecho,
durmióse con la célica esperanza
del triunfo no lejano del Derecho.

Y del grande hombre el postrimer anhelo,
después de tres centurias de paciencia,
por fin se realizó, queriendo el cielo
de América otorgar la independencia;
por fin la noble idea
de Washington, Bolívar y Miranda,
de Hidalgo y de Morelos, héroes crea
que ponen dique á la injusticia infanda;
y cunde por el nuevo continente,
y de la patria el porvenir colora
con la luz que despide en el oriente
de la alma libertad la bella aurora;
y llena de entusiasmo,
viendo el cielo cubierto de arreboles,
olvida de los malos el sarcasmo
y de "tres siglos los sangrientos soles."

Centro-América libre ya figura
al par de las naciones soberanas,
y, aunque rota su enseña, brilla pura,
despertando el amor de cinco hermanas,
que unidas por el lazo
de misteriosa y dulce simpatía,
en breve se darán estrecho abrazo,
como hace poco en venturoso día:
formando un solo pueblo ahora bendice

de sus próceres dignos la memoria,
y se promete, en porvenir felice,
del progreso anhelado la victoria,
que con su ideal inspira
del bardo los patrióticos cantares;
cuando entusiasta hace vibrar su lira
de laurel festonada y de azahares.....

El Sur y el Setentrión con heroismo
la condición de libres obtuvieron,
y fué de sangre pura su bautismo,
y al mundo ejemplo de constancia dieron;
mientras que el Centro, por favor divino,
en su primer momento,
caricias recibiendo del destino,
expresó sin rencor su pensamiento;
por lo mismo, nosotros no debemos,
sintiendo otras pasiones
llegar del entusiasmo á los extremos
para lanzar tremendas maldiciones.
No podemos negar, sin ser ingratos,
á nuestra madre la filial ternura,
por más que nuestras almas, arrebatos
sientan de indignación en su amargura.

La España con su sangre generosa
nos legó sus costumbres y creencia,
y con su lengua culta y armoniosa
las nociones primeras de la ciencia:
dictando sabias leyes,
que revelan amor á la justicia,
quisieron impedir siempre los reyes
del cruel conquistador la ruin codicia;
las súplicas sentidas
del ilustre Las Casas escucharon,
á pesar de opiniones muy validas
que indignos cortesanos divulgaron;

y si algunos ansiosos de riqueza,
alarde hicieron de inclemencia y saña,
culpemos su impiedad y su fiereza,
mas no mengüemos el honor de España!

El alma de los libres nunca abriga
negros resentimientos ni rencores,
ni puede conceptuar como enemiga
á una nación que le brindó favores;
pues llena de entereza,
practicar las virtudes ambiciona
y, amando con vehemencia la grandeza,
públicamente de virtud blasona.

Cual libres, pues, obremos
un hermano mirando en cada hombre,
que solamente así mereceremos
de grandes el renombre;
y que fuerte, feliz, reorganizada
nuestra patria común por fin se vea,
de luminosa aureola circundada,
gozando el triunfo de su grande idea!

El Dios de las batallas, desde el trono
en que rige á los pueblos de la tierra,
de nuestras esperanzas en abono,
hará cesar la fratricida guerra
que, empapando de sangre las campiñas
del suelo americano,
odiosas ha hecho las sangrientas riñas
en que combate hermano contra hermano.

La Unión apetecida
del Centro acordará, como en su cuna;
y de la libertad bajo la egida
le hará gozar de próspera fortuna.

Entre tanto, sigamos por la senda
de la virtud, que al hombre diviniza,
deseando que el amor puro descienda
benéfico á rasgar la obscura venda
que cubre de la patria la divisa.

FERNANDO CRUZ.

La primera vez que el nombre de Cruz apareció al frente de algunas de sus poesías, fué cuando en 1874 publicábamos este segundo tomo de nuestra *Galería.*

Decíamos de él entonces, que sus versos eran dulces y conmovedores, y que, joven todavía, de esperarse era que siguiera enriqueciendo la literatura nacional con los armoniosos acordes de su lira. Así ha sucedido, en efecto, notándose verdaderos progresos en el poeta, de aquella fecha á esta parte, así en el fondo de las ideas, como en la manera de expresarlas. Entre su canto á "Los Cementerios" y las décimas "A mi hijo," que es para nosotros la mejor de sus composiciones, media un mundo, Hay en esas estrofas tanta naturalidad y sentimiento, que al leerlas cualquiera exclama, con el corazón conmovido y las lágrimas en los ojos: "así las hubiera escrito yo," es decir, "así lo siento."

Cruz, sin embargo, se ha hecho más notable como jurisconsulto y como político que como literato. No siendo este el libro ni la ocasión á propósito para juzgar al hombre de Estado, nosotros nos concretaremos á manifestar que amigos y enemigos reconocen en él un verdadero talento y una vasta ilustración.

Cruz ha sido durante muchos años Ministro de Relaciones Exteriores, con cuyo carácter acompañó al Presidente Barrios en su viaje á los Estados Unidos y Europa en 1882; y actualmente figura como Director de la Academia Guatemalteca, correspondiente de la Real Academia Española y Presidente del

círculo, también correspondiente, de la Unión Ibero-Americana en esta Capital. Se dice de él que se ha retirado á la vida privada, cosa que no puede creerse de un hombre que en los momentos en que estas líneas escribimos cuenta sólo cuarenta y cuatro años de edad. Cruz volverá de nuevo á figurar en la política.

De sus obras poéticas no conocemos más que la diminuta edición que hizo el periódico "La Patria" para obsequiar á sus suscritores el día de año nuevo de 1887; pero estamos ciertos de que tiene mucho más inédito.

Es autor de varias obras de derecho entre las que figuran en primera linea sus *Instituciones de Derecho Civil;* y de varios discursos y artículos literarios que no dudamos serán alguna vez coleccionados para honra de las letras patrias.

Cruz solicitó y obtuvo últimamente del Gobierno de la República la protección necesaria para hacer una edición de lujo de las obras de Irisarri y Milla, que son indudablemente los dos primeros literatos de la América Central. Ojalá que pronto nos dé el gusto de ver terminado ese trabajo.

LOS CEMENTERIOS.

Cuando tienden su manto las sombras
y calladas se van agrupando,
suave luz en los cielos regando
de la noche el hermoso fanal,
oh! cuán triste es al alma sensible
visitar los panteones desiertos,
do en silencio reposan los muertos
en el seno de paz eternal!

Entre calles de sauces dolientes
á la luz de la luna plateada,
contemplar convertidas en nada
las criaturas que amó el corazón!
Esas frías y lúgubres tumbas
ya no encierran belleza ni gloria;
guardan sólo una triste memoria
de ceniza entre el blanco montón!

Esos nombres que á penas visibles,
en las losas de mármol quedaron,
nuestros labios tal vez pronunciaron
algún día, muriendo de amor!
Ese informe puñado de polvo,
en un tiempo fué cándido lirio,
fué quizá nuestro ardiente delirio,
y hoy recuerdo de pena y dolor!

Cada vez que una víctima se hunde
del sepulcro en las vastas regiones,
¿quién no sabe que mil ilusiones
á dormir con la víctima van?
Cuando al golpe de muerte inplacable
se desploma existencia querida,
¿quién no siente en el alma una herida
causa eterna de duelo y afán?

Allí quedan los juegos sencillos
de la alegre y purísima infancia,
allí queda la suave fragancia
de la ardiente y fugaz juventud!
Allí quedan de amor los delirios,
las confusas, dolientes historias,
del pasado las tristes memorias,
y el cadáver y el negro ataúd!

Así cae en los prados la rosa
en la tarde del sol de su vida,
y se lleva la gota perdida
que el rocío en su cáliz dejó!
¡Cuántos ayes del pecho no arrancan
esas tumbas tan solas, tan frías!
Esas tumbas no se hallan vacías:
mil recuerdos su seno tragó!

¿Dónde se hallan las cándidas vírgenes
que el verjel seductor de la vida
ostentaba cual palma florida
de arrogante y lozana beldad?
¿Dónde está la mujer hechicera
cuya limpia y purísima frente
con delirio besamos ardiente
y temblando de amor y ansiedad?

Era fresca, risueña y hermosa
cual florida y gentil primavera;
como dulce ilusión, la primera
que en el alma comienza á brotar.
Era pura, inocente y sencilla
cual de un niño la santa creencia,
como flor de fragante inocencia
que una virgen coloca en su altar.

Con guirnalda de nítidos nardos
adornaba sus sienes un día:
la guirnalda en la tarde aun vivía,
pero el ángel, su dueño, ya no!
Bajo el mármol se hundió del olvido,
revistiendo crespón funerario,
y un ciprés, un ciprés solitario
con sus ramas la tumba cubrió.

Un ciprés que en las horas nocturnas
agitado del soplo del viento,
deja oir dolorido lamento
un gemido que infunde pavor.
Un ciprés que en la noche callada
se le antoja á la mente medrosa
una imagen fatal, vaporosa
de los genios del triste dolor!

A su sombra después, muchas veces
en las piedras sentados estamos,
y con ojos ansiosos buscamos
á aquel ser que se va á visitar.
Y ese ser, ni nos ve, ni nos oye;
es muy triste, mas ya nuestro acento
en los pliegues se pierde del viento
y á su oído no puede llegar!

Ya no viene como antes venía
en el pecho á poner su cabeza:
entre el polvo cayó su belleza
y del polvo ya no se alzará!
Ya no viene de blanco vestida,
y adornada la frente de flores
á embriagar con palabras de amores.
que por siempre apagáronse ya!

Esa voz que á lo lejos oímos
es el vago susurro del viento
que su triste y cansado lamento
en los árboles deja sentir.
Esa sombra, esa luz, esa vida
es fugaz ilusión de la mente,
es un sueño, un delirio impaciente
que fantasmas empieza á fingir.

Blanca luna, tu pálida lumbre
llena mi alma de dulce tristeza;
algún día también mi cabeza
entre el polvo vendrá á reposar!
Con tus rayos hermosos de plata
baña suave mi túmulo frío,
y el ramaje del sauce sombrío
que una sombra le quiera brindar.

Tú verás que mi pobre sepulcro
linda mano de un ángel de amores
cubre amante con pálidas flores,
y al mirarlo se pone á llorar!
Blanca luna que alumbras las tumbas,
tú verás, por ventura, su llanto,
y envidiosa mirando su encanto
entre nubes te irás á ocultar.

Ay! en vano pretende la hermosa
que responda á su lánguido acento;
que sus ecos llevándose el viento
en los sauces irán á morir!
Con sus ojos llorosos, divinos
ay! en vano en los sitios desiertos,
va buscando otros ojos que muertos
ya no pueden su luz recibir.

¡Quién entonces al hombre le diera
del sepulcro romper la cubierta
y estrechar en su mano ya yerta
esa mano que flores regó!
¡quién entonces le diera al poeta
levantar un instante la frente
y besar impetuoso y ardiente
á la hermosa que triste lloró!

A MI HIJO.

Tristes contemplo á la par,
obscuros los dos, vacíos,
los dos callados y fríos,
mi corazón y mi hogar.
Ya todo es luto y pesar
lo que fué esperanza y flores;
que el ángel de los dolores
cubrió con su ala sombría
la cuna en que ayer dormía
el hijo de mis amores!

Ayer todo era halagüeño;
mirábame yo en sus ojos,
y huían penas y enojos
ante su rostro risueño.
Hoy me parece de un sueño
congojosa pesadilla:
beso su helada mejilla,
le llamo con ansia loca,
y ni sonríe su boca
ni su ojo empañado brilla.

Con infinita ternura
besando la frente al niño,
mil veces quiso el cariño
leer su suerte futura:
hermosa y rica en ventura
se la fingía el amor;
¡y quién pensara ¡oh dolor!
que el ignorado misterio
fuera que en el cementerio
su vida cayese en flor!

Una noche, de repente,
traidor el *crup* se levanta
y se enrosca en su garganta
cual constrictora serpiente.
La limpia y cándida frente
horrible angustia refleja,
que el mal sin piedad le aqueja,
y como rígida soga
le aprieta el cuello, le ahoga,
y hecho cadáver le deja.

Como un toque funeral
vibra constante en mi oído
el angustioso silbido
de aquella asfixia mortal;
y como agudo puñal,
de hoja penetrante y fría,
rasgando va el alma mía,
metálico, aspero y seco,
el indescriptible eco
de la tos de su agonía.

Presente está á toda hora
cuando se apaga su aliento,
y convulsivo y sediento
se agita, retuerce y llora.
La muerte ya le devora,
y en honda mirada intensa,
en que, un momento, condensa
todo su fulgor la vida,
el adios de despedida
me da con tristeza inmensa!

¡No entiendo, hijo mío, no
por qué misterio terrible
de algún destino inflexible,
te vas y me quedo yo!
Para sufrir me dejó
tan duros trances, la suerte,
y á tí, cuando á penas vierte
la aurora el primer rocío,
viene á arrancarte, hijo mío,
inexorable la muerte!

¿Para qué si el huracán
rugió con bramido ronco,
respeta el añejo tronco,
y hojas y flores se van?
¿Para qué se quedarán
sufriendo duelos prolijos,
en su pesar siempre fijos,
los padres cuando la suerte
ha herido su alma de muerte
robándoles á sus hijos?

Con la alegre primavera
del árbol las hojas tornan,
vuelven las flores y adornan
con su matiz la pradera.
¡Si así también renaciera
la felicidad perdida!
¿Pero quién vuelve á la vida
al que en el sepulcro cae?
¿Quién á mis brazos te trae
otra vez, prenda querida?

¡Dichoso del que aun ignora
el acerbísimo duelo
del padre que sin consuelo
al hijo en la tumba llora;
y triste del que devora
mortal desesperación,
porque tronchada en botón
cayó la ilusión florida;
los hijos, luz de la vida,
pedazos del corazón!

Mas si después, hijo mío,
estas heces de amargura
que el labio temblando apura
te diera el destino impío;
si este hielo, este vacío
sintieras que en mi alma siento,
y en tí clavara el tormento
sus garras, ¿á qué mis quejas?
¡Dichoso tú que te alejas
del valle del sufrimiento!

Y si tuvieras tal vez
que atravesar el desierto,
á la esperanza ya muerto
y ensangrentados los pies;
si en la densa lobreguez
rodaras al precipicio
del mal, y el crimen y el vicio
manchara tu frente hermosa,
¡bien haya, muerte piadosa,
mi terrible sacrificio!

¡Bien hayas tú que entre flores
reposas ya en dulce calma,
sin que te haya herido el alma
la espina de los dolores!
Cual tierno canto de amores,
y cual suavísima esencia
se evaporó tu existencia,
y pliegas tus blancas alas
llevando intactas las galas
de tu cándida inocencia!

¡Adios! temblando ya cierra,
aunque el dolor la taladre,
tus ojos, la triste madre,
que un mundo de amor encierra.
¡Yo, infeliz, sigo en la tierra
hollando zarzas y abrojos;
tal vez ni habrá quien los ojos
me cierre cuando sucumba,
ni llore sobre la tumba
de mis mortales despojos!

RECUERDOS.

Yo llevo entre el misterio de mi vida
entre la obscura soledad del alma,
como dormida en aparente calma,
recuerdos tristes de infeliz amor.
Son como débil luz que melancólica
alumbra en la capilla funeraria,
como lámpara pobre y solitaria
que brilla en la morada del dolor.

¡Qué amargos y tenaces los recuerdos
rebullen sin cesar en la memoria,
como una sombra de visión mortuoria
que goza en oprimir el corazón!
Oh! y cuántas veces de dolor llorando
con ambas manos apreté mi frente;
y brotaron de nuevo en mi alma ardiente
despertando de nuevo la pasión!

Es un recuerdo que jamás se extingue,
es una chispa que jamás se apaga,
y abriendo cada día nueva llaga
estragos nuevos produciendo va.
Arde con los fulgores de la aurora,
arde al rayo del sol de medio día,
arde en las sombras de la noche fría
cuando todo se calla y duerme ya.

Brota en la hermosa soledad del bosque
al blando son de cristalina fuente,
brota en la orgía bulliciosa, ardiente,
al ruido de las copas del festín.
Como el pálido espectro que persigue
con incansable afán al homicida,
se aferran los recuerdos á mi vida,
sin espacio, sin término y sin fin.

Oh! si pudiera el hombre esos recuerdos
borrar del libro de su ingrata historia!
si pudiera arrojando su memoria
otra nueva formarse á su placer!
Si pudiera arrancarse de su pecho
un corazón que laceró la suerte,
y gustoso lanzándolo á la muerte
pudiera un nuevo corazón nacer!

Mujer! yo un día te juré insensato
tu recuerdo llevar siempre conmigo:
harto terrible ha sido mi castigo,
quiero olvidarte y no lo puedo ya.
Si huyo de tí, tras mi erradora planta
tenaz me sigue, sin parar, tu sombra;
el viento cuando silba á tí te nombra,
y el ronco rayo que estallando va.

Tú eres el son de la hoja entre los bosques
tú eres el hondo retumbar del trueno,
tú eres el prado de verdura lleno,
y tú el desierto estéril y sin flor!
Tú eres la sombra de la noche triste,
tú eres la luz de la argentada luna,
el blando murmurar de la laguna,
y el canto del placer y del dolor.

Perdona ¡oh Dios! si de mi amor profano
en la irritada sed abrasadora
juré insensato, en maldecida hora
lo que tan bien á mi pesar cumplí!
Huye mujer! Arranca tu recuerdo
y deja en paz que el corazón respire!
deja que en paz el corazón suspire,
sin que se acuerde al suspirar, de tí!

LA SONRISA DE AMOR.

Feliz un tiempo el corazón vivía
sin conocer la hiel de los pesares,
y sin mezclar sus plácidos cantares
con la triste armonía del dolor.
Cual ave alegre que entre el bosque vuela
iba corriendo la existencia mía;
y todo al fin me lo robaste, impía,
con tu sonrisa celestial de amor.

Viajeros que cruzábamos el mundo
nos vimos una vez en el camino:
impelido quizá de mi destino
te dije adios con delirante ardor.
Adios me respondiste, más hermosa
que la luna fulgente en noche obscura,
y resbalaba de tu boca pura
una sonrisa celestial de amor.

Esa sonrisa fué para mi vida
mortífero veneno en cáliz de oro:
hoy infeliz y desolado lloro,
y ríes tú con bárbaro rigor.
Te busco como el árabe cansado
que busca en el desierto alguna palma,
y en tu labio jamás brilla hechicera,
otra sonrisa celestial de amor.

Hoy ríes de mi fe pura y sencilla,
hoy para tí no existo sobre el mundo,
y mi amor tan ardiente y tan profundo
se agita en vano en su mortal dolor.
Con tu sonrisa mi placer robaste,
con tu sonrisa mi fugaz ventura;
sólo puede endulzar tanta amargura
otra sonrisa celestial de amor.

La luz del sol en mi pesar detesto,
la noche y sus tinieblas me atormentan,
y hasta en mis sueños, tristes se presentan
imágenes de lúgubre color.
Nada á arrancar del corazón alcanza
la espina de dolor con que camina;
sólo lo puedes tú, mujer divina,
con tu sonrisa celestial de amor.

Torne á lucir en tus rosados labios
esa sonrisa encantadora y pura,
y brotará en mi pecho la ventura
cual brota en mayo la pintada flor.
Torne á lucir; como se van las sombras
al despuntar esplendoroso día,
la tristeza se irá del alma mía
con tu sonrisa celestial de amor.

Pero si en vano mi doliente pecho
ha de exhalar tristísimos lamentos,
si amante no has de oir estos acentos,
que se ahogue en la tumba mi dolor.
La tumba, sí, la tumba hospitalaria
que al que llora y padece presta abrigo:
el sueño del olvido, un sauce amigo,
ó tu sonrisa celestial de amor.

MANUEL MARÍA PERALTA.

El distinguido centro-americano con cuyo nombre encabezamos estas lineas, nació en Cartago, República de Costa-Rica, el 4 de julio de 1847. Es decir que apenas cuenta cuarenta y un años de edad y sin embargo ¡qué brillante carrera así en las letras como en la diplomacia! siendo de advertir que los puestos que ha ocupado no los ha tomado por asalto, como generalmente sucede entre nosotros, sino que los ha ganado en rigurosa escala.

Secretario de Legación en 1871, sólo hasta 1874 vino á ser nombrado Encargado de negocios en Londres, pasando después en concepto de delegado por Costa-Rica al congreso internacional de Paris en 1875.

Posteriormente fué nombrado Ministro Residente en Bélgica y luego en Washington; y en 1879 Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en las cortes de Bélgica y España y en la República Francesa.

Tanto en estos elevados puestos, como en las diferentes misiones de otro género que se han encomendado al talento y habilidad de Peralta, ha sabido grangearse las simpatías de cuantos con él han tenido que tratar, honrando á Centro-América, en su triple calidad de ciudadano, literato y diplomático.

En sus poesías hay entonación y valentía; y ha hecho mal el bardo si, como la ("*La Lira Costa-ricense*") asegura, ha colgado su laúd para atender únicamente á su cartera; que bien

caben entre protocolo y protocolo hermosos cantos como el que desde Paris envió "A la América," y silvas como su "Erin" que en seguida verán nuestros lectores.

Siga Peralta cantando y sirviendo á su patria como hasta ahora.

ERIN.

Del fiero Atlante en el confín remoto,
allá do la onda airada,
al ímpetu del ábrego y del noto,
batió furiosa la *Invencible Armada*;
allá por donde lanza su corriente
el Golfo Mexicano,
verdor llevando con su soplo ardiente
de Europa al suelo anciano; (1)
allá donde, Señora de los mares,
Britania alzó su trono,
audaz burlando el pavoroso encono
del tiempo y los azares;
donde cual regio emblema,
señal de inconstrastable poderío,
imprime Jorge la nervuda planta
sobre el dragón impío,
que cuenta su hora extrema
al último estertor de su garganta;
allá como Nereida en cautiverio,
vuelta la faz doliente
del divino Colón al hemisferio,

(1) Alusión al Gulf Stream.

y á la peña su espalda,
lamenta su beldad resplandeciente
la maga de las Islas de Esmeralda.
Dulce, gentil, donosa y hechicera,
corona de ciprés ciñe su frente
y aprisiona su negra cabellera;
grandes sus ojos de mirar ardiente
pero triste y profundo,
purpúrea la mejilla,
seco el labio de rosa
y palpitante el seno pudibundo....
¿por qué estás pesarosa
¡oh! maga de las Islas tan hermosa?
¿Por qué sobre la roca solitaria
das reposo falaz á tu hermosura,
si el piélago bravío,
sordo quedando á tu infeliz plegaria,
acíbar verterá sobre amargura
en el cáliz vacío?
Andrómeda infelice sin Perséo;
hija de Sión expuesta al Filistéo,
sin tu David glorioso,
¿quien ¡ay! te acorrerá, si proceloso
el mar impele su onda
como la piedra que partió de la honda,
con ímpetu violento,
y te derriba de tu rudo asiento?
Sin tu inmortal profeta,
de patrio amor ejemplo y maravilla,
¿acaso el Babilonio te sujeta
del murmurante Eufrates á la orilla?
¡Ay! tu Daniel no existe! (2)
y del ramaje triste
do el sauce vierte su perenne lloro,
tú, noble Erin, colgaste el arpa de oro,
y á tu sombra gemiste!

(2) Alusión á Daniel O'Connell.

¿Dónde tu amado está? ¿Presto no acude
á tu clamor doliente?
¿Sola te deja en desventura tanta?
Duerme, duerme, responde, y no sacude
mi llanto penitente
el sopor de su cuerpo, ni quebranta
el hierro que le oprime.
Ay! el mísero gime
en su prisión obscura,
y el crimen grande expía,
mártir confeso de la fé mas pura,
de amar la patria mía.
En extranjera tierra
su hogar tal vez levanta;
doquiera que exhale sus gemidos,
doquiera mueva su planta,
ya se aperciba á destructora guerra
ó cuente enamorado los latidos
del corazón que su destierro encanta,
siempre una imagen en su mente adora;
siempre por ella con furor palpita,
y en su labio la expresión bendita
de "*Erin y Libertad*" brota sonora.

A LA SEÑORA CONDESA DE G. B.

Una furtiva lágrima,
cual perla de Basora,
bajo tu blanco párpado
correr vi yo, Señora.
Dime ¿cuál es el íntimo,
secreto sentimiento,
que así tu rostro cándido
cual flor que dobla el viento,
sobre tu pecho inclínase
en actitud doliente?
¿Por qué en rubor enciéndese
de súbito tu frente?
¿Acaso una voz mística
al oído te murmura
de algun amor angélico
la triste desventura?
¿Acaso las imágenes
de los pasados días,
agólpanse en tu espíritu
cual tiernas armonías,
de misteriosa música?
¿Acaso del futuro
miras la visión pálida
rasgar su velo obscuro?

Del tiempo al vuelo rápido,
¿acaso es el presente
el que con las alas fúlgidas
rozó tu pecho ardiente?
¿Por qué, dí, melancólico
se nubla tu semblante
tan dulce siempre y plácido
cual tu sonrisa amante?
Ay! tu preciosa lágrima
yo siempre libaría
en tu mejilla cándida
que el alba envidiaría!
Asi quisiera mi ánima,
sedienta de ventura,
de tu alma noble y férvida
sentir la esencia pura.

De tí, del suelo itálico
apártame el destino
y al Norte triste y lóbrego
mis pasos encamino;
mas tu memoria célica
guardo en el alma mia,
cual en las sacras urnas
la santa eucaristía.

Adios! con ruego férvido
tu bien de Dios imploro;
de tí un solo, simpático
recuerdo por tesoro.

LA MUERTE DE ROSITA.

A LA SEÑORA DOÑA N. G. DE S.

¡Cuán bella es la inocencia! cuán graciosa
un alma blanca y pura!
La mirada de Dios leda reposa
al contemplar su nítida hermosura

El ser por cuyo aliento soberano
todo vive y respira,
de tanto bien indigno cree al humano,
y llama esta alma y en su ser la inspira.

Y el alma como linda mariposa
deslúmbranos un día;
pero luego se ausenta presurosa,
dejando en luto la región umbría.

Bello y gentil, gracioso é inocente,
en la mullida cuna
duerme un niño arrullado blandamente
por un ángel, que llora su fortuna.

"¿Que haces aqui celeste mariposa?
El angel le decía,
¿Creces entre zarzas de purpúrea rosa?
¿Se escucha en el desierto una armonía?"

"Perla luciente de inmortal belleza,
¿por qué en el barro yaces?
Ven, y en el éter tu infantil pureza
derramará la luz en vivos haces."

"Tus hermanas, las fúlgidas estrellas
vierten allí su lumbre,
en sus noches espléndidas y bellas:
todo es amor y eterna dulcedumbre."

"Ven al Edén, sus mágicos verjeles
de virginal esencia,
la reyna de los lirios y claveles
te aclamarán, rindiéndote obediencia."

"Aquella tu patria es: un extranjero
eres entre los hombres;
virtud, belleza, afecto verdadero
sin irrisión aquí, son vanos nombres!"

"¡Los goces de la tierra son dolores,
es llanto su alegría,
mentira su virtud, hiel sus amores,
cada sonrisa encubre una falsía!"

"¡Oh! ven conmigo celestial criatura!
no dejes que tu frente
que es rubor del jazmín por su blancura,
se empañe al soplo del mortal ambiente!

"Vuelve á tu patria, ven, emprende el vuelo
despiértate, ángel mio,
¡tu mirarás de la región del cielo
cuánto este mundo es mísero y sombrío!"

El niño despertó; la pura esencia
de su ser exhalóse,
y el trono de la suma Omnipotencia
con el alado Nuncio remontóse.

Y al traspasar la bóveda fulgente
"adios," tierno decía,
á la única mujer que amor no miente;
"adios, adios, oh madre!" repetía.

A LA EXCMA. SEÑORA

MARQUESA DE VILLA-MANTILLA.

Cual se alza en la llanura,
sin rival en donaire y gallardía,
la palmera gentil, amor del aura,
emblema de tu dulce Andalucía,
así, gentil Señora,
tu hechicera beldad, tu donosura,
la fama admiradora
con entusiasmo y con amor proclama,
y á tí cual gracia, cual deidad te aclama!

Mas tú, fama ligera,
tú, vasalla fugaz de su hermosura,
tú, que embriagada en su beldad, parlera,
volando vas por la azulada esfera;
del Bósfogo al Genil y de la villa
que riega el Manzanares
hacia la verde orilla
por do lanza el Potómac su corriente;
tú no has mirado bien la luz fulgente
de sus divinos ojos;
admírala, detente,
pliega tus alas, póstrate de hinojos.

A UNOS OJOS.

IMPROVISACIÓN.

Levanta al cielo tus divinos ojos
claros y bellos como el sol fulgente
que derrama su luz sobre tu frente,
pues del sol eternal que el alma alumbra

Vivos reflejos son; luz de bonanza;
espejo do se mira la esperanza,
pura lumbre de amor que amor inspira,
y por la cual el mismo amor suspira!

JOAQUÍN DÍAZ.

Cuando con perseverante trabajo reuníamos los materiales necesarios para la formación de esta obra, buscamos y solicitamos con positivo interés algo de Honduras, de aquella hermosa tierra del genio, de tan gratos recuerdos para nosotros; mas nada pudimos obtener. La patria de Morazán y de Cabañas, de Valle y de Alvarado, no había producido poetas.

El padre Reyes, si lo fué, permanecía como hasta ahora permanece, ignorado; Joaquín Díaz comenzaba apenas á escribir algunas estrofas al reverso de sus recetas.

Algunos años más tarde recibimos un poemita titulado "La Gloria," en que se revelaba un bardo de inspiración y sentimiento, aunque incorrecto. El hecho sólo de proceder de Tegucigalpa nos causó una sensación agradable; cuando vimos al pie la firma de un antiguo amigo y compañero, sentimos verdadero placer. Joaquín Díaz, el inteligente médico, el discípulo de Hipócrates, se había filiado bajo el estandarte de Apolo. Como Peón y Contreras, había cambiado el bisturí por el laúd, proponiéndose curar el alma con la panacea universal del sentimiento, mejor que el cuerpo con las amargas pócimas de la botica.

Las poesías de Díaz han sido publicadas en periódicos de Honduras y el Salvador, y reproducidas en los demás de Centro-América; pero hasta ahora no las hemos visto coleccionadas como deberían estar en un volumen. Excitamos el patriotismo de nuestro amigo para que haga de ellas una edición en la mag-

nífica Tipografía nacional de Tegucigalpa, seguro de que su libro será acogido con gusto por todos los amantes de las letras.

Díaz tiene cuarenta y cinco años de edad; y pasa su vida consagrado al cuidado de su familia y al cultivo de la literatura, sin dejar por eso de prestar á la humanidad doliente sus servicios como médico, profesión en la que ha alcanzado un merecido renombre.

LA RAZON Y LA POESIA.

—Yo la razón represento.
—Yo, la divina poesía.
—Yo soy el mentor, el guía
que dirige el pensamiento.
—Yo levanto el sentimiento,
impulsando el corazón.
—Soy la brújula, el timón
de la triste humanidad.
—Yo soy amor, soy bondad,
la esperanza y la ilusión.

—Soy el principio eternal
que da el cimiento del mundo.
—Yo soy el germen fecundo
del principio terrenal.
—Yo soy el astro, el fanal
que al universo da vida.
—Soy la aurora suspendida
en el espacio infinito.
—Soy en la tierra el granito,
—Y yo, la luna dormida.

—Cuando levanto mi vuelo
rasgo el azul del espacio.
—Es el éter mi palacio,
mi pavimento es el cielo.
—Aunque vivo en este suelo,
mensajera del Criador,
soy de su esencia el fulgor.
—Soy la Biblia, soy la Cruz,
soy la madre de Jesús,
su Calvario y su Tabor.

—Rasgo la nube sombría
que obscurece el firmamento.
—Y yo elevo el pensamiento
en el luminar del día.
—Es la noche mi alegría,
porque miro en las estrellas
seres que habitan en ellas.
—Y yo les presto mis alas,
la brillantez de mis galas,
y el fulgor de las centellas.

—Yo soy la luz, soy la ciencia,
soy el saber, la razón.
—Yo el arte, la inspiración,
y la divina creencia.
—Soy el alma, la conciencia;
yo soy el ser, la verdad.
—Yo, la hermosa claridad
que da brillo al mismo ser.
—Yo represento el poder.
—Y yo la fecundidad.

—Yo vivo para la historia,
construyendo el porvenir.
—Yo los genios sé fundir
en los rayos de la gloria.
—Mi corona es la victoria
de la luz que centellea
con el rayo de la idea.
—Soy de los héroes el alma,
y en el martirio la palma
que sobre el templo flamea.

—Es mi espíritu la voz
de la ciencia de los sabios.
—Yo soy el alma en los labios
de los que imploran á Dios.
—Yo camino siempre en pos
de la ley universal,
de lo abstracto y material.
—En el corazón imprimo
el amor con que redimo
el sentimiento inmortal.

—Al posar la inteligencia
del que entusiasta me llama,
con mis reflejos se inflama
en el albor de la ciencia.
—Al que pide mi elocuencia
le arrebato el corazón,
lo sumerjo en la pasión,
y le presto á su pupila
el mirar de la Sibila,
y le doy la inspiración.

—En la cumbre del oriente,
sobre peñascos y mares,
erigieron sus altares
los que adoraron mi frente.
—Son mi culto reverente
los que del este al ocaso
divinizan el Parnaso;
es mi culto la poesía
en la excelsa fantasía
de Homero, Milton y el Tasso.

—En Sócrates y Platón
está la llama, está el fuego
en que se abrasara el griego
con divina inspiración.
—Del Olimpo al Partenón
han cruzado mis corceles
los encantados verjeles,
donde surgen inmortales
los diamantinos raudales
que fecundan mis laureles.

—¡Encantadora poesía!
Préstame, hermosa, tus galas
para mecerme en las alas
de tu ardiente fantasía!
Es solitaria y tan fría
esa mansión misteriosa
donde mi alma se reposa,
que es un témpano de hielo
hasta el luminar del cielo,
en que te ciernes grandiosa.

—¡Tú, la divina razón,
grande, entre grandes primera,
sobrehumana mensajera
entre el hombre y la creación!
Con mi ardiente inspiración
he derramado en mi canto
los raudales de mi llanto,
besando humilde tu pie,
para prenderte mi fe
en los pliegues de tu manto.

Por donde quiera que paso,
haciendo luz y vapores,
se respiran los olores
que descienden del Parnaso;
y cuando percibo el trazo
de alguna fugaz estrella,
voy encontrando en su huella,
que en esa región del cielo
has desplegado tu vuelo,
para descansar en ella.

Aunque sumerjo la frente
en las ondas del Egeo,
y es su borrasca el deseo
en que se agita mi mente;
aunque palpita ferviente
delirando el corazón,
y el numen, la inspiración,
es la luz que en mí fulgura,
tú, con serena ternura,
adormeces mi pasión.

—Yo necesito tu vuelo
para ver el infinito,
en tu mirada está el grito
de los confines del cielo;
yo voy rodando en el hielo
de un polo sin lontananza
que se mira y no se alcanza;
dame, hermosa, tus visiones,
tus pintadas ilusiones,
y tu risueña esperanza.

—Yo ambiciono tu sosiego;
y cambiara el corazón
por la adusta reflexión
de tu mirada de ciego.
¿Por qué le pides al fuego
á quien el mundo no toca?
¿Qué hay en mí que te provoca?
¡La egregia sabiduría
envidiando á la poesía,
el delirio de una loca!

—Si tu numen se negara
á ofrecerme el desvarío
que enardece el pecho mío,
el progreso se acabara;
el filósofo no hallara
ni elevado el pensamiento,
ni sublime el sentimiento.
Yo voy en pos de tus huellas,
para cimentar en ellas
tu mismo descubrimiento.

No me basta la intención
para llenar el espacio;
yo necesito un palacio
en que encierre á la creación;
sólo allí mi corazón
podrá levantar el grito,
que despunte en lo finito
el latido que enardece
y con tu nombre extremece
el confín de lo infinito.

—Está lleno el firmamento
con los ecos de tu canto,
y has regado con tu llanto
el cielo, la mar y el viento;
porque viven de tu aliento
las deidades del vacío,
las sirenas en el rio,
las ondinas en las fuentes,
tu suspiro en las corrientes,
y tu llanto en el rocío.

—Pero es mi dulce armonía
el pesar de mis cantares,
el reir de mis pesares
y el dolor de mi alegría;
siempre será la poesía
una proscrita criatura,
que está mirando ternura
en las fuentes del oriente,
para llegar á occidente
empapada de amargura.

—Ambas llenamos el mundo
con el arte y con la ciencia:
si yo doy la inteligencia,
tú, el sentimiento fecundo.
En un piélago profundo
va esta pobre embarcación;
Dios va llevando el timón,
tú, vas agitando el viento:
yo, la razón represento,
tú, la excelsa inspiración.

SARA Y AZAHAR.

Para el álbum de la señorita Sara Melhado.

En la flor que simboliza
el amor y la pureza,
por su nítida belleza,
su fragancia y su color,
encuentro tal parecido
con tu pálida blancura,
la inocencia y la ternura
de tu belleza y pudor;

Que parece que ambas flores
nacieron en primavera,
para adornar la pradera
de esta zona tropical.
Las dos, con modesta gala,
derramando su perfume,
al unirlas se presume
ver la insignia virginal.

Llevas el nombre de Sara,
nombre bello del Oriente,
que grabado en tu alba frente
hace en Oriente soñar.
Ver la flor de los naranjos,
es mirar en tí, desnuda,
la belleza que se anuda
á la flor del azahar.

Entre el azahar y Sara
se halla tan corta distancia
como la hay en la fragancia
de dos naranjos en flor.
Ambas son flores y bellas,
flores las dos de estos lares,
son capullos de azahares,
que simbolizan pudor.

A YUSCARÁN.

En los brazos de un gigante
que cual niño te adormece,
tu bella cuna se mece
de su cima al esplendor:
alza su frente á los cielos
y coronada de nubes
con ángeles y querubes
habla de tí con amor.

Por sus cumbres empinadas,
cubiertas de selvas bellas,
se ven bajar las estrellas
por tus fuentes de cristal;
y posarse cariñosas
en los ojos de tus hadas,
para dar con sus miradas
muestras de amor celestial.

En cielo limpio y sereno
tras la cumbre de otros montes,
se cubren tus horizontes
con opalino arrebol;
y la aurora nacarada,
dulce, risueña, esplendente,
por dar un beso en tu frente
pide sus rayos al sol.

Y al descender en ocaso
se oculta tras la montaña,
y de allá su luz te baña
entre sombras y esplendor;
para dilatar tus tardes
con los albores del día,
y descender la poesía
en los brazos del amor.

Y luego viene la luna
tras la penumbra indecisa
á pedirte una sonrisa
de ternura y de placer;
porque ella es la mensajera
entre la tierra y el cielo,
y el amor que da tu suelo
es de ángel, no de mujer.

Las nubes de otras regiones
envueltas en negro manto,
vienen á verter su llanto
humildes á tu cendal;
y su llanto se convierte,
bajo tu cielo, en sonrisa,
porque le lleva la brisa
tu sonrisa virginal.

De las cumbres de tus montes
se despeñan tus cascadas,
y en ellas se ven tus hadas
de tus prismas al través,
y en sus aguas opalinas
se rizan sus bucles bellos,
y forman con sus cabellos
denso manto hasta sus pies.

El aura de otras montañas
pasa por tus bellos lares,
dejando de los pinares
sus aromas al cruzar;
y va llevando en su fuga
los ayes de la terneza,
del amor y la pureza
de tus bellas al pasar.

Los peñascos argentados
de tus rocas inclinadas,
son hollados por tus hadas
sin aprecio ni inquietud;
porque adoran la belleza
del alma tierna y amante,
y en su hogar edificante
su tesoro es la virtud.

Porque el poder y riqueza
arrebatan la poesía
del pecho noble que ansía
los encantos del hogar.
Tus hijas, bellas, sencillas,
quieren amor sin desdoro,
y pisando arenas de oro,
cifran su dicha en amar.

Alimentan en su seno
con afán tierno y prolijo,
entre sus brazos al hijo,
al fruto de su ilusión;
y reciben de los cielos
en el fulgor de tu luna,
los amores que en la cuna
adornan su corazón.

Tus ninfas, castas y puras,
viven de tiernos amores,
entre fuentes y entre flores,
como la oriental hurí;
en la planicie azulada,
ó en la cima de la loma,
como vive la paloma,
ó cual se oculta el rubí.

Si por verte baja el cielo,
si por verte sube el monte,
y se tiñe el horizonte
de nacarado arrebol;
si, coqueta, ves la aurora
que te brinda sus albores,
y presta sus resplandores
de su luz hermosa al sol:

Si humilde y enamorada,
en tu cielo se desliza
á pedirte una sonrisa,
tiembla la luna de amor;
si el aura besa tus fuentes,
entre canciones y amores,
para tomar de tus flores
el perfume embriagador;

Y tus fuentes y cascadas
se deslizan blandamente
para dejar en tu frente
los perfumes del abril;
Y el ave canta en la rama
para arrullar tus amores,
y abren su cáliz las flores
nacaradas del pensil;

Y jugando con tus bucles,
te da sus quejas la brisa,
y te ofrece una sonrisa
del amor angelical;
y las cumbres de tus montes,
en copos de nubes bellas,
hacen bajar las estrellas
á tu frente virginal;

¿Qué puede decir mi labio,
que las brisas y la fuente
no hayan dicho tiernamente
con sublime inspiración?
Yo te ofrezco los cantares
que tu belleza me inspira,
los acentos de mi lira,
y mi tierno corazón.

EL CUENTAN Y EL DICEN.

SONETO.

Me cuentan que tú cuentas que yo cuento,
y dicen que tú dices que yo digo,
que si hablas ó si no hablas tú conmigo,
es cuento sobre cuento de otro cuento;

Y contando desde uno á más de ciento
va de paso de aqueste al otro amigo,
lo que dice el amigo y enemigo,
sintiendo lo que dicen que yo siento.

Y el dicen que yo digo va volando,
y el cuento de tu cuento va corriendo:
los unos por el *dicen* van llorando,
los otros por el *cuentan* se van riendo;
y el cuento por do pasa calumniando,
de paso la honradez va destruyendo.

JUAN JOSÉ MICHEO

El joven Juan José Micheo nació en la ciudad de Guatemala, el 6 de mayo de 1847.

Desde su niñez se le dedicó al estudio por sus padres don José Mariano Micheo y doña Luisa Sosa; habiendo aprendido en la casa paterna algunas materias rudimentales y entrado en el año de 1859 al colegio Tridentino de Guatemala, en donde cursó Humanidades y Filosofía.

Obtenido el grado literario de Filosofía comenzó á asistir á las clases de derecho canónico y civil, abiertas en la Universidad, distinguiéndose en ellas por su inteligencia y aprovechamiento. Desgraciadamente no pudo ni aun concluir el tercer curso, por haber tenido lugar su fallecimiento el 19 de octubre de 1869, á los veintidos años de edad, por cuyo suceso perdiéronse las esperanzas que algunas personas, amigas del joven Micheo, habían concebido acerca de él, en el ejercicio de la profesión que éste pensaba abrazar.

Se nos ha asegurado que tenía dotes para la pintura, la música y el baile, y que dejó varios trabajos en el primer ramo.

El joven Micheo era de un carácter dulce y agradable, estudioso y cortés, cualidades á las que se agregaba la de la prudencia, tanto más notable en él cuanto que se hallaba en la época de la juventud.

Sus primeros ensayos poéticos comenzó á hacerlos en el Cole-

gio de los jesuitas; habiendo escrito después de su salida de ese establecimiento algunas otras composiciones en verso.

Sin duda alguna con el tiempo, Micheo, habría sido un poeta de mérito y de nombradía, pues cuando dejó esta vida de lágrimas ya la patria tenía en él puestas sus miradas; ya ella lo consideraba como una esperanza para el porvenir. En honra y alabanza suya es cuanto puede decirse, pues se le enaltece suficientemente; porque, lo repetimos, el joven Micheo era una esperanza; el estudio y la meditación hubieran hecho lo demás, si el cielo le concede más largos días de existencia.

ODA.

Á CRISTÓBAL COLÓN.

¡Gloria á tu nombre, vencedor marino!
Cristo y el Rey, fué sóla tu divisa;
con ella te abres en el mar camino,
con ella mueres en tremenda liza.
Piloto audaz, te protegió el destino,
la lealtad como mártir te eterniza,
y al recordarte aquí, no hay un sólo hombre,
que sin respeto y devoción te nombre.

M. N. C.

Hoy de mi lira con el tosco acento
cantar quiero de un héroe las hazañas,
y tu imagen ¡Colón! me represento
Colón! decoro y luz de las Españas!
¿A quién yo cantaré si no al valiente,
al bravo sin segundo,
y que llevado por un celo ardiente,
digno fué de encontrar un nuevo mundo?
América gentil! Oh patria mía!
hubo ¡ay! un tiempo que en el hondo abismo
yacías sepultada.... idolatría,
superstición, tinieblas, fanatismo,
crasa ignorancia envileció tu suelo.....

mientras, merced á religión divina,
la culta Europa remontaba el vuelo.

América infeliz! el mundo antiguo
goza la luz del Evangelio santo,
y en tu región inmensa
la hórrida noche no ha corrido el manto.

Mas no, no será eterno:
existe un grande y poderoso genio
que arrojará al averno
la niebla que te cubre.....
Colón, hombre inmortal, ya te descubre,
ya ve tus playas en su audaz ingenio,
y en tí piensa tan sólo enagenado,
sueña contigo, anhela por hallarte,
y hasta lograr su temerario intento
no habrá para él quietud, no habrá contento.

Vedlo salir de Palos, presuroso,
de un puñado seguido de valientes,
por divisarte ansioso;
y al sentir del alisio suave embate,
su pecho valeroso
de dicha lleno, entusiasmado late.

¡Oh genio sobrehumano!
detente, escucha: ¿á dónde te encaminas?
¿Sabes acaso la terrible senda?
¿El término adivinas
de tu atrevida empresa,
que sólo imaginada pone espanto?
Cuenta los riesgos que te esperan: cuánto
te está de afán, de penas reservado.....
¡ah! fantasmas en balde le presento,

que su valor indómito no cede
contra enemigos ciento,
y su alma grande desmayar no puede.

Mas ¡ay! profundo pánico
ya de sus compañeros se apodera:
tornan ingratos el semblante airado
contra el Jefe que alegres los conduce,
confiado en su esperanza lisonjera.

"Nos arrastras, le dicen los cobardes,
"á una segura, inevitable ruina;
"mas juramos, Colón, que si obstinado
"nos llevas adelante,
"perecer hoy te haremos al instante
"de la mar arrojándote al abismo."
¡Ciegos! ¿y así pagais al hábil nauta,
que á tan sublime hazaña leal os guía?
¿Do se fué aquel ardor y valentía,
que sentisteis bullir en vuesrro pecho?

Tres días más: seguidle sin demora,
que tras la noche obscura,
suele venir la aurora
de encanto revestida y de hermosura.
Arrojad, pues, el femenil espanto,
y siguiendo sumisos al caudillo,
mostrad de campeones la bravura.
Este triunfo tan sólo espera el cielo,
para premiar sus ínclitos esfuerzos,
y daros el consuelo
de descubrir la suspirada playa:
tierra! tierra! gritad: el pensamiento
del audaz genovés no fuera un sueño:
salta Colón! no tardes, que eres dueño
de un mundo nuevo á tu valor guardado,

después de haber lidiado
con los mares terribles, con los vientos,
con el furor de opuestos elementos
y con hombres sin fe, sin esperanza.

Gloria á Colón! honor á su gran genio!
honor repitan los floridos valles
del suelo americano
al héroe generoso,
al que su vida expone,
cual padre bondadoso,
por dar á luz á un pueblo, que sumido,
se halla en la noche del eterno olvido....
honor mil y mil veces, que su gloria
rival no tiene ni tendrá en la historia.

SERENATA

A LA SIMPÁTICA SEÑORITA J.

Despierta, rosa de mayo,
pues ya ensayo mi cantar,
de Lucina á los reflejos
no muy lejos
de la verja de tu hogar.

Al son blando, melodioso
y armonioso del laúd,
vuelve otra vez conmovida
á la vida
de la ufana juventud.

Deja tu mágico sueño
halagüeño, seductor,
y escucha desde tus rejas
tiernas quejas
de tu insomne trovador.

Sal de tu mullido lecho,
y tu pecho virginal
respire, al plácido viento,
el aliento
de la brisa matinal.

Ven, y aspira los olores
de las flores del pensil,
do frescas su casto broche
en la noche
abren al aura sutil.

Oye, hermosa, ya las aves
trinos suaves de placer
difunden grata armonía,
porque el día
vése fúlgido nacer.

Ven, sílfide encantadora,
y la aurora al relucir,
permita que un beso ardiente
en tu frente
pueda férvido imprimir.

Haz que logre afortunado,
mi adorado y dulce bien,
en tu níveo seno amante
un instante
reclinar mi ardida sien.

Y, tendiéndome tus brazos,
entre abrazos, bella hurí,
tu arpada voz de sirena,
que enajena,
module el ansiado sí.

Y con él vierte el consuelo,
á que anhelo en mi dolor;
calmando en tu celosía
la agonía
de tu mísero cantor.

TRADUCCIÓN

De la oda 24 del libro 1.° de Horacio, dedicada al señor don Mariano Cheves, por su afición á la literatura y en prenda de cordial afecto.

¿Cómo poner moderación al llanto
en ausencia tan larga y tan sentida
y término al quebranto,
cuando Quintilio duerme ya sin vida?

Tristes endechas yo cantar quisiera,
¡oh, si su dulce, resonante lira
Melpómene hoy me diera,
que tiernos himnos al dolor inspira!

Yace Quintilio en perdurable sueño.....
y si hombre no hay igual, viertan su llanto,
con angustiado ceño,
la verdad y la fe y el pudor santo.

Merece de los buenos ser llorado;
mas ¡ay! de nadie cual de tí, Virgilio;
porque inflexible el Hado,
en vano ver demándasle á Quintilio.*

Y aunque el laúd que al mundo conmovía
pulzases tú del seductor Orfeo,
dime, ¿con su armonía
revivirle pudiera tu deseo?

Su sombra herida por la horrenda vara,
¿decretos del destino irresistible
Mercurio revocara,
cuando á los ruegos muéstrase impasible?

Duro es por cierto, generoso amigo,
sufrir los golpes que la muerte envía,
pues que arrastra consigo
de la amistad la plácida alegría.

Duro ¡ay! perder objeto tan amado;
mas ¿no es en tal desgracia preferible
el llanto resignado,
si remediar el mal es imposible?

A MI LIRA.

TRADUCCIÓN LIBRE DE HORACIO.

Lira sonora, con quien pude un día,
de ameno prado en la quietud contento,
al fresco viento, reposar tranquilo
plácidas horas;

Ven á mis manos, y en candentes ritmos
haz que mi canto se remonte al cielo
y acá en el suelo que inmortales sean
hoy tus acordes.

Tú, que pulsada con ardiente númen,
fuiste en un tiempo de feliz memoria,
cuando de gloria coronó su frente
lésbico cisne,

Bien ya blandiendo su brillante acero,
ó bien atando la desecha nave,
en tono suave á las divinas musas
tierno cantaba;

Y á Baco ledo, á la Ciprina diosa,
al niño ciego juguetón alado,
y al celebrado por sus ojos negros
Lico el apuesto;

Tú en el banquete del tonante Jove,
prez y delicia del celeste Apolo,
alivio solo en mi penar dispénsame,
siempre propicia.

CANTO SÁFICO

Al admirable portento guadalupano.

Non fecit taliter omni nationi.

Virgen indiana, de hermosura eterna,
cándida y tierna, celestial esposa,
en quien rebosa para el nuevo mundo
tanto cariño.

Eres tan limpia como el alba pura:
es tu ternura la esperanza grata,
que se dilata por la etérea bóveda,
cual suave incienso.

Eres sin mancha cual muger ninguna;
tu pie á la luna y al querub humilla:
fúlgido brilla tu cerúleo manto,
lleno de estrellas.

¿No simboliza el Tepeyac glorioso,
que el pueblo ansioso libertad un día
por tí, María, conseguir pudiera
bajo tu amparo?

Présaga insigne de radiante aurora,
del sol que dora de Colón la tierra,
que rica encierra en su fecundo seno
ópimos dones.

Nunca otro pueblo de favor colmado,
miró asombrado tan feliz prestigio,
como el prodigio que en el suelo azteca
mágico existe.

Cierto!.....ah! ninguno; pues la Virgen santa
con su alba planta, prodigar clemente
al continente americano quiso
múltiples gracias.

Almo portento de pureza suma:
flor que perfuma con su blanda esencia,
¿quién la existencia de tan gran milagro
duda ¡oh María?

Místico emblema de sin par ventura,
desde esa altura los espacios hiende,
y en fuego enciende de piedad cristiana
el orbe todo.

Ella el enojo del eterno templa,
cuando contempla nuestra vil malicia,
porque propicia intercesora siempre
es de los hombres.

Por eso el pueblo que tu nombre aclama,
ledo te llama, celestial María,
en este día venturoso y fausto,
"su ínclita madre."

Y aunque no fuere de tu alteza digna,
Virgen benigna, tan humilde ofrenda,
que á tí cual prenda de su amor tributa,
plácida acoje.

JUAN FRANCISCO RODRÍGUEZ.

Nació este malogrado bardo en la ciudad de Quezaltenango, el 16 de junio de 1848.

El canónigo don Manuel Cecilio Espinoza, que como Castilla y Toruño, podía con razón gloriarse de haber formado una buena parte de la juventud guatemalteca de su época, trajo á Rodríguez de edad de doce años al Colegio de Infantes de esta capital, en donde se educó y permaneció hasta la sentida muerte de su generoso protector.

Nosotros le conocimos, primero como portero de aquel establecimiento; luego como pintor, engalanando con notable maestría los salones y corredores del edificio; más tarde como el primer calígrafo de Guatemala; y últimamente como músico y poeta. ¡Qué dotes y qué carácter! Si no le falta, cuando más la necesitaba, la bienhechora sombra de Espinoza, Rodríguez habría sido feliz. .....Desgraciadamente, al encontrarse huérfano y solo, en desesperada lucha contra las exigencias de la vida, le faltó la energía necesaria para vencerse á sí mismo, y determinó suicidarse sin escándalo, viniendo á morir en el Hospital de esta ciudad el 9 de julio último.....Acaso falte á su sepulcro una lápida; pero el *Ateneo Centro-Americano* la cinceló á su memoria, en unión de la de Ana Dolores Arias, en la velada que con tal objeto dispuso celebrar el 1.° de agosto del corriente año.

En los versos de Rodríguez no hay que buscar corrección: ni pudo ni tuvo tiempo de ilustrarse; cantó como cantan las aves del desierto; porque tenía necesidad de cantar!

A TUS OJOS.

(IMITACIÓN)

Ojos negros, hermosos,
que á quien os ve dejais enamorado;
si á todos cariñosos
mirais siempre amorosos,
¿por qué el rigor conmigo habeis empleado?

Si sois mas agraciados
cuando mirais amantes, compasivos,
¿por qué tan sólo airados
me veis desapiadados,
tornándoos tan crueles, tan esquivos?

¡Oh! siempre que llorais
yo también lloro triste, sin consuelo;
y aunque no me mirais
ni el enojo dejais,
yo porque no lloreis pediré al cielo.....

Ojos negros, hermosos,
que alimentais tan amoroso fuego,
ya sea que piadosos
ó siempre desdeñosos
me mireis, ¡por piedad, miradme, os ruego!

SERENATA.

Ya el dulce sueño, joven querida,
tendió sus alas sobre tu sien,
y entre delicias tu alma adormida
¡ah! quizá olvida
que está despierto tu amante bien.

Si tus pupilas brillaran bellas
viéndome siempre llenas de amor,
no escucharías hoy mis querellas,
pues fija en ellas
mi alma estaría llena de ardor.

Yo sé, bien mío, que el blando sueño
las penas calma del corazón:
que su divino grato beleño
¡oh caro dueño!
mitiga un tanto nuestra aflicción.

Pero ¡ay! no ignoras que el alma mía
vive dichosa cerca de tí:
Que eres mi vida, paz y alegría.
¡Cuánto daría
porque me amases con frenesí.....!

¿Por qué no pasas aquí á mi lado
ese letargo, tierna beldad?
¿no soy acaso tu dueño amado
que, enamorado,
velo en tu reja con ansiedad?

¡Oh! ven, despierta, que sus fulgores
destella el alba de oro y carmín.
¿No oyes ya alegres los ruiseñores
entre las flores
cantando acordes en el jardín?

Ven y refresca mi labio ardiente,
ven que á tu reja yo esperaré.
Deja que bese tu blanca frente,
y eternamente
con toda mi alma te adoraré.

LA INDIFERENCIA.

Siempre mujer, indiferente y fría
al corazón que por su mal te adora,
sorda, inflexible al ruego que te envía,
y á su penosa y cruel melancolía
opones tu frialdad aterradora.

Jamás tus labios rien amorosos
ni tu alma siente lo que el alma mía,
y mientras yo con quejas y sollozos
envío al cielo acentos dolorosos,
tú sola, siempre, indiferente y fría.

¿Qué genio el ser te dió, fría criatura,
que en mi tormento tu delicia tienes?
¿Por qué en mi pena cifras tu ventura,
y sin moverte mi fatal tortura
en mi copioso llanto te entretienes?

Quizá no abrigas en tu pecho helado
un corazón sensible al que padece,
una alma blanda al triste desgraciado,
al infeliz amante infortunado
que al fiero impulso del dolor perece.

A UN ARBOL SECO.

Al señor don Manuel Cabral.

¡Arbol! ¿por qué al contemplarte
languidece el corazón?
¿Por qué tan sólo al mirarte,
vierto llanto de aflicción?

¿Por qué si tus ramas mustias
el viento azota feroz,
padezco crueles angustias,
sufriendo un tormento atroz?

El misterio no adivino
por qué unidos, sin piedad
el mismo adverso destino,
nos destruye con crueldad.

¿Será acaso, árbol marchito,
nuestra suerte sucumbir
sin saber nuestro delito,
si acaso puede existir.....?

¡Pobre árbol! agostado sin clemencia,
acaso por el rayo abrasador
que destruyó envidioso tu existencia,
por robarte del céfiro el amor.

Como á tí el fuego del airado cielo
que lanza furibunda tempestad,
los ojos de la que era mi consuelo
me arrojaron siniestra claridad.

¡Ay! en los días de feliz ventura
cuando amante gozaba de placer,
como á tí, revestido de verdura,
de mi esperanza el árbol vi crecer;

Mas el hado secándole inclemente
le dejó sin una hoja ni una flor,
que un día ornaran mi ardorosa frente
abrasado mi pecho en casto amor.

Tú ya no escuchas de canoras aves
el dulcísimo acento;
yo tampoco oigo las palabras suaves
de la que fué mi gloria y mi contento.

En tí no anidan ya los ruiseñores
ni el sensontle amoroso,
pues ni hojas tienes ni pintadas flores
donde busquen su dicha y su reposo.

Así en mi pecho lóbrego, abrasado
cual árido desierto,
el placer ni un instante lo ha buscado,
porque para la dicha mi alma ha muerto.

Así como en tus ramas hoy reposan
el buho y el milano,
así en mi corazón descanso gozan
el tormento fatal y el duelo insano.

Cuando tú caigas, árbol maldito,
por rudos golpes del hacha cruel,
tal vez errante, triste proscrito,
el postrer grito
lanzará firme mi pecho fiel.

Cuando tú enciendas brillante hoguera
en opulento tranquilo hogar,
quizá en ignota tierra extranjera
la luz postrera
de mi existencia veré apagar.

Mas si la suerte quiere piadosa
que yo sucumba cerca de tí,
árbol, te pido con faz llorosa
para mi fosa
dos ramas tuyas junto de mí.

Que adore en ellas el caminante
humilde el signo de redención,
y ¡ojalá sepa que un fiel amante
murió anhelante
por una ingrata sin corazón.....!

RAFAEL GOYENA PERALTA.

Era una de esas almas destinadas á cruzar el cenagoso piélago del mundo, á la manera que las modestas gaviotas giran por cima de los arrecifes del océano, es decir, sin que las encrespadas olas de la miseria humana alcanzaran á manchar su albo plumaje.

Huérfano á los cuatro años de edad, y acostumbrado desde muy joven á valerse por sí mismo, Goyena Peralta llegó á tener tal culto por el trabajo, que nunca estaba más contento que, cuando rendido de fatiga, llegaba por las noches á su casa para entregarse tranquilo y satisfecho á sus ensueños de poeta, única distracción que tuvo en los fugaces días de su breve cuanto brillante juventud.

Bisnieto del célebre García Goyena, heredó de éste, así su genio poético como su natural modestia, su corazón extremadamente bondadoso, la afabilidad de su carácter y su amor al orden. Le conocimos íntimamente, habiendo sido durante dos años compañero nuestro en la Secretaría de Hacienda, y nuestro más activo colaborador en la formación de esta *Galería.*

Goyena Peralta, nuestro poeta ciudadano, el abogado tan instruido como probo, el empleado de intachable conducta, estaba llamado á un hermoso porvenir. En 1873 decíamos de él que iría muy lejos.....No fué así! la tísis, esa terrible enfermedad que devora á la juventud, le arrebató de este mundo á los veintisiete años de edad.....

¿Presentiría su muerte cuando al marchar á Chiquimula, se despedía del canario á que había consagrado uno de sus mejores cantos? Tal vez sí.

Principia diciéndole:

Pero lo manda mi ingrata suerte.....
me voy...me alejo...ya no he de verte...

Y más adelante:

Si te pregunta por mí tu dueña,
haz del silencio la breve seña,
y después dile: "murió de amor."

Por último termina:

Lira que el cielo dióme en herencia
....
ya no te pulso, cesen tus cantos,
que en medio de hondos, crueles quebrantos,
pronto, muy pronto yo he de morir.

Tres años después era cadáver! Si llegan á las inconmensurables regiones de lo infinito las plegarias de los desgraciados que habitamos este mísero planeta, Goyena Peralta habrá escuchado más de una vez las nuestras: si no llegan, sirvan estas líneas para expresarle nuestro aprecio y gratitud.

A UN PAÑUELO.

Ven á mis labios quemantes,
objeto de mis caricias,
las anheladas primicias
de un amor sin ejemplar:
ven, idolatrada prenda,
de la joven que yo adoro,
inestimable tesoro,
del que, cual yo, sabe amar.

Las iniciales de un nombre
que simboliza ternura,
quiero besar con locura,
con ardiente frenesí:
quiero besarla mil veces,
enagenado de gozo;
quiero sentirme dichoso,
posando mi labio en tí.

Las manos que te tuvieron
antes de enviarte á mi lado,
son las manos que he besado
trémulo yo de emoción.
En mi delirio hoy las miro,
en mi delirio hoy las beso,
y al fin conozco que es eso
no más que alucinación.

Tú serás mi compañero
de angustias y penas graves,
y tú tan sólo las llaves
de mi corazón tendrás:
Yo exhalaré mis suspiros,
mis sollozos á los cielos,
y en mis continuos desvelos
tal vez los recojerás.

Yo te empaparé de lágrimas,
si quien fué tu dulce dueña
por desgracia me desdeña
retirándome su amor:
entonces tú, solamente,
de mi desdicha testigo,
serás el eterno amigo
de una estatua del dolor.

Yo sé que con gasa bella
una noche afortunada,
sobre su rostro, mi amada,
con gracia te colocó:
es recuerdo perdurable
que guardaré en mi memoria,
y que hará la única gloria
de un infeliz como yo.

Ven, ven, que en mi pecho amante
te pondrá la mano mía:
allí estarás noche y día
dando esperanza á mi ser;
y sentirás cuál palpita
un corazón que es de fuego,
que sin quietud, sin sosiego
vive por una mujer.

DESENCANTO.

A mi predilecto amigo y joven compañero
don José S. Pinto.

Carísimas memorias
de un tiempo bien hadado y bonancible:
¡oh fementidas glorias
de dichas ilusorias
con que hicisteis la vida apetecible:

Bellísimas quimeras
de aquellos días de sin par ventura;
entonces hechiceras
y siempre lisongeras
¡oh! yo os juzgaba en mi febril locura:

Volved, volved ahora
que anhelo yo sondear ese pasado,
tal vez ¡ay! se aminora
la angustia roedora
que tiene el corazón tan lacerado;

O acaso, embebecido,
no sienta ya las crueles decepciones;
y de un ideal querido,
mi pecho dolorido
se espanda al fin, en puras emociones.....

Empero, es todo en vano
porque en el alma el sinsabor se oculta;
pasó el delirio insano;
y hoy el dolor tirano
en permanente duelo me sepulta.

Ya de la vida hermosa
vi descorrerse el nacarado velo:
ya vi que era engañosa
su lumbre misteriosa
así como su amor, su dicha y cielo.

Pasó la edad risueña
de los insomnios de esplendente grana,
cuando uno en ellos sueña
imagen halagüeña
llevada en pos de la ilusión temprana:

Pasó.....como en natura
sucédese al contento la agonía;
como la noche oscura,
de sombra y de tristura
cede su puesto al resplandor del día.

En esa edad sonriente
al éter azulado alcé los ojos,
y en mi anhelar ardiente
jamás fingió mi mente
en vez de flores encontrar abrojos.

Entonces yo sentía
amor sublime, abnegación suprema,
y el corazón dormía
porque amaba y creía
y esperar.....esperar era su emblema.

Mas hoy, infortunado,
¿qué es lo que guarda en su dolor intenso
el corazón llagado,
si todo ha ya pasado
como la nube en el espacio inmenso?

Bonanza que no espero
en mi doliente y solitaria vida,
y de un amor sincero
el canto postrimero
este será de inspiración querida.

¡Sí.....el velo del encanto
hizo del alma un venerando templo
para un cariño santo;
mas hoy en triste llanto
la amarga realidad sólo contemplo.....

Adios, del alma mía
ilusiones que un tiempo acariciara
con fe, con alegría;
la cruel melancolía
será de hoy mas mi compañera cara!

Adios! mis sueños de oro
que alimentó la joven esperanza;
vos fuisteis mi tesoro;
mas hoy, perdido, os lloro
en triste y dolorosa remembranza.

LA PATRIA.

Yo canto de la patria, de santo amor henchido,
su honor y su riqueza, su gloria y su poder,
y ardiendo en entusiasmo doquiera yo le pido
que dé á sus buenos hijos el lauro del saber.

Oh! canto, sí, á la patria que con delirio se ama,
y anhelo yo para ella risueño porvenir,
su ciencia y su grandeza, los ecos de la fama,
del mundo hasta sus ámbitos habrá de repetir.

Aquí desde la arena que besa la laguna
saludaré á la patria y cantaré en su loor;
y pedirá para ella saber, gloria, fortuna,
mientras que vida aliente, su mísero cantor. . . .

La patria no es el suelo estrecho y miserable
que miran nuestros ojos al tiempo de nacer.
Ay! eso es el localismo ruin y detestable
que debe aniquilarse, destruirse por doquier.

La patria son los pueblos que viven como hermanos,
que son de un mismo origen, formando una nación
y que hacen mil esfuerzos, valientes, sobrehumanos
por conquistar la cúspide de sabia ilustración .....

Dichosos de nosotros si en pos del adelanto
con puro patriotismo nos guiamos por el bien,
luciendo nuestra patria con bienhechor encanto
la aureola de los libres en la fulgente sien.

Dichosa Guatemala, la bella entre las bellas,
que tiene de alta bóveda un cielo de zafir,
sus flores y sus brisas, su sol y sus estrellas
recuerdos mil imprimen y el pecho hacen latir....

Aquí desde la arena que besa la laguna
saludaré á la patria y cantaré en su loor;
y pedirá para ella, saber, gloria, fortuna,
mientras que vida aliente, su mísero cantor.

ADIOS A UN CANARIO.

¿Quién me dijera, lindo canario,
que mi destino fatal y vario
me alejaría pronto de tí?
¿Quién, que infortunios y desconsuelo
anublarían el claro cielo
que yo, extasiado, miraba aquí?

Pero lo manda mi ingrata suerte.....
me voy...me alejo...ya no he de verte...
que hogar no tengo, ni tengo amor:
el que hace poco cantó tu dicha
lleno hoy de duelo, de honda desdicha,
no ha de llamarse tu trovador.

Yo sé que sufro, yo sé que muero
y que en la vida ya nada espero,
sino es terrible penar atroz;
por eso mi alma que no te olvida,
porque eres de ella prenda querida,
viene hoy á darte su último adios.

Si alguien recuerda mi nombre obscuro,
guarda silencio, sé cual un muro,
y jamás digas, tú, la verdad:
que el mundo ignore que yo he existido,
y que este pecho que llevo herido
lo ha destrozado la adversidad.

Lindo canario, ¡cuánto te quiero!
nunca otro golpe tan rudo y fiero
tendrá mi pobre fiel corazón:
si te pregunta por mí tu dueña
haz del silencio la breve seña,
y después dile: "murió de amor."

¡Adios! muy pronto voy á dejarte,
y peregrino de parte en parte
de tí memorias yo llevaré:
que otros te ofrezcan un dulce beso,
que otros te llamen grato embeleso;
mas ¡ay! no olvides que á tí canté.

¡Oh suerte impía! ¡crudo destino!
en vez de flores en mi camino
tan sólo encuentro la adversidad:
nunca en mi vida tendré sosiego
y ni mis labios dirán un ruego,
pues de mí nadie tiene piedad.

Lira, que el cielo dióme en herencia
para hacer dúlcida esta existencia
de angustias, llanto y atroz sufrir,
ya no te pulso, cesen tus cantos,
que en medio de hondos, crueles quebrantos
pronto, muy pronto yo he de morir.

Y tú, canario, mi confidente,
ve como me hallo triste y doliente,
ruégote escuches mi débil voz;
parto...me ausento...solloza mi alma...
pídele al cielo que me dé calma...
sé venturoso...y ¡adios! ¡adios!

¿TÚ LLORAR?

Llorar! ¿cuando eres siempre tan pura y hechicera
y es manantial tu pecho de dicha y de ilusión,
cuando doquier te ríe la alegre primavera
y así cual tu existencia, así es tu corazón?

Quizás, no, no es posible que salgan de tus ojos
las lágrimas que dicha debieran respirar;
y no es posible que ábranse tus lindos labios rojos
y enfática sonrisa miremos asomar.

¡Oh no!...eso es imposible! mejor quiero que digas
que mienten mis palabras, que no es la realidad,
y que serás mil veces feliz, mientras prosigas
colmada de ventura, de mágica beldad.

¡Ah no!....que solo lloran aquellos desdichados
que dulces esperanzas perdieron por doquier ...
mas si hoy en llanto veo tus ojos arrasados,
oh! dime que es tu llanto de júbilo y placer!!

FIN DEL TOMO II.

ÍNDICE.

Páginas.

JOSÉ MILLA 3
A mi hijo 7
Deseos cumplidos 12
Risa y lágrimas.—1.ª parte 18
Risa y lágrimas.—2.ª parte 24
La conciencia 30
A mi amigo don J. D. 36
A María.—Soneto 40

DOMINGO FLORES 41
El Xequijel 42
Chinautla 45

JUAN JOSÉ CAÑAS 49
A la salida del vapor "Gold-Hunter" 51
Un recuerdo 54
A 49
A mi querido amigo don N. A. 62
Recuerdos de la patria 65
Vicuña Mackenna en boceto 68

JOAQUÍN VASCONCELOS 69
Epigramas 71
Imitación del Tempo di vals 87

Páginas.

Tu habitación solitaria 89
Hemos vivido y amado juntos 91

FRANCISCO GONZÁLEZ CAMPO 93
A Centro América 95
A mi hijo 98
Al sol 102
A la esperanza 106
El primer amor 109
Adios! 113
Conserva tu candidez 114
Serenata 115
El regreso 119
La flor y el céfiro 122
Elegía. -A la memoria de M. D. 123
En la exhumación del cadáver de Flores 128
La rosa del campo 131
Quiero escribir 132
Nada tengo yo con eso 140
Lo que no hay en Guatemala 143
Percances de la pobreza 147
Buen provecho 154
Epigramas 158

ANTONINO ARAGÓN 161
El cisne de Cantabria 162
A la señorita A..... 165
Un recuerdo y una lágrima 169
Sobre el cerro del Carmen 174
A 178

ANSELMO VALDEZ 181
A Cuba.—Soneto 183
Fantasía religiosa 184
Fantasía.—A C. R. 186
A un amigo 189
Para un album 191

Páginas.

A Constanza V. de Fornari 192
A Josefina Blakeley 197
Romance 200
A Ramón Uriarte 202
Grito del alma 204

EDUARDO HALL 204
A Centro-América 207
Hace tiempo 208
A Jessie.—Traducción de Lord Byron 211
El Volcán de Agua 213
Rosa y Lindor.—De Moore 217
Cuando el dolor 221
La mariposa.—De Lamartine 224
A Concha 255
Inconstancia 228
A la luna 229
Despedida de Childe-Harold 531
Prat y Grau 234

RAFAEL MACHADO JÁUREGUI 235
La inmortal 237
La hermana de la caridad 240
A unas rosas secas 244
Al anochecer 247
A mi hija María 248
A*** 255
Rosas blancas 258
A la luna 261
A don Pedro de Alvarado 267
Un pensamiento 268

FRANCISCO LAINFIESTA 269
Tú 271
Al salvage del Norte 274
Al amanecer 278
Al ponerse el sol 280

Páginas.

Epístola 283
A la realidad 286
La sombra 290
A la señorita A. G. G. 292
Decepción 293
Remitiendo un guarda 294

MARÍA JOSEFA CÓRDOVA DE ARAGÓN 295
En la muerte de un hijo 297
A una azucena 298
Contestación á una amiga 300

SALVADOR BARRUTIA 303
A la América Central 306
La sultana 308
A la memoria de Juarez 310
El lago de Atitlán 312
Al poeta J. J. Palma 316
A la luna 320
A Maximiliano.—Soneto 322

JUAN JOSÉ BERNAL 323
El dolor 325
El ciprés 330
Votos de un proscrito 336
Resignación 343
A un sensontle 346
La independencia 349

FERNANDO CRUZ 355
Los cementerios 357
A mi hijo 362
Recuerdos 367
La sonrisa de amor 370

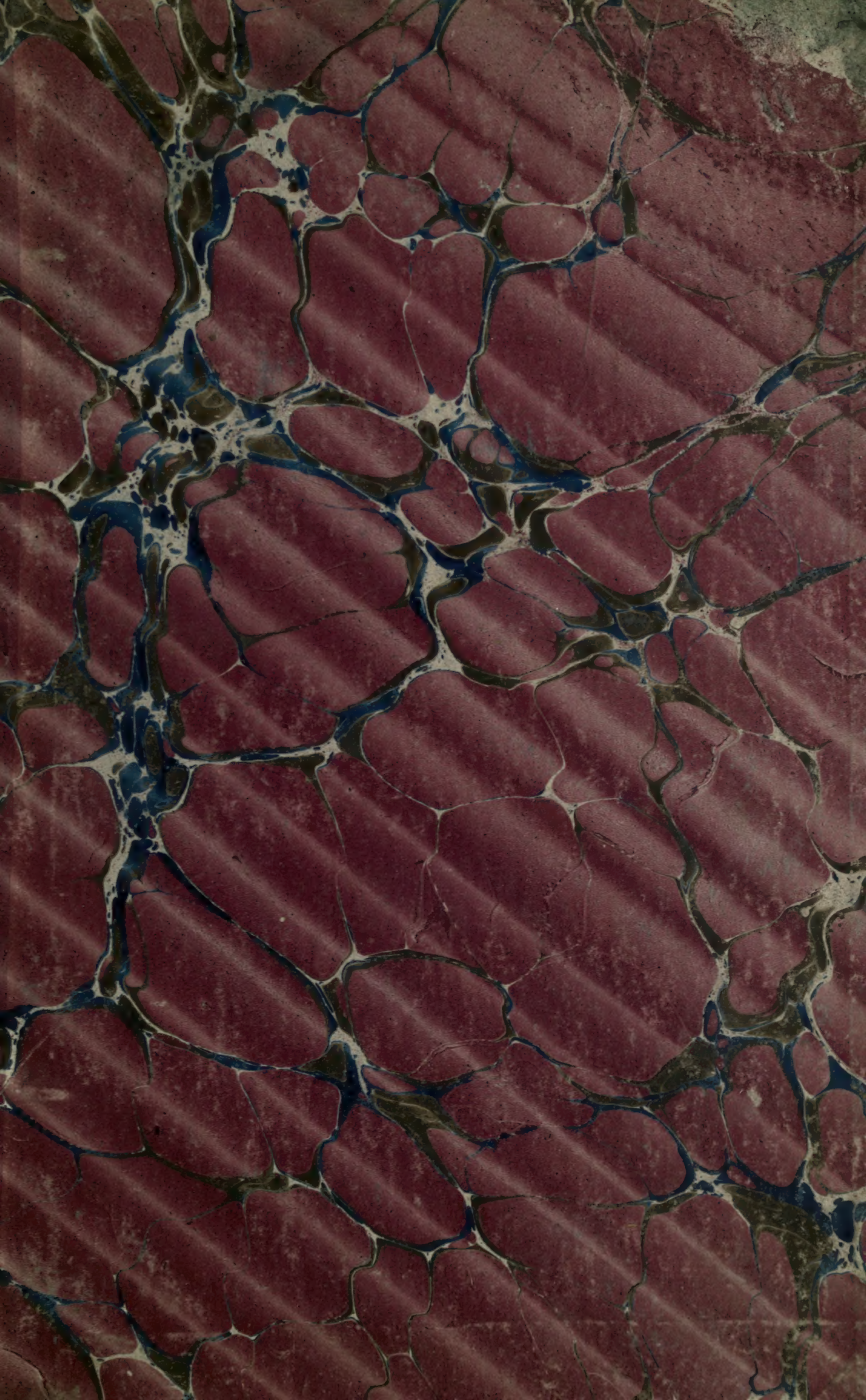
MANUEL MARÍA PERALTA 373
Erin 375

Páginas.

A la señora condesa de G. B. 378
La muerte de Rosita 380
A la Excma. señora marquesa de Villa-Mantilla 383
A unos ojos.—Improvisación 384

JOAQUÍN DÍAZ 385
La razón y la poesía 387
Sara y Azahar 395
A Yuscarán 397
El cuentan y el dicen 402

JUAN JOSÉ MICHEO 403
Oda.—A Cristóbal Colón 405
Serenata á la simpática señorita J. 409
Traducción de la oda 24 de Horacio 411
A mi lira 413
Canto sáfico 415

JUAN FRANCISCO RODRÍGUEZ 417
A tus ojos 418
Serenata 419
La indiferencia 421
A un árbol seco 422

RAFAEL GOYENA PERALTA 425
A un pañuelo 427
Desencanto 429
La patria 432
Adios á un canario 434
¿Tú llorar? 436